





ARGUMENTO

Kathia Carusso, una joven adolescente de la alta aristocracia italiana, regresa a Roma tras muchos años de internado sin entender muy bien por qué su familia la quiere de vuelta. Allí se reencuentra con Cristianno Gabbana, un conocido de la familia con quien nunca ha tenido muy buena relación. Christiano es terriblemente atractivo, impulsivo, y no parece tener más preocupaciones que las peleas con otras bandas y coquetear con chicas de piernas largas. Al empezar el curso, Kathia y Cristianno verán que no sólo comparten la misma clase sino también el mismo grupo de amigos. Lo que empezará con odio irá desembocando a una tensión cada vez más fuerte, con provocaciones cada vez más descaradas y situaciones límite... Y cuando finalmente ambos se atrevan a aceptar sus verdaderos sentimientos, deberán sortear obstáculos que nunca hubiera ni imaginado...



PRÓLOGO

Kathia

El coche arrancó. Dejé a Cristianno tirado en el suelo, forcejeando con su primo. Él quería venir en mi busca, pero se lo impedían. Mejor así.

Los recuerdos me abrumaban y apenas me dejaban respirar. Era consciente de lo poco que valía mi vida si él no estaba a mi lado. Todo lo que para mí tenía significado llevaba su nombre. Ese nombre que retumbaba en mi cabeza con más intensidad que nunca.

Cristianno, Cristianno, Cristianno...

Le miré por última vez. Todavía tenía el sabor de su cuerpo en mis labios, el calor de su tacto en mi piel, el susurro de sus palabras en mi cuello... Y ahora veía cómo su figura se iba alejando. Me obligaban a apartarme de él sin darse cuenta de que con ello me obligaban también a morir. Pero eso es algo que no les debía de importar lo más mínimo, después de tantas veces como habían puesto mi vida en peligro.

Mi corazón se quedó allí, con él, mientras su imagen se borraba empañada por mis lágrimas.



PRIMERA PARTE



CAPÍTULO 1

Kathia

Hay situaciones en la vida en las que no te das cuenta de cuándo sobrepasas la línea entre lo emocionante y lo realmente peligroso; y ese era exactamente el tipo de situación en el que yo me encontraba. Sentada en el último rincón de unapestoso y húmedo calabozo, esperaba que Enrico viniera a buscarme. El encuentro con un muchacho, una de las personas más desconcertantes y agresivas que había conocido jamás, me había arrastrado a ese repugnante lugar, la antípoda de los ambientes privilegiados en los que me solía mover.

Mis blancos pantalones de Armani habían pasado a ser grises, mi chaqueta Prada de cuero negro tenía un enorme rasguño en el codo, y me había roto una uña. Y, para colmo de todos mis males, compartía celda con una especie de Yeti que no dejaba de mirarme. Cubierta de tatuajes y piercings, y con un palillo chuperreteado en la boca, la abominable mujer de las montañas parecía querer comerme. Casi podía verla babear.

«Perfecto. Tu primera noche en Roma y la pasas en un calabozo. Pienso matar a ese capullo en cuanto salga de aquí», me dije.

Desde luego que lo iba a hacer.

De fondo, las voces de dos guardias se entremezclaban con la retransmisión de un partido de fútbol. Les llamé incontables veces, pero lo único que recibí por respuesta fueron quejidos y golpes secos contra la mesa. Sin duda estaban tan cansados de mí como yo de ellos y de aquel lugar.

Instintivamente sacudí mis pantalones, como si el color blanco pudiera volver a aparecer. Cuando caí en aquel charco ya fui consciente de que había tirado trescientos euros por la alcantarilla. Mis pensamientos sobre mi fondo de armario se interrumpieron cuando, de repente, mi compañera de celda se levantó para soltar un escupitajo bien cargado.

Me aferré a mi asiento en cuanto la vi caminar hacia mí. Aquello no pintaba bien y, sin poder evitarlo, pensé en la situación que me había llevado hasta allí.



La gélida brisa de la noche me envolvió en cuanto abrí la puerta del balcón. A esas alturas del invierno, Viena ya estaba toda nevada y el ambiente era húmedo y frío.

Las ramas de los árboles acariciaban mi pequeño balcón y dejaban que la nieve cayera espolvoreada cuando se mecían por alguna ráfaga de viento. El estanque del patio comenzaba a congelarse; pronto se utilizaría como pista de patinaje, aunque ese año yo no iba a estar allí para comprobarlo. Estaba a punto de irme.

El internado Saint Patrick ocupaba un antiguo castillo del siglo XVII y, arquitectónicamente, me maravillaba. Pero una cosa era admirar su arquitectura y otra muy distinta vivir allí. Eso lo odiaba. Ausencia total de chicos —ellos residían en el internado que había unos kilómetros colina abajo—. No podías desprenderte del maldito uniforme —si al menos hubiera sido bonito, no habría sido una condena llevarlo—. Y la disciplina era bastante férrea —todo estaba cronometrado, hasta la hora de ir al baño—. O aprendías a convivir con las normas de aquella institución o estabas perdida.

Así era mi aburrida vida, día tras día.

Hasta que apareció mi padre. Había irrumpido en el internado rodeado de guardaespaldas (sin disimular siquiera su egolatría y prepotencia, y haciendo gala de un dilatado vocabulario impetuoso) y me había ordenado que recogiera mis cosas. Ya había hablado con el director y lo tenía todo preparado para mi regreso.

Después de nueve años, volvía a Roma. No tenía ni idea de qué había llevado a mis padres a tomar aquella decisión, pero me alegraba... demasiado.

Solo dieciséis horas más tarde me encontraba delante de un enorme vestidor decidiendo qué chaqueta ponerme. Estaba claro que debía conformarme con lo que había hasta que pudiera ir de compras. Entre las miles de prendas que mi hermana Marzia me había ofrecido, pocas me convencieron: su estilo era demasiado repipi para mí. Me decanté por la ropa más ceñida: chaqueta de color negro metalizado, pantalones blancos y zapatos negros de tacón alto para estilizar mis piernas. Me di la vuelta y contemplé mi imagen en el espejo mientras sonaban las Pussycat Dolls en mi reproductor digital de música. Realmente parecía una de ellas.

Ahuequé mi largo cabello y me lo coloqué a un lado. Salí del vestidor y cogí mi bolso Gucci blanco sabiendo que pronto contendría una considerable cantidad de dinero. Eché un vistazo a mi impresionante habitación, apagué el reproductor y salí de allí con paso firme y sonoro.

Después de un año sin vernos, iba al encuentro de mi mejor amiga. Erika había sido mi compañera en el internado desde que entré. Era como una hermana, una parte de mí, pero tuvo que abandonar el colegio cuando su madre falleció en un accidente de



tráfico. Quiso volver a Roma para apoyar a su padre, y desde entonces solo podíamos comunicarnos los sábados por la mañana, y durante apenas cinco minutos. ¿Cuántas cosas podían decirse en ese tiempo? Pocas, muy pocas, pero solo escuchar su voz me confortaba.

Terminé de bajar las escaleras y eché un vistazo hacia atrás. Agradecí que mi habitación estuviera en el pasillo principal. Si no, habría necesitado un mapa para poder salir de aquel laberinto de puertas y corredores. Era una mansión descomunal. Ni siquiera en el internado se veían salas como las de mi casa, y eso que hospedaba a unas doscientas niñas.

Al llegar al vestíbulo, tuve que hacer memoria para recordar que el despacho de mi padre quedaba cerca del comedor. Me encaminé hacia allí.

Giancarlo, el mayordomo, me abrió la puerta. Era alto y delgado, y sus ojos negros resaltaban impetuosamente por la falta de cabello. Aun así, resultaba atractivo. Me sonrió y extendió su mano, indicándome que pasara. Me acerqué a él dando un pequeño salto y lo besé en la mejilla. Entonces me percaté de que en el despacho, además de mi padre, estaban mi tío Carlo, y Adriano Bianchi y su hijo menor, Valentino. Mi sonrisa se congeló en cuanto descubrí a este último observándome de arriba abajo con aquella mirada tan... perversa. Siempre me había gustado que me miraran, pero no de aquella forma.

Fruncí los labios y le miré, desafiante. Sabía que mis ojos podían actuar como un huracán devastador, y que eso ocurría la mayoría de las veces.

—Mi pequeña provocadora —sonrió mi padre, con un tono falso—. Deberías guardar tus miradas para quien las merezca —No le importó desacreditar a parte de sus invitados. Resoplé—. ¿Deseas algo, querida?

—Sí, verás, he quedado con Erika y...

—Y necesitas dinero —me cortó, a la vez que echaba mano a un cajón y sacaba una cartera negra de piel. Cogió una tarjeta y la soltó en el filo de la mesa—. Toma —dijo, orgulloso del gesto.

—¿Me das una tarjeta de crédito? —pregunté, enarcando una ceja.

Solo él y Dios sabían cuánto dinero podía haber en aquel trozo de plástico. Mis ojos se iluminaron. Esperaba mucho menos.

—¿No debería fiarme? —preguntó, soberbio.

—No he dicho eso —susurré—, pero, si fuera tú, dudaría. Es peligroso entregarle algo así a una adolescente.



Se recostó sobre el asiento y cruzó los dedos sin dejar de observarme. Después, desvió su mirada hacia Valentino, que estaba apoyado en el mini bar, ensayando una pose muy varonil. Me resultó muy sugerente, a la vez que provocador.

Valentino era alto, cerca del metro noventa, y podía presumir de un cuerpo bien marcado y corpulento. Su cabello, de un rubio intenso, hacía resaltar los ojos más verdes que yo hubiera visto jamás, como esmeraldas incrustadas en una cara de porcelana. Era guapo, pero tenía una belleza desconcertante, de aquellas que no muestran quién eres en realidad. No era sincero y ambos lo sabíamos.

— Tu madre puede llegar a ser más peligrosa y no es una adolescente. Además, me temo que es muy difícil que te gastes todo el saldo de esa tarjeta en unas horas. — Todos sonrieron ante el comentario bravucón de mi padre.

— No deberías tentarme. — Cogí la tarjeta mirando de soslayo a Valentino, que frunció los labios al fijarse en la curva de mis caderas —. Se me ocurren un millón de formas de reventarme todo el dinero, papá. — Yo también sabía exhibir mi prepotencia. Mi tío Carlo sonrió —. Podría necesitar, no sé... ¿un coche? Sí, un Audi R8 estaría bien. A ser posible, rojo.

Me pasé un dedo por los labios al pensar en ello. No era una mala idea aparecer en el grandioso jardín de mi casa con un vehículo de esas características.

— Buen gusto, Kathia — murmuró Adriano.

— Gracias.

— Vuelve a las doce — gruñó mi padre —. Y cuidado con lo que compras. No me gusta que seas tan... — Frunció el ceño buscando el mejor adjetivo —: provocativa.

— ¿Te molesta que provoque? — le pregunté con un tono un tanto irritado.

— Me molesta que te guste provocar.

— A mí me gusta — intervino Valentino guiñándome un ojo.

Fingí una sonrisa. Él supo apreciarla y soltó una carcajada.

— Intentaré ser buena, pero no te aseguro nada. Sabes que me resulta muy difícil. *Ciao*.

Salí de allí antes de que mi padre pudiera recriminarme, y sabiendo que Valentino me contemplaba con deseo. Miré la tarjeta y la presioné contra mi pecho sonriente. Dinero ilimitado, genial.

Tan entusiasmada iba hacia la puerta que no vi que alguien se cruzaba en mi camino. Chocamos bruscamente en el vestíbulo. Al separarnos vi cómo mi hermana me miraba ceñuda. El clon de mi madre tenía los labios preparados para soltar algún insulto, mientras que yo activaba todos mis reflejos para esquivar su aliento, que me podía impregnar de aroma a vodka y anular mi perfume de Paco Rabanne.



—¿Qué coño estás haciendo, imbécil? ¿Es que en el jodido internado no te enseñaron a caminar mirando hacia delante? —Su media melena castaño claro se agitó crispada.

Supe que había bebido más de una copa porque empezaba a vomitar tacos cuando sobrepasaba la tercera.

—Hola, Marzia —repuse con desdén.

—Te he hecho una pregunta.

—No me parece trascendental responder. Sabes de sobra que sé caminar. Lo que deberías preguntarte es si tú puedes hacerlo.

Estampó sus manos contra mi pecho empujándome hacia una de las columnas de la escalera. Retiré sus brazos con rapidez.

—¿Qué te pasa? ¿Necesitas joder a alguien porque no te queda nada que beber?

—¡Serás zorra!

Puestas a discutir, qué más daba soltar algún que otro trapo sucio. Estaba claro que nada podía solucionar la poca empatía que había entre las dos.

—Supongo que eso es lo que Marcello te dice cuando estáis en la cama —le espeté, sin pensar.

Su cara pálida se tensó al escuchar el nombre de su amante que, curiosamente, era nuestro primo materno. Apretó los labios con fuerza y levantó la mano con la intención de darme una bofetada.

—¿Piensas pegarme? —pregunté expectante.

—Pienso que te harían falta unas zurras, niñata. ¿Por qué no te has quedado en Viena? —dijo Marzia, intentando hacerme daño. No sabía que me daba absolutamente igual lo que pensara.

—Pregúntaselo a papá. —Me encogí de hombros y di por zanjada la conversación.

—Volverás allí, lo sé. Me encargaré de ello —añadió, sin saber que tras ella aguardaba Enrico, su esposo, y sin duda la mejor persona que había en aquella casa.

—¡Marzia! No te comportes como si fueras una niña, ¿quieres? —Frunció los labios guardando sus manos en el pantalón.

—Vete a la mierda, cariño. —Y desapareció.

—Como siempre, cielo —murmuró Enrico.

Se giró hacia mí intentando que yo no percibiera su repentino malestar. Le cogí de un brazo y le regalé una sonrisa. No podía soportar verle triste por culpa de mi



hermana, sobre todo sabiendo lo maravillosamente bien que la trataba. Cuando era pequeña yo soñaba con encontrar un hombre como él... y todavía lo seguía anhelando.

—Siempre oportuno, cuñado. —Sonreí, pensando en que si me llevaba hasta la Piazza Navona, Enrico dejaría un rato de pensar en la relación de mierda que tenía con Marzia.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó resignado, pero sonriente—. Voy a empezar a pensar que solo me quieres por interés —bromeó al ver cómo arqueaba una ceja.

—Bueno, aún soy menor y no puedo coger tu coche, aunque sé conducir. —No se lo podía decir, pero aprendí una noche que nos escapamos del internado para ir a la capital. Aquel mismo día besé por primera vez a un chico—. Te multarían y yo iría a un centro de menores por ser una delincuente adolescente... —Fingí preocupación mientras observaba su rostro suspicaz.

—Y una descarada exagerada. —Me despeinó.

—¡Eh! Que estoy recién peinada —protesté.

—¿Adónde vas?

—Bueno, he quedado con una amiga. ¿Recuerdas a Erika? —No me di cuenta de que ya estábamos abriendo la puerta. Enrico dejó que yo pasara primero.

—¿Erika Bruni? ¿La hija de Emiliano?

—¡Sí!, la misma. —Di una palmada.

Emiliano Bruni era el dueño de una de las compañías aéreas más importantes del país.

—Tengo muchas ganas de verla. Ya sabes, hablaremos de ropa, de chicos y de cómo es San Angelo. Ella también va a ese colegio, así que no me costará adaptarme.

—Me parece estupendo. Aunque ¿realmente crees que te costará adaptarte? —preguntó entrando en su coche.

—No —sonreí mientras me ponía el cinturón—. ¿Cuándo te has comprado este coche? Es una pasada.

Era un Bentley continental GT-S negro, y si por fuera era espectacular, por dentro era alucinante. Entraban ganas de quedarse allí a vivir.

—Hace dos meses —dijo orgulloso.

—No sabía que ganaras tanto siendo inspector jefe de la policía criminalista.

—Es que... quizá no soy solo un criminalista... —Su mirada tenía un matiz extraño.



Siempre había pensado que entre Enrico y yo no había secretos. Él era mi confidente y yo el suyo, pero en ese instante me pareció que me ocultaba algo. ¿Estaba paranoica o había algo recóndito tras esa mirada azul?, ¿algo que quizá le incomodaba?

Suspiró, presionó el volante hasta que sus nudillos se volvieron blancos y aceleró. El sonido del motor me envolvió ligeramente, y eso y la brisa romana que se deslizaba entre mi cabello fue suficiente para perderme en la euforia que me embargaba por reencontrarme con Erika.

Cristianno

Descubrí las finas y morenas piernas de Mía apoyadas en una de las columnas que flanquean la entrada de mi edificio cuando mi primo y yo salíamos del garaje. Mauro me lanzó una mirada burlona de lo más significativa. Minutos antes habíamos discutido sobre las probabilidades que tenía de encontrarme con Mía. Mauro barajaba dos opciones: la primera era que podía ser que apareciera por casualidad o, al menos, eso me haría creer; la segunda, que se presentara en mi casa de improviso con un modelito de infarto y dispuesta a cualquier cosa. Yo no esperaba ninguna de las dos y Mauro se decantaba por la segunda opción. Llevaba razón.

Ahí estaba Mía, dejando que sus caderas se dibujaran provocativas bajo una corta falda azul y observándome, expectante a mi reacción, que no fue otra que mirarla de arriba abajo.

Tenía que admitir que estaba increíble, y que aquellas piernas no eran aptas para cardíacos, pero sabía que todas esas sensaciones un tanto libidinosas se desvanecerían en el momento en que Mía abriese la boca. Le había dicho millones de veces que no la quería, que nuestra relación solo era sexual, y ella parecía aceptarlo dichosa. Me había dicho que era lo único que quería de mí y yo era lo máximo que podía ofrecerle.

Balanceé las llaves de mi moto entre mis dedos observando de soslayo la reacción de mi primo, quien se acercó a su Honda CBR roja, arrancó y dio un pequeño saltó al sentarse. Su sonrisa burlona me molestó bastante.

— Te espero en la Piazza de la Marina...

Aceleró directo hacia mí esperando que me asustara. Pero yo ni siquiera me moví, aunque aproveché, eso sí, para regalarle una sonrisa impertinente. Nos



conocíamos demasiado bien, y sabíamos descifrar cualquier mensaje que enviara nuestro rostro. Era mi primo, pero lo consideraba mi hermano.

—Sé bueno, Cristianno —se burló antes de salir del garaje—. Y tú, no seas demasiado dura, Mía.

Desapareció entre la gente que se agolpaba delante de la Fontana di Trevi, en esos momentos una bella estampa barroca resaltada por la luz anaranjada que desprendían las luces de la plaza.

Mía me abordó rodeando mi cuello y empujándome contra la pared. Sabía bien cómo moverse para retenerme y capear mis intentos por apartarla.

—¿Por qué no has contestado mis llamadas? —preguntó besándome el cuello.

—No sabía que tuviera que hacerlo —dije bruscamente mientras ella metía las manos bajo mi jersey para acariciar mi vientre—. Mía, tengo que irme. Me están esperando.

—Ahora estás conmigo —susurró rozando mi oreja con su lengua.

Se aferró con más fuerza a mi cuello y no pude evitar apretarla entre mis brazos, ansioso. Mía sabía que me descontrolaba con facilidad y supo provocar esa situación para no dejarme escapar.

Recorrimos enganchados cada rincón del garaje hasta que llegamos al vestíbulo del edificio Gabbana. Ella conocía bien el lugar y sabía por dónde guiarme; afortunadamente tuve tiempo de ver que sus intenciones eran subir a mi habitación y pude impedirlo entrando en una sala del primer piso.

La senté sobre la mesa y me quité el jersey sin dejar de besarla. Acaricié sus muslos mientras su respiración desbocada recorría mi cuello. Mía clavaba suavemente sus uñas en mi espalda atrayéndome, aún más, hasta ella. Mis besos se alejaron de sus labios, los deslicé por su cuello, por su clavícula... y por su vientre antes de volver a subir; sabía que aquello la volvería loca. Efectivamente, soltó un ligero gemido, y yo sonreí levemente escondiéndome tras su ondulado cabello rojo.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó buscando mi boca.

—¿Acaso no es lo que deseas?

Aquel suave e intrigante susurro terminó de excitarla. Tiró de su camisa y tomó mis manos para llevarlas a su pecho. Volví a besarla una vez más mientras me deshacía de su falda.

Ni la amaba ni quería nada serio con ella —en realidad, no quería nada serio con nadie—, pero eso no me impedía disfrutar de aquel momento.



De repente, la melodía de mi móvil (*Amazing*, de Kanye West) comenzó a sonar en el bolsillo de mi pantalón. Me detuve e intenté alejarme de Mía para coger el teléfono, pero ella tiró de mí con furia.

—No es el mejor momento, Cristianno —masculló, intentando retenerme con las piernas.

Miré la pantalla del móvil con el rabillo del ojo cuando ya dejaba de sonar. Era mi primo.

—Así está mejor. —Aquel besó se entremezcló con una nueva llamada.

Mauro insistía, lo que significaba que había problemas. Mi primo no era la típica persona a la que le gustara interrumpir un momento... especial, por llamarlo de alguna manera. Si volvía a llamar significaba complicaciones.

—¡Joder! —clamó Mía empujándome.

En otras circunstancias le habría dicho lo imbécil que era, pero ya me importaba una mierda lo que ella pensara o sintiera. Me preocupaba más lo que me aguardaba tras aquella llamada.

—¿Qué pasa? —pregunté directamente nada más descolgar.

—Franco tiene ganas de pelea.

Sobran las palabras. Si ese capullo amiguito de Valentino Bianchi y su grupito de niños querían pelea habían topado con las personas idóneas para ello.

Me vestí rápidamente y cogí las llaves de mi moto haciendo caso omiso a los insultos que profería la aguda y cabreada voz de Mía detrás de mí. No me importaba que estuviera enfadada; segundos antes, parecía todo lo contrario.

Llegué al garaje y me monté en la moto casi al mismo tiempo que la arrancaba. Mía me dio un ridículo puñetazo en el hombro al ver que no la escuchaba.

—A ver si te enteras, Mía. No eres nadie para controlarme. No te pertenezco y tampoco quiero pertenecerte. No quiero nada contigo. Solo es sexo, ya lo hablamos. No hay sentimientos que me aten a ti, no hay nada entre tú y yo. Así que deja de joderme, ¿quieres? —Encorvé los hombros y le indiqué la puerta con un suave gesto de la barbilla.

Me miró encolerizada.

—Eres un cabrón —masculló saliendo de allí.

—Lo sé —murmuré como si me lo dijera a mí mismo. Pero Mía lo debió de interpretar como si se tratara de una tentativa de arrepentimiento, porque se dio la vuelta y me miró casi sonriente. Una vez más, se confundía—. Pero no me preocupa que alguien como tú me lo diga.



En cuanto salí a la Via del Tritone y pude acelerar, el frío impactó, punzante, en mi rostro. Era molesto y me costaba ver el asfalto, pero no disminuí la velocidad. Al contrario, apreté los dientes y aceleré aún más. Si tenía algún problema con los carabinieri, más tarde lo solucionarían mi padre o Enrico. Ellos eran los dueños de la policía de Roma y nadie cuestionaría la decisión de Silvano Gabbana, el director general.

Las luces de las farolas formaban una línea recta y brillante que yo iba siguiendo a toda velocidad, aunque con el control suficiente para ver cómo las miradas de los transeúntes que paseaban por las aceras se quedaban reflejadas en el retrovisor. No dejaba indiferente a nadie, y si no hubiese tenido tanta prisa, me habría recreado en regalarles algún comentario o gesto obsceno.

De repente, las luces comenzaron a distorsionarse formando pequeños destellos. Había alcanzado una pequeña caravana de coches que circulaban tranquilos por la avenida y tuve que ralentizar mi marcha para poder esquivarlos. Adelanté a varios vehículos rozando los retrovisores, pero cuando los conductores asomaban sus cabezas por la ventanilla para increparme, sus voces se cortaban en seco al reconocermme.

El semáforo cambió del verde al ámbar y, enseguida, al rojo. La avenida que tenía enfrente ya se había llenado de coches que pasaban a toda velocidad, pero no me importó. Aceleré y crucé la calle dejando atrás un alboroto de pitos e insultos.

Kathia

Suspiré y retoqué el maquillaje de mis ojos con un dedo mientras Enrico detenía el coche en doble fila. Me miró sonriente.

—Deja de retocarte, ya sabes que estás estupenda. Estarlo más sería delito, créeme.

Le miré resoplando. Aquellos cumplidos no me los podía hacer una persona con las características de Enrico. Terminaría enamorándome de él.

—¿Por qué no dejas a mi hermana y te vienes conmigo? —le supliqué.

Soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás. Era increíble lo mucho que se parecía a Leonado DiCaprio. La única diferencia era que Enrico era algo más varonil y tenía el pelo más corto.



— Lo he pensado, en serio. Aunque la diferencia de edad...

— Solo tienes veintisiete años, Enrico — le interrumpí sonriente.

— Bien, entonces escapémonos. Ahora mismo. — Se inclinó hacia delante y me besó en la mejilla —. Que lo pases bien y sé buena con los muchachos.

— No lo creo. — Salí del vehículo al tiempo que descubría a un grupo de tres chicos mirándome fijamente.

Eran de mi edad y parecían el típico grupo de hippies que se pasa la tarde fumando maría y bebiendo té con algún aditivo extra.

Decidí divertirme un poco. Cerré la puerta del coche y apoyé los codos en ella mientras insinuaba mis piernas. Enrico sacudió la cabeza.

— No seas mala — sonrió.

Solté una carcajada mientras agitaba el pelo. La imagen quedó más imponente gracias a una débil ráfaga de viento.

— Será mejor que me marche.

— Sí. Si necesitas algo, llámame — me dijo Enrico.

— De acuerdo, te quiero.

— Yo también.

Enrico se marchó cuando mi móvil comenzó a sonar. Abrí mi bolso aprisa y encontré el nombre de Erika parpadeando en el centro de la pantalla. Descolgué acelerada.

— Si te dijera que eres la tía más guapa de todo Roma y que me muero de envidia por ese cuerpazo que tienes, ¿me creerías? — Su voz sonó jovial, como siempre.

— Sabes que sí — repuse utilizando un tono bastante narcisista.

Los chicos seguían observándome.

— ¡Bien! ¡Sigues siendo la misma creída de siempre! — La escuché detrás de mí.

No me dio tiempo ni a reaccionar cuando ya la tenía presionando mi cuerpo con fuerza. Comenzó a gritar mi nombre y a dar saltos. Varias personas nos miraban sorprendidas, pero no era de extrañar, parecíamos dos histéricas sin pudor alguno.

— ¡Kathia! — volvió a gritar aferrándose a mi cuello.

— ¡Erika! — La abracé, y volví a oler aquel aroma fresco a limón y jazmín.

— Joder, la espera se me ha hecho eterna. ¿Tú sabes lo que me has hecho pasar?

— No hace falta que me lo jures. No veía la hora de verte.



Percibí un extraño cambio de apariencia en ella. Tenía el cabello igual de largo, pero desmontado y con unas suaves mechas cobrizas sobre su color castaño. El flequillo también estaba retocado; se lo había cortado a la altura de las cejas, lo que hacía que sus dulces facciones y sus ojos caramelo fueran más intensos.

— ¿Qué te has hecho en el pelo? — pregunté después de examinarla.

Ella se echó a reír inclinando la cabeza hacia atrás.

— ¿No te gusta?

— Te queda genial.

— Quería cambiar de imagen, y Luca y Daniela me aconsejaron.

— Estás preciosa. Por cierto, ¿Luca y Daniela?

— Sí, nos están esperando en el Giordana's. Tengo muchas ganas de que los conozcas.

No me di cuenta de que habíamos comenzado a caminar y ya estábamos atravesando la Piazza Navona. Me explicó un montón de cosas en los pocos minutos que tardamos en llegar a la cafetería. No dejaba de parlotear sobre todos los amigos que había hecho, sobre los chicos que había conquistado, sobre los problemas con su padre y su nueva novia... Aunque este tema quiso tocarlo bien poco.

— Bien, este es el Giordana's. Está genial, seguro que te gusta — me aseguró Erika en la puerta del local.

El ambiente era de los 80. Suelo de cuadros negros y blancos; barra blanca iluminada, con los bordes redondos y dispensadores de helado de la época; paredes rojas, y sillas forradas de cuero. Daba la impresión de estar en la película *Regreso al futuro*. Me fascinó. Del hilo musical surgía *Edge of seventeen* de Stevie Nicks y no pude evitar cantarla por lo bajo.

Erika me miró y sonrió sorprendida.

— Me gusta esta canción — casi sonó a excusa, pero sonreí.

— ¿Por qué no le metes algo de *swing* mientras caminas?

— Sabes que lo haré.

Aunque en el local había gente, no me corté a la hora de caminar al ritmo de la melodía. De la mesa del final se levantó un muchacho delgado que vino a mi encuentro, bailando. Erika soltó una carcajada y supe que se trataba de Luca. Iba bien peripuesto. Llevaba el flequillo hacia un lado y el resto de su negro cabello engominado hacia atrás. Dos pequeños aros adornaban sus orejas y sus labios brillaban de una forma especial, seguramente por el brillo labial.



— ¡Kathia! — clamó aquel chico, con una voz estridente. — ¡Uau, chica! ¡Eres más guapa que en las fotos! Y créeme, eso es muy difícil, encanto — añadió tocando cada curva de mi cara como si fuese un ciego reconociendo a una persona—. Muy difícil, ¿has pensando en trabajar como modelo?

— Gracias, pero no. No me va ese rollo.

— Ella es más de números — añadió Erika, sonriendo—. Concretamente, de ciencias. Quiere estudiar Bioquímica clínica.

— Vaya, nena, con la cantidad de carreras que hay en medicina, escoges la más sencilla — dijo, irónicamente, una muchacha morena. Ella debía de ser Daniela.

— ¡Dios, qué lastima! Podría hacer una gran campaña contigo — continuó Luca. Vi enseguida que aquel muchacho no dejaría de hablar — ¡Y qué ojos! ¿Son lentillas?

— No... — Sonreí mientras observaba cómo Luca escudriñaba mis ojos.

— Jamás he visto un gris tan deslumbrante... ¡Es increíble!

— Poca gente tiene ese color... — añadió Erika.

La escena no podía ser más peculiar: la chica que parecía ser Daniela y yo observábamos cómo Luca y Erika conversaban sobre mis ojos.

— Muy poca — prosiguió Luca.

— Aunque sé de alguien...

— ¿Quién?

— Cristianno — contestó Erika.

— ¿Qué Cristianno?

— Nuestro Cristianno. Cristianno Gabbana. Aunque él los tiene azules.

Aquello fue una sorpresa para mí. No esperaba que el hijo pequeño de Silvano Gabbana entrara en nuestra conversación; mejor dicho, en su conversación.

— ¡Oh sí! Cristianno Gabbana. Está tan... — Luca levantó los ojos al techo, soñando con quién sabe qué fantasías.

— Bueno, ya basta... — interrumpió Daniela, pestañeando. — Yo soy Daniela y si te estás preguntando si Luca es así siempre; la verdad es que sí, es así — me dijo mientras me daba un beso—. Encantada de conocerte al fin.

— Ten cuidado, Kathia. Daniela proviene de los rottweiler — dijo Luca, bromeando con ella.

— ¡Cállate! — Le propinó un empujón.



Daniela llevaba el cabello, de color negro azabache, cortado justo sobre los hombros. Su largo flequillo dejaba entrever unos ojos aguamarina que me deslumbraron. Me encantaba su estilo. Vestía de una forma más urbana, aunque resultaba sensual y muy femenino. Se le notaba una personalidad fuerte y resolutiva, con seguridad en sí misma..., sin duda una anomalía entre los adolescentes. Su tono de voz, tan cálido, me tranquilizaba.

— Bueno, Kathia, ¿has probado los helados del Giordana's? — preguntó Daniela aferrándose a su bufanda de lana malva.

— Esperaba hacerlo ahora mismo.

Cristianno

Vi la Piazza de la Marina en cuanto di la última curva. La pelea ya había comenzado... con más gente de la que esperaba. El grupito de Franco y sus muñequitas había venido acompañado de más acólitos. Nos doblaban en número.

Unas ancianas que pasaban por allí salieron escopeteadas al ver aquel espectáculo de patadas y puñetazos. Me dio tiempo a ver que una de ellas se disponía a telefonar; pronto tendríamos la visita de los carabinieri.

Detuve mi Yamaha YZF R1 negra hincando la rueda delantera en el asfalto de una forma un tanto agresiva. Soltó un chirrido que vino acompañado de una débil humareda blanca, que no me impidió ver cómo uno de los gemelos Carusso, Stefano, sujetaba los brazos de Mauro mientras Franco le daba un golpe en el estómago. Mi amigo Alex tenía la cabeza de Claudio bien aferrada entre su brazo y las costillas y no dejaba de darle puñetazos. Otro muchacho saltó sobre él, pero Alex se zafó rápidamente sacudiendo los hombros. Nadie quería pelearse con Alex. Era un tío de metro noventa, grande y muy fuerte. Costaba adivinar que tuviera dieciocho años.

Francesco, el otro gemelo, y otros dos niños más intentaban retener a Eric. Este sonreía mientras los esquivaba. Eric era pequeño y muy escurridizo, así que en una pelea lo único que podías hacer era correr tras él.

Sin embargo, lo que más me molestó fue ver que un muchacho, rezagado del meollo, grababa la pelea desde su móvil.

Apreté los labios mientras me bajaba de la moto tirándola a un lado. Solo llevaba unas semanas con ella, pero no era la primera vez que rompía algo. Qué más daba, podría comprarme otra cuando quisiera.



Me lancé sobre el muchacho, que no me había visto llegar. Le arranqué el móvil y, con él, le di un puñetazo en la cara. El aparato se hizo trizas entre mis dedos. Cayó al suelo fulminado; uno menos.

Ahora Franco era mi objetivo y fui a por él con decisión. Levanté la pierna y la lancé contra su pecho con tal fuerza que lo tiré al suelo. Al caer, pude oír un pequeño gemido. No dejé que se levantara, salté sobre él y le di un puñetazo que impactó en la mandíbula. Su cabeza rebotó contra el suelo, y el labio y la nariz comenzaron a sangrarle. Aun así, sacó fuerzas de donde no las tenía para revolverse y empujarme. Caí y se colocó sobre mí. Mauro desvió el golpe que iba a darme con una patada. Aquel simple gesto hizo que yo volviera a darle otro puñetazo. Lo que no esperaba era que Claudio se zafara de los brazos de Alex y me diera una patada en la ceja.

Noté cómo la sangre se deslizaba por mi cara, pero eso no impidió que me lanzara sobre él. Le di un puñetazo en el estómago y comencé a pegarle en la cara mientras gritaba.

De repente, se oyeron las sirenas de la policía acercándose. La jodida llamada de las viejas había sido muy efectiva. Era el momento de salir cagando leches, pero no podría hacerlo en la moto porque venían por esa dirección.

Mauro tiró de mí con fuerza y me puso en pie.

—¡Vamos, tenemos que irnos, Cristianno! —gritó Alex comenzando a correr.

Eric le siguió y, tras ellos, los gemelos y el muchacho del móvil, que iba sangrando.

—¡Cristianno! —chilló Mauro.

Franco, ya de lejos, me observaba con una sonrisa fanfarrona y mirada interrogante. Sabía que ahí no terminaba la cosa. Se había atrevido a tocar a mi primo y a mis amigos, y eso no lo podía consentir. Me encargaría de él en cuanto se volviera a cruzar en mi camino.

—¡Estás muerto, hijo de puta! —clamé antes de sentir como Mauro me obligaba a correr.

Un coche de los carabinieri apareció cortándonos el paso justo cuando íbamos a cruzar la calle. Reboté contra él y me impulsé hacia delante saltando sobre el capó. Retomé velocidad y dejé al policía saliendo del coche. Mauro retrocedió y se perdió entre los árboles. Por suerte, la atención no estaba puesta en él... sino en mí.



CAPÍTULO 2

Kathia

— **A** Viale delle Magnolie, lo más rápido posible, por favor — dije sabiendo que llegaría con retraso. Solo faltaban diez minutos para las doce.

Coger un taxi en el Corso del Rinascimento me llevó cerca de quince minutos. Y cuando lo logré, me topé con un vehículo que parecía rodar de puro milagro. Al tomar asiento, me clavé las bolitas de color teja de la funda del asiento. La voz de una cantante con problemas de garganta surgía de la radio. —Me llevó unos segundos reconocer que se trataba de música árabe—. Un olor a kebab rancio cubría todo el interior.

—Dios, tendré que volver a ducharme en cuanto llegué —mascullé al descubrir que había grasa por todos lados—. Dígame, ¿ha pensado en lavar este trasto?

El hombre sonrió y aceleró de golpe provocando que me estampara contra el asiento delantero. Lo hizo a propósito, pero no me molestó. Es más, sonreí.

—Señorita, se hace lo que se puede.

—Si usted lo dice.

Para ser casi medianoche, el tráfico era insufrible. Tan solo tres calles nos había llevado los diez minutos que tenía de límite. Y ahora nos encontrábamos en otro atasco en la Via del Corso.

—¿Está usted seguro de que este era el camino más corto?

—En Roma no hay atajos, señorita. Debería saberlo.

—Ya, claro. Usted está buscando propina —resoplé mientras el hombre sonreía.

—Por supuesto. Tengo que alimentar a mis tres esposas.

Le miré con los ojos abiertos de par en par.

—¿No lo dirá en serio?

Mi comentario le hizo aún más gracia.

—Solo bromeaba. —Negó con una mano.



—En fin, si acepta tarjeta, podemos llegar a un acuerdo. Siempre y cuando no lleguemos más tarde de las doce y cuarto. De lo contrario, se encontraría con un cadáver —le dije tan dramáticamente como pude.

—¿Dónde vive exactamente?

—En la mansión Carusso.

El taxista abrió la boca ligeramente. Después me observó por el retrovisor. Sin duda, no esperaba que viviera allí.

—¿Y qué hace cogiendo un taxi? —preguntó avanzando unos metros y volviéndose a detener.

Por suerte, ya estábamos en la Piazza del Popolo.

—Quiero independencia...

De repente, su puerta se abrió y un muchacho arrancó al taxista del asiento de un tirón. Solté un chillido al verle rodar por el suelo mientras se quejaba y maldecía. El muchacho se subió al coche, cerró la puerta y comenzó a maniobrar de una forma tan experta como brusca. No me dio tiempo a verle la cara, porque caí entre los asientos cuando dio un giro violento, pero sí pude escuchar cómo chocábamos con varios vehículos.

Me incorporé sin dejar de gritar.

«Que no sea un secuestro. Que no sea un secuestro», me iba diciendo a mí misma para tranquilizarme.

Volvió a virar rápido para entrar en la Piazza del Popolo sin el menor temor a atropellar a algún peatón. Dios, iba a morir, seguro.

Le miré. Era joven, de mi edad más o menos.

—¡Me cago en la puta! ¡¿Cómo coño se apaga este trasto?! —gritó sofocado, intentando apagar la radio.

Será gilipollas.

Soltó el volante y se puso a darle golpes con el puño y con la pierna como si se le fuera la vida en ello. ¡Estaba loco!

La chica con problemas de garganta dejó de sonar enseguida, pero la música fue sustituida por las sirenas de la policía. Venían detrás de nosotros.

—Maldita mierda de coche. ¿Por qué coño no he cogido el Fiat? —gritó, a la vez que se percataba por fin de que tenía compañía tras él—. ¡Joder!

Aproveché para atacar y me lancé sobre él dándole patadas.



—¡No me secuestres, capullo! ¡Déjame bajar! —chillé con fuerza mientras él esquivaba mis golpes.

—¿Quieres estarte quieta?! ¡Estás delirando!

El coche se desvió de repente y chocamos contra un muro. Salí despedida hacia delante y me golpeé la cabeza y los hombros contra el salpicadero. Los cristales cayeron sobre mí, pero enseguida percibí cómo el chico me cubría. De milagro, no sufrí ningún corte.

Lo empujé y me arrastré hasta la puerta con el cuerpo dolorido. Me lancé al suelo y caí en un charco justo antes de que otro chaval se tropezara con mis piernas. ¿De dónde había salido este?

—¿Vienes a por más?, Franco —dijo mi presunto secuestrador.

—Me subestimas.

El tal Franco se lanzó a por el otro muchacho y comenzaron a pegarse prácticamente sobre mí. Intenté escapar, pero cayeron al suelo y Franco me dio un puñetazo en el hombro.

—Quita de aquí, joder —me espetó.

Le di una patada justo cuando un policía me sujetaba por la espalda y me arrastraba fuera de allí. El acero caliente del capó fue lo que sentí en mi cara mientras unas esposas me inmovilizaban las muñecas.

Estaba detenida.

Cristianno

Franco logró escapar mientras detenían a la chica. Quise ir tras él, pero ya me habían cazado. Me empujaron contra la pared y me pusieron las esposas.

—Cristianno, ¿cuándo aprenderás? —se mofó uno de los guardias.

—Tú no podrás ver ese día porque estarás de guardia de seguridad en un centro comercial.

Me encargaría de ello en cuanto pudiera.

—Qué gracioso. —Hizo una mueca antes de empujarme hacia el coche—. Vamos, esta noche dormirás en el calabozo.



La muchacha no dejaba de gritar y se resistía a entrar en el vehículo. Estaba toda desaliñada, pero aun así exhibía un cuerpo increíble... y bastante ágil. Colocó una pierna en la puerta y empujó hacia atrás provocando que dos policías tuvieran que reducirla. Finalmente entró y comenzó a dar patadas a los asientos. Sonreí.

—Señorita, cálmese o tendrá problemas.

—¡Ya los tengo! ¡Le juro que se arrepentirán de esto! —les gritaba, y yo opinaba lo mismo—. Yo solo iba hacia mi casa cuando este gilipollas —dijo señalándome con la cabeza. Alcé una ceja, incrédulo— sacó al taxista del coche y comenzó a conducir como un loco.

—Todo eso podrá contarlo en comisaría.

—¡¿Qué?! ¡Oh, Dios mío! —Dejó de hablar y se desplomó en el asiento.

Por fin pude observarla con tranquilidad. Era increíblemente guapa; piel pálida y tersa, labios carnosos, nariz perfecta y unos ojos grises deslumbrantes. Casi iluminaban la penumbra del vehículo. Tenía el cabello muy largo y liso, de un castaño ceniza más claro que oscuro. Del cuerpo no pude ver mucho, pero apuntaba maneras.

—¿Qué coño estás mirando, imbécil? —me preguntó clavando aquellos ojazos en los míos. Jamás había visto una belleza igual.

—¡Eh, tranquila! Deberías relajar el labio... mira, se hace así. —Comencé a mover la boca lentamente.

—Serás... —Se lanzó a por mí.

Poco podía hacer con las manos detrás de la espalda, pero un mordisco podía hacer daño.

—Giorgio, esta chica intenta matarme —le dije a uno de los policías en tono jocoso.

—Si lo consigues, le estaré eternamente agradecido.

—¡Ja! qué gracioso. —La empujé con un hombro—. ¿A qué comisaría vamos?

Giorgio me miró con cara de pocos amigos mientras la muchacha me enviaba miradas asesinas.

—Ya lo sabes.

—No, no lo recuerdo —ahora me tocaba mofarme a mí. Sabía exactamente donde nos dirigíamos.

—A Trevi, y ahora cállate —le gruñó el policía.

Trevi, perfecto. En una hora estaría en la calle.



Kathia

Mi compañera de celda se sentó justo a mi lado y me observó con... ¿avidez? Rezaba para que Enrico llegara cuanto antes. Ya le había llamado y me había dicho que no tardaría. La verdad es que parecía bastante tranquilo, como si ya supiera lo que había ocurrido. Al niño chulo se lo habían llevado a otra celda, así que no sabía si había hecho su llamada ni si le dejarían salir pronto. Esperaba que no, y que se pudiera allí dentro.

Aquella mujer tan desagradable comenzó a invadir mi espacio vital abalanzándose sobre mí lentamente.

—¿No sería mejor que habláramos un rato? Tu y yo podríamos ser amigas.

No, no seríamos amigas nunca.

Su boca dibujó algo parecido a una sonrisa. De repente, estampó su nariz en mi mejilla e inhaló mi aroma ruidosamente. Me quedé quieta, con los ojos como platos y sin saber qué hacer.

—Kathia Carusso di Castro —llamó justo en ese momento el policía que respondía al nombre de Giorgio.

Me levanté ipso facto y me lancé a los barrotes entre los que ya veía la tranquilizadora figura de Enrico.

—¡Gracias al cielo! —exclamé antes de que la puerta se abriera—. Quitá de en medio. —Empujé al policía que me franqueaba la puerta y me tiré al cuello de Enrico.

Sus brazos me rodearon suavemente, apretándose contra su cuerpo. Su calor me calmó... pero solo unos segundos. Cuando volví en mí, me aparté de él y comencé a despotricar.

—Mi primera noche en Roma y acabo aquí por culpa de un capullo que está loco. Créeme Enrico, temí por mi vida. Deberían encerrarlo en un manicomio. Comenzó a pegarse con otro tío y me aplastaron. Y minutos antes nos estrellamos contra un muro. ¡Mira mi ropa!

Extrañamente, Enrico parecía divertido. Me cogió de los hombros y me obligó a mirarle.

—Cálmate, Kathia, mi amor. No hay de qué preocuparse.

—¿Que no hay de qué preocuparse? ¡Mi padre me matará!



— Angelo cree que duermes en casa de Erika. Ya está todo listo, ella te espera en su casa.

Volví a abrazarle.

— Eres mi ángel.

En ese momento, la reclusa estiró el brazo, cogió un mechón de mi cabello y comenzó a olisquearlo entre los barrotes. Giorgio la alejó y a Enrico se le dibujó una sonrisa al ver mi cara de terror.

— Quieta, Rosa — dijo el policía.

— Sácame de aquí ahora mismo — murmuré con voz ahogada.

— Tengo que quedarme, fuera te espera un coche que te llevará a casa de los De Rossi.

Me besó en la frente y me alejé de él a toda prisa sintiendo cómo su mano se separaba de la mía cuando nuestros brazos ya no podían estirarse más.



CAPÍTULO 3

Cristianno

Usher sonaba con la canción *Trading Places* mientras me acomodaba en el Bentley de Enrico. Ya sabía que Mauro, Alex y Eric estaban a salvo en mi casa, y que mi padre esperaba a que llegara. Me aguardaba una buena bronca y, en realidad, con motivos. Era la cuarta vez que visitaba los calabozos de la comisaría de Trevi en lo que iba de año. Y tan solo habían pasado ocho días desde Nochevieja.

—¿Sabes a quién has arrastrado contigo a comisaría? —me preguntó Enrico aparentando seriedad, pero conteniendo una sonrisa.

Enrico sabía el motivo de mi detención y opinaba que debía haber sido más duro con Franco.

—A una tía que estaba buenísima —recordé sus largas piernas—. En serio, Enrico, si la hubieses visto, hasta tú te hubieses quedado aluciendo.

Soltó una carcajada.

—Ya veo. En realidad, sí, era muy guapa.

—¿Pudiste verla? —pregunté extrañado.

—La saqué del calabozo, Cristianno.

—¿Cómo? —Ahora estaba todavía más perdido.

Detuvo el coche frente al garaje del edificio Gabbana. Cogió un pequeño mando, lo sacó por la ventanilla y pulsó el botón. La puerta comenzó a elevarse y Enrico aprovechó para mirarme.

—Esa «tía» que estaba buenísima era Kathia Carusso.

Si esperaba sorprenderme, lo consiguió. Le miré boquiabierto y con los ojos desencajados. Joder, si Angelo se enterase de que su hija pequeña había estado en el calabozo por mi culpa, me mataría.

«Con la de coches que había en la Via del Corso, y tuve que coger el taxi que llevaba a Kathia», pensé.



—¿Lo sabe Angelo? —pregunté temeroso.

—No, pero lo sabe Silvano.

—¡Es increíble, Cristianno! Sabes que no puedes ir por ahí pegándote con el grupito de Franco. No dejas de estar en boca de todos y eso nos traerá problemas —dijo mi padre, alterado pero intentando no gritar para no despertar a mi madre y a mis hermanos mayores—. Encima, has metido a Kathia Carusso de por medio. ¿Sabes que hará la prensa si se entera? ¡Jesús!

Sentado en un sillón, observaba cómo mi padre caminaba de un lado a otro fumando sin parar.

—Lo siento, tío Silvano. No volverá a ocurrir —dijo Mauro poniendo cara de no haber roto un plato en su vida.

—Tú a callar, ya te hemos calado —dijo su padre, mi tío Alessio—. Y vosotros... —Miró a Alex y a Eric— ¿Le disteis duro? —Les guiñó un ojo.

Todos nos miramos algo confundidos, pero terminamos riendo.

Estuvimos cerca de una hora comentando la pelea. Incluso Eric la representó en el centro del salón. Lo que comenzó como una reprimenda, terminó como una reunión de colegas que se explican unos a otros sus batallitas.

Sin embargo, durante todo ese tiempo mi mente no estaba en aquel salón, sino en una chica de deslumbrantes ojos grises.

Kathia

El lunes a primera hora me reuní con Erika, Daniela y Luca en la entrada del San Angelo. En ese colegio iba a cursar el último curso de enseñanza media antes de ir a la universidad. Me sorprendió que el edificio fuera tan grande. Incluso tenía aparcamiento.

Como bien planeó Enrico, mi padre no se había enterado de nada de lo que ocurrió el sábado, así que pude pasar el resto del fin de semana con Erika y sus amigos dando largos paseos por la ciudad y gastando dinero con la tarjeta. Por supuesto,



fuimos caminando a todas partes. No podía arriesgarme a tener otro tropiezo. Estaba segura de que pasaría un tiempo hasta que volviera a coger un taxi.

Cuando se lo expliqué a mis amigos, se partieron de risa. No entendí por qué les hizo tanta gracia, la verdad.

Entré en la secretaría. Por su decoración, parecía que estabas en la consulta de un médico de pago: sillones oscuros flanqueando una mesa de cristal con un bonito jarrón con flores rojas. No me extrañaría que esos colores estuvieran pensados para que combinaran con nuestros uniformes. La pared estaba llena de cuadros de alumnos ya graduados y artículos de periódico.

El San Angelo era la mejor institución educativa de Roma y sus becas eran muy sonadas. Había una lista de espera de casi dos años para poder entrar. Algunos, como mi padre, se la saltaban utilizando las influencias.

Contemplé mi imagen ataviada con el uniforme en un espejo que colgaba en la pared del fondo. La falda de pliegues roja con los típicos cuadrados en amarillo y negro dejaba al descubierto mis rodillas, algo que en mi antiguo uniforme era impensable. De hecho, aquel conjunto era totalmente diferente al del internado. Era atrevido, incluso sexy, y muy rojo. La camisa blanca se ceñía a la cintura, lo que ayudaba a marcar la figura. El polo rojo era algo más holgado y clásico, con el nombre y el escudo del instituto bordado en hilo dorado, como una imagen típica de la realeza. Aquel jersey era optativo llevarlo, pero a mi madre no le parecía bien que prescindiera de él (me lo quité en cuanto salí de casa). Lo más discreto, por así decirlo, era la corbata y las medias que ocultaban parte de mis rodillas y casi se unían a la falda. Y después estaban los zapatos, que llevaban algo de tacón siguiendo las normas imperantes. Por supuesto, yo me puse unos más altos.

Me acerqué al mostrador, donde una secretaria mordisqueaba un bolígrafo entre sorbo y sorbo de su café.

— Buenos días, soy Kathia Carusso di Castro.

La secretaria se levantó sonriente y se puso a rebuscar mi matrícula en los archivos ordenados alfabéticamente que había tras ella. Extrajo mi carpeta, la abrió y cogió un folio que no tardó en sellar y firmar.

— Bien, estás en Ciencias, ¿verdad? — dijo, mientras se quitaba el bolígrafo de su boca.

— Así es.

— Tu clase es cuarto D. Aquí tienes el horario. ¿Quieres que te acompañe?

— No, no se preocupe. Tengo amigas que van a la misma clase. — Desvié la mirada hacia la puerta. Me saludaron de forma escandalosa desde fuera.



— Genial. Una chica sociable, me alegro —añadió, entregándome el horario—. Bueno, pues que tengas un buen día de clase, Kathia.

— Muchas gracias.

— Si necesitas algo, aquí estaré. Por cierto, me llamo Antonieta.

— Estupendo, Antonieta. Buenos días. —Salí de la secretaría mirándome el horario.

Compartiría clase con Daniela.

— Bueno, ¿cuál es tu clase? —preguntó Luca, expectante, en cuanto abrí la puerta de cristal.

— Cuarto D.

Erika resopló algo decepcionada.

— En fin, nos veremos a la hora del recreo. Mi clase está en el otro extremo del pasillo. La comparto con tu querida prima.

— ¡Y conmigo! Que no se te olvide —añadió Luca.

— ¿Quién es tu prima? —preguntó, curiosa, Daniela.

— Giovanna Carusso.

— ¡Joder!

En ese momento, Erika miró por encima de mi hombro. Su cara reflejaba entre fascinación y aturdimiento. Jamás la había visto así.

Un muchacho moreno con ojos azul oscuro se acercó y la saludó fríamente. Curiosamente, me recordó al loco del taxi. Debía de estar obsesionada.

— Hola Mauro. No me has llamado en todo el fin de semana —dijo Erika dándole un suave beso en los labios.

Sin duda, aquel debía de ser el chico del que tanto me había hablado. No terminaban de ser novios, pero ella tenía interés. Más del que él sugería; parecía aburrido.

El tal Mauro me miró y sonrió, pasando de responder a Erika.

— Hola, Kathia —dijo arrastrando mi nombre. Sonó sexy.

— ¿Y tú eres? —pregunté incrédula.

¿De qué me conocía?

Erika le lanzó una mirada asesina. Estaba molesta, lo sabía.

Mauro se acercó hasta mí y me dio dos besos.



—Mauro Gabbana. Si haces memoria, te acordarás de mí —Sonrió—. Yo y mi primo solíamos enterrarte en la arena cuando veraneábamos en Cerdeña. Qué tiempos...

Por supuesto que me acordaba. Una vez estuve escupiendo arena durante todo el día. Suerte que Enrico y Fabio Gabbana me protegían.

Había cambiado muchísimo, pero seguía siendo muy guapo. Debía de ser el gen Gabbana: absolutamente todos los miembros de la familia eran apuestos. Aunque en ocasiones la naturaleza se excedía más con unos que con otros. Recordé a Cristianno Gabbana. La última vez que lo vi tenía ocho años, pero ya era el más guapo de todos... Y también el más travieso.

—¡Vaya, cuánto tiempo! Casi no me acordaba, lo siento —exclamé sonriente antes de darle un abrazo. La verdad es que me alegraba mucho de verle.

—Estás perdonada. ¿Cuándo has vuelto?

—El sábado.

—Lo tuyo es suerte, Kathia. Al final conocerás a todo el instituto en menos de una hora —dijo sonriente Daniela—. ¿Qué pasa, Mauro? ¿A mí no me saludas?

Mauro fue a por ella a la vez que Luca le daba un codazo simulando estar cabreado.

—Para ti también hay, guapita.

—No me llames así. —Luca fingió molestarse. —Seré gay, pero me gusta mi nombre.

El timbre interrumpió nuestra conversación, lo que hizo que también me fijara en que Erika se había quedado un poco apartada y nos miraba con los brazos cruzados sobre el pecho. Ahora sí que estaba enfadadísima. Me pregunté si me echaría a mí la culpa.

Se despidió de mí con un gruñido nada más llegar al segundo piso, y se alejó caminando aprisa mientras Luca le gritaba que esperara.

Miré a Daniela, desconcertada.

—Es por Mauro. Él no le hace mucho caso —explicó antes de cogerme del brazo y comenzar a caminar—. Pero no te preocupes. Venga, que te pondré al día.

Comenzó a señalar a diversas personas con las que nos íbamos cruzando por el pasillo; me decía sus nombres y cómo eran. En ese momento mi prima pasó justo a nuestro lado.

—Dios las cría y ellas se juntan —dijo escondiéndose detrás de mi hombro.

Daniela quiso hablar, pero la interrumpí.



—¿Es por eso por lo que somos primas, Giovanna? —dije dándome la vuelta y cruzando los brazos.

Me miró de arriba abajo y salió disparada.

—Creo que he encontrado mi alma gemela. Con la diferencia de que tú eres sexy de natural y yo tengo que luchar por serlo. —Daniela meneó la cabeza de un lado a otro.

—No desesperes.

—Lo intentaré. —Reímos antes de que prosiguiera con sus fugaces y agudos retratos—. Esa es Nikki Gilardino, y la larguirucha es Mía Fiorentini. Son las secuaces de tu primita. Igual de zorras, créeme.

—No creía que nadie pudiera igualarla —dije.

Daniela soltó una carcajada.

Nikki era una morena bajita y peripuesta, pero la llamativa (si se le puede llamar así) era Mía, una pelirroja estirada que enseguida me recordó a una llama.

—Y esa que está apoyada en la pared es Laura. —Daniela se acercó a mí para susurrarme—: No te fíes de ella, es una chismosa. También es la encargada del periódico de la escuela.

Era una chica rubia y bastante atractiva. De lejos se podía confundir con una Barbie en edición limitada... no por prestigiosa, sino por lo pronto que se hartarían de ella.

Con el dedo índice se enroscaba un mechón de su cabello mientras coqueteaba con un chico de cuerpo perfecto. Me recreé en mirarle. Nadie llevaba el uniforme como él: desenfadado, pero elegante. Era desgarrado y alto, de espalda ancha y marcada. Solo la visión de sus hombros ya incitaba a fantasear. De cintura para abajo..., aparté la mirada. Se me estaba yendo la olla. Me imaginaba qué haría si estuviese en la posición de Laura; para empezar, no entrar en clase.

El chico tenía un brazo apoyado en el marco de la puerta de mi clase y susurraba algo a Laura con sensualidad mientras deslizaba sus labios por la mejilla de la chica.

Daniela solo me había ido informando sobre las chicas, así que decidí preguntarle por el sector masculino del colegio. Pero cuando iba a hacerlo, ya en la entrada de la clase, me topé con su rostro.

El muchacho que coqueteaba con Laura ¡era el mismísimo loco del taxi! Me sobresalté tanto que choqué con el marco de la puerta. Él me miró por encima de su brazo y me sonrió de una forma tan sensual que por un momento me quedé embobada



mirando su boca. Reaccioné enseguida poniendo cara de asco para disimular. Él sonrió más.

— ¡Tú! — susurré impactada.

— Hola, Kathia. — El tono de su voz me recordó al de Mauro —. Debo decir que el uniforme te queda de escándalo.

— Cállate — interrumpió Daniela tapándole la boca. Sonrió mientras lo hacía.

Entré con ella en clase y caminé hacia el pupitre del final casi sin darme cuenta.

— ¿Estás bien? — preguntó Daniela.

— ¡Ese de ahí es el capullo que robó el taxi! — dije exaltada, señalándole.

Venía hacia mí mientras yo tomaba asiento.

— ¿Cristianno Gabbana? ¡Lo sabía! — Dani chasqueó los dedos.

— ¡¿Cristianno Gabbana?!

Cristianno

— ¿**M**e llamabas? — Tomé asiento a su lado con la vista fija en un botón de su camisa que andaba suelto. Pude ver el inicio de su pecho.

Laura apareció detrás del cristal que daba al pasillo y me hizo un corte de mangas antes de entrar en su clase.

Ciao, bella, pensé acercándome más a Kathia.

— Vete de aquí — masculló con aquellos labios carnosos.

— Es mi clase.

— Vete del pupitre.

— Es mi sitio.

Kathia miró a Daniela con ojos interrogantes. Mauro apareció en ese momento.

— Es cierto, es su sitio — dijo Daniela, encogiéndose de hombros.

— Mauro, ¿te importa sentarte con Dani? — Ni siquiera le miré, solo tenía ojos para intimidar a Kathia.

Estaba comenzando a divertirme.



— ¡No! Me sentaré yo con ella. — Se acercó demasiado.

Quiso levantarse, pero se lo impedí coincidiendo con la llegada de la señora Sbaraglia, la profesora de biología. Miré a Kathia directamente y le guiñe un ojo; esperaba que resoplara o que hiciera cualquier gesto de desesperación, pero no hizo nada. Solo me observó fijamente mientras apretaba la mandíbula. Me estaba retando, así que le concedí el placer aceptando el reto con una sonrisa.

— Soy Cristiano Gabbana. — Me acerqué a ella —. Me alegro de verte.

— Kathia Carusso — dijo mirándome a los ojos —. Yo no puedo decir lo mismo.

— Señora Sbaraglia, me alegra informarle — dije con sorna recostándome en el asiento — que tenemos una nueva alumna.

Kathia frunció los labios antes de enviarle una sonrisa a la profesora.

— ¡Oh, sí! — Sonrió Sbaraglia mirando su ficha —. Es cierto.

— Propongo que se presente, ¿qué le parece? — Miré a mi nueva compañera de asiento de forma chulesca y comprendí por su gesto que ya me odiaba. ¡Perfecto! Un nuevo récord.

— ¡Por supuesto! — ratificó la profesora.



CAPÍTULO 4

Kathia

Tomé asiento en la cafetería con un café entre las manos. Me había reunido con mis amigos y esperaba que los treinta minutos de recreo me sirvieran para calmarme. Cristianno había estado jodiéndome las tres primeras horas y mucho me temía que insistiría en las tres próximas.

Saqué mis apuntes de química y comencé a realizar unas fórmulas.

—Me parece increíble. Cristianno nunca se sienta con nadie que no sea Mauro —dijo Luca risueño.

Al parecer, sus otros amigotes iban a otra clase. Intenté no distraerme con la conversación... pero no lo logré.

—Bueno, Kathia, ¿qué pensaste cuando reconociste que era el «loco» del taxi? —añadió Luca provocando las risas de mis amigas.

Resoplé poniendo los ojos en blanco, pero de inmediato me quedé petrificada. Por encima del hombro de Erika vi cómo Cristianno y sus amigos se acercaban con decisión. Pensé que pasarían de largo, pero Cristianno cogió una silla de una mesa cercana y la colocó justo a mi lado. Tomó asiento de la manera más condenadamente sexy que había visto en mi vida. Apoyó sus codos sobre las rodillas entreabiertas y me contempló con el gesto torcido. Todo en él me provocaba; y fui consciente de que si me quedaba mirándole demasiado tiempo, corría el riesgo de perder la cabeza.

Saludó a los demás dedicándoles su mejor sonrisa, que terminó cuando me miró a mí. Su primo, Mauro, prácticamente se vio obligado a sentarse al lado de Erika, pero ella fingió no prestarle atención; se estaba haciendo la ofendida. Un muchacho alto y fornido acarició el cuello de Daniela haciendo que esta se estremeciera y cerrara los ojos. Cuando el chico tomó asiento, se observaron: se estaban diciendo millones de cosas sin que nadie pudiera escucharles. Se percibía que allí había algo más que amistad.

El muchacho rapero y delgado fue el que mejor me cayó a simple vista. Parecía alegre y no pude evitar pensar cómo podía ser amigo de Cristianno alguien así. Se acercó hasta mí.



— ¡Kathia! — exclamó, dándome un fuerte beso en la mejilla.

Me dejó descolocada.

— Soy Eric. ¿No te acuerdas? Una vez te hice un dibujo de Sailor Moon — añadió provocando la sonrisa de Cristianno.

Aparté un momento la vista de Eric para fulminar a Cristianno con la mirada. Él alzó las manos negando con la cabeza; como si me tuviera miedo y se protegiera. Seguía burlándose de mí.

Volví a Eric. Me acordé de aquel muchacho. Era el menor de los Albori, una familia que también veraneaba con nosotros. Él y yo siempre estábamos dibujando... cuando Mauro y el puñetero Cristianno no nos molestaban.

— Hola, Eric — dije dándole un pequeño abrazo.

También reconocí al joven fornido. Era el mediano de los De Rossi y se llamaba Alex. Este alargó su mano y me cogió suavemente de la mejilla.

— Yo soy Alex. — Me besó —. Me alegro de que estés de vuelta.

— Gracias. Es agradable recibir algo de cortesía después del día que llevó — dije mirando con el rabillo del ojo a Cristianno.

Suspiró y su rodilla topó con la mía. Intenté que no se notara mi sobresalto.

— Tampoco seas tan dramática — dijo apoyándose en la mesa —. ¿Sabéis que aquí, nuestra nueva compañera, tiene matrículas de honor y todo sobresaliente? ¡No sabe lo que es un notable! — Puso cara de fingido asombro.

Alex, Eric y Luca me observaron curiosos. Erika lo sabía de sobra y Dani y Mauro lo habían descubierto del mismo modo que Cristianno: en clase. La profesora Sbaraglia, aprovechando mi obligada presentación, había ido mencionando lo buena estudiante que era, acompañándose de vez en cuando de algún «a ver si aprendéis».

— ¿En serio? Vaya, nena, podrías haberlo dicho — dijo Luca acariciando mis manos.

Miré a Cristianno. Por un instante, no vi ni oí nada más. Como si solo estuviéramos él y yo en aquella cafetería. Él deslizó su mirada de mis ojos a mis labios y entrecerró los ojos mientras apretaba la mandíbula. No podía hacerme una idea de qué se le pasaba por la cabeza. Yo solía descifrar a las personas enseguida, pero Cristianno se me escapaba. Me contemplaba de una forma tan intensa que hasta me costaba respirar.

Me repuse e intenté hacer lo mismo. Observé su cuerpo con parsimonia, como él había estado haciendo todo el día conmigo.



Su físico incitaba a todo menos a pensar con cordura, y su rostro... su rostro era el que cualquier mujer vería en sus sueños. Era asombrosamente guapo. Efectivamente, como cuando éramos pequeños, seguía siendo el más apuesto de los Gabbana... con diferencia.

Su cabello era azabache y algunos mechones le caían sobre sus ojos, lo que lejos de ocultarlos, todavía los hacía más penetrantes. Su mirada azul zafiro, inmensamente brillante, te embrujaba de tal forma que olvidabas todo lo demás. Lo que daba más rabia era que sabía utilizarla. Como sabía utilizar sus labios, que reposaban sobre una piel pálida, sin ninguna imperfección. Me quedé fascinada por su belleza y por un instante (solo un instante) se disipó el odio que me había despertado.

Humedeció sus labios con pausa y volvió a hablar. Aquel momento mágico se esfumó.

—Es toda una empollona. —Tocaba mis apuntes. No dejé de mirarlo—. Quién lo diría. —Se acercó a mí con la intención de intimidarme. Lo consiguió, pero no lo mostré—. En realidad, pareces una de esas modelos frías y vanidosas que se creen insuperables físicamente, pero que tienen el cerebro de un pez.

Quería ofenderme y dejarme en ridículo. Yo no entendía por qué. ¿Por qué me odiaba de aquella forma? Yo tenía motivos: el sábado casi me mata en aquel maldito taxi y estuve en el calabozo cerca de dos horas, pero él... ¿cuáles eran sus razones?

Estaba irritada.

—La belleza no está reñida con la inteligencia. Y yo tengo la suerte de tener ambas —le dije casi pegada a su cara. Me mordí el labio sabiendo que él miraba mi boca. Por fin le noté algún sentimiento: impotencia y deseo. Sonreí apartándome un poco—. Pero hablemos de ti. En tu caso la belleza te ha sido concedida... —Me levanté de la mesa con mis apuntes y el café, y añadí—: pero la inteligencia brilla por su ausencia.

Sonó el timbre. Cristianne se levantó con brusquedad y me tiró el café encima. Mi camisa quedó empapada.

—¿En qué estás pensando?! ¡Tenías espacio suficiente para esquivarme, imbécil! —le grité.

Con furia, tiré al suelo el vaso de cartón. El poco líquido que quedaba terminó en nuestros zapatos. Él echó a caminar como si nada. Ni siquiera hizo el intento de disculparse.

Avancé dando zancadas y le cogí del hombro obligándole a darse la vuelta. Se giró con pose arrogante, solo que esta vez frunció el ceño y los labios. Estaba molesto. Con un gesto déspota, se retiró dejando mi mano en el aire. Por primera vez en mi vida me vencía la sensación de inferioridad. Media cafetería observaba expectante.



—¿Es que ni siquiera piensas pedir perdón? —pregunté, inventándome una seguridad que no existía. Él suspiró y comenzó a negar con la cabeza, lentamente.

—Dudo que lo merezcas —contestó con una voz grave.

Pestañee varias veces mientras digería lo que acababa de escuchar. Aquel tío dejaba de ser un imbécil para convertirse en el capullo más grande que había conocido.

—No solo te falta inteligencia sino también vergüenza —espeté, sabiendo que eso terminaría de crisparle los nervios.

Apretó la mandíbula y acortó la poca distancia que nos mantenía separados con un decidido paso.

—Si no te hubieras interpuesto en mi camino, ahora no estarías aquí esperando una disculpa —susurró pegado a mi mejilla y totalmente irritado—. Créeme, no voy a dártela. —Su nariz rozó mi mandíbula.

—¿Crees que me acobardas con esa fachada de tipo duro, chulo y descarado? Pues te equivocas —le dije con voz contenida.

—Lo único que sé es que eres una jodida jaqueca.

¿Acababa de llamarme jaqueca? Será capullo. Me cago en...

—¿Cómo dices? —Casi me sale un tartamudeo.

—Te lo diré de otra forma. Estás comenzando a provocarme dolor de cabeza —me habló como si fuera una niña de tres años.

—No lo tendrías si no hubieras metido tus narices en esta mesa —casi grité.

Daniela me cogió del brazo y me arrastró condescendiente.

—Para ya, Cristianno —le dijo.

Este suspiró, le sonrió y le guiñó un ojo. No comprendía cómo demonios Daniela lograba llevarse así de bien con él.

Volví a clase.

Cuando escuché el último timbre del día, recogí mis cosas aprisa y salí del aula. No quería hablar más con Cristianno, así que mejor evitar la ocasión. Daniela me siguió arrastrando su cartera a medio cerrar.

—¡Espera! —exclamó alcanzándome—. Chica, ¡qué prisas!

—No quiero tener que volver a cruzarme con Cristianno.

—Vamos, tranquila, Cristianno no es tan capullo como crees.



Puse los ojos en blanco.

—Será contigo. Cada vez que me ve intenta fastidiarme y eso me incomoda, ¿sabes? Es muy difícil estar cerca de él. Ya ni te cuento si se sienta a tu lado.

Daniela se quedó pensativa mientras bajábamos las escaleras. No vi a Erika ni a Luca; seguramente ya estarían abajo.

—Lo extraño de todo esto es que nunca se había comportado así con una chica —comentó Daniela, como si siguiera una conversación con ella misma—. Él no se anda con rodeos. Si le gusta alguien, se lo dice y después... bueno después...

—Después se la lleva a la cama, ¿no es así? —terminé por ella—. Supongo que ni siquiera hay primera cita.

—Con Cristianno las cosas no funcionan así. Él es diferente. No se compromete. Nunca ha tenido novia y tampoco quiere tenerla. Eso lo saben todas las chicas del instituto.

La miré incrédula. En realidad, no terminaba de comprenderla.

—Vale, y ¿qué me quieres decir con eso?

—Pues que es raro que Cristianno te esté molestando. Él pasa de esas cosas. —Daniela frunció el ceño.

¿Qué pretendía decirme? ¿Qué excepción estaba haciendo Cristianno conmigo?

—¿Crees que trama algo? —pregunté.

—Es capaz de cualquier cosa, así que no me extrañaría. —Entrecerró los ojos—. Está claro que tú eres diferente, Kathia.

—¿Diferente? —Arquee una ceja antes de que se acercara a mí con una sonrisa pícar.

—Sí... —Me miró pensativa y tomó aire antes de hablar—. Mira, Kathia, conozco a Cristianno mejor que a mi hermano. Sé de sus rollos, de sus peleas, de sus problemas... Lo sé todo de él y de sus amigos porque también son los míos desde hace mucho tiempo. Son mis mejores amigos, él es mi mejor amigo, pero no tengo ni la menor idea de por qué se está comportando así contigo.

Desvié la mirada, indecisa. No conocía a Daniela, pero me daba la sensación de que se estaba enfadando conmigo y eso era lo último que quería. Yo solo necesitaba saber por qué Cristianno actuaba de este modo.

—Lo siento, Dani. No quería importunarte.

—Pero ¿qué dices? No estoy enfadada. Dios, perdóname si te he dado esa sensación, no era mi intención. —Me agarró del brazo antes de darme un beso—. Solo



intentaba decirte que no se me ocurre ningún motivo para que Cristianno se comporte así.

— Me dejas más tranquila.

— A menos que...

— ¿Qué?

La sonrisita juguetona de Daniela me desquició. Me daba a entender muchas cosas, pero ninguna de ellas me concretaba nada.

— Te diré una cosa y espero que no te moleste. — Humedeció sus labios —. Eres exactamente igual que él, pero en versión femenina y algo menos chula.

«¿Iguales? Joder, lo que me faltaba, parecerme a ese capullo», pensé.

— ¡Venga ya! — le dije.

Daniela soltó una carcajada. Ni siquiera me había dado cuenta de que habíamos llegado a la entrada del colegio. Bajé las escaleras y salí al patio exterior donde me despedí de mis amigas. Erika continuaba seria, pero prefería esperar a llamarla para hablar con tranquilidad. Le guiñé un ojo antes de ver a Valentino apoyado en su impecable Aston Martin verde oscuro. Iba vestido con unos vaqueros y un polo blanco que marcaba cada músculo de su cuerpo.

Pestañeeé sorprendida cuando mi prima pasó por mi lado.

— ¡Que tierno! Valentino ha venido a recogerte — dijo poniendo aquella estúpida voz de niñata —. Es una pena que no sepas complacerle.

La miré y forcé una sonrisa.

— ¡Qué lástima! Me prefiere a mí en vez de a ti. Así que algo tendré que le complazca, ¿no crees?

Me marché caminando con paso firme. Giovanna vivía enamorada de Valentino desde hacía unos años, pero, por lo que sabía, no había logrado nada con él. Así que mi comentario le tenía que haber hecho daño. «Te aguantas», pensé.

Mientras me acercaba a Valentino vi a Cristianno al final del jardín. Hablaba con Mauro y Eric (Alex se había ido con Daniela en la moto). De repente, miró hacia mí sin dejar de hablar. Estaba lejos, pero no tanto como para no ver su mirada intensa y acusadora. Suspiró y se quitó la chaqueta del uniforme con cierta furia. Para él, un ademán típico, para mí, un gesto de lo más excitante. La cintura del pantalón se le ceñía a la cadera y marcaba sus piernas.

¿Por qué demonios estaba tan bueno?

Llegué al Aston Martin, donde Valentino me esperaba con una encantadora sonrisa.



—¡Hola! ¿Como tú por aquí? —dije mientras él me cogía de la cintura y me daba un abrazo más típico entre las parejas de enamorados que entre amigos.

Además, nosotros solo éramos conocidos. Apenas habíamos tenido trato y Valentino ya se tomaba ciertas confianzas.

Pude ver de soslayo cómo Cristianno se mordía el labio. Ahora le tenía más cerca y algo me dijo que no le sentaba demasiado bien que estuviera en brazos de Valentino, así que decidí alargar el momento.

Solté la cartera en el suelo y estiré lentamente mis brazos hasta rodear el cuello de Valentino. Cerré los ojos cuando me besó en el cuello. Le sonreí cuando los abrí.

—Quería darte una sorpresa. ¿Te apetece que comamos juntos? —me propuso, resistiéndose a soltarme.

Cristianno había desaparecido de mi campo de visión.

Ya era demasiado tarde para volver atrás, así que no me quedó más remedio que aceptar la invitación. No quería intimar con Valentino, pero después de haberle utilizado me sentí en el compromiso de acceder.

Me monté en el coche y bajé la ventanilla. Valentino arrancó el motor. La música de su reproductor saltó donde la había dejado antes de detener el vehículo. Sonaba una de las canciones del nuevo disco de Shakira: *Rabiosa*.

Alcé las cejas, incrédula.

—¿Te gusta Shakira? —pregunté.

—No más que tú.

Perfecto. Tuve que girar la cara para que no percibiera lo poco que me había gustado el comentario.

Antes de dejar la calle, escuché el rugido de un motor inconfundible: Bugatti Veyron. No sé cómo lo supe, pero estaba segura de que al volante de esa maravilla se hallaba Cristianno.

Así fue. Se colocó justo a mi lado haciendo gala una vez más de aquella mirada, tan bonita como inescrutable. Tenía una mano sobre el volante y la otra en la ventanilla. Un cigarrillo colgaba de sus labios.

—¡Rabiosa! —exclamó mientras echaba la cabeza hacia atrás y empezaba a mover los hombros de un lado al otro. Ni siquiera el cachondeo restaba sensualidad a sus movimientos, perfectamente acompañados con la melodía—. Dime, Kathia, ¿me morderías la boca?

Un extraño resquemor a medio camino entre el odio y la excitación me recorrió el cuerpo. Le miré encolerizada.



—Tendrás que descubrirlo tú mismo.

¡Dios! Si le odiaba, ¿por qué no podía evitar imaginar esa situación? Sí que le mordería la boca, sí..., entre otras muchas cosas.

«Estás loca. Esto no puede ser. Mándalo a la mierda. Es un imbécil», me decía a mí misma tratando de hacer entrar en razón a mis pensamientos.

Mauro comenzó a aullar y levantó su puño con el pulgar hacia arriba. Iba sentado al lado de Cristianno y mostraba la misma chulería que su primo.

—Valentino, deberías acostumbrarte a saludar, ¿no crees? —dijo Cristianno.

Valentino se echó para adelante y le lanzó una mirada iracunda. Cristianno siguió mofándose. Ya había oído dos se odiaban, pero no me imaginé que uno de sus piques me pillaría a mí en medio.

—Lo que creo es que va siendo hora de que te acostumbres, Cristianno.

Cristianno apretó el acelerador retando a Valentino a una carrera. Al menos eso parecía. Valentino le imitó. Le miré con los ojos abiertos de par en par. La risa de Mauro llegaba clara. Al parecer, él sabía quién iba a ganar: confiaba en su primo y en aquel pedazo de coche.

—Ni se te ocurra, Valentino —dije algo timorata. Eran coches muy potentes y una calle muy estrecha.

—Haznos un favor a los dos y ¡cállate! —gritó acelerando.

No me dio tiempo a enfadarme por el comentario. Me estampé contra el asiento antes de ver cómo Cristianno nos adelantaba magistralmente y salía disparado.

Valentino tuvo que frenar y comenzó a maldecir una y otra vez mientras el Bugatti negro se perdía rugiendo como solo él podía hacerlo.

Sonreí en mi fuero interno. Sin saber muy bien por qué, me alegraba de que Cristianno ganara aquella extraña competición.



CAPÍTULO 5

Cristianno

Había decidido pasar de Kathia, y de hecho lo logré durante un par de días. Pero cuando el jueves aparecí en el pasillo del instituto y la vi apoyada contra la pared hablando con Giulio, me entraron ganas de...

Me acerqué hasta ellos caminando lentamente mientras me fijaba en sus piernas. Esa vez, las medias le ocultaban las rodillas y hacían más espectacular el inicio de sus muslos. Lástima que aquella puñetera falda tapara lo más interesante.

Suspiré. Aquella niñata se había propuesto amargarme la vida llevando el uniforme de aquel modo. Se atusó la coleta alta que llevaba y me miró fijamente.

Me apoyé justo a su lado, hombro con hombro.

—Dice mucho de ti que la primera semana de clase ya estés coqueteando — sonreí, desviando la mirada hacia su pecho.

Me humedecí los labios, expectante por la contestación. Si algo sabía hacer Kathia —aparte de ponerme muy, pero que muy cachondo— era ser ingeniosa a la hora de hablar.

—¿Qué intentas decirme? —preguntó entre dientes girándose hasta que su frente topó casi con la mía.

Dios, estábamos muy cerca. Sonreí. Dijera lo que dijera, ya había logrado captar su atención y apartar a Giulio de ella.

—Que te pueden confundir con una chica... fácil. Pero, vaya, si lo eres, no tienes por qué preocuparte.

—¡Serás capullo! —exclamó antes de lanzarse sobre mí para agarrarme del cuello.

La esquivé cogiendo sus brazos y girándola. Su espalda topó con fuerza contra mi pecho y los dos nos estampamos contra la pared.

—¡Suéltame! —gritó mientras los otros alumnos se iban agolpando a nuestro alrededor.



—Eres un poco histérica —le susurré al oído. La solté en cuanto vi al señor Petrucci, el profesor de matemáticas.

—¿Qué es lo que está ocurriendo aquí?

—Este niño me ha insultado delante de todo el mundo. ¡Me ha llamado chica fácil! —dijo sin poder contener su desconcierto.

No era momento de explicarle por qué lo había hecho. Quizá algún día tuviera ocasión de hacerlo, pero Giulio ya no se volvería a acercar a ella.

—Los dos al despacho, ahora.

—¡Pero yo no he hecho nada! —protestó.

—¡He dicho ahora, señorita Carusso! —repitió el profesor Petrucci—. Y en silencio. Los demás, a clase.

Kathia

Iba caminando aprisa y enfurecida por el pasillo, hacia el despacho del director. Sabía que Cristianno me seguía, pero si se me ponía a tiro, acabaría matándole.

¿Por qué hacía esas cosas? Daniela me había dicho que era extraño que se comportara así con las chicas. ¿Qué tenía yo de especial? Si no me soportaba no tenía más que esquivarme como yo intentaba hacer con él. Además, es lo que había estado haciendo los días anteriores. Sí, nos sentábamos juntos en el recreo (mis amigos eran del mismo grupo que los suyos), pero solo nos mirábamos. Había vuelto a sentarse con Mauro (aunque lo tenía justo detrás de mí), pero apenas hablábamos. Nada. Cero. Habían sido unos días tranquilos.

Me alcanzó y se colocó a mi lado. Tenía las manos en los bolsillos y me observaba de reojo; por suerte, sin sonreír. Ya lo había hecho demasiado en lo que llevaba de día.

Intenté controlarme apretando los puños, pero ni por esas. Salté sobre él antes de que termináramos de bajar las escaleras. Lo empujé, pero aguantó la embestida. Se volvió serio hacia a mí. Me observó durante unos segundos y me tomó de las muñecas empujándome contra la pared. Su nariz rozó la mía. Lo más extraño de todo era su



respiración. Surgía entrecortada de sus labios e impactaba en los míos. Fue una sensación cercana al beso.

Noté cómo mi cuerpo perdía las fuerzas cuando dejó sus manos caer por mis brazos. Sus dedos rozaron mi cintura. Podía retirarme, escapar, pero me quedé allí. Sentí una electricidad envolvente. Quise que me acariciara, que me besara.

Sin embargo, reaccioné rápido y lo aparté de un empujón. Retomé el camino al despacho del director notando su mirada penetrante tras de mí.

El director solo nos dio dos alternativas.

La primera: expulsión.

La segunda: una semana sin recreo haciendo un trabajo de cincuenta folios para la clase de física.

Resultado final: la segunda opción. Estaría castigada hasta el siguiente jueves.

A Cristianno no parecía importarle optar por la primera alternativa — seguramente por lo acostumbrado que estaba a que le expulsaran —, pero terminó aceptando el trabajo de física.

Cristianno

— ¿Pensas contarme de una puta vez qué te ronda por la cabeza? — preguntó Mauro al coger el café que le tendía la camarera.

Estábamos en la cafetería del colegio y Kathia no dejaba de mirarme como si estuviera esperando explicaciones por el castigo. No pensaba dárselas.

Durante las clases había hecho lo mismo. Motivo suficiente para que no quisiera verla, pero, también, para que deseara ir allí, plantarme frente a su bonita cara y decirle que dejara de mirarme como si quisiera matarme porque no iba a conseguir nada. Estaba harto de que creyera que podía enfrentarse a mí. ¿Por qué coño me miraba de aquella forma? ¿No se daba cuenta de que me incomodaba? Seguramente, sí. Por eso lo hacía.

— No me pasa nada. Tengo que irme a la biblioteca para hacer el jodido trabajo de física — expliqué, intentando esquivar más preguntas.

La biblioteca. El trabajo. Los dos solos. Eso era más de lo que podía soportar.



—Te importa una mierda ese trabajo. —Mauro se interpuso en mi camino anteponiendo su café. Kathia seguía cada uno de mis movimientos. La miré frunciendo los labios y supe que fue un error en cuanto Mauro siguió la dirección de mi mirada —. ¿Qué ocurre con ella? ¿Qué te está pasando, Cristianno?

Si alguien sabía soltar la verdad en la cara (aunque jodiera) ese era Mauro.

—No lo sé.

Fui sincero. No sabía qué me estaba ocurriendo. Aquella niña me estaba volviendo loco. No hacía falta que hablara, ni siquiera que me mirara, para que me sintiera atraído como si fuera un imán. Me absorbía y me dominaba, y no me gustaba nada sentir esa sensación.

—Te pone... y mucho —añadió con sorna.

—Lo que tú digas —dije haciendo una mueca.

En el fondo sabía que llevaba razón. Había estado con un montón de chicas. Morenas, rubias, altas, bajas, delgadas, no tan delgadas... todo tipo de mujeres habían pasado por mi cama, pero ninguna me había descontrolado tanto como lo hacía Kathia (y menos sin tocarme). Ninguna era como ella. Su forma de caminar, la manera que tenía de pasarse la lengua por los labios antes de hablar, cómo se retiraba el cabello, la mirada de aquellos ojos plateados, el estilo como llevaba el uniforme... Le habría hecho el amor un millón de veces, de un millón de formas, en cualquier lugar. Pero, aun así, sabía que no tendría suficiente, que necesitaría más de ella. Mucho más. Odiaba necesitarla de aquella manera tan urgente.

¿Qué me estaba sucediendo?

«Maldita niña. Podría haberse quedado en el internado de Viena», me dije.

—Tengo que irme. Di un sorbo a mi café; aunque mejor me hubiera sentado un trago de vodka o de ron.

Kathia

Cristianno salió de la cafetería sin quitarme los ojos de encima. Solo de pensar que pasaría con él media hora, se me hacía un nudo en la garganta.

El profesor Petrucci me miró y me hizo señas de que fuera a la biblioteca. Suspiré.



— Bueno, chicos, tengo que irme — dije antes de darle el último sorbo al café.

— Qué fastidio — se quejó Luca.

«Dímelo a mí», pensé.

— Lo sé. La culpa la tiene ese insensible al que adoráis — les dije refiriéndome a Cristianno.

Era cierto, mis amigos lo adoraban. Por supuesto, Luca estaba loco por él, pero también tenían muy buena relación. Me extrañaba que un chico como Cristianno protegiera y tratara de una forma tan sensible a Luca. Cuando los veía juntos suponía que (muy en el fondo) Cristianno debía de tener algo de corazón, aunque conmigo no lo utilizara.

Daniela comenzó a reírse al escuchar el tono de voz que había empleado. Era la cuarta vez, en solo cinco minutos, que mencionaba a Cristianno. Aquello comenzaba a ser preocupante.

— Espera, te daré algo que te ayudará — me dijo Daniela, sin dejar de chuperrretar el caramelo que tenía en la boca.

Abrió su cartera y rebuscó entre los libros. Cogió una libreta naranja donde había una foto de todos ellos pegada en la portada. Estaban todos abrazados y tirados sobre la hierba de algún parque. Erika besaba a Mauro en la mejilla; Luca estaba sentado sobre el regazo de Cristianno y apoyaba una mano en el hombro de Eric, que sonreía a la cámara con las piernas cruzadas; y Daniela tenía las manos de Alex rodeando su cintura. Parecían felices.

Me quedé pasmada mirando aquella foto.

— Fue en el cumpleaños de Cristianno, el año pasado — dijo Erika. Ahora faltas tú, así que tendré que llevarme la cámara un día de estos y obligarte a ponerte cerca de él.

Me pareció que estaba fingiendo.

— Y lo más difícil de todo, tendrás que sonreír — añadió Luca.

— No creo que lo consigáis — dije sonriente.

— Bueno, el cumpleaños de Cristianno es el 13 de julio. Aún quedan unos meses para que cambies de opinión sobre él — sentenció Daniela, soltando el día de su cumpleaños como si nada—. Bien, aquí están todos los apuntes de física que necesitas.

— Muchas gracias, Dani. — Le di un beso antes de guardar la libreta en la cartera.

Me despedí de todos y me dirigí hacia la biblioteca.



Al entrar allí solo me encontré con la bibliotecaria, que ni siquiera me saludó. Me indicó que tomara asiento con la mirada.

Solté los libros y el café sobre la mesa y me acerqué hasta ella. No había señal de Cristianno, pero sabía que no tardaría en llegar.

—¿Dónde están los libros de física? —susurré, aunque no había nadie a quien pudiera molestar.

—Final del pasillo, a la derecha —contestó de una forma bastante estúpida.

—Muy amable —dije con ironía antes de que ella me enseñara los dientes.

Llegué al final del pasillo, y me adentré entre las estanterías. Comencé a mirar sin saber muy bien qué buscaba. En realidad, solo quería estar sola un rato, poder despejarme. Habían sido unos días muy duros para mí, todavía tenía que adaptarme y reponerme del viaje. Era una vida muy diferente a la que llevaba en el internado; si no hubiese sido por mis amigos y por Enrico, habría deseado volver a Viena. Aunque Cristianno... No se me iba de la cabeza. Ya podía luchar por evitarlo, que era imposible sacarlo de mi mente.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera oí el sonido de la puerta. Segundos después, sentí un escalofrío en mi espalda. No quise volverme. Me quedé allí esperando a ver qué ocurría. Desando que fuera... él.

Sentí una mano rozar suavemente mi cintura. Mi respiración se paralizó y cuando volvió lo hizo de forma entrecortada y agitada. Cristianno retiró mi cabello acariciando mi cuello y se acercó aún más.

—Eres tú la culpable de que me comporte de este modo —dijo, dejando que el susurro de su voz vagara por mi cuello.

Decidí girarme y me topé con su pecho. Sus ojos me observaban fijamente, con gran intensidad. Permanecía serio, más de lo que había visto en anteriores ocasiones. Más de lo que me esperaba.

—¿Por qué? —pregunté en el mismo tono de voz.

Se acercó hasta mi mejilla, vacilante. Era extraño verle así, tan seguro de sí mismo como siempre estaba.

Terminó acariciando mi piel con sus labios. Solo durante unos segundos. Cristianno sentía lo mismo que yo.

—Ni yo mismo lo sé —dijo.

Se marchó dejándome con el deseo ardiendo en mi pecho.



CAPÍTULO 6

Cristianno

Recorrí el aparcamiento con la voz de Eric tras de mí explicando algo sobre una chica de primero. No le gustaba demasiado, pero sí lo suficiente como para tener algo con ella más allá de... los besos. A Luca, sin embargo, no le hizo gracia que Eric estuviera tan entusiasmado. Un entusiasmo, por cierto, algo exagerado para ser real. A mí no me la daban, yo sabía que Eric también sentía algo por Luca.

Alex le dio algunos consejos sobre cómo lanzarse a por todas, y le animó a que quedara con ella. Eric era el único virgen de los cuatro. También, el único que no había repetido el último curso. Llegué a mi moto y lancé la cartera sobre el sillín. Estaba llovisnando y pronto caería una buena tormenta. Pensé que hubiera sido mejor traer el Bugatti Veyron.

Al girarme, vi que Mauro se acercaba; iba discutiendo con Erika. Tras ellos, Daniela tarareaba una canción. Alex se puso tenso en cuanto esta le miró por debajo de su flequillo negro. Llevaban más de un año reprimiéndose y todos esperábamos el día en que se lanzarían a por todas. Pero parecía no llegar nunca. Suspiré y sonreí antes de darme cuenta de que Kathia no estaba con ellos.

Ahora era yo quien se ponía tenso, pero nadie lo percibió. Me apoyé en la moto y me crucé de brazos.

—Creo que os habéis olvidado a la Jaqueca —bromeé mientras Luca se colocaba a mi lado.

Sentí la urgencia de saber dónde estaba.

—No la llames así —Daniela me dio un pequeño palmetazo en el brazo.

Era increíble lo bien que habían encajado Dani y Kathia. Erika llevaba casi un año en el grupo y no había terminado de intimar con ella. Siempre había creído que Luca era el que mantenía aquella relación. Pero con Kathia era todo lo contrario.

—Se ha ido con Valentino —dijo Daniela, que enseguida se dio cuenta de que no me había gustado el comentario.



Quería indagar más. Así que la cogí de la mano y la arrastré hacia un lado; ella soltó un pequeño grito. La rodeé con mis brazos y la abracé mientras escuchaba su risa en mi hombro. Adoraba a esa niña. Era como la hermana que nunca tuve y ella lo sabía desde que éramos niños. Fue la única chica de nuestro grupo hasta que descubrimos que Luca era igual que ella.

—¿Cuándo se ha ido? —le pregunté sin separarla de mis brazos.

Nadie parecía darse cuenta.

—Hace unos minutos. —Me miró con el ceño fruncido—. Esta tarde vendrá a estudiar a la biblioteca. Sobre las seis o las siete. Sé bueno. —Se apartó de mí unos centímetros, pero no me soltó—. ¿Qué te ocurre con ella?

—Te prometo que cuando lo averigüe te lo digo.

Luca se acercó a nosotros.

—¿Qué cotorreáis?

—Nada. Le decía a Cristianno que debería aprender de Kathia. —Su mirada se dirigió a Luca, pero enseguida volvió hacia mí para añadir—: Tú también estás castigado.

—Lo sé, pero ¿cuándo me ha importado? —pregunté mientras me acercaba a la moto y me montaba en ella—. Me voy, nos vemos luego —me despedí de mis amigos mientras arrancaba.

Eran casi las ocho y aún estaba decidiendo si ir o no al colegio. En realidad, no tenía motivos para aparecer por allí, pero me moría de ganas de hacerlo.

Me lancé escaleras abajo.

Cogí mi moto y salí de la Fontana di Trevi sintiendo la lluvia y su nombre palpar en mi pecho. ¿Por qué demonios ocupaba todos mis pensamientos?

Ni siquiera me di cuenta de que ya entraba por la calle del colegio.

Me detuve. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto. Me bajé de la moto decidiendo que lo mejor sería entrar en el San Angelo por la parte de atrás. Ya no quedaba casi nadie en el colegio, pero no quería que me viera nadie. No podía ser visto yendo en busca de una chica cuando nunca antes lo había hecho. Sin embargo, necesitaba... verla. Joder, estaba peor de lo que imaginaba.

Salté la verja, con un salto rápido y ágil, y recorrí la pista de fútbol. Atravesé el patio y entré en el gimnasio. Las luces estaban apagadas y fuera ya era de noche, así



que me costó cruzar aquel enorme lugar. De fondo, escuchaba el agua de la piscina cubierta.

Al salir, atravesé el pasillo y subí deprisa las escaleras antes de que pudiera encontrarme con alguna mujer de la limpieza. No era la primera vez que me colaba y tampoco la primera que me descubrían. La última vez fue cuando me expulsaron una semana por hurgar en los archivos del despacho del director. Por ese motivo, repetí segundo y conmigo, Mauro y Alex. Hay que hacer constar que ellos tuvieron la idea.

Llegué al primer piso. No había nadie, pero sí percibí el sonido de unos folios al moverse. Venía de la biblioteca. Me acerqué sigiloso y asomé la cabeza por la puerta. La vi allí sentada. Estaba concentrada en la libreta y escribía con rapidez. Su cabello se extendía por la espalda y algunos mechones reposaban sobre la mesa. Se humedeció los labios.

Procuré no hacer ruido al entrar. Me acerqué lentamente hasta apoyarme en la mesa que ella tenía delante. Crucé las piernas e hice lo mismo con los brazos apoyándolos sobre mi pecho. Fue entonces cuando Kathia se dio cuenta de mi presencia.

Frunció el ceño y me miró de arriba abajo. Su mirada me recorrió suave y lentamente. Demasiado despacio. Me gustó. Aquel era el tipo de mirada que yo empleaba y, hasta ese momento, no había visto a nadie hacerlo del mismo modo.

Apreté los labios y ella torció el gesto; volvió a examinarme. Le gustaba mi cuerpo.

—¿Disfrutas? —pregunté, aunque sabía que así era.

Volvió a humedecerse los labios. Cualquier movimiento que hiciera me resultaba provocador, demasiado para alguien como yo. Me fue muy difícil apartar de mi imaginación escenas más subidas de tono.

—¿Te gustaría que así fuera?

«Genial», pensé.

Si pensaba que era una descarada, estaba en lo cierto. Aquel comentario me recordó demasiado a mí.

—¿Qué haces aquí?

—Daba un paseo —contesté, observando su cuerpo.

Ella dio un pequeño golpe en la mesa con el bolígrafo. No le sentó bien que la mirara de esa forma, pero tampoco podía quejarse, ella había empezado.

—Sería de gran ayuda que te largaras.

—No me apetece ayudarte. Quiero decir, no pienso irme.



— Te he entendido — alzó un poco la voz —, pero me da igual lo que te apetezca o no. Lárgate.

— También es mi colegio.

Cerró los ojos y suspiró. Se estaba controlando y eso era exactamente lo que no quería que hiciera. Comenzaba a extrañarme que no utilizara su prepotencia.

— ¿Quién viene a recogerte? — volví a preguntar.

— ¿A ti qué te importa? — Por su tono de voz supe que comenzaba a ofuscarse.

Mi presencia la incomodaba tanto como a mí la suya.

— No me importa, es solo que te vas a mojar — dije.

Sí me importaba, si era Valentino quien iba a ir a buscarla. Pero lo que más me molestaba era que me mortificara que Kathia tuviera vida sentimental.

Miró la ventana y maldijo algo que solo ella comprendió. Seguramente mascullaba en alemán, pero no alcancé a apreciarlo. Suspiró y se volvió hacia mí.

— No sabía que el agua comiera. — Entrecerró los ojos y se le escapó una sonrisa insinuante. Joder. ¿Por qué tuvo que decir eso? Kathia no sabía lo que la palabra «comer» podía llegar a significar en aquel momento. Me mordí el labio —. Además, puedo coger un taxi.

— ¡Genial! Que te vaya bien con la física. — Comencé a caminar hacia la salida.

— Cristianno, te recuerdo que este trabajo es un castigo y que tú también lo tienes.

Me encogí de hombros y decidí irme justo en el momento en que se oyó el sonido de la puerta al cerrarse desde fuera. Una de las señoras de la limpieza nos había encerrado en la biblioteca. Tal vez llevara los auriculares puestos, o quizá fuera un poco corta, pero el caso es que no se había dado cuenta de que había gente dentro.

Kathia levantó la mirada y me observó, expectante.

— Espero que no sea lo que creo que es — dijo, con un hilo de preocupación en su voz mientras se levantaba de la mesa y caminaba hacia mí.

— Me temo que sí.

— ¿Qué? ¡No! — Empezó a dar golpes.

La cogí de la cintura y la retiré de la puerta.

— Tranquila. No te oyen.

— ¿Cómo lo sabes? — me preguntó, nerviosa.

— Ya te abrían contestado.



Kathia resopló y se retiró el cabello de la cara.

—Mierda, tengo que estar en casa a las nueve, sin falta.

Yo también tenía que estar en su casa, a las diez. Angelo nos había invitado a cenar para ultimar la fiesta de Adriano Bianchi y hablar de... negocios. Pero al parecer, Kathia no lo sabía.

Se detuvo para mirarme. Parecía frustrada.

—¿Por qué siempre que estás cerca me meto en un lío?

—¡Eh, que yo ahora no he tenido la culpa!

Miró a su alrededor algo desesperada. Yo sabía qué ocurriría si llegaba tarde a su casa. Conocía a Angelo tan bien como a mi padre y sabía cómo se las gastaba. Además, siempre había tenido la sensación de que a Kathia no le tenía la misma estima que a Marzia. A su hija mayor la adoraba, pero a Kathia... Era extraño, apenas solía hablar de ella, y si lo hacía no era con mucho afecto.

—Tengo que salir de aquí como sea. —Volvió a tocarse el pelo.

Me mordí el labio contemplando su figura, pero no era el mejor momento para detenerse a pensar en lo buenísima que estaba. Me acerqué a la mesa y comencé a recoger sus libros. Kathia me observó extrañada.

Cerré la cartera y la escondí en una estantería.

—¿Qué haces? —preguntó, apartándose e intentando coger sus cosas.

Retiré sus manos.

—Quieres salir de aquí, ¿no? Pues no podemos dejar huellas si no quieres que te expulsen.

—Ellos saben que estoy aquí.

—Al parecer no es así. —Miré hacia la ventana. Llovía con fuerza.

—¿Qué plan tienes, genio?

—Saltar por la ventana.

Me dirigí a la ventana y la abrí de par en par. Solo había unos metros, así que no nos costaría bajar ayudándonos del alféizar que había más abajo.

—¡¿Qué?! ¡Estás loco!

Me acerqué a ella y la cogí del brazo. La arrastré hacia la ventana.

—Escúchame, me apoyaré en ese saliente de ahí. —Le señalé el alféizar que solo estaba a metro y medio—. Después sales tú, te ayudaré. Vamos.

—Ni de coña. Llevo falda ¿sabes?



Me reí y me giré para observar su falda.

— Ya he visto antes unas braguitas — dije con sorna —, no voy a asustarme.

— Pero nunca has visto las mías.

«Qué más quisiera yo».

Me descolgué sin problemas mientras Kathia observaba. Levanté la vista hacia ella y le extendí la mano.

— Te prometo que no miraré.

— Mentiroso. — Tragó saliva.

— Confía en mí, Kathia — le dije. Mi voz sonó dulce y relajada.

Ella me miró dudosa, pero terminó cogiendo mi mano para ayudarse a llegar hasta mí. La sostuve contra mi pecho en cuanto lo logró.

— Bien, ahora saltaré y después te lanzarás a mis brazos. Yo te sujetaré — dije.

En ese momento, descubrí que las limpiadoras ya estaban saliendo del colegio, lo que significaba que pronto se activaría la alarma. Concretamente, en cuanto el encargado cerrara la verja principal.

— No tenemos tiempo, la alarma saltará en cualquier momento.

Así fue. La alarma empezó a aullar por culpa del portazo de la ventana. Nos desequilibramos y Kathia resbaló. Pude coger su brazo y sujetarme a la ventana.

Comenzó a chillar y a moverse.

— ¡No me sueltes, Cristianno! — gritó.

— ¡No lo haré, Kathia, pero si te mueves de esa forma no podré sujetarte! — dije nervioso porque se podía resbalar.

Nuestras manos estaban empapadas y se iban escurriendo lentamente.

Debía actuar deprisa. Y antes de que pudiera darse cuenta, alcé su cuerpo a pulso y la lancé contra mis brazos. Ella se sujetó con fuerza a mi chaqueta, jadeante.

— Tenemos que salir de aquí — dije.

Kathia



Bajé lentamente sabiendo que Cristianno podía observar mis piernas a la perfección. Aunque en aquellos momentos no me importaba. La alarma no dejaba de sonar y si no nos dábamos prisa, nos veríamos en un gran problema. Cristianno me cogió de la cintura y salté al suelo. Comenzamos a correr atravesando la pista de fútbol. De nuevo había que trepar, pero esta vez no dudé. Vale, tampoco había tres metros de altura. Salté con decisión creyendo que lo había hecho rápido, pero no me había dado cuenta de que Cristianno ya arrancaba su moto.

—¡Vamos!

Tomé asiento segundos antes de que saliéramos a toda velocidad.

Después de que Cristianno me dejará en casa, subí enseguida a mi habitación y me di una ducha. Necesitaba relajarme y olvidarme por un instante de Cristianno. Aunque sería difícil, ya que al cruzarme con Enrico en el vestíbulo este me había dicho que los Gabbana vendrían a cenar.

Respiré y dejé que el agua ardiente cayera por mi cuerpo. No podía quitarme de la cabeza las manos de Cristianno rodeando mi cintura y apretándome contra su cuerpo después de salvarme. No hablamos durante el trayecto ni al llegar a casa. Ni siquiera me miró. Esperó a que me bajara de la moto y se perdió cabizbajo entre la lluvia y la oscuridad. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que me abrazara? ¿Que me... besara?

Cerré el grifo y salí de la ducha. No me había ayudado en nada.

Qué bueno era tener el cuarto de baño en la habitación. Podía entrar y salir desnuda mientras decidía qué ponerme. Opté por unos pantalones negros y una camiseta roja de tirantes. Me maquillé un poco y ahuequé mi cabello.

Bajé al salón por las escaleras de atrás, pero cuando llegué a la galería de ventanales que daba al jardín, descubrí una silueta.

Me acerqué con sigilo.



CAPÍTULO 7

Cristianno

Observaba la iluminación del jardín de la mansión Carusso con las manos en los bolsillos de mi pantalón. Me había escabullido para aclarar mis pensamientos, pero en realidad era lo último que estaba logrando. Estaba confundido, totalmente perdido. No dejaba de pensar en Kathia y no sabía el motivo. No me caía bien, pero la necesitaba cerca. No podía tenerla cerca, pero odiaba pensar que estuviera lejos. Ahora que estaba en su casa, lo último que quería era cruzármela, pero sabía que la tendría enfrente durante toda la cena y eso me abrumaba.

Sentí unos pasos y me giré. Kathia apareció en la penumbra de la galería. Pareció sorprendida al verme. Se recogió el cabello detrás de la oreja y miró a su alrededor pensando en cómo salir de allí.

Tragué saliva; no quería hablar con ella, pero rabiaba por escuchar su voz.

La observé, esta vez de una forma diferente. Era tan maravillosa que parecía un sueño.

Se acercó unos pasos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó casi susurrando.

—Intentaba... pensar.

Sonrió débilmente, como queriendo mofarse, pero no lo logró y yo no supe interpretar aquel gesto.

—Quería... antes... —No sabía cómo hablarme—. Quería darte las gracias por... ayudarme en el colegio.

Ahora era yo quien sonreía. Volví la mirada hacia el jardín.

—Sé hacer muchas cosas aparte de provocar que me odien. —Quise decirlo con sorna, pero no lo conseguí. Más bien, me salió un tono triste... y gilipollas.

Kathia se puso rígida. Percibía que intentaba ignorarla.

—No sé qué más cosas sabes hacer, pero debo felicitarte por salvarme de una gran caída y por hacer que te odie.



Hizo ademán de marcharse, pero mi voz la retuvo.

— ¿Me odias? —le pregunté con un hilo de voz.

En realidad, y siendo asquerosamente sincero, era lo último que quería oír. Si contestaba con una afirmación, ¿me... dolería?

«Maldito imbécil. Deja de babear por ella y lárgate», pensé.

—Es lo que tú quieres. No te sorprendas ahora —susurró arrastrando cada palabra.

Kathia

Quise irme, pero, sin poder evitarlo, esperé. Confiaba en que viniese hacia mí, aun sabiendo que no lo haría. Cristianno era demasiado orgulloso para rebajarse de aquella forma. Eso no quitaba que yo lo deseara.

Entonces Cristianno se acercó y sus dedos comenzaron a vagar por mis hombros. Perfiló mi piel y deslizó su mano hasta alcanzar mi cintura, dejando que reposara tímidamente en mi cadera. Me estremecí y cerré los ojos percibiendo su respiración en mi nuca. Acercó sus labios a mi oído.

—No me odies —murmuró muy bajo, rozando mi piel con sus labios.

Moví mi cuerpo para colocarme frente a él. Pensé que me soltaría o que se alejaría de mí. Todo lo contrario. Se apretó aún más, dejándome ver aquellos ojos más cerca que nunca. Alzó su mano y con las yemas de sus dedos acarició mis labios suave y lentamente. Volví a cerrar los ojos y me deleité con aquella sensación.

Cristianno soltó un suspiro entrecortado y descubrí que sus labios estaban más cerca de lo que creía. Iba a besarme.

— ¡Aléjate de ella! —gritó una voz que hizo que me separara de él.

Descubrí a Valentino enfurecido y lleno de cólera. Retaba a Cristianno con la mirada, pero este ni siquiera se movió.



Cristianno

Incomprensiblemente, había estado a punto de besarla, pero Valentino interrumpió el momento que más nervioso me había puesto en mi vida. Había tenido a Kathia a solo unos milímetros de mis labios, y no haber podido llegar hasta el final por culpa de aquel asqueroso niño me llenó de rabia.

Retiré a Kathia para acercarme a él. Si quería pelea la tendría.

—¿Acaso es tuya? —pregunté.

Deseaba que cayera en mi provocación. De ese modo, podría partirla la cara. Lo que no esperaba es que contestara Kathia.

—No soy de nadie —dijo orgullosa.

—Tú, cállate —ordenó Valentino señalándola.

Retiré su mano de un manotazo.

—Un caballero no habla así a una dama, ¿no crees? —Le guiñé un ojo y escondí mis manos en los bolsillos. No las necesitaría; Valentino sabía tan bien como yo que no podía conmigo por muy grande que fuera. Me di la vuelta y contemplé a Kathia—. Tranquila, no tengo ningún interés en que seas mía. Me resultas demasiado fácil de conseguir —mentí.

Mierda, ¿por qué tuve que decir aquello?

El rostro de Kathia se tensó y abrió los ojos sorprendida. Se acercó a mí rápidamente y me soltó una dura bofetada.

—Eres un cabrón y te mereces estar solo —masculló a centímetros de mi rostro antes de marcharse.

Valentino la siguió.

Cerré los ojos y me quedé con aquellas palabras retumbando en mi pecho. Sí, lo era, pero que ella lo pensara...

No, no dejaría que me dominara. Se acabó.

Kathia



Intenté subir las escaleras con las lágrimas a punto de asomar por mis ojos, pero los brazos de Valentino me detuvieron. Me arrastró hacia la pared y me apoyó en ella bruscamente mientras me miraba con los ojos inyectados en sangre.

—No quiero que vuelvas a acercarte a él. No quiero que le hables, ni siquiera que le mires. ¿Entendido? —me exigió, encolerizado—. Si tengo que volver a repetírtelo, emplearé otro modo. —Dio un golpe en la pared, justo al lado de mi cabeza.

Me soltó y se marchó dejándome sola, aturdida y completamente estupefacta. Jamás había visto a Valentino de aquel modo. Sabía que no era trigo limpio, pero no creía que llegara hasta esos extremos. Estuvo a punto de pegarme; es más, lo deseaba, lo acababa de ver en sus ojos.

Pero lo que me dolía no era aquello.

Odiaba a Cristianno y quería hacerle daño de todas las maneras posibles. Ahora descubriría a la verdadera Kathia; aquella que no le dejaría ni respirar hasta verlo caer en el más profundo abismo.



CAPÍTULO 8

Kathia

Bajé del Rolls Royce negro del chófer de Erika. El viernes, durante el recreo, habíamos quedado para ir a la discoteca. Fue el mejor día de la semana porque no había visto a Cristianno en toda la jornada.

Nos encontramos con Luca y con una exuberante Daniela —llevaba unos pantalones cortos y un top que ocultaba lo justo— en la puerta del local.

Eternia era un establecimiento muy selecto en Roma. Allí iba gente famosa y rica, y las colas para entrar podían durar toda la noche. Si es que conseguías pasar. Pero nosotros entramos directamente; el enchufe era muy importante.

Daniela se enganchó a mí y me habló al oído después de que saludara al portero; un tal Nicole.

—No es por amargarte la noche, pero quiero que sepas que esta discoteca pertenece a los Gabbana.

—Lo sé, ¿y qué? —Comenzamos a bajar unas escaleras de cristal.

La pared era de tela blanca y se podía ver, en forma de sombra, a unas bailarinas bailar al son de la música.

—Pues que no es de extrañar que te encuentres a... —Me miró.

Suspiré. Daniela era la única que sabía lo ocurrido entre Cristianno y yo en el jardín de mi casa. Extrañamente, preferí no decirle nada a Erika; no parecía demasiado contenta con que me hubiera adaptado tan rápido a la ciudad y tampoco estaba muy receptiva. Apenas habíamos hablado como lo hacíamos antes. Así que se lo conté a Daniela en clase de química después de que me insistiera.

Nos acercamos a un retirado VIP y Luca se colocó delante de mí impidiendo que me sentara.

—Espero ansioso por ver ese modelito que me suena a... —Se acercó a mi abrigo negro y comenzó a olisquear — ¿Es un Dolce & Gabbana?



Aluciné. No era comprensible que pudiera saber tanto de moda. De nuevo conseguía asombrarme.

—¿Cómo lo has sabido? —exclamé retirando mi abrigo.

—¡Oh, cielos! Estás soberanamente sexy —dijo mordiéndose un labio.

Cristianno

—**N**o comprendo por qué hemos tenido que venir —dije resoplando mientras una de las gogós de la barra del primer piso acariciaba mi mentón.

Cogí su mano y la acerqué a mi boca. Besé sus dedos lentamente sin dejar de mirarla. Su atuendo de ángel negro me hizo divagar.

—¿Serás mala conmigo esta noche? —le susurré en los labios mientras me llevaba su dedo a la boca.

La muchacha sonrió.

—Mucho —contestó antes de que retomara su baile.

La observé sonriente antes de que Mauro me arrastrara.

—¿Es que no piensas dejar nada para los demás?

—¿Qué me dices de Erika? —Sabía que aquello le molestaría.

Mauro apretó la mandíbula y me dio un puñetazo en el hombro.

—Y tú, ¿qué me dices de Kathia?

Me quedé inmóvil mientras digería aquel golpe bajo. Para mi desgracia, sabía que se encontraba allí. Alex nos había arrastrado a todos porque quería estar con Daniela. Y como todos queríamos que se liara por fin con ella, allí estábamos, de aguantar velas. Así que si podía llevarme algo, y de paso molestar a Kathia, sería una noche productiva.

De repente, Mauro se detuvo en seco y yo choqué con su espalda. Le miré con un comentario grosero preparado, pero me lo tuve que tragar en cuanto vi que Eric y Alex estaban igual de alucinados que mi primo.

Mauro me dio un manotazo en el pecho para que mirase hacia el mismo lugar que ellos.



Y allí estaba. Iba con un vestido (muy corto) de brillantes azules. Las mangas le cubrían los brazos, pero su espalda solo la ocultaba su largo cabello. Aquellas piernas de infarto calzaban unos zapatos de un tacón exageradamente alto a juego con el vestido. Se retiró el cabello y lo colocó a un lado. Su espalda quedó al descubierto, como si protagonizara un videoclip. Sensual, provocativa... Era imposible no pensar en...

Tragué saliva. Estaba completamente jodido y sabía que mis amigos me machacarían durante toda la noche.

—¿Todo eso es suyo? —preguntó Alex.

—Me temo que sí —respondió Eric.

—¡Dios!, está... —Mauro ni siquiera pudo terminar.

—Me cago en... —resoplé antes de que Laura tirara de mí y me arrastrara a la pista de baile.

No puse impedimentos porque no me encontraba en plenas facultades. Todas ellas se las había llevado Kathia y su puñetero vestidito.

Laura me apoyó contra la pared y comenzó a bailarme al son de una canción nueva que había logrado Joni, mi DJ; se trataba de Cristian Deluxe, «Quiero contigo», un español que sonaba de maravilla.

Vi a Kathia caminando hacia la barra, pero se detuvo al verme. Pude apreciar muchas cosas en aquella mirada, pero la más evidente era: odio.

Kathia

Le miré mientras Laura danzaba pegada a él, insinuante. Se restregaba contra su pecho y, por mucho que me fastidiara admitirlo, me molestó que estuvieran tan cerca el uno de la otra.

El humo comenzó a salir de las máquinas del techo y parecía brillar gracias a los focos y a las bolas de cristal. La imagen de Cristianno se difuminó, pero seguía latente.

Nos contemplábamos con intensidad, como si estuviéramos luchando y esperáramos que ocurriera algo. Entonces, la música se hizo más rotunda y él se acercó a Laura. Colocó sus manos en las caderas de la chica y la hizo seguir el auténtico ritmo de la canción. Rebosaba sensualidad, bailaba como todas las mujeres desean que baile



su hombre, al ritmo perfecto. Sus caderas se topaban y sus rodillas se entrelazaban, hasta que vino la peor parte. La besó sin dejar de mirarme. Me observaba jocoso, disfrutando de que estuviera presenciando aquello.

Por suerte, pude controlar la marea de cólera que bramaba en mi pecho y retomé mi vuelta a la mesa. Solo dejé de mirarle cuando la gente lo impidió. Podría vengarme de eso, estaba segura.

Cuando llegué a la mesa, Eric me abordó dándome un beso y un abrazo. Mauro me observó de arriba abajo sonriente, y Alex me guiñó un ojo.

— ¡Eres lo mejor que hay en esta discoteca, nena! — gritó Eric.

Le empujé, modesta.

— Parece que nunca has visto a una chica con un vestido. — Me senté al lado de Mauro.

Este me dio un beso en la mejilla.

— Estás impresionante. — Me llamó la atención su forma de hablarme. Se acercó aún más a mí —. No hagas caso a nada de lo que te haya dicho Cristianno — susurró en mi oído volviendo su atención a Erika, que ya parecía algo frustrada porque todo el protagonismo me lo llevara yo.

¿Qué quería decirme con aquello? ¿Que me olvidara de lo que me había dicho la noche anterior? Ni hablar. No, al menos, hasta que me tomara la revancha.

Ahora sonaba Rihanna con «Rude boy». Eric tomó las manos de Luca y las comenzó a mover de un lado a otro. Sonreí.

— Me encanta cuando dice «Esta noche estoy caliente, te dejo ser el capitán» — canturreó Luca mirando de reojo a Eric y con cara de felicidad—. En general, me encanta Rihanna.

— A mí me gusta que Rihanna hable de sexo de esa manera tan desenfadada. — Reconocí esa voz; estaba demasiado cerca. Cristianno tomó asiento justo a mi lado mientras sus amigos cruzaban miradas cómplices—. Resulta tan... — Se acercó a mí creyendo que me alejaría — incitador. Además, al parecer le gusta hacerlo en la calle. ¿Tú qué opinas, Kathia?

No dejé de mirarle ni un momento mientras me pasaba la lengua por mis labios. Lo hipnoticé.

— ¿De Rihanna o del sexo en la calle? — hablé bajo para mostrarle el poder de mis labios y mis ojos. Él no sabía dónde mirar.

Hasta que moví las piernas.

— Preferiría que contestaras a lo último. — Sonrió morbosamente.



—Creo que cuando se trata de hacerlo da igual el lugar y eso tú lo sabes bien, ¿no, Cristianno?

Ahora soltó una carcajada. Me removí en mi asiento al percibir su aroma tan cerca de mí.

—En fin, ¿por qué no bailamos un poco? —dijo Daniela rompiendo la tensión que se había producido. Me guiñó un ojo.

—De acuerdo —dijo Cristianno levantándose—. Dime, Kathia, ¿sabes bailar?

Comenzaba a fastidiarme que quisiera cabrearme con tanta insistencia. Pero no iba a darme por vencida.

—Depende del estilo.

—*Ragga*, por ejemplo. ¿Sabes lo que es?

Luca aplaudió entusiasmado y Mauro resopló mientras movía la cabeza de un lado al otro. Él sabía lo que se avecinaba, yo no.

—Me encanta ese estilo. Ojalá pudiera aprender a bailarlo —dijo Luca, con una voz un tanto nostálgica.

Erika se removió en su asiento y por fin participó en la conversación. Aunque lo hizo de una forma que nunca me hubiera esperado.

—No sabe bailar y menos *ragga*. Es demasiado complicado. —Se tiró en el sofá, cruzó los brazos y aguantó las miradas que Dani y yo le lanzamos, extrañadas. ¿Intentaba humillarme?

—Bah, tonterías —sentenció Cristianno. Se levantó del sofá y desapareció entre la gente.

Creí que por fin podría descansar de él, cuando de repente la música dejó de sonar y se oyó su voz en todo el local. La gente se volvió loca y rompió a aplaudir como si de su ídolo se tratara.

—Bien, quiero que hagáis un círculo en la pista de baile y que Kathia salga de su escondite y dé la cara. —Al escuchar mi nombre casi me desmayo—. Vamos, Kathia, ¿dónde estás? ¡Allí, por favor, enfocad allí! —clamó hasta que el foco me encontró.

Daniela quiso morir y los demás rompieron a reír. Erika no parecía que estuviera allí.

—Supongo que se le da de maravilla ese estilo de baile, ¿no? —quise saber.

Nadie respondió. Al menos, no con palabras. Todos asintieron a la vez.

—¡Oh, vamos, Kathia! ¡Joni, dale a Sean Paul toda la caña! —Bajó de la tarima y corrió hacia mí.



Definitivamente, mis venas dejaron de transportar sangre; toda se había congregado en mi rostro.

—¡Marchando «Press it» de Sean Paul! —aulló el DJ animando aún más el cotarro.

Cristianno me cogió del brazo y me arrastró a la pista de baile. Al menos, cien personas nos contemplaban.

—A ver cómo sales de esta, cariño —susurró, antes de que me deshiciera de sus brazos dándole un empujón.

—Pienso matarte en cuanto acabemos con esto.

—Espero ansioso.

Comenzó a mover la pelvis en cuanto la voz de Sean retumbó en todos los rincones de la discoteca. Efectivamente, era un experto en ese tipo de música. Se movía lento, suave, sexy. Excitaba a cualquiera. Le observé presuntuosa y esperé mi momento mientras me acercaba a él.

—No sabes con quién te la estás jugando, Cristianno —le murmuré, antes de comenzar a bailar el estilo de baile que mejor se me daba.

Al final terminaría dándole la razón a Daniela; en el fondo, éramos iguales.

Cristianno

De todas las cosas que podía esperar, aquella fue la más impensable. No solo bailaba como una experta, sino que lo hacía enviándome un mensaje: supera eso. Pero si esperaba fastidiarme no lo consiguió. Más bien logró todo lo contrario. Me provocó y mucho. Así que me crucé de brazos y observé (como el resto de las personas que nos rodeaban) cómo se contorneaba.

Se agachó y comenzó a mover las caderas mientras avanzaba hacia mí. Me miró desde abajo y fue subiendo lentamente haciendo círculos con las caderas y rozando mis piernas. No pareció importarle que pudiera vérselo la ropa interior. Solo quería molestarme y provocarme. Pegó sus caderas a mi pelvis y movió la cabeza dejando que su cabello cayera en mi rostro. Se giró y sus ojos quedaron a unos centímetros de mi cara. Una separación que no existía entre nuestros cuerpos; estábamos completamente pegados.



Manteniendo el ritmo, habló.

—Deberías mantener tu cuerpo algo más relajado —dijo frunciendo los labios.

Miré hacia abajo arqueando las cejas, y negué con la cabeza mientras chasqueaba la lengua. Volví a mirarla.

—Eso es imposible si tú estás cerca, cariño. —La cogí de las caderas y me pegué aún más a su cintura.

Comenzamos a bailar; pelvis con pelvis, rodilla con rodilla. Pero duró poco. Me empujó y se marchó dejando que la gente rompiera el círculo gritando y aplaudiendo.

Suspiré y sonreí antes de mordirme el labio. Para ella, seguramente, era sencillo, pero yo tardaría unos minutos, por no decir horas, en recuperarme.

Kathia

Salimos de la discoteca hacia las dos de la madrugada. Cristianno había desaparecido desde que lo dejé en la pista de baile. Y Erika fingió encontrarse mal y se marchó en un abrir y cerrar de ojos, sin dejar siquiera que hablara. Aquella noche tendría que haber dormido en su casa, pero me dejó bien claro que volviera a la mía porque quería descansar y no le apetecía escucharme hablar de Cristianno. Que yo supiera, nunca había hablado de él. Al menos, no con ella.

Por suerte, Daniela me evitó tener un enfrentamiento con mis padres dejándome dormir en su casa.

Dani silbó para llamar la atención de un taxi que venía por la calle. El coche se detuvo enfrente y ella me miró.

—Lo siento, pero tenemos que ir en taxi.

Nos miramos durante unos segundos mientras yo rememoraba lo que me había sucedido el sábado anterior, hasta que soltamos una carcajada. Me agarró de un brazo y nos dispusimos a cruzar la calle cuando el Bugatti de Cristianno se detuvo a unos pocos centímetros de mis piernas.

A Daniela se le escapó un grito intentando alejarme, pero me solté de sus brazos y contemplé el rostro risueño de Cristianno. Torció el gesto y me envió un beso.



Sonreí y respiré hondo cuando una idea se me pasó por la cabeza. Con todo el dolor de mi alma (por el coche, claro) clavé mi tacón en el faro delantero. Este estalló en mil pedazos dejando a Cristianno noqueado.

Salió del coche hecho una furia, se dirigió hacia mí, me cogió de los brazos y me estampó contra el capó. Mi espalda desnuda percibió el calor que manaba la chapa y maldije no haberme puesto el abrigo; ahora debía de estar en el suelo.

Cristianno se recostó sobre mi cuerpo después de empujar mis rodillas. Se acercó flexionando sus brazos lentamente, amenazante.

—Si buscabas tocarme los cojones, lo has conseguido —masculló sin perder el maravilloso brillo de sus ojos. No estaba tan enfadado como quería aparentar.

—Es la segunda vez que lo «percibo» esta noche. —No pude evitar sonreír.

Pero dejé de hacerlo en cuanto sentí cómo su cuerpo presionaba con más fuerza el mío, lentamente, despacio. Cristianno me desafió con la mirada. Esperaba que le empujara, pero hice todo lo contrario. Suavemente, separé las piernas.

—Podemos estar toda la noche así, si lo deseas.

—Sería demasiado para ti —refunfuñó.

Gané. Se separó, deslizando primero sus manos por mis caderas. Tiró de mi falda con delicadeza, ayudándome a que no se viera más de lo que tenía que verse. Me incorporé desafiante y recogí mi abrigo.

—¿Piensas pagarlo? —me preguntó.

—Espera sentado. —Eché un vistazo al faro antes de volver a mirarle—. Te veo mañana en la fiesta, ca-ri-ño —arrastré las palabras cerca de su mejilla.

—Cuento las horas —dijo con una mueca en su cara.

Volvió al Bugatti y salió de la calle derrapando.



CAPÍTULO 9

Cristianno

Me desplomé en la cama sabiendo que la oscuridad de mi habitación me consumiría. El silencio de la madrugada lo invadió todo y dejó vía libre a mis pensamientos.

Su nombre retumbaba en mi cabeza como si alguien me lo estuviera susurrando al oído una y otra vez. Cerré los ojos, desesperado, pero entonces vi su imagen. Parecía dibujarse entre la bruma.

Tan delicada y atractiva. Tan pálida y sensual. Deseé tenerla delante de mí. No dejaría que hablara, únicamente le pediría que me dejara observarla hasta que me venciera el sueño. Y cuando despertara...

«¿Pero qué estoy pensando?! ¿Eres estúpido o qué? Es una niñata. No la soportas», me reproché.

No podía permitirme caer, no con ella. No podía... enamorarme.

Suspiré vencido por el sueño. Me quedaba poco tiempo de conciencia. Pronto mi mente sería la dueña de todo mi ser y ahí no tendría nada que hacer. Así que me dejé llevar, convencido de que Kathia sería la protagonista de mis sueños.

Mi padre golpeteaba su rodilla con los dedos. El aroma de su habano había impregnado toda la limusina y mi madre hacía todo lo posible por disimular lo mucho que le molestaba. Hasta que mi padre vio cómo su esposa arrugaba la nariz. Abrió el cenicero y apagó con decisión el puro mientras ahuyentaba la pequeña humareda que se había formado alrededor de su cabeza.

—Cornelio, ¿podrías abrir la ventana? —preguntó mi padre al chófer.

—Enseguida, señor.



La ventanilla comenzó a bajar lentamente y dejó entrar unas gotas de lluvia acompañadas de una brisa helada. No llovía demasiado, pero era suficiente para estropear la entrada triunfal que Adriano había planeado.

Adriano Bianchi había convocado a todos los medios de comunicación de la ciudad poniendo como excusa que se trataba de una fiesta benéfica. Asistía toda la aristocracia, así como los políticos importantes del país. Se suponía que la recaudación iría destinada a los más desfavorecidos: centros de acogida, albergues, hospitales, familias sin trabajo...

Pero, en realidad, era una enorme tapadera. No se haría ninguna obra benéfica, solo era una pretexto para conseguir escaños en su campaña política y así alejarse de Umberto Petrucci, su mayor contrincante en la batalla por la alcaldía de Roma. Simples artimañas políticas para tener el favor del pueblo. Y, si no lo lograba, siempre podía comprar los votos.

—¿Así está bien? —preguntó Cornelio.

—Perfecto, gracias —contestó mi padre, y enseguida cogió la mano de su esposa y añadió—: Disculpa, querida, no recordaba lo mucho que te incomodaba el aroma del cigarro.

Ella sonrió y se acercó para darle un beso en la mejilla. Desvié mi mirada hacia la calle y mis hermanos hicieron lo mismo.

—No pasa nada, mi amor —contestó mi madre.

Después de más de veinticinco años juntos, seguían igual de enamorados. Me preguntaba si yo lograría eso. Seguramente no, pero estaba orgulloso de que mis padres aún disfrutaran de su amor.

—¿Crees que la prensa se enterará? —preguntó Diego, controlando la tensión de sus piernas.

Él era el mayor de los tres; le seguía Valerio.

—Tranquilízate, hijo. Tenemos más de cien personas velando por la seguridad de nuestra «fiesta benéfica». Deja que hagan su trabajo —le cortó mi padre, con aquel tono de voz tan sarcástico y seguro.

—Estoy tranquilo, papá. Pero no creo que se lo traguen. ¡Por favor! Si así fuera, entrarían los medios. Sé que sospecharán —remarcó.

Diego tenía razón; si se descubría que Adriano Bianchi había organizado un evento que no existía, tendríamos problemas con su campaña y todo el proyecto se iría a la mierda. Porque lo que menos nos convenía era que Umberto Petrucci fuera alcalde.

—Diego, ¿es que no has aprendido nada, muchacho? —Mi padre se incorporó y yo me crucé de piernas mientras mordisqueaba mi nudillo. —¿Crees que dejaríamos



que lo descubrieran? Tengo a tres comisarías vigilando la zona y a toda nuestra seguridad controlando el hotel. Necesitamos esos votos sea como sea y tú lo sabes. — Su voz subió ligeramente de tono—. Así que deja de importunar con tus estúpidos miedos de cobarde, ¿quieres?

—No soy un cobarde, papá. Es solo que... estoy algo nervioso. Son demasiados millones los que podrían perderse. Solo quiero que salga bien.

—Pues entonces comienza por relajarte, Diego —le dijo Valerio tocando su hombro—. Todo saldrá como lo planeamos el jueves en la mansión Carusso.

El coche se detuvo frente al hotel Belluci. Ese enorme edificio de cinco estrellas era propiedad de mis abuelos maternos. Así que, en total, contábamos con la seguridad de los Belluci más la que llevaban los más de veinte clanes familiares que allí se daban cita. Parecía suficiente.

—Hemos llegado, señor Gabbana.

En la entrada se agolpaban algunos periodistas equipados con sus cámaras y unos chubasqueros de plástico para evitar que el agua calara su ropa y enseres. La seguridad personal de mi padre se colocó junto a su puerta para evitar que se agolparan allí todos los fotógrafos.

—Bien, vamos allá. —Dibujó su mejor sonrisa y golpeó suavemente el cristal tintado de aquel Maybach.

Emilio, jefe de personal, se colocó la muñeca cerca de su boca y murmuró algo por el dispositivo que llevaba. Abrió la puerta y se inclinó.

—Todo controlado, Silvano. Cuando usted quiera podemos entrar al hotel.

—¿Han llegado todos? —preguntó mi padre colocando un pie fuera del coche.

—Sí, solo falta Valentino Bianchi, que vendrá acompañado de Kathia Carusso.

Sentí un escalofrío al escuchar su nombre. Había olvidado que Kathia estaría allí y que iría acompañada de Valentino. Se me revolvieron las tripas al imaginarlos juntos.

«¿Cómo podía estar con él?», me pregunté.

Valentino no era suficiente hombre para ir al lado de Kathia. Era un capullo que se las daba de inteligente. ¿Eso es lo que ella quería?

Negué con la cabeza, intentando disipar mis pensamientos. No quería que Kathia estuviera en ellos, no quería que perteneciera a ellos. Solo deseaba que desapareciera esa ardiente quemazón que me producía. No quería que una niña engreída se adueñara de mi mente pero, hasta ese momento, lo estaba logrando.



Mi padre salió del coche derrochando el carisma que le caracterizaba. Le siguieron mi madre y mis hermanos. Mientras la prensa les perseguía hacia el hotel (sin apenas dejarles caminar), yo me quedé en el vehículo, esperando para salir sin ser visto.

Me coloqué bien la chaqueta de mi traje Gucci y escondí mi cabeza entre los hombros comenzando a caminar hacia los árboles que guardaban la fachada del hotel; entraría por la parte de atrás.

Kathia

Su mano tomó la mía y se la llevó a los labios para darme un suave beso. Me molestó sentirle tan cerca, a pesar de la dulce y delicada caricia. No le había dado permiso para que se tomara esas confianzas. De hecho, tampoco tenía interés en asistir a la fiesta con él. Por culpa de su actitud cariñosa, todo el mundo tendría la impresión de que Valentino y yo éramos pareja, y eso quedaba muy lejos de la realidad. No era su novia ni quería serlo, por mucho que a mis padres les enloqueciera la idea. Valentino jamás me tendría.

Valentino tomó su copa de cava y yo apreté los labios para intentar controlar mi repentina ira. Solo nos quedaban unas calles para llegar al hotel. Me pareció una travesía interminable.

Me concentré en la lluvia. En ese momento caía con más fuerza y arrastraba una corriente rabiosa que agitaba todo a su paso. Tuve la sensación de que estábamos en noviembre y no en enero.

—Mi madre tiene unas ganas enormes de verte —me dijo. Yo le miré, casi arrastrando mis ojos, y forcé una sonrisa—. No deja de hablar de ti a todas sus amigas...

Annalisa solo había podido verme una vez durante toda la semana, y fue la noche del jueves, cuando los Bianchi y los Gabbana asistieron a la cena que se organizó en mi casa. Al parecer, aquellas veladas se repetían con frecuencia.

—Si habla de mí es porque alguien le ha dado ese tema de conversación, ¿no crees? —dije un tanto molesta.

—Bueno, debo admitir que le he hablado de ti, y a mi madre le ha resultado fascinante.



— ¿Puedo saber por qué?

— Es obvio, ¿no? — Volvió a coger mi mano después de soltar la copa. Desvié mi rostro hacia la ventana intentando controlarme—. Kathia, creo que eres lo suficientemente lista como para saber que me siento atraído por ti. Y, al parecer, por la reacción de tu piel cuando te toco, tú también sientes lo mismo por mí. — Retiré la mano.

— Creo que es... pronto... para hablar de estas cosas, Valentino. — Intenté ser respetuosa a la par que evitaba tartamudear; solía hacerlo cuando estaba demasiado enfurecida.

— ¿Pronto? ¿A qué te refieres? — preguntó extrañado.

— Apenas nos conocemos — dije con rotundidad.

El coche se detuvo. La luz anaranjada del hotel Belluci nos iluminó de repente.

— No necesito conocerte, Kathia. Yo sé lo que quiero y con eso me basta. No soy buen amigo del tiempo — continuó, cínico.

— Veo que no te gusta esperar — repetí, susurrando.

«Maldito gusano asqueroso», pensé.

Estaba echado sobre mí, soltándome todas aquellas patrañas como si tal cosa... Era como si me estuviera preparando para lo que me esperaba dentro.

— Sencillamente, hay gente que tiene la suerte de no encontrarse con esa palabra. Suena mal ¿no te parece? No, sin duda la espera no está diseñada para gente como nosotros, Kathia — concluyó.

Mi puerta se abrió y el chófer me ofreció una mano mientras sostenía un paraguas con la otra. En ese momento, unas frías gotas entraron en la limusina y rebotaron contra mis medias. Suspiré y le di la mano. Fue entonces cuando me percaté de los fotógrafos que esperaban en la entrada. Había estado tan absorta en la palabrería de Valentino que ya no recordaba que asistiría la prensa. Rápidamente, se agolparon a mi alrededor. Me envolvieron con flashes y preguntas sin dejar de repetir mi nombre cuando el chófer me cogió del brazo.

— Señorita Caruso, le aconsejo no hablar de la fiesta — me previno el chófer.

— Ricardo, eso no es asunto suyo, ¿no cree? — masculló Valentino, rodeado ya de dos de sus guardaespaldas.

— Lo siento — se disculpó.

¿Qué no era asunto suyo? ¿Qué quería ocultarme Valentino? ¿Qué ocurría con aquella fiesta?



—Por favor, dejen pasar. —El perfilado rostro de Valentino intentaba dar una imagen agradable a los medios.

—Señor Bianchi, ¿viene acompañado de su novia? ¿Kathia Carusso es su pareja? ¿Desde cuándo están juntos? —comenzaron a preguntar todos a la vez casi gritando. Yo no salía de mi asombro, pero me impresionó aún más que Valentino no negara nada. Solo sonreía entre carcajada y carcajada mientras me arrastraba hasta el hotel. Quise matarle.

Al entrar, suspiré intentado recuperarme de lo que acababa de suceder. No estaba acostumbrada a ese tipo de cosas, era la primera vez en mi vida que me abordaban los medios de comunicación y ahora sería portada de todos los periódicos de la ciudad porque Valentino no había sido capaz de desmentir los rumores (que él mismo había creado) sobre nosotros. Él era muy conocido. Era de una familia importante y famosa en el mundo de la política. No sería la primera vez que un Bianchi se convertía en alcalde de Roma.

Le sentí detrás.

—¿Sabes que estás espléndida? —susurró rozando la curva de mi cuello con sus dedos antes de quitarme el abrigo.

Me retiré furiosa y giré el rostro hacia él.

—No somos novios —mascullé.

—No estaban pidiendo tu opinión —dijo, refiriéndose a los periodistas.

—Pero debiste darles la respuesta correcta.

—Puede que esa fuera la respuesta correcta, Kathia. No tomes decisiones tan rápido. —Me acarició el mentón.

Volví a apartarme, irritada por su comportamiento. ¿Qué quería conseguir? Si se trataba de un capricho de niño rico, no tenía ninguna gracia.

—Tengo criterio, Valentino, y sé tomar mis propias decisiones. —Levanté un dedo para señalarle—. Y créeme, sé cuándo son definitivas.

Quise irme, pero me cogió del brazo con fuerza. Miró de soslayo hacia atrás y se percató de que el recepcionista estaba allí intentando mantener el tipo. Apretó los dientes y fue soltando mi brazo lentamente. Quiso remediar su arrebató de furia fingiendo una actitud dulce y delicada.

—Yo decido si es definitivo o no. ¿Te queda claro? —replicó con una falsa sonrisa.

—¡No!

—No me grites —me amenazó.



—No me trates como si fuera una estúpida.

Abandoné el vestíbulo y le dejé atrás. Pero cuando entraba en el gran salón, Valentino tomó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos. Varias personas contemplaron la escena y él sonrió. Sabía que no podía montar un numerito para que todo el mundo fuera testigo de nuestra reyerta. Me tragué mi orgullo pero intenté transmitirle toda mi furia.

Cristianno

La observé conversar con Annalisa Costa, con Olimpia, con su madre y con Marzia mientras Valentino acariciaba su espalda; esta vez sí estaba cubierta, concretamente por un vestido de cóctel color marfil. Pero daba igual lo que se pusiera, siempre me causaba la misma impresión, el mismo fuego.

No parecía cómoda. Escuchaba parlotear a Annalisa con poco entusiasmo, pero nadie pareció advertirlo. Yo sí. Comenzaba a conocerla, lo que no dejaba de ser preocupante porque significaba que la observaba demasiado.

Enrico tocó mi hombro sacándome de mi ensimismamiento. Se colocó frente a mí con una sonrisa en los labios un tanto incrédula. Como si me estuviera leyendo la mente.

—Es extraño verte tan solo en este tipo de fiestas. Siempre sueles estar acompañado de alguna mujer. ¿Qué ha cambiado? —Cogió un vaso de vodka de una de las bandejas y se apoyó en la barra esperando a que contestara.

Me intimidaba que Enrico me contemplara de aquel modo. No me convenía que lo hiciera durante demasiado tiempo. Sabía que podía terminar descubriendo lo que agitaba mi cabeza. Él me conocía tan bien como Mauro.

Suspiré y tomé un sorbo de mi ron mientras desviaba la mirada hacia Kathia. No pude evitar el impulso de hacerlo.

—En fin, no hace falta que contestes. Tu mirada azul te ha delatado. —Se acercó a mí—. Una vez más.

—Enrico, no sigas por ahí. —Hice una mueca.

Miró hacia la muchacha. Yo sabía que la quería como a una hermana.

—Es una niña maravillosa.



—De niña la verdad es que tiene bien poco, créeme —dije sin poder contenerme.

Soltó una carcajada y aproveché para volver a mirarla.

—¿Por qué no me dices de una vez qué te pasa con ella? Porque está claro que algo sucede. Te conozco bien, Cristianno. Y a Kathia también la conozco muy bien. — Se puso serio—. Y está claro que algo pasa entre vosotros dos.

—No lo sé, Enrico. Lo mismo me ha preguntado Mauro y lo mismo le he respondido. —Resoplé descubriendo un nuevo calor en mi cuerpo—. De lo único que estoy seguro es de que no quiero tenerla cerca. Hace que me sienta..., no sé, como perdido.

Enrico frunció el ceño.

—¿Amor? —dijo.

Me puse tenso y le miré con el rostro duro formando una línea con mis labios. Negué con la cabeza.

—No —dije rotundo—. No menciones esa palabra. Ya sabes lo que el amor significa para mí: nada.

—Eso no quiere decir que alguna vez lo sientas.

—¿Como tú? —contraataqué.

Enseguida me arrepentí de aquel comentario. Sabía que Enrico estaba casado con Marzia pero que no la amaba.

—No puedo enamorarme. No, si voy a ser el dueño del imperio Gabbana. —Me sorprendió el dolor que salió de mi voz—. Los hombres como nosotros no podemos enamorarnos.

—Y tus padres, ¿dime? ¿Y tus abuelos? ¿Y tus tíos? —Empezaba a ofuscarse—. Por Dios, Cristianno, eso son gilipollices. Puedes ser un hombre de negocios y amar a tu esposa al mismo tiempo. —Me señaló con un dedo—. Lo que a ti te pasa es que tienes miedo de descubrir que estás loco por Kathia. No seas niño, esa faceta dejaste de tenerla a los trece.

Se marchó aprisa. Si no le conociera, habría creído que estaba enfadado; seguramente solo intentaba darme una lección.

Kathia



Annalisa no dejaba de cotorrear mientras intentaba moverse en aquel vestido color canela tres tallas más pequeño. Era una mujer recia, apasionada por las joyas, y una cotilla de mucho cuidado. Conocía los movimientos de todas las personas que se encontraban en aquel hotel. Era la típica cincuentona de cabello rubio oxigenado, rellena de silicona y malgastadora compulsiva que no se daba cuenta del millón de problemas que tenía en casa, pero sí de los pequeños contratiempos que tenían los demás. Por supuesto, era íntima amiga de mi madre. Tanto, que ambas eran fundadoras del club de campo (utilizando sus famosos apellidos): Costa Di Castro, también conocido como «El club de las arpías». ¿Qué se podía esperar de personas como ellas? Tomaban té, jugaban al golf y criticaban a sus maridos sin pensar que todo se lo habían proporcionado ellos. Resultaba patético.

—Debo confesarte que eres la perfecta compañera de mi hijo —me dijo Annalisa, sin darse cuenta de que yo me encendía.

—No somos... —quise corregirla.

—Llevas razón, mamá. Le he dicho que estaba preciosa justo antes de entrar — interrumpió Valentino.

Se acercaban a nuestro grupo más amigas-arpías de mi madre. Mis tripas comenzaron a removerse.

A esas alturas, mi sonrisa prácticamente solo servía como anuncio de dentífrico. Valentino se aferró aún más a mi cintura aprovechando que la gente me observaba maravillada. Solo me faltaba un letrero de luces de neón sobre mi cabeza que pregonara «la hija de Angelo Carusso ha vuelto». Repugnante.

La tortura de estar allí subió de nivel cuando mi hermana comenzó a comportarse como una adolescente. Siempre llamaba la atención de la manera más ridícula. Por suerte, todavía no estaba ebria. Aunque no le hacía mucha falta recurrir al alcohol si tenía a mi madre cerca; formaban un dúo perfecto.

—Debo decir, Marzia, que estás fabulosa esta noche.

—¿A que sí? —reiteró, haciendo aspavientos.

La miré de arriba abajo. Llevaba un vestido rosa pálido de cuya falda le colgaban una especie de plumas. Era horroroso.

—Estás ideal, querida. —Mi madre seguía halagándola.

«Encima de falsa, mentirosa», gritó una voz en mi fuero interno.

—Marzia está maravillosa, pero debo decir que Olimpia está realmente hermosa esta noche —añadió Valentino, tomando la mano de mi madre y llevándosela a los labios.



—¡Valentino! Tú siempre tan encantador —contestó mi madre, sonriendo como una adolescente. Me resultó vomitivo.

—Oye, dónde está... —Iba a preguntar por mi cuñado Enrico cuando noté sus dedos deslizarse por mi brazo.

—¿Me buscabas? —preguntó guiñándome un ojo.

—¡Enrico! —Me lancé a sus brazos — Sálvame, por favor —susurré en su oído.

—Aguanta un poco más. —Me sonrió y se apartó un poco.

—Vaya, Enrico. No sabía que podías ser tan cariñoso —interrumpió Marzia con un extraño ataque de celos. Como si yo fuera a arrebatárselo a su marido. Por Dios, era mi cuñado; un hermano para mí. Siempre habíamos estado muy unidos y ella lo sabía, no era nada nuevo. No comprendía por qué se extrañaba de nuestras muestras de cariño.

Enrico dio un paso hacia ella guardando una mano en el bolsillo. Estaba tan guapo aquella noche que costaba dejar de mirarle. Resopló y retiró un mechón del cabello rubio de Marzia para colocarlo tras su oreja. Ella se tensó al sentirlo tan cerca. Llevaban cerca de cinco años casados y todavía no se habituaba al dulce tacto de su esposo.

—Mi carencia de cariño hacia ti se debe a tu comportamiento esquivo, Marzia. No me ignores como lo haces y tendrás lo que quieres —le susurró, aunque los que estábamos alrededor lo escuchamos perfectamente.

—¿Lo que quiero? —preguntó, incrédula.

—Sí, lo que quieres.

—La verdad es que dudo mucho que tú seas capaz de darme lo que quiero, Enrico.

—Es verdad, no soy capaz de darte lo que quieres porque aborrezco ese aroma a alcohol que siempre llevas impregnado en la ropa —masculló, tensando su cuerpo—. Tal vez Marcello lo soporta mejor que yo. Kathia, mi vida, estaré rondando por aquí —me dijo, y dejó a los presentes sin saber qué decir.

Me costó digerir que Enrico supiera que el amante de su esposa era mi primo. Y no solo eso, sino que lo soportaba. ¿Por qué hacía una cosa así? Yo hubiese escapado hace tiempo.

Después de más de una hora recibiendo halagos de todas aquellas mujeres (y de alguno de sus maridos) con la sombra de Valentino pisando mis talones, me topé con Silvano y su hermano Fabio. Eran lo más parecido a Enrico que había en aquella sala. Me confortó hablar con ellos.



— Kathia, tan maravillosa como siempre. No sabes el placer que me da verte por aquí. La otra noche no pude decirte que espero que sea durante mucho tiempo —dijo Silvano, tras besarme en la mejilla.

Su sola presencia imponía tanto que hasta Valentino dejó de hablar. Ni siquiera intervino, y yo agradecí prescindir de su voz durante un rato.

— Debo decir que he vuelto para quedarme, Silvano. No volveré al internado. Además, falta menos de un año para que cumpla la mayoría de edad y ya podré decidir —dije con convencimiento. Esperaba una reacción de Valentino, pero se limitó a mirarme con cierto desafío en los ojos, sin atreverse a contradecirme.

En ese momento, Fabio miró a Valentino de una forma exigente. Él le apartó la mirada con rapidez. No comprendí bien aquel gesto, pero percibí cierta tensión entre ambos.

— Enseguida vuelvo —dijo Valentino en cuanto vio a mi padre.

Sonreí volviendo la mirada a los Gabbana.

— ¡Por fin! Creí que nunca se marcharía. Es increíble lo insistente que es.

Ambos sonrieron, pero percibí que Fabio no parecía a gusto con mi presencia. Me observaba atentamente y aquella mirada no me ayudaba demasiado. Era increíblemente parecida a la de Cristianno. Se notaba que eran familia.

— No deberías fiarte de él —dijo Fabio en un tono autoritario, pero cariñoso—. No es bueno para ti.

— Lo sé, pero mi madre está loca por él y ya sabéis lo que eso significa.

Fabio masculló algo antes de soltar la copa sobre la bandeja que portaba un camarero.

— Olimpia no sabe lo que hace. —Estiró las mangas de su chaqueta y se acercó a mí para coger mi mano—. Ha sido un placer hablar contigo, Kathia.

Se marchó caminando con paso ligero y dejándome completamente aturdida. ¿Por qué se había comportado así? ¿Acaso yo tenía la culpa?

— Lo lamento si he dicho algo...

— No, no. Tranquila. Es solo que está algo nervioso y cansado —dijo Silvano casi dándome un abrazo.

Fingí tranquilizarme, pero interiormente hervía de inquietud.



Valentino me arrastró a la pista de baile. Bailamos un vals demasiado pegados para lo que exigía aquel estilo. Aún no había visto a Cristianno y tenía que confesar que me fastidiaba que así fuera. No sabía por qué, pero necesitaba verle. Echaba de menos su mirada intimidatoria sobre mí.

Era preocupante, sí. Comenzaba a tener síntomas de masoquista.

La canción terminó y todo el mundo comenzó a aplaudir. Cuando quise hacer lo mismo Valentino me soltó un beso en los labios, arrastrándome contra su cuerpo y apretándome por la cintura. Me deshice de él de un empujón y le miré furiosa.

—No vuelvas a hacer eso. La próxima vez te arrancaré los labios —mascullé antes de desaparecer.

Necesitaba estar sola y no se me ocurrió mejor lugar que el cuarto de baño. O eso creía. Me disponía a abrir la puerta cuando escuché unas voces conocidas: las de mi abuela y mi madre. Hablaban fervientemente.

—¿Podrías bajar la voz? —clamó mi abuela entre susurros—. Me alteras los nervios cuando te comportas de ese modo. Obligándola no conseguirás nada —gruñó.

—Pues si hace falta, lo haré, pero quiero que su relación se formalice lo antes posible. No he estado esperando tanto tiempo para que los caprichos de una niña me impidan lograr mi objetivo. Kathia acatará mis deseos.

¿Cómo? Fruncí el ceño al reconocer que yo era la protagonista de aquella conversación.

—Deberías ser más paciente. Tú eres la que tiene el as en la manga. No lo desperdices ahora por tu codicia y sed de venganza, Olimpia. Todo llegará, pero a su debido momento.

—El momento llegó en cuanto volvió a pisar Roma.



CAPÍTULO 10

Kathia

Salí de aquel pasillo completamente aturdida. No sabía qué pensar después de escuchar aquella conversación. Conocía a mi madre, sabía cómo era. Olimpia di Castro, la esposa del famoso juez Angelo Carusso. La mujer fría, despiadada e insensible que no asistió al funeral de su padre porque no pudo ponerse sus zapatos de Versace negros: tenía los pies hinchados después del velatorio. Pero jamás hubiera imaginado que la oiría hablar de una forma tan perversa sobre mí.

Sentí unas ganas arrebatadoras de llorar, me faltaba la respiración, tenía que salir de allí.

Cristianno

La seguí sabiendo que ella no era consciente de mi presencia. Caminaba entre la gente intentando ocultar su rostro.

¿Acaso estaba llorando? No lo sabía, pero estaba dispuesto a averiguarlo.

Subió un pequeño escalón y entró en un cenador rodeado de forja y exóticas plantas trepadoras. Algunas gotas de agua se colaban por el tejado de parras y madera, aumentando la belleza de aquel rincón. El viento agitó su largo cabello dejándome ver la curva de su espalda; se perfilaba perfecta sobre unas caderas insinuantes. De repente, inclinó la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro ahogado. Algunas gotas cayeron sobre su pálido rostro y se deslizaron por su esbelto cuello. La imagen estaba tan cargada de poesía que deseé abrazarla y aliviar la sensación de angustia que expresaban sus ojos. Ciertamente, estaba llorando.

Humedecí mis labios tras retener mis pensamientos delirantes y entré en el cenador sintiendo cómo el viento también me envolvía.



—¿Estás bien? —pregunté. Era la primera vez que me preocupaba por alguien que no fuera de mi familia o de mi entorno más inmediato.

Se sobresaltó al escucharme y enseguida eliminó las lágrimas de su rostro.

— Como si a ti te importara —susurró.

— Vaya, para una vez que intento ser amable... —Me acerqué hasta ella.

— Lo siento, es que no tengo un buen día —dijo cabizbaja.

— Ayer tampoco lo tuviste, ¿no? —Sonreí recordando cómo se había cargado el faro de mi Bugatti.

Me miró entre enfadada y desilusionada.

— ¿Esa es tu forma de ser amable? —Respiró profundamente y se colocó frente a mí—. Basta, Cristianno. Déjame tranquila de una vez. Ya me he cansado de este juego inútil y sin fundamento. Y sé que a ti también te aburre. Así que terminemos con esto de una vez. Evitemos hablarnos —remató con un tono seco y bajo, pero cargado de decisión.

Kathia había zanjado lo que yo había intentado cerrar desde que la vi en el San Angelo por primera vez. Sin embargo, no me gustó que aquella charla tuviera ese aroma a final.

Kathia

No sentía lo que acaba de decirle; había hablado mi frustración. Pero había dos razones por las que me había comportado de aquel modo. La primera era que estaba harta de estar allí; y la segunda, no tenía fuerzas para pelear con él después de lo que acababa de escuchar.

Me dispuse a salir de allí reteniendo las ganas de girarme e ir en su busca. Necesitaba que me abrazara. Lo vi desde el cristal; cabizbajo y pensativo. Por un instante, no parecía el Cristianno chulo y engreído. Más bien se veía perdido y afligido.

De repente, un sonido seco y atronador llegó desde la sala principal. Me quedé paralizada mientras al primer silencio le seguían algunos gritos.

Parecía un disparo.



Cristianno

Me abalancé a por Kathia, la cogí del brazo y la coloqué detrás de mí. El temblor de su cuerpo me hizo ver lo asustada que estaba. En ese instante, nos llegó una voz desgarradora. Un hombre gritaba el nombre de mi padre y el de Angelo. Se encontraba en el centro del salón apuntando con una pistola. Por su forma de hablar, parecía borracho. No alcancé a verle porque los invitados tapaban su imagen, pero sí pude apreciar cómo los guardias se preparaban para capturarlo.

Volvió a disparar cerca de mi padre. Apreté la mandíbula y me adelanté echando mano a mi espalda. Sujeté el mango de mi pistola con fuerza. Me daba igual lo lejos que pudiera estar de aquel hombre, mi puntería era perfecta. No vacilaría. Pero en ese instante, Kathia entrelazó sus dedos con los míos mientras se apretaba contra mi hombro. Percibí su respiración agitada. No le iba a ocurrir nada si estaba conmigo.

Acerqué mis labios a su oído.

—Estoy aquí —le susurré.

Kathia cerró los ojos al sentir mi voz cerca de su cuello. No sé qué hubiese ocurrido en otras circunstancias. Casi con toda probabilidad la habría besado aprovechando que mi ego me había abandonado unos segundos.

Los guardias capturaron al hombre y se lo llevaron. Tras ellos fueron mi padre, Angelo, mis tíos Fabio y Alessio, Enrico y Valentino. Di un paso al frente. Tenía que irme y no podía decirle adónde.

Su mano se resistió, pero terminó por liberarme. La miré una última vez antes de mezclarme con la gente que cuchicheaba asustada y desconcertada.

Cerré la puerta bajo la mirada de mi padre, que sonrió en cuanto me vio entrar.

—Vaya, Cristianno, creía que me habías abandonado —dijo con ironía mientras se encendía uno de sus cigarros. Allí no había nadie a quien le molestara el humo del habano.

—Sabes que eso no ocurrirá, papá —le dije mientras observaba cómo ataban al hombre a una silla. Lo reconocí enseguida. Era Luigi Scarone—. ¿Dónde están Diego y Valerio?



—He preferido que no asistan. Ellos y Adriano se encargarán de tranquilizar a los invitados.

Me apoyé en la puerta presionando el pomo. Fabio se colocó a mi lado en cuanto vio que Valentino me observaba asqueado.

Luigi comenzó a patalear mientras Angelo tomaba asiento; el juez prefería observar a formar parte de la acción. En cambio, Enrico... Se apoyó en los hombros del detenido. Dos de los escoltas desenfundaron sus armas cortas.

—Irrumpes en la fiesta con un arma y estás a punto de herir a alguien... ¿A qué se debe ese arrebató, Scarone? ¿Es que no hemos sido buenos contigo? —preguntó Enrico, rodeándole.

Fabio me alargó un cigarrillo después de encender el suyo. Lo prendí a la vez que Alessio le retiraba de un tirón la cinta que Luigi tenía pegada a la boca. Este gimió al sentir el calor en sus mejillas.

—Mi mujer no tiene nada que ver con esto y vuestros hombres la atacaron —masculló.

—¿Cómo? ¿Atacaron a Carla? —Ya me extrañaba que mi padre no hubiese empleado su sarcasmo. Señaló a los guardias con su puro —. Dios, sois muy perversos. —Todos comenzaron a reír.

—Como volváis a tocarla, os juro... —amenazó.

—Tenemos un acuerdo, Luigi —dijo mi padre caminando decidido hacia él—. El 60% de tus ganancias son nuestras y a cambio hacemos la vista gorda, ¿recuerdas? —Cogió una de sus mejillas y se la apretó ligeramente—. Sin embargo, me has cruzado la cara. He sido bueno contigo y a ti no se te ocurre otra cosa que irrumpir en mi fiesta amenazándome. Eres mala persona, Luigi, y tu mujer es una mentirosa de mucho cuidado.

—No la metas en esto.

—Tendrías que haberlo pensado antes. De hecho, ella tuvo la idea, ¿no es así? —Hice el comentario sin moverme del sitio. Luigi miró el suelo sabiendo lo que le esperaba.

Mi padre me lanzó una mirada llena de orgullo. Fabio me dio un palmetazo en el hombro a modo de felicitación.

—Me has desafiado ahí fuera. Y lo peor de todo es que has olvidado que yo soy Roma —continuó mi padre. Hizo un gesto a Emilio, su jefe de seguridad.

Este echó mano a su bolsillo y sacó el silenciador de su arma. Alessio volvió a tapar la boca de Luigi con la misma cinta mientras este pataleaba.



—Que tus hombres se encarguen de él en cuanto termine Emilio —ordenó mi padre a Valentino. Él frunció los labios para responderle.

Emilio se colocó frente a Luigi y, sin dudar, disparó. Valentino marcó un número en su móvil y avisó a sus guardias para que vinieran. Mi padre me echó la mano por los hombros antes de que yo abriera la puerta para salir.

—Caminaré entre vosotros marcado por la vergüenza —dijo irónicamente, refiriéndose a cómo Luigi Scarone había burlado la seguridad del hotel.

—No deberías ser tan teatral, papá —bromeé en cuanto él se separó y se adelantó.

De repente, Valentino me empujó haciendo que topara con la barandilla de las escaleras. Monté en cólera en cuanto vi su sonrisa.

—No deberías haber venido. No has hecho nada ahí dentro —dijo, despectivo.

Sin dudar, me lancé a por él, lo cogí del cuello y lo estampé contra la pared mientras echaba mano a mi pistola. Coloqué el cañón contra su cabeza.

—No lo harás —sonrió, mientras los demás intentaban separarnos —, ni siquiera está cargada.

Hice retroceder el martillo del arma presionando con fuerza sobre su cabeza. No dejó de sonreír.

—Ahora, sí.

—¡Basta chicos! —clamó mi tío Alessio, terminando de separarnos.

Valentino continuó observándome mientras se alejaba. Algún día acabaría con él.

—Deberías andarte con ojo. Sabes que hay negocios por medio que... —dijo Enrico con un tono que no llegó a ser recriminatorio.

—Lo sé, Enrico —dije.

Fabio me cogió del brazo y me retuvo hasta que los demás se alejaron por el pasillo.

—Quiero verte en mi despacho esta madrugada. Tenemos que hablar de algo que te interesa. —Se marchó con paso ligero.

Su voz sonó extrañamente pícara y no pude evitar sonreír. Si mi tío Fabio quería hablar conmigo, seguro que merecía la pena.



CAPÍTULO 11

Cristianno

—La madrugada es la mejor aliada de un secreto —dije con tono misterioso cuando entré en el despacho de mi tío Fabio. Eran más de las tres.

Encontré a Enrico sentado frente a Fabio. Me miró con cara divertida e insinuante. Estaba claro que ocultaban algo. Fabio solo confiaba sus secretos a Enrico.

—¿Qué te lleva a pensar que se trata de eso? —dijo Enrico imitando mi voz.

—Si no es un secreto, entonces es que te han echado de casa. —Cerré la puerta y caminé hacia ellos, vacilante.

—Siempre tan irónico. Enrico tomó un sorbo de su bebida.

Kathia se cruzó en mis pensamientos. No había vuelto a verla desde lo sucedido con Luigi y mi mente me pedía que fuese en su busca. Pero ahora no podía mezclar las cosas. Debía concentrarme.

—Bien, ¿por qué no te sientas, Cristianno? Tenemos que hablar de cosas serias —dijo Fabio, sirviéndome lo mismo que tomaban ellos. No sabía si la conversación que mantenían antes de que yo llegara era la misma en la que estaba a punto de participar—. Estaba comentando a Enrico cómo podemos introducir en Europa una falsificación de *La belle ferronnière* valorada en 130 millones de euros —soltó con descaro, sabiendo que no me escandalizaría.

Su media sonrisa era alarmantemente retadora. Al más puro estilo Gabbana. Apoyé mi tobillo en la rodilla y mordí mi nudillo antes de responder.

—El cuadro no importa. Lo que interesa es el contenido y el contenido no se detecta. ¿No es así? —dije. Fabio dio varias palmadas, orgulloso de mi suspicacia.

Me habían hecho una prueba y la había pasado con sobresaliente. Enrico sonrió y vertió más vodka en su vaso.

—A menos que pase un examen radiactivo muy exhaustivo —añadió Enrico, arqueando las cejas.



— Algo que no va a ocurrir —susurré, antes de pasar mi lengua por el filo del vaso.

— Eres muy listo —dijo mi tío, presuntuoso.

Para Fabio y para mi padre, yo era el perfecto mafioso. Un estratega por excelencia. Aunque esas cualidades venían de familia. Por mis venas corría tanto la sangre de los Gabbana como la de los Belluci, sin duda los reyes de la quimera. Con una mirada podían someter a cualquiera, por muy terco que fuera. Y ese poder yo sabía explotarlo en toda su plenitud. Estrategia y dominio. Maestría y persuasión. La perfecta mezcla para el perfecto mafioso.

— He tenido buenos maestros. —Dejé el vaso sobre la mesa y rescaté la última gota de vodka de mis labios—. ¿De dónde procede? —pregunté, sin poder evitar imaginar los labios de Kathia rozando mi cuello.

Pestañeeé.

— Hong Kong —contestó Enrico, que me observaba extrañado.

Seguro que sabía en quién estaba pensando.

— ¿Cuándo? —volví a preguntar.

— La semana que viene debo ir allí. Traeré el cuadro yo mismo. Debo comprobarlo —dijo mi tío.

— ¿Por qué no este mismo lunes? No hay por qué que esperar —propuse.

— Eso mismo pensaba yo. —Enrico me apoyó—. No me gusta que Wang Xiang tenga el cuadro tanto tiempo ahora que está terminado, y más sabiendo lo que contiene.

— No creo que Wang esté interesado en perder tantos millones. Si yo pierdo, él pierde conmigo. En esta operación él pertenece a nuestro bando. De ello dependen sus intereses.

Como siempre, a mi tío se le escapaba una mueca cuando mencionaba la palabra «intereses».

— Aun así, creo que no deberíamos dejar pasar muchos días —insistió Enrico.

— ¿Por qué tanta prisa? —preguntó mi tío.

— No se trata de la rapidez, sino de los problemas que puede provocar la espera —dije, pensando lo bien que me iría irme de Roma cuanto antes—. Fabio, no tenemos por qué esperar. Cuanto antes terminemos con esto antes tendremos los resultados. Un simple día puede hacer cambiar el transcurso de la operación. Después de todo, hay demasiadas cosas en juego. —Enrico se apoyó en la mesa.



Mientras hablaba caí en la cuenta. Si mi padre no sabía de aquella reunión clandestina entre mi tío y Enrico, menos debían saber los Carusso, ¿y Adriano Bianchi? Por supuesto que no.

—Una de las cosas que hay en juego es que no se enteren los Carusso. Los Bianchi no son un problema, son solo tres —dije. Me observaron atentos; en sus ojos vi que esperaban que yo hiciera ese comentario. Sabían que era demasiado calculador para que se me escapara algo así—. No están en esto, ¿verdad? —Me incliné hacia delante derramando la misma persuasión que utilizaba mi padre. Incluso podía intimidar.

—Demasiado beneficio bajo el mínimo esfuerzo. Es un porcentaje alto el que obtienen los Carusso y los Bianchi, y llevo demasiado tiempo consintiendo algo así. Es hora de demostrar la fuerza de la sangre Gabbana, la que verdaderamente domina Roma. —Fabio imitó mi gesto—. Ya es hora de que se vea quién manda aquí. Yo soy el jefe de esta operación. No trabajo para nadie —sentenció con seriedad.

Durante más de veinte años, Fabio había tenido que soportar cómo Angelo y Carlo Carusso se llenaba los bolsillos gracias a su trabajo. Mucho de lo que tenían los Carusso se lo debían a mi familia. Y luego estaban los Bianchi; Adriano sería alcalde gracias a las gestiones maestras del gran Silvano y de mi tío materno, Branko Bellucci, su segundo en el partido político.

—Por eso vosotros sois los únicos que sabéis esto —dijo mi tío Fabio.

Enrico no era exactamente un Gabbana, sino un Materazzi; un clan hermanado con nosotros desde hacía muchísimas décadas. Los Balducci, una familia milanesa, acabaron con todos ellos cuando Enrico contaba nada más con dos años. Mi padre prácticamente lo adoptó y desde entonces él se consideraba un Gabbana puro. Todos lo aceptábamos como tal.

—Y nadie más debe saberlo. No quiero que mis hermanos se involucren —continuó. Fruncí el ceño al ver que Fabio retiraba su mirada azul plateada de nosotros.

Percibí su tensión y también que aquella frase contenía algo más que el significado que tenía a simple vista. Quise eliminar la tirantez. Si mi tío no hablaba ahora, seguramente era porque nos estaba protegiendo. Él debía elegir el momento; él sabía qué era mejor para todos.

—Bien, iré contigo, tío Fabio.

—Me alegro de oírlo. El imperio Gabbana espera ansioso tu reinado. —Le salía el carácter teatral.

—Hablas como mi padre. —Sonreí.

—Es mi hermano mayor. He tomado buenas lecciones de él —dijo a la vez que cogía su agenda electrónica (de diseño exclusivo) y marcaba un número de teléfono.



Me miró de nuevo y añadió—: Está bien, saldremos la madrugada del martes. Así que será mejor que aproveches el día para dormir lo máximo posible. El jetlag es insoportable por las siete horas de diferencia. Iremos en el jet privado.

—¿A qué hora llegaremos a Hong Kong? —pregunté.

—Sobre las diez de la noche, aproximadamente. Las tres de la tarde en Roma.



CAPÍTULO 12

Cristianno

Nunca me había gustado ir a clase —aunque era un buen estudiante—, pero aquel día se me hizo más difícil que nunca.

El suave rostro de Kathia se estaba convirtiendo en mi tortura y sus miraditas furtivas a través de su flequillo, en una condena. Me observaba con disimulo esperando a que le hablara, a que dijera algo que le pudiera dar la opción de preguntarme por lo sucedido el sábado en la fiesta de Adriano. Después de dejarla en el salón y desaparecer, no había vuelto a verla. Y, al parecer, nadie le había explicado nada.

Decidí esquivarla. En clase me mantuve distante, ni siquiera la miraba, al menos no cuando ella podía cazarme. Lo peor de todo es que esa distancia se reduciría a nada en cuanto llegara la hora del puñetero recreo. Teníamos que cumplir un castigo, así que durante media hora estaría sentado al lado de Kathia.

Kathia

Cristianno volvió a desaparecer nada más sonar el timbre. Salió disparado y bajó las escaleras más aprisa que nunca; ni siquiera esperó a su primo.

Mauro me miró, tímido, como había estado haciendo toda la mañana... exactamente igual que Cristianno. Daba la sensación de que pretendían esquivarme. Apenas me habían dirigido la palabra y no me aguantaban la mirada más de un segundo. Era extraño, puesto que ellos siempre estaban participativos en todo, y Cristianno nunca había desperdiciado una oportunidad para hacerme la puñeta desde que llegué al San Angelo.



Aunque más extraño fue lo que había sucedido en la fiesta de Adriano. El disparo, la conversación entre mi madre y mi abuela... el beso de Valentino.

«Ojalá no lo haya visto», pensé sin saber por qué me importaba, pero lo cierto es que no podía soportar la idea de que Cristianno me hubiera visto recibir un beso de Valentino.

Abrí la puerta de la biblioteca y lo encontré sentado a la mesa. Estaba escribiendo en su cuaderno. ¡Dios!, era tan increíblemente guapo que no podía evitar mirarle embobada. No hubiese sido extraño que se me cayera la baba. Era tan perfecto a mis ojos que casi dolía mirarle.

Entré en la sala y la puerta chirrió al cerrarla. Cristianno ni siquiera levantó la vista del cuaderno. Continuaba actuando como si no existiera. ¿Acaso le había hecho algo?

Avancé hasta él y solté los libros sobre la mesa. Si hubiese estado la bibliotecaria me habría lanzado una mirada asesina, pero estábamos solos. Era el momento perfecto para que me explicara por qué se comportaba de aquella manera.

No encontraba motivos para que estuviera así; es más, el sábado parecía estar bien. Me protegió hasta con cariño durante el altercado en el salón.

Respiré profundamente y tomé asiento mirándole de forma acusatoria. Pero no cambió nada, continuó sin mirar, aunque él sabía que le observaba.

Cristianno

El aroma de su perfume me envolvió. Apreté la mandíbula con furia mientras me volvía a recriminar que me gustara tanto.

Carraspeó y abrió su libro por la mitad, sin mostrar interés alguno por lo que leía. Yo era el centro de su atención en aquel momento y sabía que no iba a tardar en hablarme.

—¡Vaya! Es un regalo de los dioses que Cristianno Gabbana esté tan callado esta mañana —dijo con sarcasmo.

Genial. Percibí en su voz que deseaba importunarme. No la miré, no entraría en su juego.

—¿No piensas hablar? ¿Ni siquiera un poco? —continuó.



No pareció gustarle que la ignorara de aquella forma; me comporté como si fuera un fantasma al que no podía ver. Alargó sus manos con parsimonia y retiró mi libreta dejándola a un lado.

Lo conseguí. Levanté la vista lentamente mientras ella se recostaba en la silla y se llevaba el lápiz a la boca con la sensualidad que la caracterizaba. Cruzó las piernas con lentitud mostrándome parte de sus muslos. Volví a apretar la mandíbula, esta vez por motivos algo más vehementes.

—No creí que fuera tan difícil mirar a las personas cuando te hablan —sonrió—. Cristianno, vienes de una buena familia. Muestra más educación, querido.

Puso su vocecita más engreída. Era tan estúpida y egocéntrica que... que me volvía loco.

—¿Qué ocurre? ¿No has logrado pillar nada este fin de semana? —me picó intentando humillarme—. ¿La abstinencia te convierte en mudo?

Me levanté de la silla y se sobresaltó. Me incliné hacia ella y la contemplé fijamente. Ella pareció empequeñecerse.

—¿Qué pretendes, Kathia? ¿Calentarme la bragueta? ¿Quieres jugar? Porque me da la impresión de que es lo único que quieres.

No comprendía por qué había dicho aquello, pero en ese mismo instante recordé el beso que le dio Valentino. Lo había visto desde la barra y ahora parecía estar viéndolo de nuevo. ¿Acaso estaba celoso?

Caminé hasta las estanterías del final de la sala. Podía haberme marchado, pero no lo hice, y todavía no sé porque. Tal vez esperaba que ella me siguiera. Y, si así era, ¿qué esperaba que me dijera? Joder, ¿qué me ocurría con Kathia?

Kathia

Le seguí furiosa. Reconozco que no fui elegante al hablarle de aquel modo y que si lo que deseaba era conversar con él me había equivocado de método, pero eso no le daba derecho a insultarme.

—¿Qué has intentado decirme? —pregunté tirando de su brazo para que me mirara.

—Lo has comprendido perfectamente.



— Repítelo si tienes pelotas.

Le eché cara, pero en realidad no esperaba que contestara reiterándolo. No se retractó.

— ¿Acaso no eres nada de lo que insinúo? — Me miró de arriba abajo —. Hasta ahora es lo que has demostrado.

Fruncí el ceño y sonreí. Daba la impresión de que estaba... ¿celoso?

— Estás frustrado porque no voy detrás de ti como tus fulanitas. ¿No es eso? — Era mi turno de mostrar desprecio —. Lástima, esta vez te toca perder.

— Te equivocas. Mis fulanas, como tú dices, me dejan bien satisfecho. Dudo que tú sepas calentar mi cama.

— Eres tan...

Soltó una breve carcajada y volvió a mirarme.

— No te ofusques, puedo hacer una excepción. — Se acercó a mí con una mirada que no le había visto antes. Deseaba herirme, pero le costaba —. Si Valentino no te deja satisfecha — Me quedé estupefacta. ¿Hablaban él o eran... sus celos? —, podemos buscarte un hueco. Tú por eso no sufras, pero, claro, tienes que decirme si llegas hasta el final. Dime, Kathia... ¿llegas hasta el final?

Mi mano impactó en su cara de porcelana. Deseaba verle sangrar. Era la segunda vez que le pegaba y la segunda que no me había quedado satisfecha haciéndolo; todo lo contrario. Quería hacerle daño, pero mi fuerza no era la suficiente para una persona que parecía estar acostumbrada a dar y recibir.

Cristianno giró la cara con fuerza, y enseguida me miró con más ira que nunca. Entonces, se lanzó sobre mí. Jamás pensé que le vería tan cabreado conmigo, pero así era.

Cogió mis muñecas y me empujó sin pensar en la fuerza que estaba utilizando. Mi espalda crujió al impactar contra la pared y sentí un dolor punzante en el costado. Colocó mis brazos por encima de mi cabeza sin dejar de apretar la piel. Pensé en darle una patada, pero estaba tan cerca que ni siquiera podía moverme.

— No sabes cuánto te odio — masculló rozando mis labios con los suyos.

— Es recíproco — susurré con esfuerzo —. Ahora suéltame.

— Nadie me da órdenes, Kathia. Hago lo que quiero, cuando quiero y... con quien quiero. — Lo último terminó susurrándolo en mi cuello.

Deslizó sus manos por mis brazos rodeando mi pecho hasta la cintura. Me envolvió con demasiada fuerza.

— ¿Qué estás haciendo? — dije, temerosa.



Me ignoró y continuó acariciándome con agresividad. ¿Qué esperaba lograr con aquello? ¿Que cayera rendida a sus pies? ¿Qué le estaba pasando? Yo había empezado a creer que el verdadero Cristianno no era de aquel modo.

—Cristianno, por favor, déjame.

Intenté empujarle, pero sus brazos me tenían bien sujeta.

—No. No lo haré —dijo algo sofocado.

Acarició mi cuello con sus labios. Notaba cómo el corazón le latía desbocado y respiraba entrecortado. Sus manos bajaron hasta mis caderas envolviendo los muslos. Empezó a subirlas de nuevo, pero logré esquivarlas removiéndome.

—Cristianno, ¡no, no, por favor! —comencé a sollozar—. Estate quieto.

—¿Por qué debo hacerlo? —preguntó, volviendo a rozar sus labios con los míos—. ¿Acaso no fue esto lo que te hizo Valentino?

Era eso. Su voz tembló de ira al pronunciar el nombre de Valentino y sus manos apretaron mi piel con más fuerza haciéndome daño. Eran celos, de eso estaba segura, pero no comprendía por qué estaba actuando así. ¿No se daba cuenta de que yo quería sentirle, pero no de aquella forma?

—¡Aléjate de mí, no quiero que me toques! —grité antes de conseguir apartarle.

Cristianno

Ahí estaba la confirmación que lo más profundo de mi pecho deseaba oír. No quería que la tocara. No quería que la besara, que le hiciera el amor. No quería que me acercara a ella. No era como las demás... Me sentí el hombre más sucio del mundo.

Kathia me empujó y se echó las manos a la cara. Estaba llorando y su pecho subía y bajaba una y otra vez respirando descontrolado. La había herido y me sentía fatal por ello.

¿Qué clase de monstruo podía hacerle aquello a una mujer? Yo. Quise acercarme, pero me apartó de nuevo.

—¡No me toques!

Me observó enfurecida. En sus ojos también vi decepción. Comencé a caminar y me alejé antes de que se tirara al suelo y comenzara a llorar sin control. No podía soportar ser el causante de su dolor.



Nunca había dejado que un sentimiento me sometiera y sin embargo lo que Kathia me hacía sentir me dominaba. Ninguna chica había reaccionado así a mis caricias. Todas deseaban más y había pensado que así sería con Kathia. Me equivoqué.

Paradójicamente, me sentía orgulloso de que ella hubiera reaccionado de ese modo. Deseaba profundamente que me empujara, que me gritara. Deseaba profundamente que fuera la única.



SEGUNDA PARTE



CAPÍTULO 13

Cristianno

Estar en Hong Kong un par de días me vendría genial. Podría poner orden en mis pensamientos y de ese modo saber qué hacer cuando volviera a Roma. Aunque, en realidad, no sabía si quería regresar. Ya no estaba seguro de nada.

Fabio y yo cogimos el jet privado en el aeródromo sobre las dos de la madrugada. Era mejor viajar de noche, de ese modo no llamaríamos la atención de nadie. Mis padres creían que me iba con mi tío a Londres a un evento científico. Y Mauro... Mauro no creyó ni una palabra, pero, en cuanto le conté lo ocurrido con Kathia, supo que lo mejor era que me marchara para que pudiera despejarme. Cristianno Gabbana no hacía todos los días el gilipollas de aquella forma.

Estaba solo, en el piso de abajo. Aquel salón amplio y lujoso me parecía un pequeño zulo mugriento. Llevaba dos horas de avión y varias copas de vodka. Fabio dormía en el piso de arriba, refugiado en sus sábanas de seda blanca, tal vez soñando con el acuerdo de algún negocio. Él era capaz de manipular su sueños, yo no. Estaba desconcertado y mi cabeza daba tumbos queriendo conciliar el sueño. Así que me concentré en la ventanilla y contemplé el cielo sin poder retener mis puñeteros pensamientos. Navegué hasta ella.

Acaricié las estrellas. Si Kathia hubiera estado allí la habría sentado entre mis piernas y le habría susurrado el nombre de cada una de ellas. La habría abrazado hasta que se durmiera en mi pecho y habría escuchado su respiración, la mejor melodía posible. Después, me sumiría en un letargo sabiendo que ella estaba allí... conmigo, y que no haría falta soñar.

Mis sentimientos jamás habían llegado tan lejos. Nunca les había dado la oportunidad. Llevaba varios años viviendo aventuras desenfrenadas, y me contentaba con ello. Estaba orgulloso de la forma de vivir el amor que había elegido porque, precisamente, no era amor. Eso era lo que me gustaba. No tenía presiones, no tenía que dar explicaciones, no quería esas obligaciones y eso había logrado. Pero en esos momentos no estaba tan seguro. Si pensaba en algo nada más despertar, era en ella.

—¿No logra dormir? —me dijo bajito Giselle, la azafata.



—Supongo que el jetlag comienza a pasarme factura —musité, mirando su sonrisa.

—¿Quiere que le traiga algo?

La contemplé de arriba abajo. Era hermosa, de melena ondulada y rubia, y unos ojos caramelo, dulces y tranquilos. Su cuerpo era esbelto y se movía, coqueta, con estilo.

Señalé el sillón que tenía enfrente; apenas a un metro del mío. Giselle asintió y tomó asiento cruzando las piernas. Hacía poco que había visto aquel movimiento, pero en una persona mucho más cautivadora.

Humedecí mis labios y contemplé sus piernas.

El jet estaba sumido en un profundo silencio que se aliaba a la oscuridad; solo la luz verdosa de la cabina alumbraba el ambiente. Tenía la suficiente intimidad para iniciar los preliminares.

Me incliné hacia delante y comencé acariciando su rodilla. Ella cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Ascendí, pero Giselle retiró mi mano y se acercó a mí. Me besó, suave, erótica y lentamente. Me gustó, pero mi cuerpo no lo estaba aceptando como debería. Mi maldito pensamiento estaba en Roma... con ella. Deseaba que Giselle fuera Kathia.

De repente, un calor asfixiante me invadió y me llenó de rabia. No quería que Kathia formara parte de aquel momento y, sin embargo, deseaba que fuera ella la que me besara.

La furia me llevó a coger a Giselle de los brazos y a empujarla hacia mí. Tomó asiento sobre mis piernas presionando su cuerpo contra el mío. Arranqué los botones de su chaqueta y después los de su camisa. Giselle no ponía resistencia a mis movimientos bruscos como lo había hecho Kathia. Ella me iba a dejar hacer lo que quisiera. Era un buen momento para desquitarme y Giselle sería perfecta para ello.

Suspiró cuando la cogí en brazos y la llevé a la habitación.

Las escaleras terminaron de acercarse y Giselle abrió la puerta del avión. Retoqué mi corbata y me pasé la mano por el pelo. Estaba perfecto, mucho más que en otras ocasiones. Era un traje sobrio y muy oscuro, pero favorecía mi piel pálida.

Me acerqué hasta la puerta y miré a la azafata. Ella contempló mi atuendo y se detuvo bajo la hebilla de mi cinturón. Fue una mirada rápida, pero suficiente para hacerme saber que le gustaría tenerme de nuevo.



—Bien, disfrutemos de la cena y mañana hablaremos de negocios. ¿Qué te parece, Cristianno? — me dijo Fabio, antes de bajar el primer escalón.

En Hong Kong eran pasadas las diez de la noche.

—Genial —mascullé, acercándome a Giselle. Fabio comenzó a bajar riendo; minutos antes habíamos estado hablando de la azafata.

Giselle se apoyó en la pared al notar mi cercanía. Retiré su cabello del cuello y lo besé. Me marché dejándola con deseos de responder a mi beso. Aquel era el verdadero Cristianno. El que conseguía a cualquier mujer; no el que suspiraba por una de ellas.

En la terminal, Wang Xiang nos esperaba rodeado de agentes, su escolta personal. Parecía un cortejo fúnebre. Había dos coches negros y una limusina, nuestro vehículo. Wang era demasiado perfeccionista para esas cosas. Era el dueño de la mayor farmacéutica de Asia y, como buen empresario, siempre quería abarcar más. Traficante conciso (según él), dominaba la entrada de estupefacientes en la costa de Hong Kong. Después, creaba compuestos con ellos y los probaba en convictos o en personas que vivían en aldeas olvidadas de Tailandia y Filipinas. De ese modo se aseguraba que nadie reclamara por ellos y de que todo cayera en el olvido. El resto de la droga se la entregaba a grandes narcotraficantes, no sin antes llevarse un buen porcentaje.

Pero jamás recibiría un pellizco tan grande como con el negocio que Fabio y él se traían entre manos.

Wang abrió sus brazos en cuanto mi tío tocó suelo asiático. Fabio se agachó unos centímetros (para quedar a la altura de Wang) y se fundieron en un abrazo lleno de palmadas en la espalda.

—Querido Wang, deja que te presente a mi sobrino Cristianno. Es un pequeño maestro —dijo, mientras yo me acercaba.

—Señor Wang, es un placer. —Nos dimos un apretón de manos.

—El placer es mío. Fabio me ha hablado mucho de ti. Te admira profundamente. —Le costaba hablar nuestro idioma, pero le comprendí a la perfección.

—Ya sabe cómo es mi tío. Es un poco exagerado. —Fabio me abrazó por el cuello.

—Bien, tengo mesa reservada en El Manantial y llegamos una hora tarde —nos apremió Wang, antes de entrar en la limusina.

Según me había contado Fabio, El Manantial era un restaurante que frecuentaban los hombres multimillonarios, donde se cenaba sobre unas mesas con apariencia de roca rodeadas de un riachuelo que desembocaba en una especie de lago. En él podías bañarte acompañado de la mujer que quisieras; se podía elegir entre



asiáticas, europeas o de cualquier parte del globo. Casi todas eran modelos o actrices que comenzaban a abrirse camino en ese mundo.

Me repugnaban esos lugares y a Fabio también; si necesitábamos el calor de una mujer teníamos suficiente encanto como para conseguirlo sin necesidad de pagar, pero debíamos quedar bien y para eso tendríamos que soportar cómo denigraban a esas pobres chicas llenándolas de ilusiones que en el noventa y nueve por ciento de los casos verían frustradas.

De nuevo me vino a la cabeza el momento en que acaricié a Kathia. Dios, cómo me arrepentía.

Entré en la limusina detrás de mi tío y me encontré con cuatro chicas. No eran asiáticas y vestían unos vestidos cortos y ceñidos. Tuve que sentarme al lado de una de ellas que, para mi desgracia, tenía los ojos grises. Fabio dio por hecho que me quedaba con ella y la muchacha no se alejó de mí, ni siquiera cuando al fin llegamos al restaurante.

El local estaba ambientado con velas y tenía un ligero aroma a sándalo y té, mucho té. Y es que había unas teteras de forja plateadas, colocadas sobre una especie de brasero de ascuas, en todas las mesas. Cenamos al lado de la enorme fuente de piedra.

—¿Qué os parece vuestra sorpresa? —preguntó Wang, señalando a las chicas—. Pensé que llegaríais cansados del viaje y querríais relajaros. —Se retiró la servilleta (llena de manchas de comida) del cuello de su camisa y le acarició el muslo a una de ellas.

La chica sonrió y yo aparté la mirada. En realidad, no sabía dónde mirar; el local estaba plagado de hombres haciendo lo mismo que Wang. Otra coincidencia era que mientras ellas eras atractivas, ellos eran horribles.

Miré a la mujer que tenía a mi lado. Parecía tímida, demasiado retraída en comparación con las demás. Su parecido con Kathia era enorme, pero tenía una belleza más dulce; no era tan impactante y agresiva.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Fabio abiertamente a la chica que tenía sentada a su lado.

Era morena, de pelo corto y muy joven. Calculé que debía tener mi edad.

La muchacha quiso responder, pero Wang se adelantó.

—Yo las llamo por el nombre de su país. Esta es Rusia y esta Bielorrusia. —Él mismo se rió de su propio chiste mientras señalaba a las mujeres que le rodeaban. No le vi la gracia—. Y aquellas son Francia y Grecia. —Las señaló, despectivo.

La de ojos grises se llamaba Grecia; la más joven era Francia.



Grecia ahogó un suspiro. Sin duda, se había ofendido por el comentario, tanto como yo y mi tío. Aunque Fabio supo disimular.

Me acerqué a su oído.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté sin que nadie percibiera nuestro acercamiento.

—Mayla. —Fingió una sonrisa algo tensa por tenerme tan cerca.

Fruncí el ceño al sospechar que mentía.

—Tu nombre real —ordené.

Ella se lo pensó unos segundos antes de contestar.

—Sarah.

—Bien, es hora de retirarnos. Rusia y Bielorrusia comienzan a volverme loco —soltó Wang.

Además de restaurante, El Manantial también era un hotel, uno de los más lujosos de Hong Kong.

Fabio me entregó la llave de mi habitación, era la suite 3113. Dispondría de ciento treinta metros cuadrados para mí solo. Un espacio enorme que se vería reducido a la habitación más pequeña en cuanto comenzara a pensar en ella.

Llegamos al vestíbulo y Fabio se acercó a mí. Francia aguardaba detrás de él.

—Podría ser mi hija. Solo tiene dieciocho años —me susurró.

Tuve la sensación de que realmente lo sentía así. Fabio no tenía hijos —tal vez por eso a mis primos, a mis hermanos y a mí nos trataba como tales—, pero a veces actuaba como si pensara en un hijo lejano que nadie conocía.

Se me iba la olla. Ya volvía a divagar. La falta de descanso me estaba causando estragos.

Resoplé y miré a la joven de reajo. Tenía los brazos cruzados sobre el regazo. Sentí lástima por ella.

—Acabemos con esto, tío. Sácala de aquí, lo estás deseando.

—Por supuesto.

Me despedí de él observando cómo se alejaba pensativo mientras la chica lo seguía obediente.

Llegué a mi planta y caminé por el pasillo en dirección a mi habitación. Desvié la mirada antes de abrir la puerta y vi a Sarah. Me observó tímida apoyándose en el marco de la puerta. Se notaba que le dolían los pies.



—¿Qué haces aquí? —le pregunté mientras abría la puerta e inspeccionaba su bello cuerpo.

—Debo estar aquí —dijo bajito, esforzándose por resultar complaciente.

—¿Debes? —Torcí el gesto antes de que ambos entráramos.

La habitación ya estaba iluminada, justo como a Wang le gustaba: luz tenue, muy tenue. Parecíamos sombras. Cerró la puerta y se apoyó en ella cruzando las piernas. Yo hice lo mismo, pero elegí la pared. Descansé mi espalda sobre aquel muro liso a unos metros de la chica. Nos contemplamos sin decir nada durante unos minutos.

Tenía la piel pálida y el cabello oscuro y largo. Su cuerpo era esbelto y sensual.

«¿Por qué me haces esto Kathia? Estás a miles de kilómetros y te siento tan cerca.» Apreté la mandíbula y luché contra mis pensamientos.

—¿Sabes hablar italiano? —Quería saber si podía comunicarme con ella en mi idioma.

Suspiró y caminó hasta el salón.

—Sí... aunque, a veces, me cuesta.

Instintivamente, volví a tensar la mandíbula. Se veía que era una chica inteligente y me molestó que estuviera allí haciendo lo que hacía. —¿Qué haces en Hong Kong? —continué preguntando mientras me dirigía al mini bar.

—Trabajar... —Me siguió.

La miré. Sus ojos me decían que mentía. No estaba trabajando, más bien parecía estar obligada a hacerlo.

—¿Eres griega?

Frunció los labios; no quería hablar de ella, pero terminó contestando.

—Sí..., soy de... Atenas.

—Y tu familia, ¿dónde está?

—Creo que... no estoy aquí para hablar de mí.

Bebí de mi copa mientras observaba lo incómoda que se sentía.

—Bueno, soy tu cliente y debes hacer lo que quiera, ¿no? Es por eso por lo que se te paga.

Sarah apretó la mandíbula y miró la alfombra.

—Háblame de tu familia —dije.

Se colocó el bolso en el hombro y me observó furiosa.



—Mis servicios incluyen hablar de cualquier cosa, pero relacionada con el cliente. En este caso, tú. Ir a cenar, beber y terminar en la cama si es que la borrachera os da para aguantar. Si tú no vas a hacer ninguna de esas cosas, págame mis honorarios y me voy porque no pienso meter a mi familia en esto, ¿te queda claro? — Estaba cabreada, pero me había explicado lo que yo quería—. Por cierto, son tres mil dólares. Acepto propina.

Sonreí mientras dejaba el vaso sobre la mesa y guardaba mis manos en los bolsillos de mi pantalón.

Sarah extendió su mano esperando que le pagara.

—¿Efectivo o tarjeta? —pregunté admitiendo que quería bromear.

—¿Te estás burlando de mí?

Negué con el cabeza, risueño, antes de acercarme al teléfono. Marqué el número de recepción y esperé a que contestaran.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó confusa.

Le indiqué con señas que guardara silencio en cuanto contestaron.

—Sí, soy el cliente de la habitación 3113 y necesito un vehículo en menos de diez minutos. ¿Es eso posible?

El hombre me enumeró los modelos de los que disponían.

—Me quedaré con el Ferrari, gracias. Y ahora, pásame con información.

Mientras esperaba, me quité la chaqueta y se la lancé a los brazos. Ella la cogió extrañada y sin dejar de observarme con los ojos entornados. Le indiqué que se la pusiera aunque ella se resistió a hacerlo.

Fruncí el ceño torciendo el gesto. Sarah resopló e hizo lo que le decía.

—Has dicho Atenas, ¿verdad? — quise confirmar.

Asintió y se cruzó de brazos esperando que yo le dijera qué estaba pasando.

—Hola, quisiera que me pusieran en contacto con el aeropuerto. Necesito un vuelo urgente a Grecia.

Sarah perdió el color de su rostro, abrió los ojos y la boca, y me observó titubeante. Expresaba miedo, sorpresa, alegría, decepción... Su cara decía tantas cosas que tuve que sonreír.

La operadora me puso en contacto con otra mujer que enseguida dispuso un vuelo a Grecia a las cinco de la mañana y en primera clase.

Colgué el teléfono y me dirigí a la puerta.



—¿Piensas complacer a tu cliente o tengo que obligarte? —Le guiñé un ojo en cuanto me sonrió.

Al salir de la habitación, me di cuenta de que tenía lágrimas en los ojos, aunque las intentaba disimular. Cogí su mano y la envolví con la mía.

—¿Por qué haces esto? Ni siquiera me conoces.

—Porque este no es tu lugar.

Aunque la verdadera razón era otra. Debería haber dicho que deseaba enmendar el error que había cometido con Kathia. Sabía que no era lo mismo y que con eso no arreglaría nada con ella, pero me confortaba, necesitaba sentir que podía hacer feliz a alguien.



CAPÍTULO 14

Kathia

Miré mi plato y, con desgana, retiré las zanahorias que cubrían un bistec poco hecho. Me hallaba en el piso de Valentino; un lujoso ático situado en la Via Conciliazione. Él lo había dispuesto todo para una cena romántica y empalagosa; flores, servicio exclusivo del mejor chef de la ciudad, y luces tenues proporcionadas por velas aromáticas repartidas por toda la estancia, que se mezclaban con la luz anaranjada del Vaticano.

No estaba allí por propia elección y cuando recordaba la forma de invitarme que había tenido, me crispaba. Valentino logró que mi padre me abofeteara delante de todo el mundo debido a mi negativa inicial. Enrico intentó protegerme, pero no sirvió de nada. Y allí estaba, sentada contemplando el metro de mesa (demasiado decorada) que nos separaba.

Valentino sonreía mientras comentaba cómo le había ido la jornada. Al parecer, había aprobado un examen sorpresa de matemáticas —estudiaba la carrera de economía—. Pero yo no le escuchaba. Solo podía pensar en... él.

No había ido a clase, y tampoco lo haría el resto de la semana. Era lo único que había podido sacarle a Mauro cuando, antes de entrar en la clase de química, le cogí del brazo y lo aparté del grupo.

Mauro sabía lo que había ocurrido y me observaba de una forma respetuosa, como si estuviera pidiendo perdón en favor de Cristianno. Él no tenía la culpa y se lo hice saber.

Llegado el momento de preguntarle dónde estaba, se negó a contestar. Según él, no sabía nada, a excepción de los días que estaría fuera. Es lo único que pude lograr y la peor noticia que podía recibir. No estaba segura de poder soportar una semana alejada de Cristianno.

—¿No comes? —preguntó Valentino tocando mi mano.

—No tengo hambre. —Me levanté de la silla y caminé hacia los ventanales.



Dios, me sentía tan culpable por haber provocado aquella situación con Cristianno... Tal vez, si no le hubiese hablado de aquella forma, no habría actuado así. Tal vez entonces no estaría sintiendo aquella congoja que me oprimía el pecho.

Nunca antes había sentido nada parecido. Odiaba del mismo modo que deseaba, y eso me estaba matando. Me volvía loca porque siempre había sido dueña de mis sentimientos. Nunca me había arrepentido de nada de lo que hubiera hecho. Me daba igual si hacía daño o no, lo hecho hecho estaba, pero con Cristianno era diferente. Toda mi vida cambió desde el momento en el que le vi por primera vez. Yo cambié.

No estaba cómoda, no era yo la que habitaba en mi cuerpo. Una bomba de emociones estallaba continuamente en mi pecho y me hacía vibrar, pero también descontrolarme. No sabía qué estaba sintiendo, pero estaba segura de que me marcaría para siempre.

Valentino me rodeó por la cintura y me obligó a mirarle. Le obedecí sin saber que me besaría de nuevo. Pero esta vez se retiró antes de que pudiera partirle la cara. Me observó tranquilo, con deseo, y retomó el beso con más intensidad.

No era fácil escapar. Valentino no comprendía que mi cuerpo lo rechazaba; toda yo lo rechazaba. No lo quería cerca, pero gracias a sus detestables caricias, pude descubrir algo. Deseaba que Cristianno me acariciara.

Forcejeé antes de darle una patada. Se retiró y le señalé con el dedo antes de hablar.

—Te dije que no volvieras a tocarme —dije remarcando las palabras. Cogí mi chaqueta.

—No... —Torció la boca intentando una sonrisa mientras caminaba lentamente hacia mí—. Eres tú la que parece no comprender que puedo disponer de ti cuando me plazca.

Caminé hacia la puerta. Sabía que me dejaría ir.

—Tarde o temprano serás mía, Kathia.

—Eso ya lo veremos.

Cerré de un portazo.

No quería preocupar a Enrico, así que decidí caminar hasta la casa de Daniela. Era la única que en aquel momento podía comprender cómo me sentía. Quizá lo más lógico habría sido ir en busca de Erika, pero ella había cambiado. Ya no era la misma chica dulce, alegre y simpática que conocía, ya no era la mejor amiga que tenía en el



internado. No había encajado bien mi vuelta y habíamos discutido dos veces. En una de ellas me soltó que yo no era más que una niñata engreída que necesitaba llamar la atención con aspavientos si no era el centro de las miradas. Incluso insinuó que yo quería robarle a Mauro. En lo de engreída podría haberle dado la razón, pero jamás le haría daño. Nunca le había dado motivos para pensar así.

Llamé al timbre de Daniela y, segundos después, abrió la puerta. Tenía el pijama puesto y el cabello despeinado. Al parecer, la había despertado, pero no pareció molestarse. Me sonrió, aunque con el ceño fruncido.

—Siento venir a estas horas —dije antes de que me arrastrara dentro.

—No te preocupes, ¿qué ocurre?, ¿te ha pasado algo? —me preguntó algo asustada y contemplándome titubeante.

—No, no... Es solo que no sabía adónde ir.

—¡Oh, pequeña, ven aquí! —exclamó antes de abrazarme.

Daniela era tan cariñosa que con solo un abrazo reponía tus fuerzas para una semana.

—Dani, ¿quién es, cariño? —preguntó la voz de un hombre que me recordó a...

Alex apareció en el vestíbulo con un bol de palomitas en la mano. Al parecer, la relación entre ambos iba viento en popa. Se quedó paralizado al verme, pero enseguida se abalanzó hacia mí y comenzó a interrogarme.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? —Le entregó el bol a Dani y me zarandeó.

—Nada, estoy bien. —Decidí contárselo—. Es solo que... estaba cenando con Valentino y... se propasó, nada más.

—¿¿Qué?!! —exclamaron los dos a la vez.

—Dios, como se entere... —murmuró Alex tan bajo que casi no se le escuchó.

—¿Como se entere quién?

Daniela y yo le miramos esperando su respuesta.

—Chicas, ¿por qué no pasamos al salón e iniciamos nuestra sesión de cine? —sugirió colocándose detrás de nosotras y empujándonos suavemente por la espalda.

—No quisiera molestar, en serio. Puedo llamar a...

—¿A quién? ¿A Erika? —se burló Daniela cruzándose de brazos antes de tomar asiento—. Anda, no digas tonterías. Aún no comprendo cómo la has soportado todos estos años. Te quedarás aquí. Además, no puedes perderte cómo torturo a Alex con la saga de *Harry Potter*. —Comenzó a comer palomitas—. Vamos, pon *La Orden del Fénix* y después *El misterio del Príncipe*.



Alex y yo nos miramos con el ceño fruncido. Él resopló y yo solté una carcajada mientras comenzaban los créditos de *La Orden del Fénix*. Daniela me explicó que llevaba toda la tarde viendo las películas de la saga, una después de otra, y que el pobre Alex estaba aguantando el tipo excelentemente.

—Espero que eso me haga ganar puntos —sonrió Alex antes de acariciarle el mentón a Dani.

—Conque Harry Potter, ¿eh? Te hacía más de... no sé... ¿*Crepúsculo*? —dije.

—Es la saga de la semana que viene. —Me tocó el brazo—. Tranquila, tengo para todos los gustos.

—Sí, claro —intervino Alex irónico.

—Oye, lo echamos a suertes, ¿no? Perdió *El señor de los anillos*, se siente.

—Sí, pero no sabía que eso también incluyera la ñoñería de los vampiritos enamorados de humanas obsesionadas. *El señor de los anillos*, eso sí es una obra maestra —se defendió Alex.

—Igual que Cristianno —murmuró Daniela.

Su nombre se hincó en mi pecho en forma de mil cristales. Intenté disimular, pero Alex se dio cuenta. Me tomó de la mano y me guiñó un ojo antes de volver la atención a Daniela, que ya estaba absorta con la película.

Me acuclillé en el sofá y respiré hondo deseando saber dónde estaba él.



CAPÍTULO 15

Cristianno

El sol empezaba a asomar. Fabio miraba el puerto a través de la ventanilla del coche. Miré el reloj; la aguja rozaba las doce de la noche. Era la hora de Roma. En Hong Kong eran casi las siete.

Sarah ya estaba de camino a Atenas. Antes de que embarcara en el avión le había dado dinero en efectivo y mi número de teléfono por si alguna vez necesitaba algo. Ella se marchó sin comprender por qué la ayudaba, pero yo tampoco podía explicárselo porque no sabía realmente cuál era la razón.

Al salir del aeropuerto, me había encontrado a Fabio apoyado en el Ferrari. Sonrió al verme.

—Natalie cogió su avión con destino a Marsella a las cuatro —me dijo.

Solté una carcajada silenciosa. Habíamos reaccionado de la misma manera.

—Sarah ha salido a las cinco con destino a Atenas.

Habíamos regresado juntos al hotel y enseguida nos habíamos reunido con los hombres de Wang.

Fabio resopló al ver el estado de aquella parte del puerto. Las naves se alzaban mugrientas y grisáceas. Por todos lados había trozos de cristales rotos, y restos de pescado y fruta podridos. No quise imaginar el olor. Algunos vagabundos cubiertos con unas mantas sucias vagaban o dormían por allí. Pude ver jeringuillas cerca de varios de ellos.

La limusina se detuvo al lado de una nave que presentaba el mismo aspecto que las anteriores. El lugar perfecto para hacer una operación de aquel tipo sin que nadie te descubriese.

Abrí la puerta y mis zapatos Prada de piel negra pisaron un pequeño surco de agua mugrienta y con un ligero tono amarillento. Tragué saliva y deseé terminar con aquello de una vez. Necesitaba volver. Quería volver. Me acercaría a ella y le diría lo mucho que lamentaba haberla conocido. Lo mucho que lamentaba que ella fuera la reina de mis sueños.



Me coloqué bien la gabardina y estiré el cuello hacia arriba para cubrirme. Fabio hizo lo mismo solo que mostrando una sonrisa. Wang ya nos esperaba y, para nuestra sorpresa, Rusia continuaba con él; llevaba el mismo vestido.

—¿Qué tal ha ido la noche, mis queridos Gabbana? —preguntó Wang con aquel asqueroso tono de voz. Mi mirada le descuartizó, aunque nadie pareció percibirlo.

—Bueno, no me puedo quejar. La chica sabe hacer muy bien su trabajo —terminó mascullando mi tío.

Mintió. No es que le fuera fiel a Virginia, su mujer —de vez en cuando algunas caían en sus redes de magnífico conquistador—, pero no le gustaban aquel tipo de situaciones.

—¿Y tú, Cristianno? Dime que Grecia no te ha decepcionado. De lo contrario tendré que castigarla.

«Maldito cabrón. Grecia está sobrevolando nuestras cabezas», me hubiera gustado decirle.

Cerré los puños, ocultos en mis bolsillos, y apreté la mandíbula.

—He estado con ella hasta hace unos minutos. —dije regodeándome. Fabio me miró de soslayo—. Créame, sabe hacer su trabajo muy bien.

Al parecer, Wang no supo apreciar la sorna de mi voz.

—Bien, después del placer vienen los negocios. Entremos, caballeros. Tenemos un trato que cerrar.

—Claro, debemos coger el avión antes de las nueve —me apresuré a decir.

Nadie se dio cuenta de lo ansiosas que sonaron esas palabras. Tenía unas ganas locas de volver y sabía que Fabio también.

Entramos en aquella nave. Estaba más desangelada de lo que imaginaba; solo había una mesa en el centro, alumbrada por un foco de luz potente. Yo sabía que aquella luz la utilizaban para examinar la droga. Sobre la mesa había una caja bastante delgada, oculta con una sábana verdosa. Al lado, un portátil plateado conectado a un pequeño aparato que impedía el rastreo. Pude ver a nuestra izquierda unos paneles con bolsas de cocaína bien ordenadas. Listas para la entrega.

Miré a Rusia antes de apoyar mi maletín en la mesa. Parecía disfrutar con lo que se estaba cocinando allí dentro. Ella sí había nacido para ese mundo, me lo decían sus ojos y... sus labios: no dejaba de pasarse la lengua por ellos mientras me observaba. Mientras uno de los secuaces de Wang introducía una contraseña en el ordenador, se acercó a mí.

Acaricié mi cinturón.



—No sabes las ganas que tengo de probarte. Yo puedo ser mejor que Grecia — me susurró mientras Wang disfrutaba contemplando la escenita.

Ahogué una sonrisa pasando mi lengua por el labio inferior mientras tocaba el hueso de su cadera. Me acerqué y ella soltó un suspiro muy parecido a un gemido. Era como si estuviese esperando que la empujara sobre aquella mesa y le hiciera el amor delante de todos.

—No sabes la cantidad de mujeres que me dicen lo mismo. —Rocé mis labios con los suyos—. Pero ninguna de las que se parecían a ti lo consiguieron. Así que deja tus manos quietas. Aunque fueras más explícita tocándome no conseguirías nada —le aclaré antes de que se retirara furibunda.

—No sabes lo que te pierdes —refunfuñó molesta.

—Eso es lo que me dicen todas cuando no consiguen que las lleve a la cama —le contesté, irónico.

—¡Maravilloso! Desde luego, eres un auténtico Gabbana —dijo Wang entre carcajadas.

Abrí mi maletín y extraje mi portátil. Yo sería el encargado de hacer la transferencia. Sesenta millones de euros para ser exactos. La otra mitad se la había entregado Fabio dos semanas antes. Marqué la contraseña y entré en las cuentas bancarias de Suiza de mi tío. En ese paraíso fiscal escondíamos casi toda nuestra descomunal fortuna.

Uno de los guardias retiró la sábana en cuanto Wang se lo indicó con una ceja. Miré a mi tío. Aguardaba con los brazos cruzados sobre el pecho y el gesto torcido (mostrando aquel talante suyo tan inquebrantable, firme y atractivo). Era la persona más inteligente y astuta que yo hubiera conocido nunca. Sin duda, había aprendido bien de su hermano. Wang lo sabía, por eso le guardaba el aire y le complacía en todo. Podía ser el dueño de Hong Kong, uno de los negociantes más importantes de China o el rey de cualquier negocio oscuro que existiera (desde cadenas de prostitución ilegal hasta tráfico de droga), pero los Gabbana teníamos suficiente poder para destruirle, y él lo sabía. Con solo un chasquido de dedos desde Italia, Wang podía acabar en las profundidades del océano Pacífico con treinta kilos de piedra maciza aferrada a sus tobillos. Y con tortura previa. Él sabía lo insignificante que era para nosotros, pero era el único que podía proporcionarnos aquel material y debíamos ser corteses. Al menos, lo justo.

Después de todo, ¿quién no le tiene miedo a la mafia? Sonreí plácidamente antes de marcar el número de millones que debía transferir.

Abrieron la caja con un cúter y extrajeron el envoltorio de plástico que protegía aquella réplica perfecta de la obra de Leonardo da Vinci, el maravilloso cuadro de *La*



belle ferronière. Mi tío asintió, admirado al ver la perfección del plagio, lo acarició y se recompuso echando mano al bolsillo interior de su chaqueta.

— Por favor... — ordenó al guardia que lo sacara de la caja.

— Enseguida.

En la pantalla apareció una pequeña pestaña que ponía «Aceptar». Solo tendría que clicar ahí para que se completara la transferencia, pero no lo haría hasta que mi tío me lo indicara.

Tomó un pequeño dispositivo negro, del tamaño de una cámara digital de fotos, pero mucho más delgado. Casi parecía un espejo y solo tenía dos botones y una entrada de conexión por cable. Era un invento suyo, de uso personal, así que no podía encontrarse en el mercado y Fabio no quería patentarlo. Wang se extrañó al ver el aparato, pero enseguida bajó su mirada al ver que yo lo observaba de forma perspicaz y autoritaria.

Mi tío presionó uno de los dos botones y extendió el aparato por todo el cuadro. En lo que parecía un espejo, pudo verse el contenido real de aquella obra. Él sonrió al ver que lo que necesitaba se encontraba entre las fibras del lienzo.

— La pintura no es tóxica. No dañará el compuesto y no se detecta. Es un trabajo perfecto — dijo Wang queriendo tocar el cuadro.

— ¿Dónde está lo que hablamos? — preguntó Fabio, a la vez que retiraba la mano de Wang.

— Están unidos, Fabio. — Wang se lo mostró.

No alcancé a ver a qué se refería. No comprendía qué otro negocio se traía entre manos.

Fabio me miró y asintió con un simple pestañeo. Le di a «Aceptar» y apareció una línea verde que se cargó en pocos segundos.

— Sesenta millones de euros. El trato está cerrado — dijo Fabio, indicándole a nuestro guardaespaldas que cogiera el cuadro.

— Ha sido un placer, Fabio. Espero volver a hacer negocios contigo. — Wang le dio un apretón de manos.

Encendí un cigarrillo antes de guardar el ordenador. Cerré el maletín y se lo entregué a nuestro escolta.

— Claro, ¿por qué no? — dijo Fabio con desdén.

No quiso hablar más. Deseaba, casi tanto como yo, salir de allí.



No hablamos durante el recorrido, pero le noté extraño. Fabio no solía moverse así, era más armonioso en sus gestos y movimientos, sin embargo, en aquel momento parecía rígido y contenido; aunque no llegaba a estar incómodo.

Miró su reloj, retiró su cabello de la frente y volvió a mirarlo. Acarició aquel reloj infinidad de veces.

—Es un Patek Philippe's Platinum World, valorado en unos cuatro millones de dólares. Es exclusivo y hecho expresamente para mí —explicó sin mirarme. No sabía por qué me contaba aquello, Fabio no solía presumir de lo que tenía o de lo que gastaba en sus caprichos. Continuó—: No dudes nunca en beneficiarte de él. Puede que algún día te sorprenda su utilidad, no solo marca las horas.

El avión comenzó a rodar, pero apenas le presté atención a la aceleración del despegue. Estaba demasiado aturdido con lo que mi tío acaba de decirme. Él, en cambio, se echó en su asiento y cerró los ojos con tranquilidad. Ya había dicho lo necesario. Él era así, jamás comprendías lo que decía hasta que llegaba el momento propicio.

—Ya eres todo un Gabbana. Serás el mejor, hijo —murmuró antes de dormirse y dejarme peor de lo que estaba.



CAPÍTULO 16

Kathia

—¿Me gustaría saber qué piensa una mujer cuando se queda mirando la nada de la misma forma que tú? —dijo Mauro mientras se sentaba en el bordillo de la acera.

Habíamos ido al Giordana's a tomar algo mientras ultimábamos los preparativos de la fiesta de cumpleaños de Luca. Pero yo no era capaz de concentrarme en nada que no fuera Cristianno.

Salí del local y me senté en la acera. Me dejé llevar por mis pensamientos a pesar del frío húmedo que me recorría.

Me molestaba horrores admitirlo, pero le necesitaba cerca. Deseaba verle y no podía evitar esperar que apareciera por la calle y viniera hacía mí, tragándose su orgullo de niño engreído. Dios, cómo lo... detestaba.

«¿Dónde estás, Cristianno?»

Miré a Mauro, que fumaba un cigarrillo, y sonreí; me sentí extrañamente reconfortada por tenerle cerca. Miré el humo que salía de sus labios y me hizo un gesto para que cogiera el cigarro. Asentí, lo cogí y le di una calada profunda.

No fumaba con frecuencia, pero debía admitir (por desgracia) que era fumadora desde los quince.

—¿Qué ocurre, Kathia? —volvió a preguntar; esta vez con más dulzura que la anterior.

Sacudí la cabeza y le miré.

—A mí también me gustaría saberlo. —Solté el humo.

Nos miramos a los ojos. Mauro era demasiado inteligente para que se le escapara algo. Sabía que él podía descubrir, incluso antes que yo, lo que realmente me ocurría.

—Es todo tan confuso.

—No puedes comprender un sentimiento —dijo cariñoso retirando mi cabello—. Mira, Kathia, no siempre podemos dominar lo que realmente sentimos. Por



mucho que os empeñéis en negarlo, ya habéis caído. —Recuperó el cigarro de mis manos—. Ahora solo falta que lo comprendáis.

Fruncí el ceño al oírle emplear aquel plural cuando solo estaba hablando conmigo. ¿Acaso había mantenido aquella conversación con Cristianno?

Suspiré y volví la mirada hacia la calle. Me pregunté si aquellas personas que paseaban por allí estarían viviendo una situación como la mía. Bah, tonterías.

—Hablas como si supieras qué me ronda por la cabeza. —Intentaba hacerme la dura.

—Sé lo que te ronda por la cabeza. —Me empujó, bromeando—. Tiene nombre propio.

—Claro —dije incrédula.

Mauro se acercó a mi oído y me rozó con sus labios antes de hablarme.

—Él se resiste porque eres la primera. ¿Por qué te resistes tú, Kathia?

Me sobrecogí. No sabía qué hacer. Incluso temblé. Un escalofrío recorrió mi cuerpo en el momento en que di con la respuesta.

Volví el rostro hacia Mauro. Estábamos solo a unos centímetros. Tenía una débil sonrisa en los labios y sus ojos expresaban interés.

—Porque también es el primero.

El coche dio la última curva y allí apareció la enorme casa que el padre de Luca tenía en la playa. Había tardado cerca de un mes en convencerlo de que se la dejara para la fiesta. Yo no había entendido por qué su padre le ponía tantas pegas... hasta que vi la residencia.

De diseño muy moderno, estaba cubierta de cristaleras. Barandillas de metal, suelo negro con cristales brillantes, piscina y mini spa... y todo a unos metros de la playa (veinte para ser exactos). Cerca de uno de los porches había un promontorio, un acantilado de roca que se comunicaba con el aposento principal del segundo piso por un pequeño puente.

Eric volvió a gritar asomado por la ventana del techo de la limusina. Había decidido venirse con nosotras. Alex, Mauro y Erika ya estaban en la fiesta con Luca y otras ciento veinte personas invitadas.

Le había pedido a su chófer que nos trajera y lo agradecí. De ese modo evitaba que Valentino me acompañara y se quedara conmigo para vigilarme. Me había ido de casa justo después de comer, después de aguantar los sermones de mi madre sobre



«deberías ser más amable con Valentino». El problema es que ya no veía aquellos consejos como el capricho de una madre con un muchacho, sino como un astuto plan. Desde que escuché la conversación que mantuvo con mi abuela, intentaba mantenerme alejada de ella. Sabía que tramaba algo y que se avecinaban problemas. Que el empeño que mi familia tenía con el menor de los Bianchi se debía a algo que, estaba segura, no tardaría en descubrir.

Eric se acucilló y se desplomó en el asiento mientras cogía un regaliz de la bandeja. Se lo llevó a la boca antes de hablar.

—Joder, hace un frío que pela, ahí fuera.

Daniela lo miró satírica.

—¿Qué esperabas? Llevas cerca de media hora haciendo el gilipollas asomado en esa ventana.

Solté una carcajada que enseguida se vio coreada por la de Eric. Comenzaba a acostumbrarme al humor mordaz de Dani y me encantaba. Era extraordinaria.

Suspiró y se estiró la falda del vestido rojo oscuro que le había dejado. Era un Versace de cinco mil euros que estaba estrenando ella. Lo había comprado el martes por la tarde en un arrebato. Daniela no vestía de ese modo, pero me había confesado — después de presionarla para que hablara, porque ella no estaba acostumbrada a desahogarse — que quería sorprender. Ya iba siendo hora de dar el gran paso con Alex. Quería estar con él y no veía por qué esperar más. Aquella sería la noche. Así que la arrastré a mi enorme ropero y la transformé dejándola más impresionante de lo que ya era.

Erik cogió la botella de champán y se sirvió la cuarta copa en veinticinco minutos que llevábamos de trayecto.

— ¡Bah! En cuanto vea a... — Eric frunció el ceño. Le miramos extrañadas — a... Lucille. — Sonrió para disimular los nervios —. Sí, en cuanto vea a Lucille, se me pasará el frío.

— Ya... — murmuró Dani escudriñando en su mirada.

Estaba segura de que Daniela tenía la misma impresión que yo de que no era Lucille la dueña de sus pensamientos. Ni siquiera era una chica.

— ¿Por qué me miráis así? — preguntó escondiéndose tras la copa.

— Porque eres gilipollas.

Volví a reír. Daniela tenía una forma de insultar muy impulsiva y contundente.

— Eso ya me lo has dicho.



—Pues te lo vuelvo a decir. —Meditó lo que iba a soltar a continuación—. ¿Sabes quién es el DJ de la fiesta? Yo te lo digo. Joni. Ese morenito cachas que trabaja en Eternia y tira los trastos a Luca siempre que puede. Ha venido a su fiesta, de gratis, simplemente por el hecho de... de estar con él. —Lo último lo dijo con cierto desdén.

La insinuación era obvia. Efectivamente, Eric estaba colado ¡por Luca! Y, al parecer, odiaba a Joni.

—Vale... De acuerdo.

—¿Qué significa ese «de acuerdo»?

—Simplemente, de acuerdo.

Eric pareció que se enfurruñaba, pero en realidad no estaba enfadado. Solo tenía miedo.

Daniela se lanzó a por él y comenzó a hacerle cosquillas. Yo también me uní y tras varios minutos dando tumbos en la limusina, nos incorporamos y nos miramos.

—¿Creéis que él... que él sentirá lo mismo? —preguntó dubitativo y completamente asustado.

No pude evitar recordar la conversación con Mauro. No sabía si Cristianno sentía algo por mí, pero la insinuación de su primo fue suficiente para ponerme más cardíaca durante esos días.

Daniela sonrió y torció el gesto antes de mirarme. Era increíble que Eric estuviera sincerándose de aquella forma delante de mí, y quise darle mi apoyo. No podía estar segura de lo que quería Luca porque apenas le conocía, pero sabía que era un buen tío y que las miradas que yo había visto que le lanzaba a Eric significaban mucho más que amistad.

—Solo tienes que comprobarlo. Déjate llevar —le aconsejé acariciando su mejilla.

—Dios, ¿qué dirán los chicos?

—Los chicos te quieren y no les importará. Parece mentira que no lo sepas. ¿Acaso no recuerdas el día en que Luca os dijo que era gay? —añadió Daniela.

—Como para olvidarlo. Cristianno se quedó en estado de shock más de una hora.

Cristianno.

No sabía si estaría en la fiesta, pero todo apuntaba a que sí. Mi estómago era una bolsa de nervios. No sabía cómo reaccionaría al verle, aunque estaba deseando que llegara el momento. Necesitaba ver aquellos ojos observándome como si fuera lo único que hubiera en el mundo.



Suspiré antes de que la limusina se detuviera frente a la puerta principal. Observé el cotarro antes de bajar. Luca había desalojado la casa convirtiéndola en una especie de club de lujo, tipo Nikki Beach. Pequeñas carpas, gogós, camareros, un podio para el DJ... todo era un derroche fabuloso.

Al primero que pude ver fue a Alex, que se lanzó hacia el vehículo a toda prisa. Iba con unos pantalones blancos y una camiseta negra que le marcaba sus prominentes músculos. Estaba guapísimo, pero Daniela no era consciente de su presencia así que salió de la limusina como si nada. Se estiró la falda y se retiró el pelo mientras fruncía los labios. Alex se detuvo y la contempló pasmado.

— Vaya... Dani... estás... — No sabía qué decir. Eric la empujó en cuanto salió.

Ella se dio la vuelta y le miró, ruborizada.

— Estás... — volvía a decir Alex.

— Sí, sí..., la culpa la tiene Kathia. — Se escudó en su ironía—. Tuve que ceder porque temía por mi vida. Puede llegar a ser muy persistente.

— Sigue siéndolo, Kathia. — Alex me guiñó un ojo antes de abrazarla.

Luca apareció en cuanto salí de la limusina.

— ¡Nena! ¿Cómo demonios consigues salir así de un coche? — gritó.

Entonces me fijé en que todos me miraban, algunos boquiabiertos; como Mauro, que se acercó en ese instante.

Me había puesto unos pantalones muy ceñidos de color negro metalizado que estaban cubiertos hasta las rodillas con unas botas altas de tacón. Sobre ellos llevaba un corsé, el cual marcaba mi cintura y dejaba mis hombros al descubierto (también de color negro). El cabello decidí dejarlo suelto; aquel atuendo era demasiado provocativo como para quitarle fuerza con algún recogido.

— Si fuera heterosexual, te lo haría ahí mismo, créeme — bromeó Luca. Todos se rieron a carcajadas.

Eric alzó las cejas, observándole fijamente.

— Preferiría que al menos me llevaras a la cama. — Sonreí antes de morderme el labio en plan coqueta.

— Eso está hecho, pero tendrás que esperar a otra vida. A ver si hay suerte — añadió antes de mirar a Eric.

Mauro se acercó a mí con las manos en los bolsillos. Si no se hubiese parecido tanto a su primo, no me habría puesto tan nerviosa.

Me inspeccionó después de darme un beso en la mejilla y sonrió mientras asentía con la cabeza. Humedeció sus labios.



— Sé de uno que saltaría sobre ti, y ese sí es heterosexual —bromeó.

Cristianno.

Me puse tensa y tragué saliva.

— ¿Está aquí? —pregunté con un hilo de voz.

Mauro frunció los labios, suspirando, y asintió.

Después de unos segundos digiriendo la noticia (Cristianno estaba entre esas ciento veinte personas y seguramente ya me tendría en su punto de mira sin yo saberlo) retoqué mi corsé y miré hacia la carpa que había montada justo al lado del salón.

— Bien, a divertirse.

Dejé a Mauro con una sonrisa en su cara y caminé con decisión. Me sorprendí al ver a Daniela a mi lado.

— ¿Crees que le he gustado?

— ¡Nena!, pero ¿qué dices?

— No sé, no estoy acostumbrada a... ir de este modo.

Me di la vuelta y la cogí de los hombros. Tuve que inclinarme un poco, Dani era más bajita que yo.

— Estás increíble y, ahora, olvídate de todo y haz lo que te apetezca hacer. No intentes calcularlo todo.

Torció el gesto mostrando una sonrisa interrogante.

— ¿Piensas hacerlo tú también?

Donde las dan las toman.

Ya lo advertía la directora del internado de Viena: «No intentéis dar consejos que no sois capaces de aplicar vosotros mismos».



CAPÍTULO 17

Cristianno

La niñita de la minifalda blanca no dejaba de seguirme. Intenté esquivarla colándome por todos los pasillos de aquella casa, pero allí estaba cuando me daba la vuelta.

Al final me detuve, la miré y le hice una señal con el dedo para que se acercara. No se hizo rogar y llegó saltando.

— ¿Necesitas algo? — pregunté malcarado rompiendo la sonrisa de su cara.

— No... — dijo nerviosa.

— Bien, pues, ¿podrías dejar de seguirme?

No esperé a que contestara, me di la vuelta y me marché.

En otro momento, me habría liado con ella y supongo que es lo que ella había esperado que hiciese. Era exactamente el tipo de chica que podría haber utilizado para divertirme en una fiesta como aquella. Pero eso era antes de que Kathia apareciera en mi vida; desde entonces, ninguna mujer parecía serme suficiente. Carecían de algo que, por supuesto, le sobraba a Kathia.

Maldición. Si esto no era preocupante, entonces, ¿qué lo era?

Al salir del salón, me topé con Erika. Fue extraño que me abordara de aquella forma. Me empujó contra la pared. En todos los meses que llevaba en nuestro grupo, jamás la había visto de aquel modo. Estaba ebria.

Tuve que cogerla de la cintura para que no nos cayéramos.

— ¡Vaya, Erika! ¿Estás bien? — saludé.

— ¿Puedes responderme a una... pregunta? — Le costaba hablar.

— Eso espero.

— ¿Por qué sois tan tiranos?

Imaginé que estaba hablando de Mauro. Resoplé negando con la cabeza.

— La verdad, ni idea.



— Lo lleváis... de fábrica.

— Se puede decir así. — La cogí de los brazos—. Erika será mejor que... — Intentaba arrastrarla a una habitación para que durmiera la mona, pero me empujó.

— ¿Te han dicho alguna vez que las apariencias engañan? — Me apuntó con el dedo.

— Erika, ¿de qué estás hablando? — Intenté cogerla de nuevo.

— ¡Suéltame y responde!

— ¿Qué quieres que responda? No tengo ni idea de lo que intentas decirme.

— Si tú eres capaz de engañar de esa forma a todo el mundo, yo también puedo.

— Se acercó a mí susurrándome casi en los labios.

— Me alegro, Erika. Eso es estupendo.

Deslizó sus manos por mi pecho, con fuerza, mientras rozaba mi cuello con sus labios.

¿Qué estaba haciendo?

— ¿Sabe Kathia lo que eres? ¿Sabe lo que haces entre horas?

Me puse tenso y apreté la mandíbula. ¿Qué pintaba Kathia en todo aquello? Que ni se le ocurriera jugar con ella. Miré alrededor para saber si alguien nos había escuchado. Después retiré a Erika de mi pecho.

— ¿A qué demonios estás jugando? — mascullé furioso.

— Ella jamás va a estar a tu altura. No es lo que buscas.

— Eso deja que lo decida yo. — Terminé por empujarla y salí de allí hecho una furia.

Quería marcharme de aquel lugar.

Kathia

Bailaba con Eric la canción de Enrique Iglesias «Tonight» mientras le escuchaba criticar a Joni por estar bailando con Luca. El DJ se había tomado un descanso dejando que sonara una de sus fantásticas sesiones, que a todo el mundo parecía volver loco.



—Mírale —decía—, con su pelo engominado y sus pantalones apretados. Le oprimen tanto que no sé cómo puede respirar. Será capullo.

—Bien, es bueno que sueltes toda la ira. Reprimirte puede crearte un trauma.

No me estaba burlando de él, pero me hacía mucha gracia ver lo celoso que estaba. De lo que no se daba cuenta es de que Luca no dejaba de mirarle y deseaba que se acercara.

—¿Qué se hace en estas ocasiones, Kathia? Porque yo no entiendo a los tíos.

Solté una carcajada.

—No te rías de mí, te estoy abriendo mi corazón y solo hace unos minutos que he salido del armario —resopló, pero no pudo evitar sonreír—. Estoy haciendo el ridículo, ¿verdad?

Lo cogí de los hombros y le di la vuelta.

—Ve allí de una maldita vez y deja de comportarte como una criticona. Yo entretendré a Joni.

Lo empujé y fui tras él sin dejar de bailar. Luca me miró entusiasmado y yo le respondí con un guiño de ojos. Por suerte, no tuve que intervenir; Joni regresó a la cabina y Eric pudo abordar a Luca con toda libertad.

Decidí salir para ir a descansar las piernas. Me adentré en el salón (que estaba igual de abarrotado que la carpa) y comencé a esquivar a la gente.

Joni decidió dar una tregua y pinchar algo más tranquilo para armonizar la fiesta. Lo que no esperaba es que eligiera una de mis canciones favoritas: *Cops up*, de Lyfe Jennings.

Me detuve al sentir la melodía cuando alguien chocó conmigo bruscamente. Me giré de golpe para saber de quién se trataba y me encontré con él. Le miré sorprendida y confundida. Sabía que estaba allí, sabía que tarde o temprano me toparía con él, pero no esperaba que fuera tan... pronto. No estaba preparada y mi rostro me delató.

Lo sorprendente fue que Cristianno mostró la misma confusión; incluso parecía nervioso.

Involuntariamente le miré de arriba abajo. Llevaba unos vaqueros oscuros holgados, un jersey gris perla y una chaqueta negra que perfilaba sus fuertes hombros. Me detuve en el cinturón que reposaba justo en sus caderas de la manera más insinuante.

Él sonrió al ver cómo tragaba saliva. Seguía siendo el mismo egocéntrico de siempre, pero me enloqueció volver a verle. Y sus ojos me expresaron lo mismo en cuanto se cruzaron con los míos.



Sin poder controlar mis movimientos, mis dedos se empezaron a mover lentamente hacia los suyos. No dejé de mirarle, pero mi mente luchaba por no llegar a... tocarle. Acaricié su pulgar y noté cómo su mano temblaba. Apretó la mandíbula y retiré la mano enseguida. No sé por qué hice aquella estupidez. Me arrepentí muchísimo.

Salí de allí caminado furiosa.

Cristianno

Sentir una caricia de Kathia (por muy débil que fuera) fue inesperado; sobre todo después de lo ocurrido el lunes. Me dejó tan alucinado, que no supe cómo reaccionar. No esperaba sentir tanto con tan poco.

Observé cómo se alejaba. De entre tantas personas, ella era la única que sobresalía. Su forma de caminar, su manera de retirarse el cabello... Todo en ella era una constante provocación.

«Dios, cómo la odio.»

Kathia

Llegué a la barra y llamé al camarero. Necesitaba una copa urgentemente. Estaba demasiado atacada. El muchacho me ignoró y volvió a hacerlo las veces siguientes.

Entonces apareció Alex, que saltó dentro de la barra ágilmente. Daniela negó con la cabeza mientras soltaba una carcajada.

—La ley Gabbana, chicas. Cristianno dice que no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. —Volvimos a sonreír. Esta vez tuve que esforzarme y Alex se dio cuenta—. Bueno, ¿qué queréis? —preguntó.



Todavía no tenía la copa, cuando las manos de Giulio rodearon mi cintura. Bailaba lentamente mientras se apretaba a mí. Ahora sonaba Bruno Mars. Apoyó su cabeza en mi hombro y susurró:

— Yo te quiero a ti...

El rostro de Alex se endureció mientras yo me encogía. Giulio estaba borracho y su olor a alcohol eclipsó mi aroma de Carolina Herrera.

— ... pero en mi cama.

Alex saltó de la barra y me apartó de él. Mi espalda rebotó bruscamente contra la madera. Daniela me cogió para evitar que cayera al suelo. Las baldosas estaban demasiado resbaladizas.

— Pulga asquerosa, no te acerques a ella. No quiero que te acerques a ninguna de mis chicas, ¿entendido? — amenazó Alex cogiéndolo del cuello.

Me sentí orgullosa de que me considerara parte de sus amigos, y a los amigos los protegía hasta el final. Aquella también era otra de las leyes Gabbana. Pero no comprendía por qué tenía aquella reacción con él. Cristianno también había evitado que me acercara a Giulio; recuerdo que me hizo rabiar utilizando el pretexto de que era una chica fácil.

Miré a Daniela. Parecía nerviosa.

— ¿Qué haces aquí? Nadie te ha invitado. — La cosa comenzaba a calentarse y decidí acercarme.

— Alex... — Le puse la mano en su musculoso hombro —. Tranquilo. — Giulio me miró, suplicante.

— ¿Querías algo, Giulio? — pregunté tranquila.

— Solo una copa. — Se tambaleó al responder —. Bueno, y también un bailecito contigo.

Comenzó a bailar sin ritmo.

— ¡Y una mierda, largo de aquí! — clamó Alex, antes de que me interpusiera.

— Está bien, pero después te irás, ¿de acuerdo? — dije antes de que Alex me cogiera del brazo y me arrastrara unos metros.

— ¿Te has vuelto loca? ¿Tú sabes lo que le hizo a Daniela?

— ¿Cómo dices? — pregunté sorprendida mirándoles a los dos.

Estaba totalmente desconcertada.



— Intentó violarla, ¿sabes? Ese cabrón se propasó con ella. Suerte que Cristianno llegó a tiempo. Por eso no comprendo qué hace aquí. Él no estaba en la lista de invitados.

¿De eso se trataba? ¿Por eso Cristianno se comportó de aquella forma? Dios mío, estaba hecha un lío. Y lo peor de todo es que no había otra forma de que aquel tío se marchara.

Le miré. Sí, le creía capaz de hacer una cosa así. Me exasperaba pensar que Daniela hubiera pasado por aquello.

— ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Te hizo daño? — pregunté acongojada.

Daniela tragó saliva, pero forzó una sonrisa para que yo no me alterara.

— Se solucionó, Kathia, pero ese tío no es de fiar.

Giulio interrumpió la conversación volviéndome a coger de la cintura.

— Vamos, preciosa... — Se acercó a mis labios.

Lo empujé y lo cogí de la chaqueta con una fuerza que ni yo creía tener.

— Punto uno, no te acerques a más de un metro de mí. Punto dos, no quiero nada contigo. Punto tres, y el más importante, te largarás de aquí en cuanto termine la puñetera canción ¿Entendido? — le dije, seria.

— Claro... — Levantó las manos.

— Ni de coña — dijo Alex empujándolo.

Lo envió un metro hacia atrás.

— Solo será un baile, Alex. Así podremos lograr que se vaya.

— Si Cristianno se acabara enterando... — Se detuvo y me esquivó la mirada.

Fruncí el ceño al descubrir que Alex sabía más de lo que quería mostrar. Después de todo, era normal. Mauro, Alex y Eric eran los mejores amigos de Cristianno, no era de extrañar que supieran... algo... de... ¿de qué?

— Estaré vigilando.

Asentí antes de sentir como Giulio me arrastraba a la pista de baile.

La compañía para bailar no era nada agradable; además, la melodía era demasiado sensual como para seguirla como dios manda teniendo a Giulio como pareja.

— ¿Qué quieres beber? — me preguntó Giulio.

— Un ron con limón. Y cuidado con lo que haces, Giulio. Tengo buen olfato.



Giulio comenzó a tirar de mí en dirección a la barra de la carpa. Estaba segura de que quería salir fuera para que Alex nos perdiera de vista. Así fue. Seguí intentando disimular el miedo que sentía después de saber de lo que era capaz.

En aquel corto trayecto, mi mente comenzó a idear diversas formas de escapar si había problemas.

Cristianno

Caminé por el porche hasta que pude ver el mar. Estaba agitado, aunque solo podía ver la orilla. No había demasiada luz para alcanzar a ver el horizonte.

De repente, el sonido de unos pasos resonó a mi derecha. Desvié la mirada lentamente y allí volvía a estar Kathia, pero no me miró. Se ocultó tras su largo cabello. Miré a su acompañante e instintivamente cerré los puños, enfurecido. Era Giulio y estaba aferrado a la mano de Kathia. Enseguida la soltó, pero solo para cogerla de la cintura de una forma brusca. Ella frunció el ceño, parecía cansada de tenerle cerca. Me froté la mandíbula para controlar las ganas que tenía de pegarle.

— Vaya, ¡mira quién está aquí! — exclamó con sorna Giulio.

Me mordí el labio al ver que Kathia tragaba saliva cabizbaja. Decidió mirarme y me envió una mirada suplicante. Comprendí lo que quería. No deseaba que me enfrentara a Giulio. Caminé hacia ella y acerqué mis labios hasta su oído. No se puso tensa. Es más, acercó su mejilla y la pegó sutilmente con la mía mientras cerraba los ojos.

— No te alejes demasiado, por favor — le dije.

Me quedé allí unos segundos más sintiendo cómo su cabello me acariciaba la cara y el pecho. No quería irme. Pero lo hice a regañadientes. Me alejé lo suficiente para que me perdieran de vista, pero no lo bastante para dejar de verlos. Cerré los puños y le di una patada a la valla. Después me apoyé en ella mientras negaba con la cabeza.

No la odiaba, simplemente me odiaba a mí mismo por no saber por qué la necesitaba. Mejor dicho, por no querer reconocerlo.



CAPÍTULO 18

Kathia

Volví a mirar hacia el porche por encima del hombro de Giulio. Allí estaba, conversando algo tenso con su primo, y con Alex y Daniela. Estos últimos estaban abrazados (muy melosos) mientras escuchaban a Mauro, que hablaba en ese momento. Ni rastro de Erika; llevaba esquivándome toda la noche.

Giulio acarició mis brazos desnudos. Mi piel estaba erizada, hacía mucho frío, pero había olvidado coger la chaqueta. En realidad, ni siquiera me había dado cuenta de cómo había llegado hasta el punto más alto del promontorio. Estaba demasiado confusa y absorta por culpa de la cercanía que habíamos tenido Cristianno y yo minutos antes.

La brisa agitó mi cabello y me estremecí al sentirla en mis hombros.

— ¿Tienes frío? — susurró Giulio, dejando que sus labios rozaran mi frente.

Me aparté enseguida.

— No te preocupes. Estoy bien.

Hacía mucho más frío en aquel lugar, pero no quería que Giulio se me acercara. Pasó sus manos por mi cintura y me envolvió con aquel aroma a alcohol que tanto odiaba.

— Estás espectacular esta noche. No sabes la cantidad de cosas que te haría. — Volvió a susurrar mientras sus manos se deslizaban vientre abajo.

Las retiré con fuerza.

— Giulio, no estoy aquí porque me gustes, sino porque quiero que te largues cuanto antes. Así que acabemos con esto, ¿quieres?

Si volvía a tocarme, le daría una patada.

Derramó su bebida sobre la roca dejando que nos salpicara los pies, y volvió a mirarme. Después, tiró la copa. El cristal se hizo añicos y no pude evitar sentir un escalofrío. Dio un paso más hacia mí. Volví a alejarme. Pronto me quedaría sin terreno. Estaba demasiado cerca del borde del acantilado.



—¿Quieres que terminemos con esto? —preguntó, pasándose la lengua por los labios.

—Eso es lo que he dicho. —Le reté, colocando mis brazos en jarras.

—Bien, pues empecemos cuanto antes, Kathia.

De repente, un impulso me llevó a mirar a Cristianno. No estaba demasiado lejos, pero tardaría un poco en llegar hasta mí. Estaba dispuesta a gritar para advertirle.

—¿Sabes una cosa? —dijo Giulio terminando de acortar nuestra distancia. Ya no podía retroceder. Caería al vacío si daba un paso más hacia atrás—. Comienza a molestarme ese corpiño. —Acarició la curva de mis pechos. Miré hacia atrás intentando descubrir cómo escapar—. También me molesta este pantalón. —Me cogió de las caderas y me besó.

Intenté alejarle, pero él empleó toda su fuerza conmigo. Retiré mis labios, pero su lengua continuó vagando por mi cuello. Evité que descendiera flexionando las rodillas e intentando alejarlo de mí. De nuevo, perdía. Me impulsó hacia arriba y volvió a besarme. Me concentré en esquivarle. Era imposible gritar.

—No te resistas, Kathia. No servirá de nada —mascullaba mientras deshacía el nudo de mi corsé.

—¡Suéltame! —grité sin poder terminar la palabra.

El nudo estaba deshecho, solo faltaba que tirara de las costuras. Pero no lo hizo. Volvió a acariciar mis pechos. Esta vez con mayor agresividad.

Le mordí el labio y unas gotas de sangre se mezclaron con nuestras bocas, en medio de un beso. Creí que en cuanto sintiera el dolor se apartaría, pero no lo hizo. Sonrió mientras me besaba y tiró de mi cabello hacia atrás.

¿Qué más podía hacer? Lo intenté todo, pero Giulio era demasiado grande para mí. Solo su pecho ya me ocultaba. Una lágrima se deslizó por mi mejilla en el mismo instante que solté un pequeño y ahogado gemido. Alex llevaba razón... y también Cristianno.

—Sí, nena. —Sonrió, como si yo pudiera estar disfrutando.

Tragué saliva y le di una patada en la entrepierna. Comenzó a gemir del dolor mientras se llevaba las manos a sus partes doloridas. Me impulsé hacia delante para salir de allí corriendo, pero me cogió de la muñeca y me empujó dejándome al filo del promontorio.

—¡Maldita zorra! —exclamó antes de darme una bofetada.

Caí.



El viento aumentó a mi alrededor y me envolvió haciendo que sintiera la velocidad que llevaba. No pude ver nada, el cabello cubrió mis ojos. Tampoco pude gritar. Mi garganta no respondía en aquel momento. Solo podía sentir cómo caía y caía. No sobreviviría. No podría esquivar aquellas rocas puntiagudas que salían del agua. Tensé el rostro y cerré los ojos.

Solo vi una imagen. «Cristianno», susurró mi fuero interno.

Con el murmullo de su nombre en mi mente impacté en el agua. Un dolor punzante y agónico se clavó en mi espalda.

Pero era agua, no sentí nada más que agua engulléndome y arrastrándome hacia el frío y oscuro fondo. Solté el poco aire que me quedaba y me ordené subir. Me ordené luchar por conseguir una bocanada de aire. Pero mis brazos no eran capaces de avanzar. Seguía cayendo. Hasta que choqué con una roca. Mi cabeza impactó con ella. El mundo se apagó.

Cristianno

La vi caer y en ese momento supe que estaba enamorado de ella.

Me impulsé hacia delante y salté la valla. Corrí, corrí como no sabía que podía hacerlo. Mis pies se hundían en la arena, pero aun corría con más fuerza. Solo tardé unos segundos en sentir el agua cubrir mis pantalones. La agonía perforaba mi pecho, incluso sentía cómo mis ojos se entelaban de inseguridad. Si le ocurría algo a Kathia no sería capaz de soportarlo. La necesitaba en mi vida.

Nadé sin rumbo. No sabía dónde estaba, no sabía dónde había caído exactamente. Tal vez era demasiado tarde, pero no desistí.

Cogí aire y me adentré en la profundidad marina. No podía ver nada, todo estaba demasiado oscuro. Subí a la superficie y cogí aire, de nuevo. Mi angustia hacía que lo consumiera demasiado rápido. No encontraría a Kathia si no aguantaba más de treinta segundos bajo el agua. Suspiré cerrando los ojos e intenté controlarme antes de volver a sumergirme. Esquivé varias rocas y tras una de ellas apareció su cabello. Envolvía su rostro, pero pude ver que tenía los ojos cerrados. Estaba inconsciente, atrapada entre las enormes piedras.

Vi que el corsé que llevaba estaba desabrochado. Todavía ocultaba su cuerpo, pero me irritó que Giulio hubiera vuelto a hacer de las suyas.



Tomé su brazo y la arrastré con fuerza. Salimos a la superficie y cogí aire con desesperación mientras su cabeza se inclinaba hacia atrás y dejaba un pequeño rastro de sangre en mi cuello.

— ¡Kathia, Kathia! ¡Despierta! — grité desesperado antes de que una ola volviera a sumergirnos.

Se alejó de mí, pero capturé su mano a tiempo. Volví a empujarla hacia arriba y la aferré con fuerza mientras nadaba hacia la orilla.

— ¡Kathia, por favor, mírame! ¡Despierta!

Mi voz sonó desquiciada. En cuanto la pusiera a salvo, iba a matar a Giulio. El agua intentó arrastrarnos de nuevo, pero no lo consiguió. Contraí mis músculos y la sostuve con firmeza.

Mis pies comenzaron a tocar suelo. Cogí a Kathia entre mis brazos y caminé hasta que salí del agua. Mauro se lanzó a por mí seguido de Alex. Daniela estaba paralizada.

Coloqué a Kathia en la arena y le hice el boca a boca hasta que una bocanada de agua la hizo toser.

— Llévatela dentro, Mauro — le ordené a mi primo mientras me levantaba —. Se ha golpeado la cabeza. Alex, será mejor que desalojemos — añadí buscando a Giulio.

Lo descubrí corriendo hacia su Vespa.

Avancé unos pasos sin dejar de mirar el aparcamiento. Aquel cobarde se escapaba. Ni siquiera había avisado de lo sucedido. Si no hubiese visto cómo caía, Kathia podría estar muerta, ¡y él se marchaba sin importarle! No, no se iba a ir sin vérselas conmigo.

Daniela se interpuso para impedirme que fuera hacia allí, pero ni la miré.

— Cristianno, no... — Intentó retenerme, pero levanté el brazo que quería cogerme y la esquivé —. ¡Cristianno, escúchame! — gritó. Salí corriendo lleno de rabia.

Llegué al aparcamiento cuando él aceleraba la moto provocando una humareda. La moto se embolsó y topó con un coche.

— ¡Maldito cabrón! ¿Te vas sin más? — Cogí a Giulio de los hombros y lo tiré al suelo —. Enfréntate a mí si tienes huevos. — Le pegué una patada. Y otra, y otra. En la cara, en las costillas, en las piernas, en el pecho... Me tiré sobre él y comencé a darle puñetazos hasta que vi cómo la sangre comenzaba a tapar su rostro —. ¿Qué te dijo ella? ¡Contesta! — pregunté zarandeándole.

— ¡Que te jodan!, Cristianno — masculló, escupiendo sangre. Alex apareció en ese momento —. Kathia es una guarra. Ella me provocó y después se rajó. No es más que una... — Le volví a pegar un puñetazo.



— ¡Te mataré! — gritaba mientras Alex me cogía por los hombros — ¡Suéltame! ¡No descansaré hasta verte bajo tierra! — Todavía pude darle una patada en la cara.

Sus facciones se iban perdiendo desdibujadas por la sangre, pero para mí aún no era suficiente. Entonces miré alrededor. La gente se había agolpado y miraba la escena escandalizada.

— ¿Qué estáis mirando? ¡Largo de aquí! — gritó Alex, sin dejar de retenerme.

Intenté soltarme, pero fue inútil. Alex era mucho más grande y fuerte que yo, y sus brazos capturaban bien los míos.

La gente comenzó a marcharse. A lo lejos se escuchaba a Eric y a Luca gritar que se marcharan utilizando la excusa de que había fuego. Todos salían de la casa, despavoridos.

Los amigos de Giulio le levantaron del suelo. No podía mantenerse en pie y su ropa era un amasijo de sangre y arena. Después de aquella paliza estaría un tiempo sin aparecer por el San Angelo. Quise volver a pegarle, pero esta vez Daniela me sostuvo el rostro y me obligó a mirarla.

— ¡Basta! Ya basta, Cristianno. Le has dado su merecido — dijo con convicción, intentando tranquilizarme. Jamás me habían visto tan descontrolado. Incluso Alex estaba extrañado. No dejaba de mirar a Daniela frunciendo el ceño.

— No es suficiente. No estoy satisfecho. — Me revolví sin dejar de observar a Giulio.

— Deberías estarlo. Kathia está bien, está a salvo, tranquilo. Por favor, cálmate. — Me besó en la frente —. Por favor, hazlo por nosotros. Por favor. — Daniela consiguió lo que se proponía y Alex comenzó a aflojar.

Respiré hondo antes de sentirme totalmente liberado. Mi amigo aún se mantenía en alerta, pero sabía que no volvería a saltar. Lo había prometido y siempre cumplía mis promesas. Podría ser cualquier cosa, pero era un hombre de palabra.

Avancé un par de pasos cabizbajo. Levanté la mirada lentamente y miré a Giulio apretando los dientes. Sus amigos se tensaron.

— Es... es la segunda vez que atacas a alguien que me importa — dije mientras Daniela y Alex se miraban comprendiendo el contenido de aquella frase—. La próxima... te mataré y, créeme, no será una muerte rápida. — Las pocas personas que quedaban allí sabían que aquella amenaza iba en serio. Me conocían demasiado bien para saber que aquellas palabras no se las llevaría el viento. Mataría a Giulio si volvía a acercarse a alguien que yo amara.

Entré en la casa y fui en su busca.



Eran más de las cuatro de la madrugada. Kathia dormía mientras yo procuraba hacerlo en el sofá que había frente a su cama. No dejaba de pensar que había estado a punto de perderla y que había sido un estúpido por no darme cuenta antes de por qué la necesitaba tanto.

Estaba enamorado de ella y me gustaba sentirlo. Me gustaba saber que... la amaba. Quería compartirlo todo con ella.

Suspiré mientras contemplaba su cuerpo cubierto con una sábana. Mauro me dijo que estuvo despierta unos minutos mientras Daniela y Luca la cambiaban de ropa y le curaban la herida (no era demasiado profunda, solo un rasguño en la nuca). Erika ni siquiera intervino y eso que se trataba de su mejor amiga; minutos después cogió un taxi y se marchó (no sin antes discutir con Mauro).

Según mi primo, lo primero que Kathia mencionó fue mi nombre. Después, se durmió.

Me levanté del sofá y caminé hacia ella. La contemplé mientras dormía; era increíblemente guapa. Acaricié su cabello y me acerqué hasta su mejilla para darle un beso. Miré sus labios. La hubiera besado, pero no lo hice. No lo haría hasta que ella me lo permitiera.



CAPÍTULO 19

Kathia

Sentí una fuerte punzada en los párpados. La cabeza me daba vueltas y tenía una sensación de vértigo espantosa. Parecía que volvía a caer por aquel acantilado. Me esforcé en abrir los ojos y me removí inquieta hasta que por fin vi los débiles destellos de luz que entraban por las rejillas de la persiana. Estaba amaneciendo.

Pestañee y, al hacerlo, un millón de puntos multicolor abordaron mi visión. No tardaron en tornarse blancos y extenderse hasta cubrirlo todo con un manto de luz cegadora. Aquellos puntos presionaron mis sienes de tal manera que tuve que volver a cerrarlos para calmar el dolor. Fue inútil, se intensificó.

Tomé aire y volví a abrir los ojos. Los puntitos de color ya eran menos llamativos. Fulgían durante unos segundos y desaparecían dejando un débil rastro oscuro, similar al humo. Como si explotaran.

Me llevé una mano a la frente mientras apoyaba el codo sobre el colchón y me impulsaba hacia delante. Quería continuar durmiendo, pero aquel espantoso dolor de cabeza no me iba a dejar. Malditos «Buenos días».

Alcancé el despertador digital que había en la mesita. En cuanto lo tuve en mi mano, volví a estampar la mejilla contra la almohada. Humedecí mis labios y tragué saliva antes de bostezar.

«06.09», marcaban aquellas luces azuladas.

—Jesús... —musité antes de volver a dejarlo sobre la mesita.

Me incorporé en la cama y miré a mi alrededor mientras estabilizaba mi cabeza. Estaba claro que aquella era la habitación de Luca.

Me levanté despacio y caminé hasta el balcón. Retiré la cortina y abrí la ventana dejando que entrara la brisa fresca. Temblé, pero no estaba segura de si por el frío o por la imagen de Cristianno sentado en la arena contemplando el mar.

Me alejé del balcón y me escondí tras la cortina. Mi corazón se había acelerado, sabía que podía ser un buen momento para hablar con él, pero solo de pensarlo me ponía frenética.



Respiré hondo (sin lograr calmarme) y decidí que lo mejor era bajar y aclarar ciertas cosas. Todos dormían y podríamos estar solos.

Fui al armario y cogí unos vaqueros y un jersey azul celeste de Luca. Su ropa me iba algo ancha, pero daba igual. Me atusé el cabello y salí de la habitación intentando no hacer ruido.

Mientras bajaba las escaleras, descubrí a Luca durmiendo sobre el pecho de Eric, y a Eric durmiendo sobre las piernas de Mauro. Era la perfecta foto para partirse de la risa, pero tenía que dejarlo para otro momento si no quería despertarlos.

Salí al porche por la cocina y caminé hacia Cristianno cruzando mis brazos sobre el pecho. Hacia más viento del que esperaba.

No se dio cuenta de mi presencia hasta que me senté a su lado. Me miró sorprendido y serio, pero pude ver en sus ojos que le confortaba que estuviera allí.

—Hola — musité.

—Hola — dijo sin quitarme los ojos de encima —. Deberías estar durmiendo, aún es temprano.

Me esquivó volviendo a mirar al mar.

—¿Desde cuándo estás tú aquí? Por tus ojos, creo que varias horas. —Dibujé una sonrisa contenida.

—No podía dormir.

—A mí me ha despertado este dolor de cabeza. —Apoyé mi cabeza en las rodillas antes de sentir los dedos de Cristianno rozar mi nuca.

Me estremecí.

No quería que los retirara. No lo hizo.

—¿Te duele?

—Apenas.

Tragó saliva y deslizó su mano por mi cuello antes de retirarla. Resopló y apretó la mandíbula. Le notaba raro, como si estuviera agobiado.

—Gracias por... salvarme... otra vez. —No sabía cómo decírselo exactamente.

Recordé aquel día en el colegio, cuando estuve a punto de caer desde un tercer piso y él lo evitó cogiéndome con fuerza.

—Te dije que no te acercaras a él. Mira lo que podrías haberte evitado.

Fruncí el ceño sintiendo el calor de la frustración recorrer mi cuerpo. Intentaba ser amable con él y me respondía con altivez. Ni siquiera en un momento como aquel tenía consideración.



—No esperaba vivir la misma situación dos veces —mascullé mirándole fijamente.

Cristianno supo bien a qué me refería. Él, días antes, había intentado lo mismo que Giulio, ¿no?

Se levantó de un salto, sacudió sus pantalones y se disponía a marcharse, pero me interpusé en su camino. Le puse una mano en el pecho, gesto que no le hizo ninguna gracia, y le miré furibunda.

—Sueles escapar muy a menudo —dije.

—Yo no escapo. —Retiró mi mano de su torso y me acercó a él.

—¿Por qué te fuiste, entonces?

—No es de tu incumbencia.

Me soltó y se dio la vuelta dándome la espalda. Esperé su reacción. Estaba claro que teníamos muchas cosas que solucionar. Y Cristianno parecía preparado para ello. Se dio la vuelta, me cogió de la mano y me obligó a caminar.

Dejé que me llevara hasta la orilla, cerca del peñón. Me colocó frente a él bruscamente.

—Lo siento, ¿de acuerdo? —dijo mirándome fijamente—. No estuvo bien y me arrepiento. No suelo comportarme de ese modo.

Me quedé impactada. Cristianno Gabbana jamás pedía disculpas y, sin embargo, allí estaba, haciéndolo. En aquel momento parecía tan débil, tan perdido, que mis ojos le miraron con ternura. Me sentía una privilegiada porque me dejase ver aquella parte de él.

Tragué saliva antes de hablar, pero Cristianno me interrumpió.

—Si te hice daño, lo lamento. Si he sido un imbécil, lo lamento. Y no, no quiero que dejes de hablarme.

—¿Por qué dices eso? —pregunté sorprendida.

—En la fiesta de Adriano dijiste que lo mejor era que dejáramos de hablarnos, y no quiero que eso ocurra.

—Eso no iba a pasar. Solo estaba algo... ofuscada.

—Sueles estarlo siempre —bromeó.

—Sí, claro. —Lo empujé siguiendo la broma, pero él me cogió de los brazos y se acercó a mí.

Lo miré hechizada. Deseaba tantas cosas en aquel momento que no sabía qué hacer. Entonces me asaltó la pregunta. Necesitaba saberlo.



—Cristianno...

—¿Sí?

—¿Por qué... por qué lo hiciste? —susurré y noté cómo se encogía.

Se humedeció los labios, tragó saliva y volvió a humedecerse los labios. No sabía qué decir, pero, tras unos segundos de silencio, negó con la cabeza.

—No lo sé. Estaba al borde de un ataque de nervios y... se me escapó de las manos.

—Siento haberme comportado como lo hice. Dije cosas que no debía...

—Estabas en tu derecho —dijo interrumpiéndome. Volvió a acercarse a mí—. Pero te aseguro algo...

—¿Qué? —Le miré aturdida, deseando que hiciera cualquier cosa.

—No volverá a ocurrir. No volveré a tocarte... —Cerró los ojos y tomó aire mientras se acercaba aún más—, hasta que tú me lo pidas.

«Te lo pido, Cristianno.»

Sus labios rozaron los míos y cerré los ojos sintiendo que mi corazón se desbordaba.

—Aunque me muera de ganas —susurró en mis labios antes de marcharse.

Chocó con mi hombro suavemente y me dejó con la ansiedad en el cuerpo. Jamás había deseado que me besaran con tanta fuerza.

Me quedé mirando las olas ensimismada. Cristianno me había dicho miles de cosas con solo aquel gesto. Estaba dispuesto a esperar a que yo decidiera el momento. Se ponía en mis manos sin saber que yo estaba en las suyas.

Me disponía a regresar a la casa cuando escuché el sonido de su moto. Salí corriendo.

Cristianno

Puse primera en el momento en el que Kathia apareció con la respiración entrecortada.

Sentado en mi moto, vi cómo se acercaba caminando lentamente.



—¿Te vas? —preguntó agitada.

El cielo comenzó a relampaguear y oímos un trueno. Miré al cielo y de nuevo a ella.

—Sí.

—¿Por qué? —volvió a preguntar casi sin dejarme acabar de responder.

Se colocó a un solo paso de mí y me observó expectante.

—Bueno... está a punto de llover y...

En realidad me iba porque no quería tenerla cerca. No estaba seguro de poder aguantar las ganas de besarla. Deseaba tumbarla en la arena y besarla durante horas, pero le había hecho una promesa y debía cumplirla. Esperaría hasta que ella me permitiera romperla.

Kathia arrugó la frente. Estaba claro que no quería que me marchara y aquello me volvió loco. Ella quería estar conmigo tanto como yo con ella. Así que le extendí la mano. La miró sin terminar de comprender.

—Ven conmigo —le dije inclinándome hacia ella.

Por un momento pensé que se alejaría, que se tensaría por la cercanía, pero no se inmutó. Parecía desear que me lanzara sobre ella. Sonrió antes de alzar la pierna y tomar asiento en mi moto.

—No hay casco, ¿verdad? —preguntó observando que solo llevaba uno.

Bajé de la moto y entré en la casa. Sin pensarlo, cogí el casco de Mauro. Él podría volver con los demás. Se lo tendí a Kathia y volví a montarme. Noté su peso cuando ella se subió.

De repente, rodeó mi cintura con sus brazos. Sus manos rozaron mi cadera con toda intención. Su pecho se acopló a mi espalda y se acercó a mi oído.

—Si tenemos un accidente —dijo con su labio inferior recreándose en mi lóbulo antes de que pudiera colocarme el casco—, juro que te atormentaré desde el otro mundo.

Sonreí girándome de lado. De nuevo, nuestros labios se rozaron.

—Ya me atormentas, guapa.

Bajé la visera y arranqué.



Kathia

Aceleró en cuanto me agarré a sus caderas. Aquel gesto bastó para que sonriera. Ya no quedaba nada del Cristianno que había en la playa minutos antes. No había ni un ápice de inseguridad en él y, aunque no podía asegurarlo, tenía la impresión de que era la primera vez que se llevaba a una chica a cualquier lugar solo por el placer de estar con ella.

Soltó una de sus manos y cubrió su garganta abrochándose el botón de la chaqueta. Lo hizo con parsimonia y sin dejar de acelerar; pareció darle igual manejar la moto con una sola mano y a esa velocidad.

—¿Podrías estar pendiente de la carretera? —hablé alto para que me escuchara por encima del fuerte viento y del casco.

—¿Tienes miedo, Carusso? —preguntó con sorna antes de soltar el manillar por completo.

Abrió las palmas de las manos y las levantó. Me agarré a él aún más fuerte.

—Eres un kamikace, Gabbana —bromeé mientras sentía cada músculo de su vientre. Suspiré.

Volvió las manos a su sitio mientras soltaba una carcajada.

—No vuelvas a hacer eso, ¿de acuerdo? —Le di un manotazo en la espalda.

—Tranquila... —repuso todavía sonriente. Miró hacia abajo y observó mis manos. La solitaria carretera se abría paso ante nosotros —. ¿Tienes frío?

—No sabes cuánto...

Solo llevaba aquel jersey, sin nada debajo.

De repente sentí sus dedos en mi mano. Lentamente, como estudiando mi reacción, fue cubriéndola con la suya. ¿Qué reacción esperaba que tuviera? Era agradable sentirlo. Tiró con suavidad e hizo lo mismo con la otra mano. Las unió y las protegió con la suya.

—¿Mejor? —preguntó entrelazando sus dedos con los míos.

—Sí... mucho mejor. —Tragué saliva, mientras sentía el tacto de su cinturón.

Se removió sobre el asiento para pegarse más a mí. Se encogió de hombros y cogió mi rodilla con suavidad empujándola hacia delante. Todas sus caricias me parecían versos de una poesía. Sabía dónde tocar y por qué. Sabía cómo hacer que me descontrolara con solo un roce, aunque fuese cubierta por la tela más gruesa.



Ahora estaba completamente echada sobre él y mi cabello envolvió su cuello antes de volver hacia atrás.

—No pasará nada si te acercas más..., lo prometo —aferró aún más mi rodilla.

Sonreí detrás de sus hombros.

Retiré una de mis manos y con lentitud la acerqué hasta mi rodilla. La coloqué sobre su mano y dibujé sus dedos. Sonrió antes de morderse el labio. Cualquier movimiento que hiciera me resultaba increíblemente sensual. No tardé en sentir cómo entrelazaba sus dedos con los míos.

Se llevó nuestras manos a su pecho antes de que comenzara a disminuir la velocidad. Detuvo la moto en el aparcamiento de una gasolinera. Me indicó que bajara y colocó el caballete antes de hacerlo él también.

Se quitó el casco y desabrochó su chaqueta. Yo le miraba interrogante.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté extrañada.

—Desayunar. Tengo hambre.

Comenzó a caminar sabiendo que le seguiría.

—No te preocupes, yo invito. —Me dedicó una sonrisa preciosa mientras abría la puerta de la cafetería y me dejaba pasar.

Cristianno

El café más malo que había probado en mi vida ya no era el de mi tía Patrizia (la madre de Mauro). El de aquella cafetería lo superaba con creces. Sabía a óxido y seguramente lo habría escupido de no haber estado tan bien acompañado.

Kathia daba pequeños sorbos mirándome de reojo.

—¿Qué preferís, huevos revueltos o el desayuno especial? —preguntó la camarera con poca gracia.

—¡Nada! —contestamos los dos a la vez—. Gracias.

En cuanto se marchó, comenzamos a reír.

—No quiero ni imaginar cómo sería el desayuno especial —dijo Kathia.

Miró por la ventana, lanzó un suspiro y retiró su cabello de la cara. No me cansaba de mirar sus ojos. Eran demasiado perfectos para ser reales.



—¿Qué piensas? — quise saber.

Ella me miró y sonrió débilmente.

— Tu primo me preguntó lo mismo el otro día.

—¿Y qué contestaste? — Me acerqué a ella.

Tragó saliva y deduje que había estado hablando de mí con Mauro. Estaba nerviosa, no esperaba que le preguntara aquello. Me levanté echando mano a mi cartera. Necesitaba salir de allí cuanto antes para poder sentir de nuevo cómo Kathia me tocaba; aunque solo fuera por la necesidad de no caerse de la moto.

Pero contestó de la forma más imprevisible.

— Le dije que quería saber dónde estabas. — No titubeó, no estaba nerviosa, simplemente soltó la verdad y yo me quedé alucinado.

Salimos de la cafetería cuando la lluvia arreciaba. Podíamos regresar a Roma sin problemas, pero empapados.

Me quité la chaqueta y me acerqué hasta Kathia por la espalda. Retiré su cabello, sin poder evitar acariciar su piel, y le coloqué la chaqueta acercándome todo lo que pude.

—¿Y qué pensabas ahí dentro? —le dije bajito.

Ella cerró los ojos.

—Que si vuelves a marcharte, te mataré. —Enarcó las cejas provocativa y se alejó de mí.

Para colmo, se giró y me miró por encima del hombro sonriente.



CAPÍTULO 20

Kathia

Abracé con fuerza su cintura como si así pudiera alargar los minutos que me quedaban para estar con él. Ya entrábamos por mi calle. Cristianno respondió a aquella caricia con un escalofrío. Seguramente, si no hubiese estado conduciendo, habría respondido a aquel gesto.

Se detuvo frente a la verja de mi casa y resopló mientras nos quitábamos los cascos.

—¿Te veré... mañana... en el instituto? —pregunté dudosa.

—Claro... —sonrió.

Enseguida se puso serio y me contempló fijamente, con intensidad. Yo le respondí de la misma forma, pero no pude evitar levantar la mano y acariciar su cabello. Estaba mojado, como nuestros cuerpos. Me gustó la sensación.

Cogió mi mano y me arrastró hasta su pecho. Me abrazó con fuerza.

—Espero que ahora no fantasees conmigo por esto —bromeó sin dejar de abrazarme.

—Imbécil.

—Yo también te quiero.

—Hasta mañana. —Asentí antes de darme la vuelta.

Me alejé sonriente.

Su sonrisa fue lo último que vi antes de atravesar la verja y entrar en el jardín. El sonido de su moto se alejó por la calle y yo me apoyé en la puerta deseando que las horas pasaran rápidas para volver a verle.

Me dirigía a mi habitación cuando mi madre surgió de la nada y me agarró del brazo con fuerza. Al darme la vuelta, recibí una bofetada.

Instintivamente, la empujé.

—Pero ¿qué coño te pasa? —grité llevándome la mano a la mejilla.



—Si vuelvo a verte con ese Gabbana, juro que yo misma me encargaré de encerrarte.

¡¿Qué?! Pero ¿estaba loca? ¿Qué le ocurría? No había hecho nada.

—¿Por qué me dices eso?

—Tu deber es estar con Valentino, no con Cristianno.

—¡Solo somos amigos! —exclamé antes de recibir otra bofetada.

Esta vez tropecé con el escalón y caí al suelo.

—Quedas advertida. No te liarás con un Gabbana.

—¿Y qué te importa si estoy o no liada con él?

—¡Tu novio es Valentino, te debes a él!

—¡Por Dios, deja de decir tonterías! Yo no me debo a nadie, no pienso salir con él.

Volvió a cogerme del brazo y se acercó a mí. Me sentí mareada, aún no estaba recuperada de la caída por el acantilado y tanto ajetreo me había trastocado. Mi madre bajó la voz, pero hizo que sus palabras las oyera claras.

—Te lo advierto, Kathia. Si te vuelvo a ver cerca de Cristianno me encargaré de que tengas problemas.

Fruncí el ceño. No comprendía el porqué de su arrebato. ¿A qué venía todo aquello? ¿Por qué se ofuscaba de aquella forma?

—¿Qué pasa, mamá? —Decidí plantarle cara—. ¿No lograste conquistar a ningún Gabbana y te enciende que lo consiga yo?

Roja por la rabia, me empujó. Se alejó de mí sin dejar de mirarme. Había dado en el clavo.

—Estás advertida. Confío en no tener que volver a decírtelo, Kathia.

Desapareció dejándome atónita. ¿Tendría algo que ver la conversación que escuché en el cumpleaños de Adriano con lo que acababa de ocurrir? ¿Por qué se empeñaba en que me ennoviara con Valentino?

Aquí pasaba algo raro y tenía que descubrirlo. Pero no dejaría de ver a Cristianno.

Cristianno



Estaba sentado en la terraza de mi habitación cuando la puerta se abrió de repente y entró Mauro gritando mi nombre teatralmente. Le miré desde la terraza y sonreí al ver los alardes histéricos que siempre utilizaba para hacerme reír.

Se asomó a la puerta y puso los brazos en jarras imitando a Luca.

—Querido, sí que te ha dado fuerte. Hasta madrugas y todo —bromeó saliendo a la terraza—. Y ya estás vestido, ¡impresionante!

Me dio unas palmadas en la espalda.

—Estate quieto, Mauro. No me pasa nada, es solo que no podía dormir.

Tomó asiento mientras enarcaba una ceja. Sabía que podía deducir que Kathia tenía la culpa de mi falta de sueño.

—Ya, claro. —Se encendió un cigarro y le dio varias caladas antes de pasármelo—. ¿Dónde estuvisteis?

—Bueno, estuvimos hablando y... la invité a desayunar. Después la llevé a su casa.

—¿La invitaste a desayunar? —preguntó alucinado.

Él sabía que jamás había hecho eso antes, pero con Kathia todo era por primera vez.

—Así es —contesté esquivando su mirada.

—¿Y no pasó nada? ¿Ni siquiera un beso? ¿Hubo tocamientos?

Siempre quería que le hiciera un resumen exhaustivo de lo que sucedía en mis citas.

—Tío, ¿qué dices? —Le pasé el cigarro antes de encoger mi pierna y apoyarme en ella.

—Es solo que se me hace extraño que no hayas tenido nada con ella. Que sencillamente la llevaras a casa y ya está. Admítelo, Cristianno, nunca has hecho algo que se le parezca. Ni siquiera dejas que se monten en tu moto.

Era cierto. La gran mayoría de veces (por no decir todas), las chicas acababan en mi cama sin más preámbulos. Nada de cenitas, ni despedidas a medianoche en la puerta de su casa, ni de besitos al día siguiente. En general, nada que comprometiera.

—No haré nada hasta que me lo pida —confesé—. No quiero cagarla de nuevo.

—¡Oh, joder! ¡Estás enamorado, tío! ¡Qué fuerte, macho! —exclamó Mauro tan alucinado como yo de que aquellas palabras estuvieran ligadas a mí.



«Maldición, lo sabía. Sabía que esa niña terminaría volviéndome loco.»

Mauro comenzó a dar vueltas de un lado para el otro, como si estuviera trazando un plan. Le noté nervioso, tenso.

— Vale, tranquilicémonos. — Le miré divertido. Él era quien debía calmarse, no yo —. ¿Kathia lo sabe? — preguntó parándose de golpe.

— ¡No jodas! — clamé incrédulo. Me levanté. Comenzaba a hacerse tarde y debíamos bajar a desayunar —. ¿Cómo quieres que lo sepa? Si se lo digo se volverá más insoportable y creída.

— Todavía estás con lo mismo, ¿eh? — Sacudió la cabeza siguiéndome.

— Es una estúpida insufrible. — Entré en la habitación y cogí la chaqueta del uniforme.

— Lo que tú digas, pero te has enamorado de la estúpida insufrible y eso es lo más alucinante de todo. ¿Quién iba a decirlo?

— ¿Por qué no paras un rato, anda? Comienzas a cansarme.

— ¿Sabes? Creo que ya sé por qué te gusta Kathia.

Se colocó en la puerta para que no pasara y tuviera que escuchar la gilipollez que iba a soltar.

— ¿Por qué? — Fruncí los labios.

— Porque es igual que tú.

Sabía que tenía razón. En cierto modo, Kathia y yo no éramos tan diferentes. Solo que ella no sabía nada de nuestro mundo. ¿Cómo se lo tomaría. ¿Qué pensaría de mí si descubriera que formaba parte de la mafia? ¿Que nuestras familias dominaban Roma porque eran mafiosos? ¿Que asesinábamos a gente para conseguir nuestros propósitos? Y lo peor de todo, que yo no vacilaba en hacerlo.

Tragué saliva al pensarlo y Mauro descubrió lo que vagaba por mi cabeza. Me colocó la mano en el hombro y buscó mi mirada.

— Tranquilo, podemos evitar que lo descubra — dijo casi en un murmullo.

— Pertenece a nuestro mundo tanto como nosotros. Es solo cuestión de tiempo que lo averigüe.

Pensé en Valentino. Presentía que tras su obsesión por Kathia había algo más que la simple atracción. No sabía cuál era el plan, pero lo descubriría, y después lo evitaría.

— Te recuerdo que su padre es Angelo Carusso... — Por encima del hombro de Mauro, vi los ojos azules de mi madre.



Mi abuela me decía que tenía la misma mirada que mi madre, pero que la intriga la había heredado de mi padre.

Sonreí al ver que mi madre observaba el cigarrillo de Mauro.

—¡Mauro! —exclamó poniendo los brazos en jarras.

Del sobresalto, a mi primo se le cayó el cigarro al suelo y lo pisó. Enseguida se puso detrás de mí.

—¡Tía Graciella...! Estás especialmente guapa esta mañana —la intentó adular mientras mi madre fruncía los labios.

Mi primo solía utilizar su encanto para calmar a su tía. Pero ella tenía carácter Belluci y no se dejaba influenciar. Ni siquiera por mi padre. Ella era la que mandaba en casa.

—Mauro, sabes que no me gusta que fumes en las habitaciones... —empezó a decir antes de sentir cómo Mauro la abrazaba por la cintura.

Retoqué bien mi corbata y alcé el cuello de mi camisa riéndome de la conversación que mantenían mi madre y mi primo.

—Lo siento, llevas toda la razón. Si yo fuera tú, me daría de hostias, ¿sabes?

—No creas que no lo he pensado.

Mauro sonrió con tensión y yo solté una carcajada en cuanto mi madre se marchó.

—Venga ya, Mauro. —Le cogí del cuello—. Cambia esa cara, anda— dije saliendo de la habitación y colgándome la cartera al hombro.

Llegué al garaje y miré el faro de mi Bugatti. Mi padre me había dicho que ya estaba listo, y es que lo mejor de ser un Gabbana era que conseguíamos las cosas sin necesidad de esperar.

—Si piensas ir en coche, voy contigo —me dijo Mauro acercándose a la puerta del copiloto.

—Lo imaginaba —asentí.

Mauro adoraba aquel coche y utilizaba cualquier excusa para montarse conmigo. Aunque su Audi R8 no estaba nada mal.

Tomó asiento antes de que pudiera darme cuenta. Le seguí y me coloqué el cinturón. Mauro me contempló extrañado.



—¿Qué? —pregunté arrancando el motor. Aquel suave y agresivo sonido me inundó de placer. Recordé las piernas de Kathia sobre mi capó.

—¿Desde cuándo te pones el cinturón? —Hizo lo mismo.

—Desde que voy a poner esta preciosidad a más de doscientos, Mauro.

—Joder... —Se deslizó en el asiento de piel blanco. No era la primera vez que lo hacía. No llevaba mucho tiempo con el carné, pero llevaba años conduciendo y tenía mucha maestría— De acuerdo. Te apuesto quinientos euros a que no llegas al San Angelo en cinco minutos —me retó.

—¿Cinco minutos? Fruncí los labios.

Estiré la tela del pantalón acomodándome en el asiento. Hice crujir los dedos.

—Sí, con tráfico incluido.

—Lo haré en tres —dije bravucón.

—Macho, si lo haces en tres te daré ochocientos. —No me creía capaz.

—¿Los tienes aquí?

—Tengo para pagar la apuesta dos veces, ¿y tú?

—Que sean mil.

Apreté el acelerador y salí del garaje antes de que la puerta terminara de abrirse. Derrapé en cuanto llegué a la curva de la avenida.



CAPÍTULO 21

Cristianno

Tres minutos.

Me quité el cinturón de seguridad y extendí la mano.

—Vamos, sé que llevas calderilla en el bolsillo, primito.

Sonreí mientras lo veía coger su cartera y sacar dos billetes rosados de quinientos. Aún tenía tres más dentro de aquel cuero negro de Armani.

—¿Cómo cojones lo haces? —refunfuñó entregándome el dinero.

Aquellos papeles nos daban igual, pero a Mauro le jodía perder una apuesta conmigo. Aún no comprendía por qué continuaba retándome; siempre perdía.

—Solo una palabra: arte, chaval —dije a punto de salir del coche.

Entonces, sus piernas eclipsaron mi entorno. La maldita falda del uniforme despertó todas mis fantasías. La habría cogido de la cintura y arrastrado hasta el capó de mi coche. La hubiese tumbado en él y le habría hecho el amor lenta y sensualmente, para que pudiera apreciar cada rincón de mi cuerpo.

«Sigues divagando, Cristianno. Estás como una cabra.»

Kathia sonrió y continuó caminando de aquella forma que me ponía tan enfermo. Parecía saber lo que se me pasaba por la cabeza cuando se movía así y me incitara. Era tan condenadamente provocativa que mirarla se convertía en una tortura.

Me humedecí los labios y le respondí con un gesto pícaro. Abrí la puerta y salí lentamente sabiendo que ella no dejaba de mirar. Me coloqué bien la chaqueta. Nadie se estaba dando cuenta de nuestro juego atrevido, lo que me excitaba aún más.

Kathia



Entré en clase y cuando tomé asiento Daniela se abalanzó sobre mí.

—Dime que te fue tan bien como a mí —dijo exaltada mientras entraba Cristianno hablando con Mauro.

—Bueno, depende de qué hicieras tú con Alex. —Reímos.

Cristianno se agachó y besó a Daniela escandalosamente. Ella se aferró a su cuello sin alzarse de la silla y comenzó a reír.

—¡Me haces cosquillas!

—Seguro que no tantas como las que te hizo Alex —bromeó Mauro tirando de un mechón de mi cabello a modo de saludo.

Le miré fingiendo malestar. Cristianno aún no me había saludado; solo me miraba juguetón.

—¡Será...! ¿Qué os ha contado? —Daniela se sonrojó.

—Nada, te has delatado tú sola. —Ambos se echaron a reír guiñándose un ojo.

—¿Qué tal el fin de semana, Carusso? —Por fin Cristianno se dirigía a mí, aunque sin mirarme.

—No tan bien como esperaba, Gabbana —dije sin volverme. Mauro y Dani cruzaron una mirada risueña. Me giré y le miré fijamente—. ¿Y a ti, qué tal te ha ido?

Se apoyó en su mesa y se acercó a mí.

—Podría haber ido mejor. —Me guiñó un ojo.

Salí del San Angelo con la cabeza hecha un bombo. Daniela y Luca no habían dejado de hablar de la fiesta, y me habían contado lo sucedido con sus respectivas parejas (Alex y Eric) más de diez veces. Todas y cada una de ellas me reí. La que no parecía divertirse era Erika. Me acerqué a ella.

—Erika, ¿podemos hablar?

Nuestra relación iba de mal en peor, pero deseaba solucionarlo. Quería demasiado a Erika.

—No, tengo prisa. Mi padre quiere que nos vayamos unas semanas a Turquía. Dice que así podré conocer mejor a su novia. Están pensando en casarse —explicó, mostrando un comportamiento muy raro en ella.

—¿Te vas? ¿A mitad de curso?

—Solo serán unas semanas.



—Pero...

—Lo siento, Kathia, ya hablaremos cuando vuelva, ¿ok?

Me dejó con la palabra en la boca. Se iba y ni siquiera se había despedido de mí. No quería hablar nunca conmigo y no me explicaba el motivo. Teníamos que solucionarlo, llevábamos juntas toda la vida y ver cómo nos estábamos separando me entristecía profundamente.

Sentí que alguien me cogía de la mano. Aquel tacto era inconfundible. Cristianno.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Erika no quiere hablar conmigo. —Le miré—. Por más que lo intento, no lo entiendo. No sé qué le he hecho. Se va unas semanas a Turquía con su padre y ni siquiera ha tenido el valor de despedirse como Dios manda. —Sentía un nudo en la garganta—. Pero ¿qué importa? —Se me escapó un gemido, pero reprimí las lágrimas. Cristianno me escuchaba respetuoso—. Todo esto da asco. Ojalá no hubiera vuelto, todo me está saliendo mal y ahora pierdo a mi mejor amiga.

Quise irme, pero Cristianno lo impidió cogiéndome del brazo.

—No digas eso. —Su tono era brusco y dulce a la vez—. No vuelvas a repetirlo, te lo advierto. Si estás perdiendo a tu mejor amiga, puede que sea porque no es tan buena.

Me quedé inmóvil, observándole. Había dicho las palabras justas para aclarar mi mente. Cristianno llevaba razón. Puede que no fuese tan buena amiga; Daniela me había demostrado más cariño en tres semanas que ella en catorce años.

Estaba ensimismada en los ojos de Cristianno, cuando vi una mancha verde detrás de él. Valentino venía a recogerme. Mi madre ya le había puesto al tanto de mi amistad con Cristianno y no le había hecho ninguna gracia. Ya me había advertido que no me acercara a él, y le estaba desobedeciendo.

—Ven conmigo... —me dijo Cristianno acariciando mis dedos.

Se me hizo un nudo en el estómago. Si Valentino no hubiera aparecido, me habría ido con él sin dudarlo un segundo. Suspiré y le miré anhelante. Cristianno no se había dado cuenta de la presencia de Valentino.

—¿Dónde? —No era la respuesta que quería darle (debería haberle dicho que no podía), pero mis labios no obedecían a mi cabeza.

Cristianno se encogió de hombros.

—A cualquier parte.

«A cualquier parte», repitió mi alma.



Retiré mi mano y comencé a caminar.

—No puedo —dije muy bajito—. Nos vemos mañana.

Se quedó extrañado. Me alejé rogando que no pensara que no me iba con él porque no me fiaba, ¡nada más lejos de mi mente! Solo quería evitar un enfrentamiento. Cristianno vio entonces a Valentino y pude apreciar la tensión de su rostro cuando me subí al coche.

—¿Dónde estabas? —preguntó a modo de saludo, a la vez que arrancaba el coche.

Estaba malhumorado y tenía unas ganas de pelea enormes, pero no le concedería el placer de discutir; estaba demasiado absorta pensando en Cristianno.

—Me entretuve recogiendo mis cosas.

—Ya, claro.

El resto del trayecto estuvimos en silencio. Valentino resoplaba de vez en cuando o apretaba el volante con fuerza. Se saltó varios semáforos y casi atropella a una anciana cuando entró en mi calle.

Me despedí de él, pero no sirvió de nada porque vino detrás de mí. Seguramente se quedaría a comer.

Giancarlo nos abrió la puerta y enseguida desapareció. Valentino así se lo habría indicado con antelación. Quise irme a mi habitación, pero lo impidió cerrándome el paso.

Me miró tranquilamente, meditando qué hacer, hasta que me soltó un bofetón. Abrí los ojos de par en par, aturdida.

—Te dejarán en el colegio y yo te recogeré. Por la tarde estarás en casa y los fines de semana olvídate de salir. Solo lo harás conmigo o con algún familiar —sentenció.

Hablaba de mi condena como si fuera la lista de la compra.

—¿A qué se debe esto? —Di un paso al frente, recuperándome de mi desconcierto.

Me daba igual que me volviera a pegar.

—A que no sabes estarte quietecita. Se te advirtió que no te acercaras a Cristianno y sigues en tus trece. ¿Crees que no te he visto? No dejaré que seas una de sus furcias.

Ahora era yo quien empezó a pegar manotazos.

—Nadie me da órdenes y menos un gusano asqueroso como tú. Déjame a mi decidir si quiero o no ser su furcia.



Me largué de allí dejándole confundido. No comprendía por qué se habían propuesto amargarme la vida. Algún motivo había, pero ¿cuál?, ¿qué estaba ocurriendo que yo no supiera?



CAPÍTULO 22

Kathia

Si pensaba que Valentino no cumpliría su palabra, estaba totalmente equivocada. Iba por el segundo día de mi condena y era una tortura china. Apenas podía hablar con Cristianno; apenas podía estar con mis amigos.

Dejaba que pasaran los días esperando a... ¿qué? ¿Qué esperaba? Estaba claro que no me levantarían aquel castigo y Enrico no podía estar protegiéndome todo el tiempo porque tenía una comisaría que llevar y estaba hasta arriba de trabajo. Aun así, él era el único en casa que seguía apoyándome.

Aquella noche me costó conciliar el sueño. Ni siquiera era la una de la madrugada, cuando ya me preparaba para pasar una larga noche en vela. Respiré hondo, me arrojé y cerré los ojos intentando dormir. Pero en lugar de eso me vino a la mente un pensamiento: era jueves y se acercaba un terrorífico fin de semana.

El sábado se inauguraba la galería de arte de mi hermana. Eso suponía una mañana de compras con mi madre y las arpias de sus amigas, y una sesión de belleza de más de cuatro horas. El domingo iríamos a misa (por petición de mi madre, que quería limpiar su conciencia la muy hipócrita) y después iríamos a Latina, el pueblo donde vivía mi aburrida tía Mariella (hermana de mi madre) y su torpe (aunque forrado) marido Danilo Pirlo. Ellos eran los padres de Marcello, el amante de mi hermana.

Vamos, un fin de semana tan exasperante que me entraban picores.

De repente, el sonido de mi móvil me sobresaltó de tal manera que casi me caigo de la cama. Lo cogí como pude y vi en la pantalla un número que no conocía. Tal vez era Erika, queriendo al fin hablar conmigo.

—¿Sí? —pregunté.

—La noche es fresca, pero agradable. Cielos despejados e insomnio preocupante.



La voz de Cristianno sonó jocosa y excitada. Contuve un pequeño grito de alegría y de nervios, y sonreí llevándome la mano al pecho para mantener el corazón en su sitio. Corría el riesgo de sufrir un infarto.

— ¿Cómo sabes que tengo insomnio?

— Bueno, solo has tardado tres segundos en contestar.

— ¿Cómo has conseguido mi número de teléfono?

— Daniela.

Tendría que haberlo imaginado.

— ¿Cómo va el castigo? — Entonces se puso más serio.

Suspiré. Les había contado que no podía salir porque mis padres me habían castigado por enfrentarme a ellos. Cristianno sabía que mentía; en realidad, todo el grupo se dio cuenta de que mentía, a excepción de Eric y Luca que parecían estar abducidos.

— Lo sobrellevo.

— Mentirosa.

— Está bien... Estoy hecha una mierda, pero a ti qué más te da.

Entrecerré los ojos, nerviosa, a la espera de su réplica.

— Me importa, ¿sabes? Lo estoy pasando mal. — Sabía que estaba exagerando. Comenzaba a conocer la voz que ponía cuando su intención era bromear —. ¿A quién voy a molestar ahora?

— Imbécil.

— ¿Sí? Pues, adiós.

Colgó dejándome con la boca abierta. Solté un sonrisilla nerviosa, no podía creer que me hubiera colgado por llamarle imbécil. Ya debía de estar acostumbrado, no dejaba de decírselo.

Tragué saliva y me atusé el cabello antes de que volviera a sonar el móvil. Era el mismo número.

Lo cogí dispuesta a insultarle y a colgarle antes de que pudiera replicar. Pero no tuve oportunidad de hablar.

— ¿Te escaparías?

— ¿Qué?

¡Escaparme con él! Vaya, sí que le había dado fuerte, y ni siquiera nos habíamos besado, es más, solo llevábamos un par de días hablando como personas civilizadas.



—¿Te vendrías conmigo ahora mismo?

—¿Primero me cuelgas y ahora me pides que me escape contigo?

—Solo ha sido una broma. —Soltó una carcajada, pero también lo noté algo nervioso—. Estarás de vuelta antes de que despierten, lo prometo.

No hacía falta que me convenciera, había aceptado desde el primer momento.

—Está bien, ¿dónde vamos?

—Eso no te lo voy a decir. Tendrás que confiar en mí.

Miré a mi alrededor, me levanté de la cama y cogí unos vaqueros mientras hacía equilibrios con el teléfono entre mi hombro y mi mejilla.

—De acuerdo, ¿dónde quedamos?

—Estoy en tu casa, en la puerta de atrás. Tienes cinco minutos como máximo para que puedas escapar sin que te vea el guardia.

Le colgué y comencé a vestirme. Ni siquiera me dio tiempo a ponerme nerviosa porque Cristianno hubiera venido hasta mi casa para estar conmigo. Solo quería reunirme con él lo antes posible.

Cristianno

Se acercó a la valla y apoyó un pie en ella antes de impulsarse y comenzar a trepar. Llevaba unos vaqueros ceñidos, una camiseta y una chaqueta blanca que le cubría el cuello. La cogí de la cintura y la ayudé a saltar. Aunque no necesitaba mi ayuda, era muy ágil.

Corrimos hacia el Bugatti y nos agachamos hasta que los guardias pasaron de largo. No podía arrancar, nos descubrirían.

Kathia sonrió agitada y me contagió. Le tapé la boca para que no sonara su risa, ella me mordió.

—Serás...

Ahora era ella quien me tapaba la boca. Volvió a sonreír con el pelo en la cara; estaba guapísima.

Los guardias se marcharon y arranqué el coche saliendo de allí a toda prisa.



Todavía no podía creer que estuviera allí con ella, en mi coche. Había ido hasta su casa y la había ayudado a escapar. Nunca había hecho algo parecido; estaba emocionado.

¿Adónde íbamos? La quería llevar a un lugar que nadie conocía. Era mi escondite, mi refugio, pero, sin saber por qué, necesitaba compartirlo con ella.

Me urgíó fumar. Encendí un cigarrillo observando de reojo la carretera. Kathia estaba echada en el asiento con el codo apoyado en la ventana. Miraba el paisaje.

«Bien, Cristianno, concéntrate en la carretera. Ya has conseguido lo que querías; está sentada a tu lado.»

Justo en el momento en que coloqué el cigarrillo entre mis labios, ella se removió en su asiento y me miró. Sonrió y se acercó a mí para robarme el pitillo.

— ¿Te importa? — me dijo, dándole una calada.

Negué con la cabeza mientras fruncía ceño. No sabía que fumara. Me examinó; miró mis piernas, observó mis brazos, perfiló mi tórax y se detuvo en mi cara..., como si me tocara.

«La carretera, Cristianno. Solo la carretera.»

— ¿Piensas devolvérmelo? — pregunté sonriente.

Colocó el cigarro en mi boca, pero se entretuvo al hacerlo. Acaricié con mis labios uno de sus dedos. Se apartó, pero mantuvo su mirada juguetona. Estaba a punto de decirme algo.

— Así que te vuelvo loco ¿eh? — dijo mordiéndose el labio.

«No sabes cuánto.»

— Tampoco te lo creas, Kathia.

— Es la contestación que esperaba. — rió en el momento en que llegamos a nuestro destino.

Detuve el coche y me acomodé en el asiento sin dejar de observarla. Coloqué mi brazo detrás del respaldo de su asiento. Ella me miró extrañada, pero todavía con expresión traviesa.

— Admitir que me vuelves loco no me resulta difícil — dije con sorna —. Ahora, la cuestión es ¿por qué no lo admites tú? — enarqué las cejas dejando que ella se acercara.

— No creo que necesites repuesta. Tú ya la sabes. — Abrió la puerta y, sin salir del coche, descubrió la mansión detrás de las vías abandonadas.

No era un lugar hermoso (no podía serlo con aquella presencia tan desastrosa), pero para mí era importante. Aquellas paredes habían ocultado un millón de veces mis



frustraciones. También habían sido mis consejeras. Era el lugar donde Kathia podía descubrir quién era yo. Tanto las facetas de chico agresivo, chulo, engreído, descarado y camorrista como las más ocultas que ella sabía sacar a la luz.

Salí del vehículo y lo rodeé hasta llegar a su puerta. La ayudé a salir del coche. Tendríamos que sortear tabloncillos con clavos y zanjas cubiertas de cristales. Cogió mi mano y salió del Bugatti escudriñando el entorno. No dijo nada, solo miraba fascinada aquella mansión en ruinas.

Entrelacé mis dedos con los suyos. Kathia se sorprendió al verme hacer ese gesto sin saber que yo también estaba asombrado. Era la primera vez que cogía la mano de una chica de aquella forma.

Retiré la madera de la puerta y dejé que ella entrara primero. El vestíbulo estaba lleno de telarañas y de polvo. Había maderas y cristales por todas partes. La lámpara (que una vez lució hermosa en el techo de escayola labrado) se sostenía de un pequeño cable. Algún día caería y esparciría sus bolas de cristal por el suelo.

Kathia miró hacia la escalera y empezó a caminar entre las tablas. No se veía prácticamente nada, solo sombras, así que me acerqué a un taquillón y cogí un viejo candelabro. Aún tenía los restos de una vela. Aguantaría un rato.

—Creo que tenemos una gotera, cariño —sonrió poniendo sus brazos en jarras mientras observaba el techo.

Era cierto, había una gotera, pero no le hice caso. La última palabra que había pronunciado me había trastocado. Fruncí el ceño mientras me perdía en su afectuosa sonrisa. Dios, resultaba tan bella entre las sombras grisáceas y doradas de la vela...

—Podremos arreglarlo —dije acercándome a ella.

—¿A cuántas chicas has traído aquí?

—¿Perdona? —Me miró por encima del hombro.

—Quiero saber en qué posición estoy... —añadió con retintín, pero no dejó que se regocijara demasiado.

—La primera... —Lo dije rotundo y tan sincero que Kathia no pudo sostener mi mirada—. Eres la primera —reiteré queriendo dejar claro que era la primera en todos los sentidos de mi vida.

No supe si lo captó, pero mi corazón sí.

—Qué honor. —Se escudó en la ironía.

—Lo es, créeme. —Empecé a caminar por el vestíbulo.

Se atusó el cabello y retiró con la punta del pie un listón de madera que había en el suelo.



— Bueno y... ¿de qué conoces este lugar? — preguntó mirándome dubitativa.

— Lo descubrí cuando solo tenía seis años. Es mi refugio — confesé.

— ¿De qué tiene que esconderse Cristianno Gabbana?

¿Cómo había descubierto que me escondía allí? Kathia traspasaba siempre mi fachada, y una vez más me hizo sentir inseguro. Nadie lo había logrado nunca.

Su expresión cambió; estaba más seria y su voz era más intensa.

— Supongo... — Era difícil admitirlo, pero tenía ganas de que lo escuchara —. Supongo que de mí mismo.

Nos miramos fijamente durante unos segundos (eternos y maravillosos) hasta que decidió romper el silencio.

Comenzó a caminar adentrándose en la que una vez fue la sala de música. Ya solo quedaba un antiguo piano, varios muebles y un sofá de terciopelo rojo agujerado. No pareció importarle el estado de aquella habitación. La observaba como si fuera el lugar más bonito del mundo. Era hermoso contemplarla mientras ella escudriñaba con atención cada detalle.

— ¿Tú no tienes ningún escondite? — pregunté, curioso, acercándome al piano de cola que había en el centro de la sala.

Me miró y entrecerró los ojos, como pensando.

— Podría ser este. — Sonrió con timidez —. Si tú quieres, claro.

— Hay espacio suficiente para los dos.

Kathia se echó a reír mientras yo pulsaba las teclas con suavidad. Hacía mucho tiempo que no tocaba, pero la música afloró de mis dedos con agilidad.

Toqué la primera melodía que se me ocurrió sin saber que ella la reconocería. Se colocó frente a mí (dejando el piano entre los dos) y me contempló con firmeza.

— ¿Es Zack Hemsey? — Lo confirmaba más que preguntaba.

— Así es. — Sonreí por lo bajo—. Concretamente la instrumental de «Changeling». ¿La conoces?

— Me encanta...

Me puso nervioso su tono melodioso. Tragué saliva y dejé de tocar. Me senté en el banco.

— ¿Sabes tocar el piano? — me preguntó.

— Bueno... se puede decir que sí.



—No te pega ser modesto, Gabbana. —Apoyó los codos en el piano y sostuvo su cara con las manos.

—Terminé la carrera de música con quince años.

Era cierto. Con ocho años ya era un virtuoso y tocaba mejor que muchos del último curso.

Kathia abrió los ojos impresionada. Pero no parecía tomárselo a burla, realmente le interesaba.

—Todo un niño prodigio.

—Ya ves. No solo tú eres inteligente.

Kathia fingió enfadarse, pero enseguida sonrió. Bordeó el piano y se acercó a mí caminando lento.

—Toca algo —susurró.

—Ni lo sueñes.

Se fue a toda prisa hacia el sofá y se desplomó en él sin importarle lo sucio que pudiera estar. Mirándola, daba la sensación de que estaba en el mejor asiento del mundo.

—Venga, ¡hazlo!

Resoplé disponiendo mis manos sobre las teclas. No sabía si estaba preparado para aquello. Una parte de mí quería tocar (tocar para ella), pero la otra parte pensaba que era una estupidez. Jamás había tocado para alguien que no fuera mi madre y mi tía Patrizia. Ellas se volvían locas.

Cerré los ojos y apreté la mandíbula. Me arrepentiría de aquello.

—¿Alguna preferencia? —pregunté resignándome.

A Kathia le hizo gracia mi tono. Se tumbó con las piernas encima del sofá y me contempló expectante.

—Sorpréndeme.

—Te mataré en cuanto termine —dije jocoso.

—Eso ya lo veremos.

Sin más, comencé a tocar lo primero que se me ocurrió. Kathia me había dejado elegir, pero el libre albedrío me jugó una mala pasada. Estaba tocando *Passion*, de Utada Hikaru. No sé por qué, pero percibí que había un mensaje oculto en la canción. Un tipo de aviso destinado a nosotros. Gilipollices, pensé, pero el sentimiento era muy real. Había tocado muchas veces esa pieza porque Mauro de pequeño era un gran admirador del videojuego *Kingdom Hearts* y me obligaba a hacerlo. Pero nunca había



sentido la pasión que encerraban aquellas notas hasta que no la toqué para ella. Desde ese momento aquella sería su canción. Estaba seguro de ello.



CAPÍTULO 23

Kathia

Aquella sería mi canción. Nuestra canción. Cuando la escuchara sabría que Cristianno estaría cerca y que la estaría tocando solo para mí.

Con las notas bajas y agudas levantó la vista del teclado y me miró. Yo le observaba ensimismada. Jamás había escuchado algo así. Transmitía tanto que me costaba mantenerle la mirada.

Sonrió y enseguida cerró los ojos dejando que fluyera de sus dedos la parte alta de la canción. Por un momento, me pareció que sufría, tal era la pasión con la que tocaba. Cristianno me estaba proporcionando el mejor momento de mi vida.

Todavía no me había dicho a mí misma que estaba enamorada de él. Pero lo estaba y mucho. Y, por la forma de tocar, podía deducir que él también lo estaba de mí.

Dejó de tocar y me miró. Esperaba que yo dijera algo.

Y lo dije, pero nada relacionado con lo magistralmente bien que había tocado.

— Ven aquí... — dije casi en un susurro mientras le dejaba un hueco en el sofá.

Él frunció el ceño; parecía receloso a aceptar mi petición, pero terminó levantándose de la banqueta. Se sacudió los pantalones débilmente y suspiró antes de dar el primer paso.

Se le veía tímido, tan tenso que casi me hizo reír. Quién me hubiera dicho que iba a ver al loco del taxi caminar hacia mí retraído.

Tragó saliva y se sentó en la punta, a la altura de mis rodillas. Arrastré mi mano hacia la suya y le empujé lentamente obligándole a reclinarse a mi lado. Necesitaba tenerle cerca.

Se tumbó casi con miedo y respirando entrecortadamente. Parecía tan indefenso... pero enseguida recuperó su confianza. Acarició mi mejilla mientras acomodaba su cabeza en el sofá. Su aliento rebotaba en mis labios mientras sus dedos dibujaban mi barbilla. Quise besarle, quise abrazarle y pedirle que no me soltara en lo que quedaba de noche, pero detuve ese impulso. Me regodeé observando su rostro perfecto tan de cerca.



Imité su gesto y acaricié su nariz. Bajé hasta sus labios y me detuve en su cuello. Cristianno no me retiró la mirada en ningún momento, pero yo no era capaz de mantener mis ojos puestos en los suyos. Puede que mi gris fuera deslumbrante, pero su azul tenía una potencia que me doblegaba.

—Qué extraño es todo esto... —suspiré antes de sentir cómo su mano se detenía en mi cintura.

La rodeó y se impulsó, acercándose aún más. Después empujó mi pierna obligándome a que la colocara sobre la suya. Me puso muy nerviosa tener su cuerpo tan pegado al mío, pero me gustó. Me gustó muchísimo.

—¿Por qué? —Retiró un mechón de mi pelo y se acercó para besarme en la mejilla.

Lo hizo despacio, con suavidad, aprovechando cada segundo.

—Hace unas semanas te habría matado. Sin embargo, ahora...

Bajé la mirada, no tuve valor de terminar.

«Genial. Eres una cobarde», pensé.

—¿Ahora qué? —quiso saber.

Respiré hondo antes de abrazarle. No creí que respondiera, pero lo hizo y de una manera apasionada. No estaba acostumbrada a ese tipo de caricias, pues en el internado apenas salíamos y cuando lo hacíamos no teníamos tiempo para el clásico coqueteo, seguido de arrumacos y frases bonitas. Para nada; se pasaba directamente a la acción.

Un «Hola, qué tal, me gustas, tú a mí también», y pum... el beso. Después de aquello, por supuesto, venía el típico «Nos vemos la semana que viene», y después, «Adiós». Había coqueteado con muchos chicos, pero nunca había sentido ese sentimiento que en aquel momento recorría mi piel helándome la sangre. Que Cristianno estuviera bajo mi cuerpo rodeándome con sus brazos era, con diferencia, la mejor experiencia de mi vida.

—Ahora... Ahora me encanta estar contigo —murmuré apoyándome en su pecho.

Cristianno me volvió a besar, esta vez en la frente, y sentí cómo su corazón se aceleraba. Dios, cómo me gustaba que él también estuviera nervioso. Deslizó su mano por mi espalda y buscó mis ojos.

—No sabes lo mucho que deseaba oír eso.

Me dormí con el aroma de su piel rozando mis labios.



Cristianno

Desperté de súbito en cuanto Kathia me zarandeó. Estaba soñando con ella: la besaba intensamente mientras hacíamos el amor (un sueño de lo más lógico después de haberla tenido durmiendo literalmente sobre mí. Uno no era de piedra).

—¿Qué hora es? —preguntó sofocada mientras se incorporaba en el sofá y se atusaba el cabello.

Estaba bellísima. Tenía los ojos débilmente hinchados y la piel algo más pálida de lo normal.

Me froté la frente y me incorporé sin darme cuenta de que me acercaba demasiado a ella. Kathia tenía la vista puesta en mi pecho y me contemplaba igual que lo había hecho en mi sueño minutos antes de que nos quitáramos la ropa. Tragué saliva. Hubiera dado mi riñón por que el sueño se hiciera realidad en aquel momento.

Dios, qué malo era cavilar recién levantado. Me creó jaqueca.

Miré el reloj y di un salto.

—¡Joder! ¡Tenemos que irnos! —exclamé cogiéndola de la mano y echando a correr.

La matarían por mi culpa; eran pasadas las seis.

Salimos de la casa y ella tropezó con uno de los tablones de madera.

—¡Cuidado! ¡Vas a matarme! —gritó intentando calmar mi acelerado ritmo.

Lo sentía profundamente, pero no iba a detenerme. La quería viva.

«Tan viva como en mi sueño...»

—Los que van a matarte son ellos. Pronto serán las siete... —Llegamos al coche.

—Les diré que me secuestraste. —Se soltó de mi mano.

Fruncí los labios y abrí el coche con la llave electrónica. Me giré y la cogí de la cintura, apoyándola en la puerta. Ella sonrió provocativa. Sin duda, le gustaba que me acercara tanto.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién te creará? —susurré mientras acariciaba su mejilla con mis labios.

—Todos...



Lo que sucedió a continuación me dejó estupefacto. Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar.

Kathia pegó su cara a la mía y pasó lentamente su lengua por mi labio inferior. En ese momento hizo una foto con su iPhone. Realmente era una provocadora, creída y descarada. Y también muy desconsiderada, puesto que debía saber lo mal que me lo estaba haciendo pasar. Sobre todo cuando me empujó y sonrió mostrándome la foto. Resoplé, más encendido que nunca, y observé la imagen. La muy egocéntrica miraba a la cámara mientras que mi cara era la viva imagen de un gilipollas embobado.

—Lo que faltaba... —asentí mientras me restregaba la cara con las manos—. Eres tan... tan...

—Lo sé, pero no te enfades. Ha sido un rocecito de nada, además la foto es genial. —Se montó en el coche—. Dime, ¿qué crees que les fastidiará más, la foto o que me hayas secuestrado?

—Las dos cosas. —La miré antes de arrancar—. La próxima vez que vuelvas a hacer eso, juro que terminarás en... —Me detuve mientras ella asentía sonriente y expectante.

Arranqué el coche y salí de allí a toda pastilla.

—Bueno, ¿qué harías?

—No quieras saberlo.

—¡Venga ya! Dilo.

—Debes tratarme bien... Soy de carne y hueso, y tengo... mis necesidades, ¿sabes?

Mi explicación tan dramática le provocó una carcajada. Tuve que reírme con ella.

Durante el corto trayecto, Kathia estuvo tarareando la canción de Justin Timberlake que sonaba en mi reproductor mientras movía las piernas al ritmo de la música. Después me miró, seria, consciente de que habíamos llegado. Debía darse prisa si no quería que la descubrieran, pero por su parsimonia parecía que el único preocupado era yo.

Salimos del coche y nos acercamos a la vaya agazapados. Kathia no se decidía a saltar.

—He pasado... la mejor noche... de mi vida —susurró mirándome fijamente.

Me abracé a ella con fuerza. Le retiré el cabello de su oído.

—No entres a clase hoy. Espérame en los lavabos del vestíbulo. Ahora sube.



Creía que iba a reprocharme, pero no lo hizo. Subió y se marchó contenta mientras me miraba de reojo. Volvería a estar con ella en una hora eterna.



CAPÍTULO 24

Kathia

— **E**l motor de un Bugatti es inconfundible — me dijo Enrico, sorprendiéndome en el pasillo que llevaba a la cocina.

Había decidido subir por las escaleras traseras para que no me viera nadie, pero no había servido de mucho.

Enrico estaba apoyado en la pared con su planta sexy e imponente, esperando saber qué excusa pondría. No había hablado, y ya estaba sonriendo.

— ¿Un Bugatti? Bueno, estamos en Roma. Hay bastante gente con ese coche.

— Claro, una de ellas es Cristianno Gabbana. Se rió con ganas.

— No te rías, Enrico. Comienzas a asustarme, en serio.

Entrecerró los ojos.

— Ya te vale. ¿No decías que lo odiabas?

Fruncí los labios sin saber qué decir. Enrico me conocía tan bien que era imposible mentirle. Y era inútil ocultarle que había pasado la noche con Gabbana.

— Y le sigo odiando, créeme — bufé mientras me acercaba a él.

— Por eso te escapabas con él... Sois un desastre. Seguro que ha sido idea de él — dijo colocando un brazo sobre mi hombro.

— Cómo lo sabes.

Daniela me abordó mientras Mauro me mirara pícaro. Seguro que Cristianno lo había puesto al corriente de todo.

Tuve que hacerle una descripción exhaustiva de lo ocurrido entre Cristianno y yo aquella noche. Ya se lo había contado a Enrico, quien no había podido dejar de reír mientras me escuchaba. Así que no era de extrañar que Daniela hiciera lo mismo. Por



supuesto, con mi cuñado me reservé momentos que a mi amiga sí le pude contar. No quería que Enrico se enterara de lo de la biblioteca, por eso la parte de la playa la tuve que adornar con cierto trabajo.

— ¿Te besó? — preguntó Daniela al borde de un ataque.

Le parecía increíble que Cristianno hubiera actuado como lo hizo durante toda la noche. Y, la verdad, a mí también.

— No.

— ¿Le besaste tú?

— No.

— Entonces, ¿qué hicisteis?, ¿miraros las caras?

— Más o menos.

— Yo flipo. Sin duda, tiene que estar hasta las trancas porque si no ya os habríais acostado, créeme.

Miré a Cristianno por encima del hombro de Daniela. Llegaba fingiendo una pelea con Alex.

— ¿Tú crees que está...? — No pude terminar la frase y la cara de Dani tampoco me ayudó mucho —. Bueno, ya sabes...

— ¿Enamorado?

— ¡Chist! Baja la voz. — Le tiré del brazo —. No quiero que nos oiga y se está acercando.

Daniela miró y al ver que se aproximaba bajó la voz.

— Mira, no tengo ni idea. No sé cómo se pone cuando está enamorado porque nunca lo ha estado, pero sí puedo decirte que nunca lo había visto así. De modo que... sí, creo que está enamorado. — Como siempre, Daniela se enrollaba a la hora de exponer su punto de vista, pero era cristalina y tan concluyente que te dejaba sin palabras.

Cristianno se acercó, me cogió del brazo y me arrastró hacia el lavabo. Me iba a ir con él y estaría de vuelta para cuando viniera Valentino a recogerme.

— Te la robo, Ferro — le dijo a Daniela sin dejar de mirarme.

Ella, Mauro y el resto de nuestros amigos nos cubrirían ante los profesores.

— Sé bueno, Gabbana.

— Eso intentaremos, ¿no? — dijo Cristianno, pero para mí más que para Daniela.



—Más te vale. —Aunque, como me había dicho Dani, eso era imposible con Cristianno.

—¿**H**as tenido novio alguna vez? —me preguntó mientras conducía.

Me sorprendí por la pregunta y la cara que debí poner le hizo gracia. Le miré frunciendo el ceño.

—Bueno... no sé si se puede llamar así.

—¿Has tenido novio y no sabes si lo era? —hizo una mueca.

—Solo nos veíamos una vez a la semana y casi nunca hablábamos. Solo nos besábamos y cosas así.

Se tensó y dejó de sonreír en cuanto escuchó mi comentario.

—¿Cosas así? ¿Qué más hiciste con ese tío? —preguntó con desprecio.

—Cosas... Las mismas que tú con Mía o Laura o...

—Sí, sí, vale. —Negó con la mano.

Tuve que reír al verle celoso.

No sabía dónde nos dirigíamos, pero me daba igual con tal de estar con él.

—¿Cómo se llamaba? —Continuó, poniendo aquella carita de enfado que tanto me gustaba.

—¿Cuál de ellos? —Le piqué.

Aunque, era cierto. ¿Por cuál de ellos me preguntaba?

—¿Cuántos has tenido?! —dijo desconcertado.

—Los suficientes como para mantener una conversación de, no sé... ¿dos horas, tal vez? No, puede que más.

—Pero ¿qué os enseñaban en ese internado?

Estaba tan ofuscado, que terminó gritando mientras entrábamos en autovía.

—¿Celoso?

—No sabes cuánto. Iré a poner una queja, ¿sabes? —Terminó sonriendo—. ¿Cuál de ellos fue el que más te... gustó?

—Si lo que quieres es saber si me enamoré de alguno de ellos, te confieso que no. El último se llamaba Edgar y lo dejamos en verano.



—O sea, que fue el primero ¿no?

Se refería al sexo. No, no fue el primero porque todavía no existía la primera vez. Me dio la sensación de que estaba bastante obsesionado con el tema. No quería que se agobiara por tan poco. Me apetecía disfrutar de aquella mañana, porque no le iba a ver en todo el fin de semana.

—Estuvimos a punto, pero me arrepentí en el último momento. —Noté cómo todo su cuerpo se relajaba, suspiró y la sonrisa tornó a sus labios, aliviado—. ¿Podemos dejar de hablar de mis exnovios? Creo que no estás en posición de enfadarte conmigo por si he mantenido relaciones sexuales con otra persona. No tengo por qué darte explicaciones, ¿o, sí? —Arqueé las cejas, interrogante.

Se mantuvo callado y aquel silencio hizo que se agolparan en mi mente un montón de preguntas y dudas que nunca había hablado con un chico. Ahora me apetecía hacerlo con la persona de la que estaba enamorada.

¡Dios!, me moriría de la vergüenza, pero, como siempre, mis labios no se dejaban dominar.

—¿Cómo es...? Quiero decir..., ¿qué se siente cuando...? —Ya está, lo solté.

No terminé la frase, pero él supo inmediatamente a qué me refería. No hizo ningún gesto, permaneció concentrado en la carretera. Un chico y una chica no hablan de sexo entre sí, a menos que ese chico sea Luca.

Ahora que lo había preguntado, deseaba saber cómo lo había vivido él. Qué había sentido y si había estado enamorado alguna vez. Estaba claro que él tenía experiencia suficiente.

Cristianno suspiró y frunció los labios, como buscando la respuesta a aquella pregunta.

—Creo que soy la persona menos indicada para hablarte del placer del sexo. Al fin y al cabo yo solo he tenido sexo. Jamás he sentido nada que no fuera una noche loca o un delirio entre clase y clase. —Me reconfortó saber que no había estado enamorado—. No sé qué se siente cuando tienes a la persona que realmente amas bajo tu cuerpo. No lo he experimentado... todavía —repuso susurrando. Después me echó una mirada fugaz.

Yo continuaba mirándole cuando llegamos a nuestro destino. Estábamos en un circuito de carreras que había en las afueras de la ciudad. Sentí un chute de adrenalina. Si pretendía que yo condujera, lo haría muy dichosa. Bajamos del coche.



Cristianno

— **B**ien, ¿estás lista? —pregunté mientras me deleitaba mirando lo bien que le quedaba estar al volante de aquel Lamborghini Murciélago del circuito.

— Siempre.

La forma que tuvo de mover los labios para decir eso me hizo sentirme celoso (otra vez) del condenado Edgar. Él había tenido la suerte de probarlos, yo no.

Aceleró con maestría y salimos disparados por la pista antes de toparnos con la primera curva. Giró con estilo, poniendo en práctica lo que le había enseñado. Aún le quedaba relajarse al volante, pero lo hacía estupendamente bien para tener tan poca experiencia.

— ¡Esto es increíble! —exclamó antes de detener el Lamborghini—. La próxima vez, lo haré con el Bugatti.

— Ni de coña. Ese coche vale más de un millón de euros.

— Te compraré otro si le sucede algo.

— No, no. Le tengo cariño a ese.

Kathia se rió mientras bajaba del vehículo. Se colocó bien la falda y caminé hacia mí mientras Roberto, el dueño del circuito, recogía su joya amarilla. Le había pagado tres veces los ingresos de un día para que lo cerrara para nosotros. Por supuesto, no puso pegase. ¿Quién se las pondría a treinta mil euros?

La había llevado allí por puro placer. Sabía que le encantaría y quería compartir otra de mis pasiones con ella. En algún momento tocaría el fútbol, aunque dudaba que triunfara tanto con eso.

Me puse detrás de ella para rodearle su cintura mientras caminábamos.

— ¿Qué quieres hacer ahora? —le pregunté mientras besaba su cuello.

— Tenemos que volver. Son casi las tres y no llegaremos a tiempo.

Gemí negándome. No quería desprenderme de su aroma, no quería ver cómo se marchaba con Valentino.

— No quiero volver —mascullé a la vez que ella echaba la cabeza hacia atrás.

— Yo tampoco.

Pero volvimos.

Los alumnos ya estaban saliendo del edificio, pero, por suerte, Valentino aún no había llegado. Disponía de unos minutos más para estar con ella.



Dejé el coche lo más escondido posible y me giré en el asiento hacia ella. Vi en sus ojos que había descubierto lo que pensaba.

Kathia

—¿Quieres besarme? —pregunté temerosa.

Cristianno movió sus labios en una sonrisa casi invisible.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Solo contesta, por favor —dije con un hilo de voz sin apartar la vista de sus ojos. Ahora refulgían más que nunca.

—Sí... —susurró.

—¿Y por qué no lo haces? —Me acerqué.

—Porque no me lo has pedido. —Miró mis labios. Parecía que les estaba hablando a ellos.

—¿Te lo pidieron... las... demás?

Se me escapó. No sé si estuvo bien preguntar aquello, pero la incertidumbre desapareció en cuanto escuché las palabras de Cristianno.

—Las demás no me importaban. No había necesidad de preguntarles. —Si ya no me quedaban claros sus sentimientos hacia mí, es porque era imbécil.

Tragué saliva y cerré los ojos. No tardé en sentir sus dedos paseando por mi mejilla. Estaba ahí, e iba a besarme.

Pero la maldita canción de mi móvil rompió el embrujo. Nos miramos.

Ambos sabíamos quién era.



CAPÍTULO 25

Kathia

Ni el increíble minivestido de Alexander McQueen en color negro, ni el ceñidísimo Louis Vuitton rojo rubí. Según mi madre, eran demasiado provocativos y llamaría mucho la atención. Eso, traducido a nuestro idioma, significaba que estaba impresionante con ellos y que le quitaría protagonismo a Marzia si aparecía así en la presentación de la galería de arte. Claro que ella no sabía que mi interés por vestir de ese modo no se debía a querer llamar la atención de todo el mundo, sino de alguien en concreto: Cristianno.

Annalisa y mi madre eligieron un bonito conjunto de falda negra y camisa crema de Óscar de la Renta. Al menos me dejaron escoger los zapatos: unos Bulgari de lo más espectaculares.

Después de una agotadora, pesada y chismosa sesión de belleza, fuimos (para mi desgracia) a comer a un restaurante.

Champán, críticas y más champán. Celebraban de antemano el gran éxito que tendría Marzia esa noche. Mi hermana aprovechaba cualquier ocasión para humillarme ante todas las arpías del club de campo Costa Di Castro. Soportar a catorce mujeres, con edades comprendidas entre los treinta y cinco y los sesenta (exceptuándonos a mi hermana y a mí), fue agotador.

Resoplé delante de mi cappuccino mientras miraba el reloj. Aquel sábado se estaba convirtiendo en el más largo de mi vida.

«16.40.» Cinco horas más y vería a Cristianno.

La madrugada pasada no habíamos podido escaparnos, y no pude dormir en toda la noche pensando en lo bien que hubiera estado entre sus brazos en aquel sofá agujereado. Podría pasarme el resto de la vida viviendo aquel momento.

El sonido de mi iPhone borró mis ensoñaciones. Supe enseguida que era un SMS por la melodía de Florence + The machine. Lo cogí y le di a «Aceptar» mientras tapaba la pantalla para que Marzia no pudiera leer nada. Deduje quién era; el muy capullo había utilizado otro número de teléfono para que no pudiera descubrirlo.



«¿Me echas de menos? Pero k digo, seguro k sí. Quiero verte.»

No pude evitar sonreír mientras se me hacía un nudo en el estómago. Estaba hecha un flan. Él quería verme... ¡Mierda!, yo podría estar con él en ese momento en vez de estar perdiendo el tiempo con todas esas...

Carmina llamó a mi puerta antes de entrar. Estaba arreglando mi cabello y perfumándose cuando irrumpió con un escandaloso ramo de rosas.

—¿Qué demonios es eso, Mina? —Le abreviaba cariñosamente el nombre porque me resultaba más cálido, y a ella le confortaba escucharlo. Enrico y yo éramos los únicos en aquella casa que la tratábamos con respeto.

—Valentino la espera abajo y me ha dicho que le entregue esto. —Me tendió el ramo y yo lo dejé de malos modos en la coqueta sin importarme que varios pétalos cayeran al suelo.

A través del papel transparente que envolvía las flores vi una nota. Sabía que su lectura me iba a irritar más de lo que ya estaba.

«Sé que algún día serás mía

»Es cierto

»Te amo

»Valentino.»

Palabras tan exigentes y egoístas como él. ¡Echaba humo! ¿No se daba cuenta de que no soportaba tenerle cerca? Cerré los ojos y lancé la nota al suelo.

—Señorita...

—Kathia, Mina —la rectifiqué antes de que pudiera continuar hablando.

—Kathia... —Sonrió. No se acostumbraba a tutearme—. También me ha dado esto. —Me entregó una caja rectangular y alargada de color granate.

La abrí con desgana y enarqué las cejas al encontrarme con una pulsera de oro con diamantes. Demasiado cargante. Además, odiaba el oro amarillo. Se me revolvieron las tripas al reconocer que intentaba comprarme con oro y flores. ¡Cómo podía pensar que me conseguiría de esa forma!

—¡Oh, Dios mío! —gritó Marzia, irrumpiendo de golpe en mi habitación.

Empujó a Carmina para poder pasar y se lanzó a por el ramo de rosas. Se puso a bailar con él como si fuera su pareja. No tardó en abalanzarse a por la pulsera.



—¡Mira qué maravilla! Oro de veinticuatro quilates y doce pequeños diamantes... Un gozo para cualquier mujer —musitó mientras acariciaba la pulsera.

—Carece de valor para mí... —Se la entregué.

—¿Una pulsera de casi sesenta mil euros carece de valor para ti? ¡Necia!

Salí de allí antes de ceder a la tentación de tirarme a su yugular.

La galería Marzia Carusso había suscitado mucha expectación entre la gente, por lo que asistió todo el mundo importante en la ciudad. Todos, excepto Cristianno.

Solté la copa de champán sobre la bandeja de un camarero y me fui retirando hasta que conseguí perderme entre las obras de arte. Aquel lugar era enorme, y estaba distribuido en varias salas que se comunicaban entre sí a través de unos arcos de escayola que simulaban las columnas de la antigua Roma. Casi todas tenían grandes ventanales que daban a la calle. Desde la sala de arte contemporáneo, podía ver el río Tíber, y tras él, el castillo de San Angelo. Era una zona muy privilegiada, teniendo en cuenta que la Ciudad del Vaticano estaba justo al lado.

Me dirigí a la sala más alejada, una que ni siquiera estaba decorada, así que nadie pasaría por allí, a menos que tuviera la misma intención que yo, esconderse.

Apoyé mi espalda sobre la pared y suspiré pensativa. ¿Dónde estaría? Me prometió que asistiría a la inauguración porque acudía su familia. También me dijo que tenía motivos para quedarse de principio a fin. Después me besó en el cuello y en la mejilla...

¿Qué estaría haciendo?

Cerré los ojos e imaginé que estaba allí. Que a mi lado tenía...

Entonces sentí sus labios en mi clavícula, subiendo por el cuello para detenerse en la comisura de mis labios. Fue tal la emoción que palpitaba en mi pecho que no pude controlar un pequeño gemido.

—Ya estoy aquí —dijo bajito, dejando el rastro de su voz sobre mi piel.

Me acarició con su nariz mientras envolvía mi cintura con sus maravillosas manos.

—¿Dónde has estado? —pregunté aferrándome a sus hombros.

No quería volver a alejarme de su cuerpo nunca. Era muy consciente que eso era lo que necesitaba.



—Buscándote... —Me miró y, entre la penumbra de aquella sala, sus ojos refulgieron como la noche anterior—. ¿Qué sucedería si te besara aquí, ahora? —dijo suavemente, sin dejar de susurrar.

—Hazlo, Cristianno. —Levanté el mentón buscando sus labios.

—Repítelo.

—Bésame.

No sentí nada. Cristianno no me besó porque justo en ese momento la asquerosa voz de Annalisa Costa, mi supuesta suegra, irrumpió en la sala de al lado, interrumpiendo el que iba a ser el mejor beso de mi vida.

—¡Kathia! —llamaba detrás de la pared.

Si me descubría con Cristianno, tendría problemas. Lo empujé y salí antes de que ella se adentrara en la sala.

Annalisa me arrastró hasta un corrillo de gente compuesto por familiares de Valentino. Por supuesto, también estaba mi madre. Él enseguida me cogió de la mano.

—¡Oh, querida!, no sabes lo mucho que me alegro de que vayas a ser la esposa de mi sobrino. Bienvenida a la familia Bianchi.

¡¿Qué?! ¡Oh, Dios mío! ¿De qué estaba hablando aquella loca?

Miré a Valentino, que sonreía. Disfrutaba de aquel momento. Y mi madre parecía la mujer más feliz del mundo.

—Qué bien que suena: Kathia Carusso, la esposa de Valentino Bianchi.

Cristianno apareció tras la columna. Deseé que la tierra abriera una zanja y me tragara. Había escuchado la felicitación y su mirada me cortó la respiración. La angustia oprimía mi pecho. Vi cómo aligeraba su paso hacia la puerta, hasta que le perdí de vista, otra vez. Quise correr tras él, pero Valentino me besó. Lo aparté simulando otra sonrisa. Me moría de dolor.

—¿Cuándo se hará oficial? —preguntó un tío de Valentino.

—En cuanto mi padre gane las elecciones.

Valentino me miró recordándome que era suya y de nadie más. ¿Cómo podía existir una rata tan repugnante?

—Si me disculpáis... Necesito ir al baño. —Disimulé mis temblores apretando los labios y tragando saliva.

—No tardes, cariño. —Me guiñó un ojo mientras acariciaba mi mejilla.

«Cristianno, no te vayas. Espérame, iré contigo.»



CAPÍTULO 26

Cristianno

Me dirigí hacia la salida conteniéndome para no destruir cualquier cosa que encontrara en mi camino. Sentía una presión tan fuerte en el pecho que pensé que no iba a soportarlo. Quería gritar que la odiaba, que no soportaba tenerla cerca, que el mayor error de mi vida había sido cruzarme en su camino. Pero no podía.

«Maldita la hora en la que me enamoré de ti, Kathia. Ojalá pudiera odiarte.»

Se alejaba de mí y no podía hacer nada para impedirlo.

Alguien tiró de mi brazo y me estampó contra la pared antes de que pudiera salir. Era Enrico. Intenté esquivarle lleno de ira, pero volvió a arrastrarme hacia un pasillo para que no nos viera nadie. Le noté que lo sabía, pero Enrico solo estaba sorprendido, mientras que yo estaba destrozado. Kathia estaba prometida.

— ¡Estate quieto y escúchame! — me ordenó, empujándose.

Me encaré con él.

— ¡Lo sabías! — le recriminé con una rabia desaforada. Enrico cerró los ojos unos segundos y bufó negando con la cabeza—. ¡Lo sabías todo y no me dijiste nada! ¡Dejaste que me enamorara de ella! — grité.

— Lo he sabido solo unos minutos antes que tú. No he tenido tiempo de advertirte, Cristianno. — Su tono de voz se calmó, me soltó y me dio unos golpecitos en los hombros mientras observaba cómo me venía abajo por primera vez en la vida.

Compartió conmigo cada partícula de dolor. Me apoyé en su hombro antes de que me abrazara.

— Si hubiese sabido que dolía tanto...

— La habrías amado igual — me interrumpió mientras apoyaba su barbilla en mi cabeza.

— Se casa, Enrico. — Mi voz sonó quejumbrosa, estaba a punto de llorar—. Se casa con ese bastardo y nadie piensa remediarlo. — Me alejé de él—. Por eso la trajeron de vuelta de Viena — terminé susurrando.



—Sabes a qué mundo pertenecemos. Estaba claro que si Kathia volvía era porque había algo más detrás de esa decisión. No deberías sorprenderte. —Intentó explicarlo con tranquilidad, pero él también parecía cabreado.

—Ella no forma parte de esto —me quejé.

—¡Es la hija de Angelo, sí forma parte de esto! Son negocios, Cristianno. Como todo en nuestras familias.

—¡Kathia no es un negocio! Solo tiene diecisiete años, ¡joder! —Quise salir de allí, pero Enrico volvió a evitarlo.

—¿Crees que a mí no me importa? —preguntó, frunciendo el ceño—. La quiero como si fuera mi hermana pequeña. ¿Crees que no me duele que se case con ella? Por favor, Cristianno. Ni siquiera tu amor evitará esa boda.

Le miré apretando la mandíbula y sintiendo cómo mi espalda se balanceaba débilmente intentando controlar mi cuerpo.

«Si le mato, no tendrá que casarse», fue lo primero que me vino a la mente.

—¿Cuándo? —pregunté, temiendo la respuesta.

—En cuanto cumpla los dieciocho —repuso cabizbajo.

—No. No lo permitiré. Me la llevaré de aquí antes de que llegue ese día, Enrico.

—Kathia no te pertenece, Cristianno. No puedes hacer nada y lo sabes.

Negué con la cabeza mientras me apartaba un poco para buscarla entre la gente. No la encontré.

¿Qué pensaría ella de todo aquello? ¿Me necesitaría?

—No permitiré que se case con Valentino. Ella no, Enrico.

—No puedes evitarlo, Cristianno. Ya hay un negocio cerrado entre Angelo y Adriano. No sé de qué se trata, pero te prometo que lo averiguaré. De verdad.

—Así que los Carusso también nos ocultan cosas, ¿no? —Torcí el gesto buscando la mirada de mi gran hermano postizo. Él sabía a qué me refería. Después de todo, Fabio no era el único traidor—. Pues a la mierda los negocios, Enrico. No pienso ser testigo de eso. —Me di la vuelta y coloqué los brazos en jarras retirando la chaqueta.

—Cristianno... —Volvió a tocarme el hombro. Sabía lo que me iba a decir.

—No me lo pidas. No me pidas que me comporte como un Gabbana porque ahora no pienso hacerlo. No puedo hacerlo si ella es la moneda de cambio.



—Decías que el amor era de débiles. Ahora es cuando tienes que demostrarlo.
—Enrico sabía cómo dispararme al centro del pecho. Era cierto, una vez lo dije y ahora me lamentaba.

—Lo mataré si la toca —continuó, señalando con el dedo índice—. Sabes que soy capaz de hacerlo.

—Lo sé, pero iniciarías una guerra —añadió, previniéndose.

—Pues seré el primero en pelearla.

Ahora sí dejó que me marchara.

—Estás enamorado de ella... —confirmó, aunque ya lo había escuchado de mis labios antes.

—Y me culpo por ello todas las noches. Intenté evitarlo, y no lo conseguí. No pienso volver a intentarlo. Me... me gusta amarla.

—¿Sabes lo que eso significa?

Si se descubría, sería difícil de solucionar. La solución implicaba muerte y la muerte, pérdida. No me importaba morir si había luchado por ella.

—Sí... y asumo hasta la última de las consecuencias.

Kathia apareció por el pasillo, agitada. El dolor volvió a punzar mi pecho al mirarla. Se detuvo en seco en cuanto me vio. Me observó suplicante. En ese momento supe que ella también me amaba, pero no podía ir en su busca y decirle que yo sentía lo mismo. Debía irme.

—Hasta que llegue ese día, evita que te descubran, por favor —me dijo Enrico observando nuestras miradas.

Salí por la puerta después de ver cómo las lágrimas empezaban a deslizarse por el rostro de Kathia.

Kathia

Me abalancé hacia la salida en su busca, pero Valentino tiró de mi brazo con furia. Me estampé contra su pecho y empecé a forcejear con él. Fue inútil. Cristianno se iba.

—¿Dónde demonios te crees que vas? —preguntó, agresivo.



Por un momento me dio miedo, pero me lo tragué y le planté cara. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

—Quiero perderte de vista. Has caído muy bajo mintiendo delante de tu familia —mascullé.

—¿Qué te hace pensar que he mentido? Que tú no supieras nada no significa que sea mentira —susurró en mi mejilla—. Ya está todo listo para que seas mi esposa. Cuando cumplas los dieciocho.

Me removí hasta que pude retirarme. Valentino hizo una mueca con socarronería.

—¡Y una mierda! —Mi tono de voz debió de recordarle a alguien: Cristianno—. No me casaré contigo porque no te quiero. No eres suficiente para mí.

Levantó su mano para pegarme, pero cuando quiso hacerlo, Fabio lo detuvo. Lo empujó contra la pared y colocó su mano en la garganta de Valentino.

Enrico me cogió del brazo y me protegió.

—Si vuelvo a verte amenazándola o me entero de que le pones una mano encima, descubrirás lo que significa el dolor —masculló Fabio Gabbana antes de soltarle—. ¡Largo!

Valentino se colocó bien el traje y me observó con una sonrisa tensa en los labios. ¿Cómo podía sonreír si se había acobardado ante Fabio? Qué mezquino era.

Fabio observó cómo se iba y luego me miró a mí. No hizo nada más, solo asentir levemente mirando a Enrico y respirar hondo antes de marcharse con su paso siempre elegante.

—Vete, yo me encargo de todo —murmuró Enrico empujándome hacia la salida.

Recorrí la calle caminando todo lo deprisa que me dejaban mi ropa y los tacones, aunque sabía que no podría alcanzar a Cristianno si había venido en coche.

Me detuve en medio de la calle. Me invadió una resignación espantosa. No era el futuro que deseaba para mí, pero ¿qué podía hacer? Cerré los ojos.

Cristianno



Kathia me llamó por teléfono varias veces. No respondí a ninguna de esas llamadas. No podía hablar con ella porque sabía que si escuchaba su voz me vendría abajo.

Si alguien me hubiera advertido de lo que dolía el amor, hubiera evitado enamorarme de ella. Pero ¿a quién quería engañar? Era mentira. La habría amado igual.

Mi móvil volvió a sonar, pero esta vez no era Kathia, sino Fabio. Fruncí el ceño. Una llamada de mi tío podía significar problemas. Descolgué aprisa.

—¿Qué tienes con Kathia Carusso? —preguntó antes de que yo pudiera hablar.

Su tono de voz era serio y parecía bastante afligido. Era extraño que Fabio estuviera así.

—Nada.

En realidad, no tenía nada con ella. No había ocurrido nada entre los dos.

—Cristianno... —Suspiró queriendo decir que no se chupaba el dedo.

—No ha pasado nada, tío. Es solo que...

No hizo falta que terminara la frase.

—¡Dios mío...! No puedo creerlo.

Yo tampoco.

—¿Qué hago? ¿Qué se hace en estos casos?

—¡Jesús!, te has buscado un mal consejero para este tema. —Suspiró, como si estuviera buscando una solución—. Joder, Cristianno. ¿Kathia? ¿No había más chicas? ¿Tenía que ser ella? —En ese momento sí que estaba alzando la voz y daba la impresión de que estaba enfadado.

—Lo... siento. —No se me ocurrió decir otra cosa.

—¡Demonios! Me arrepentiré de esto, lo sé. —Volvió a suspirar y se quedó callado durante unos segundos, cavilando—. Ve a por ella pero cuelga ya, antes de que me arrepienta de lo que acabo de decir.

Ni le oí terminar. Arranqué el coche y fui en su busca.

Kathia



Entré en mi habitación y cerré la puerta con una patada. Había estado cerca de una hora buscando a Cristianno, sin éxito. Lo había llamado, pero no me había contestado. Le quería con locura y, sin embargo, Cristianno me había dejado.

Retuve mis ansias de llorar y entré en el vestidor para cambiarme. Me coloqué unos pantalones cortos y la primera camiseta que pillé. Ni siquiera me molesté en encender la luz. ¿Para qué? Ya se había apagado en cuanto le vi marcharse.

Quitó los cojines, retiré el edredón y me desplomé en la cama hundiendo mi cara en la almohada.

¡Dios!, me obligaban a casarme con Valentino y había perdido a Cristianno. ¡Y todo había ocurrido en una noche! Si al menos hubiese podido hablar con él una última vez para decirle lo mucho que le quería y le necesitaba...

El cristal de mi ventanal vibró. Miré hacia allí, pero no vi nada. Solamente las cortinas blancas de seda y las plantas que había en mi terraza. Me levanté de la cama y caminé lentamente hacia la puerta. Seguía sin ver nada, hasta que el cristal volvió a vibrar con un golpecito.

Entonces le vi. Cristianno había trepado hasta mi terraza. Llevaba la camisa por fuera y el nudo de la corbata le caía en el centro del pecho. Estaba hasta más guapo que cuando llevaba el traje bien colocado.

Solté un gemido de alivio al verle mientras me llevaba las manos a la cabeza. Enseguida salté a la puerta y la abrí con ansiedad. La fría brisa de la madrugada me envolvió, pero no me importaba. Ahora le tenía frente a mí. Era suficiente el calor que me proporcionaba aquella alegría exorbitante.

Cristianno miró mis piernas y fue ascendiendo con lentitud. Le pertenecía y él lo sabía tan bien como yo.

—No debiste marcharte sin mí —musité intentando controlar mi ansiedad.

Cristianno intentó dominar sus impulsos. Lo supe por su forma de apretar la mandíbula. Tenía tantas ganas de tocarme como yo a él. Avanzó un paso.

—No debiste ir en mi busca. —Torció el gesto con el mismo erotismo que caracterizaba cada uno de sus movimientos.

—¿Por qué? —Con suavidad, tiré de su corbata y lo arrastré dentro. Cerró la puerta antes de apoyar su frente en la mía.

—No podemos continuar con esto. Ya no —susurró intermitente mientras yo le acariciaba el pecho. Ahogó un suspiro—. No sigas por ahí, Kathia. Sabes que no podré detenerme —murmuró en mis labios mientras sus manos subían por mis caderas lentas, muy lentas.



— Me debes un beso — musité.

Lo besé en la mejilla antes de que él subiera sus manos hasta mi cintura, por debajo de la ancha camiseta.

Me besó, apretándome contra él. Sentí la urgencia de nuestros labios. Acariciaba mi espalda mientras me obligaba a caminar hacia atrás. No sabía dónde quería llevarme, pero estaba dispuesta a ir a cualquier lugar. No quería detenerme, no quería que se detuviera.

Sentí su lengua contra la mía. Besaba mucho mejor que en mis sueños y él lo sabía, por eso se recreaba en mis labios. Suspiré antes de tomar aire mientras su boca descendía por mi cuello. Enseguida cogí su rostro y volví a besarle. Tiré de su chaqueta y comencé a desabrochar aquella odiosa camisa. Lo necesitaba más cerca.

Entonces, él suspiró al notar mis dedos perfilar la piel de su vientre. Suavemente, sus rodillas separaron mis piernas y bajó sus manos por mi cuerpo hasta que me elevó del suelo. Me sentó sobre el tocador provocando que cayera el ramo de rosas que Valentino me había regalado aquella misma tarde. Se desparramó en el suelo, que es donde debía estar.

Envolví su cuerpo con mis piernas y él se acercó aún más. Retiré su camisa acariciando sus hombros desnudos. Cristianno apretó mi cintura y quiso liberarme de la camiseta. Gemí cuando se detuvo y besó la punta de mi nariz.

— ¿Es lo que deseas? — musitó excitado, rozando mis labios con su lengua.

— Ya deberías saberlo. — Imité su gesto aferrándome a su cintura. Recorrí su musculosa espalda y volví a descender.

Nos detuvimos de golpe al escuchar que alguien se acercaba por el pasillo. Miré hacia la puerta mientras él se perdía en mi clavícula soltando un suspiro de frustración.

— ¿Quién crees que es? — me preguntó entre beso y beso desde mi hombro hasta la mejilla.

— No lo sé. Todos deberían estar en la fiesta. — Lo empujé maldiciendo a quien interrumpía aquel momento. Cristianno se alejó de mis piernas con resignación —. Será mejor que te escondas.

Le miré a los ojos y luego me perdí en la perfección de su pecho. Él volvió a observar mis caderas mientras se mordía un labio.

— ¿Que me esconda? — preguntó extrañado.

— No quiero que te vayas.

Le tiré su chaqueta antes de notar cómo alguien se detenía en mi puerta. Nos miramos conteniendo la respiración. Yo fruncí el ceño. Cristianno parecía divertirse



con aquella tensión. Lo empujé hacia la cama y lo tapé en cuanto me tumbé a su lado. Soltó una carcajada ahogada.

—Vaya, me he imaginado contigo en la cama, pero no en tu habitación — bromeó antes de acariciar mi vientre. Se acercó más dejando que mi brazo apreciara el calor de su pecho desnudo.

—¡Cállate! —exclamé entre susurros.

La puerta se abrió y apareció la silueta de Sibila, la joven sirvienta.

—Señorita —susurró—, señorita.

Me estaba haciendo la dormida, así que tenía que tardar en responder.

—Humm... —ronroneé a la vez que Cristianno acariciaba el filo de mis pantalones.

—Señorita, lamento molestarla, pero su madre me ha dicho que le comunique que mañana saldrán de viaje a las nueve. —La pobre parecía avergonzada.

—De acuerdo, Sibila... —Fingí un bostezo—. Tranquila, no te preocupes.

—Lo siento mucho.

—Qué va, cariño. Ve a descansar.

—Claro. Buenas noches, Kathia.

—Buenas noches, Sibila.

La encantadora muchacha sonrió y después salió de la habitación cerrando la puerta.

Enseguida, Cristianno retiró las sábanas y se incorporó sentándose sobre sus rodillas. Miró mis tobillos y comenzó a acariciarlos subiendo muy lento. Dibujó mis rodillas, pero se detuvo al llegar a mis muslos. Cogió mis piernas y las abrió antes de echarse sobre mí.

Deslizó sus labios por mi cuello rozando la piel con su lengua. A esas alturas, ya estaba demasiado descontrolada. Continuó bajando hasta que llegó a mi vientre. Acaricié su cabello y me removí bajo su cuerpo antes de impulsarme hacia él. Lo besé mientras él me sentaba sobre su regazo y se agarraba a mi cintura. Me deshice de su camisa y empujé sus hombros para que se tumbara. Cristianno sonrió al verme sobre él. Cogió mis caderas resistiéndose a quitarme el pantalón. Sabía que no era el momento ni el lugar para concluir aquello (mi madre rondaba por la casa).

—¿Piensas estar así toda la noche? —dijo.

Se me escapó un ligero gemido y me acerqué a su oreja. Le provoqué un suspiro entrecortado al morderle el lóbulo.



—Sé fuerte, Cristianno. Tú puedes con todo —bromeé antes de que apretara aún más mis caderas.

—No, nena. Con tu cuerpo encima, no puedo ser fuerte. —Negó sonriendo. Decidí apartarme y dejarle algo de espacio para que se recuperara—. Pero eso no significa que te alejes —dijo antes de besarme.

—Quédate y duerme conmigo.

—¿Qué duerma contigo al lado? Eso será imposible.

—Vamos... podrás irte en cuanto amanezca.

—No hace falta que supliques. Pensaba quedarme. —Se tumbó a mi lado y abrió sus brazos para que pudiera echarme sobre su pecho.

—No estaba suplicando. Además, sabía que conseguiría convencerte. —Sentí los palpitos de su corazón antes de que rodeara mis hombros con su brazo.

—Por desgracia, sí. Eres la única que consigue dominarme.

—¿Te molesta? —Acaricié su vientre con un dedo.

—No sabes cuánto —susurró en mi cabello dándome un beso.

—¿Quieres que deje de hacerlo?

Busqué su mirada. Había oscuridad, pero pude ver el maravilloso resplandor de sus ojos azules. Inclino la cabeza hacia mí y me contempló frunciendo el ceño.

—Si quisiera que dejaras de hacerlo, no estaría aquí, Kathia.

Me coloqué sobre su pecho y comencé a acariciar cada rincón de su rostro. Cristianno cerró los ojos con un gesto de tormento y apretó la mandíbula.

—¿Qué piensas, Cristianno? —Quise saber lo que le incomodaba.

—No es bueno que sienta de esta manera.

—¿Por qué?

—Porque no eres mía.



CAPÍTULO 27

Kathia

Mi corazón se paralizó por la indignación que sentí al pensar que Cristianno me creyera fuera de su alcance.

— ¿Que no soy tuya? —le dije, molesta, incorporándome en la cama.

Me cogí las rodillas y me aferré a la sábana. Cristianno me siguió y se colocó tras de mí, cabizbajo. No pudo ver mi rostro, estaba oculto por mi pelo, pero sí pudo notar mi enfado.

— No era de nadie hasta hace diez minutos, Cristianno —añadí percibiendo en mi cuello cómo liberaba un suspiro ahogado.

— Lo siento —musitó—, es que solo de pensar que vas a...

Puse un dedo en sus labios para que dejara de hablar.

— Estoy aquí y no me voy a ir de tu lado.

Su mirada fue tan intensa que me traspasó.

— ¿Es eso lo que quieres de verdad, Kathia?

— ¿Qué quieres tú, Cristianno? Dime.

— Te quiero a ti. Conmigo.

— Pues así será.

Me abrazó con la pasión que solo sus brazos podían transmitir. Y me quedé allí dormida sin dejar de sentir sus dedos acariciar mi cabello.

Entre sueños sentía sus labios besando los míos.

Cristianno



Me levanté de la cama para coger mi móvil. Me habían enviado un SMS. Por suerte, Kathia no se despertó, tan solo se removió entre las sábanas.

Era mi padre.

«Mitin Umberto Petrucci adelantado. 10.00 horas domingo. Marcello francotirador. Confirma.»

Así sería.

Volví a la cama después de borrar el SMS. Observé a Kathia y me sentí extraño. Me había dicho que estaría conmigo, que era mía, pero no estaba seguro de si seguiría opinando lo mismo después de descubrir la clase de hombre que era. Tenía dieciocho años, sí, pero era el mejor en mi trabajo.

Inhalé el aroma de su cabello. Un ligero perfume a fresa me inundó y cerré los ojos antes de darle un beso en la frente. Se removió soltando un suave gemido. Incliné mi cabeza hacia delante y contemplé sus labios entreabiertos.

La besé. Fue un beso cálido, sereno, pero cargado de deseo. Ella me contestó acariciando mis mejillas.

Quería despedirme.

—Despierta, mi niña —susurré en sus labios.

Abrió los ojos y miró de reojo la ventana.

—Aún no ha amanecido. Todavía es de noche —murmuró aferrándose a mi cuello. Llevaba razón, aún no había amanecido, pero no me iría de allí sin despedirme.

—Tengo que irme.

—Nooo... —renegó ella, aún somnolienta.

—Terminarás por cansarte de mí. —Le sonreí.

—Dudo que eso ocurra. —Por fin me mostró aquellos ojos plata.

La besé mientras mi mente proyectaba lo que haría en unas horas. Mataría a Umberto Petrucci.

—¿Te veré mañana? —me preguntó acariciando mi cabello.

—Sabes que sí.

Se incorporó queriendo abrazarme. La cogí entre mis brazos y la coloqué sobre mi regazo. Era tan frágil, tan menuda... Me daba tanto placer abrazarla, que no me creía capaz de parar.



Volvimos a besarnos como lo habíamos hecho antes de acostarnos. Solo que esta vez supe detenerme. Me colocó la mano en el pecho y lo acarició mientras apoyaba su frente en la mía.

—Tengo que irme —resoplé de nuevo.

—¿Por qué? —preguntó dibujando mi nariz.

—Tengo algo importante que hacer. —Acaricié sus piernas.

—¿Más importante que yo? —Arqueó las cejas, provocativa.

Si esperaba que esquivara la pregunta, estaba equivocada. No le mentiría en eso.

—No hay nada más importante que tú.

—Entonces no te vayas. —Me abrazó obligándome a tumbarme sobre ella—. Fingiré que me encuentro mal y me quedaré aquí contigo. Nos pasaremos el día entero en la cama, besándonos y haciendo el amor... —Terminó sonriendo entre mi hombro y mi mandíbula.

Aquel era el mejor plan que podía escuchar y habría dado cualquier cosa por complacerla, pero no podía ser.

—El lunes me tendrás para ti sola. Te lo prometo, amor —terminé susurrando.

Aún me costaba creer que yo pudiera expresarme de aquella forma. Aún me costaba creer que amara a alguien de aquella forma.

—No me vale...

—¿No te vale? —Sonreí buscando su mirada.

—Tendrás que mejorar tu oferta. —Fingió estar enfurruñada.

—¿Qué te parece tenerme el lunes, el martes, el miércoles...?

—Tampoco...

Bien, pues allá iba otra proposición.

—¿Y todos los días de mi vida? —pregunté mirándola a los ojos.

Se quedó boquiabierta, totalmente sorprendida. Mi pecho percibía cómo su corazón se desbocaba. Ni siquiera yo mismo era consciente de lo que acababa de decir, pero aquellas palabras salieron sin más de mi boca. No me arrepentía.

—Eso está mejor —se obligó a decir, sonrojada.

—Hecho... —Rocé sus labios con los míos— Son tuyos. La abracé acariciando su melena con mis manos.



— Le estoy mintiendo — musité en cuanto terminé de lavarme la cara.

Contemplaba en el espejo la imagen de un hombre mentiroso, de un mafioso que aspiraba a más que a una simple extorsión. Sacudí la cabeza para tratar de no pensar en ello. Tenía asuntos profesionales que atender y no podía mezclar las cosas. En ese momento lo importante era estar allí para dar la señal a Marcello para que disparara a Umberto Petrucci. Después, correría a por ella y la abrazaría hasta desaparecer en sus brazos. De esa forma, podría olvidar qué tipo de persona era. Aunque, en realidad, yo disfrutaba con mi «trabajo». Estuve horas culpándome por amarla; Kathia merecía a su lado una persona mejor que yo, pero era incapaz de alejarme.

Recorrí el pasillo que conducía a la sala donde el candidato a la alcaldía de Roma impregnaba de ilusiones a los presentes. Sus palabras eran tan convincentes que por un momento hasta yo mismo las creí. Me quedé en la puerta, apoyado en el marco, mirando incrédulo el improvisado escenario. Podía haberme mezclado con la gente, pero no quise tener que fingir ser de izquierdas y haber de contener mis impulsos ante tanta palabrería radical.

Umberto confesaba sus ideas de una forma ferviente. Gesticulaba con las manos, alzaba la voz para que todo el mundo le oyera con claridad y arremetía contra Adriano elegantemente. Todo eso suscitaba que su público le halagara en cuanto terminaba una frase. Él se limitaba a sonreír. Aseguraba que ahí no terminaba la cosa, que la política no eran solo promesas.

«Maldito embustero.»

Ya tenía poco que añadir para convencer de que era el alcalde apropiado. Lástima que no pudiera llegar ni a terminar aquel discurso.

Alcé mi muñeca y me la acerqué a la boca con la excusa de recomponer la chaqueta de mi Armani gris marengo. Una pequeña pulsera de caucho la envolvía. Era un dispositivo para comunicarnos entre nosotros. Marcello ya se encontraba en los conductos y tenía a Umberto en el centro de su mirilla. Enrico esperaba con Carlo (el mediano de los Carusso) en un coche al final de la calle. Me parecía inconcebible que Enrico pudiera trabajar con el amante de su mujer, Marcello. Aunque eso dejaba claro lo poco que quería a Marzia.

— Estoy cansado de tanta palabrería — musité con voz ronca sin dejar de mirar a mi alrededor discretamente.



Aquella misión podría haberla hecho mi hermano Diego, o Valerio, pero mi padre decía que Diego era demasiado impetuoso y que no aguantaría escuchar a Umberto. Y Valerio..., bueno, Valerio era demasiado tranquilo. Él había nacido para estar detrás de una mesa dando órdenes.

—Creí que nunca ibas a decirlo, Cristianno. —La voz de Marcello Pirlo sonó en el pequeño y casi inapreciable auricular que llevaba en la oreja izquierda—. Si quieres, puedo bajar allí y coserle los labios. Le favorecería mucho tener la boca cerrada.

—Cálmate, querido —ahora era Carlo quien hablaba. Tenía una voz muy parecida a su hermano, Angelo—. Solo un disparo.

—Entre ceja y ceja, Marcello —volví a mediar, imaginándome sus sonrisas.

Estiré los brazos y acaricié mi cabello.

Aquella era la señal.

Umberto dejó de hablar y un pequeño hilo de sangre comenzó a emanar de su frente. El líquido resbaló por su nariz. Había sido un tiro limpio, entre ceja y ceja, como le había pedido.

Con los ojos en blanco, Umberto cayó al suelo. El golpe fue tan fuerte que pude escuchar su cabeza rebotar contra la madera. Al golpe le siguieron unos alaridos. La gente comenzó a gritar desaforada mientras intentaban buscar la salida. Los guardaespaldas de Petrucci se lanzaron al escenario. Alguno de ellos, con pistola en mano, buscaban entre la multitud una pista del asesino. No lo encontrarían, no estaba entre la gente. Tampoco podían esperar averiguar nada por la autopsia. La bala era totalmente lisa. El propio Marcello las preparaba con un componente indestructible que le suministraba Fabio. Era imposible encontrar al culpable. El crimen perfecto.

Bienvenidos a la mafia.



CAPÍTULO 28

Kathia

Me fui directamente a secretaría para entregarle a Antonieta el justificante por mi falta del viernes. Daniela me había telefonado para advertirme de la mentira que había escogido para ocultarme; les había dicho a los profesores que me encontraba mal. Así que se lo expliqué a Enrico y él me hizo el favor del firmar mi justificante.

Antonieta no estaba y las clases ya habían comenzado. No sabía qué hacer, si quedarme y esperar, o entrar en clase. De repente la puerta se abrió y me giré creyendo que era Antonieta, pero me equivoqué.

Cristianno se abalanzó sobre mí y me besó con fuerza. Llevábamos sin vernos más de un día y aquel beso me supo a gloria. Le abracé a la vez que me empujaba hacia el despacho del director.

—¿Qué estás haciendo? —mascullé entre beso y beso.

Sonreí al sentir la urgencia de sus besos. Me encantaba que me besara de aquella forma.

—Voy a hacerte el amor sobre la mesa del director —murmuró subiendo sus manos por debajo de mi falda. Acarició mi ropa interior antes de cerrar la puerta del despacho con la pierna.

—Estás loco —sonreí, pero estaba dispuesta a arriesgarme.

Me sentó sobre la mesa y se inclinó sobre mí, pero no me besó. Me observó torciendo el gesto sin dejar de acariciar mis muslos. Resoplé cerrando los ojos. Aquellas caricias creaban dependencia, las necesitaba para continuar respirando. Cristianno disfrutó al verme tan entregada.

—Eres preciosa... —dijo sin dejar de mirarme a los ojos.

Su voz sonó tranquila y absolutamente sincera, y al oírlo no pude evitar sonrojarme. Su intensa mirada me decía que yo era la única. Lo abracé.

—No dejes de repetirlo.



Lo besé acariciando su espalda. Pero enseguida me detuve al escuchar unas voces que se aproximaban. Sin nos descubrían, nos caería una gorda. Era una expulsión asegurada. Empujé a Cristianno contra la pared y lo obligué a esconderse tras una estantería. Él me cogió de la mano intentando que me escondiera con él, pero me deshice de él.

— Quédate ahí, yo le entretendré.

— ¿Estás loca?

No dio tiempo a más. El director me cazó. Fingí estar mirando sus libros. Cristianno se puso tenso, justo a unos centímetros de mí. Si no lo veía, sería por un milagro.

— Señorita Carusso — dijo el director arqueando una ceja —, ¿qué hace aquí?

De momento no parecía estar cabreado.

— Venía a entregarle el justificante de falta.

— Entonces aprovecharé para darle unos papeles que debe firmar su padre.

La secretaria estaba justo a su lado y abrió los ojos de par en par. Había descubierto a Cristianno. Temí que hablara, pero se mantuvo callada, observándome.

— ¿Qué papeles?

— Nada, no se preocupe. Son para ultimar su matrícula. Olvidé enviárselos la semana que usted inició las clases.

Me entregó una pequeña carpeta marrón.

— Aquí tiene. Si es posible, tráigamelos esta misma tarde.

— Por supuesto. — Tragué saliva. Debía irme y no podía dejar a Cristianno allí —. Señor Espósito, ¿sería tan amable de acompañarme a clase? No quiero importunar y su presencia facilitaría mi llegada.

Jesús, cuánto rollo tenía, pero qué bien había sonado. El director asintió y se dirigió a la puerta.

— Claro, no se preocupe.

Antonieta me miró y me guiñó un ojo para indicarme que ella ayudaría a Cristianno a salir de allí. Le sonreí.

Ricardo detuvo el coche justo enfrente del edificio de los laboratorios Borelli. No había encontrado a mi padre en casa cuando llegué del colegio, así que le pregunté



a Sibila dónde se encontraba. Para mi sorpresa, me dijo había ido a los laboratorios. Comí aprisa y me marché.

Quería llevar de vuelta aquellos papeles al San Angelo lo antes posible e irme con Cristianno.

Miré hacia arriba y contemplé los siete pisos del edificio. Era una gran torre de cristal con apariencia de frágil levantada en pleno centro de la ciudad. Aquellos laboratorios pertenecían a los Gabbana; concretamente a la abuela materna de Cristianno, Delia Borelli.

Entré en el vestíbulo dejando tras de mí el ligero sonido de las puertas correderas al cerrarse. Me quedé de pie para observar la espectacular sala. Parecía la recepción de un hotel, solo que con una luz más grisácea.

La recepcionista me miró por encima de sus gafas y frunció el entrecejo. De pronto, sonrió y se levantó de su sillón negro. Bordeó la mesa de cristal (con forma de semicírculo) y corrió hasta mí arrastrando sus zapatos de tacón.

—¡Kathia, madre mía, cuánto tiempo! —exclamó aquella mujer mientras me cogía de los hombros para darme dos besos. Sonreí intentando recordar quién era—. La última vez que te vi tenías solo cinco años. Estas guapísima.

De repente me vino su nombre: Liviana Marchetti.

—¡Hola, Liviana! —exclamé, sonriente.

—¿Vienes a ver a tu padre? —preguntó, comenzando a caminar hacia su silla.

—Sí.

Por el tono tan natural que Liviana utilizó, parecía que era habitual que mi padre visitara aquel lugar.

—Bien, me pillas por poco. Hoy salgo antes, es el cumpleaños de Claudio, mi hijo pequeño. Cumple nueve años, está hecho un diablillo. —Intenté fingir que me interesaba lo que estaba contándome.

Lo logré porque no dejó de hablar de sus asuntos.

—Bueno, no te entretengo más. Angelo está en la última planta. Si decides irte antes, te dejo la llave de las puertas detrás de la impresora, ¿de acuerdo? —Me mostró cómo escondía una pequeña llave tras el aparato y volvió a sonreír—. No te aconsejo que les esperes, una reunión con ellos te puede llevar horas.

Negué con la cabeza. ¿Una reunión? No dejaba de sorprenderme. Todo era muy extraño y no me sentía cómoda. Una voccita interior me decía que allí pasaba algo raro. Aunque, bien mirado, desde que llegué a Roma me habían sucedido las cosas más extrañas. ¿Estarían relacionadas? La desazón invadió mi cuerpo sin comprender por qué.



—No, no quiero esperarles, créeme. Di unos pasos hacia el ascensor.

—Perfecto. Bueno, Kathia, me alegro de verte. Pásate un día por aquí y tomemos un café, querida. Así hablamos de nuestras cosas. Se colocó su bolso sobre el hombro.

—Claro. Pronto, lo prometo.

Dudaba que le quedara algo que contarme después de la conversación que habíamos tenido. Bueno, más bien, del monólogo que me había largado ella.

El ascensor se detuvo con un movimiento brusco. La puerta se abrió y yo salí en el mismo momento en que sonó un disparo. Me quedé inmóvil, completamente paralizada. Las manos y los labios comenzaron a temblarme. No podía creer lo que estaba viendo.

Las lágrimas empañaron mis ojos. Los cerré apretando con fuerza. Quería desaparecer. Tragué saliva y los volví a abrir. Estaba muerta de miedo. Mis pupilas enrojecidas se movieron hacia el lugar de donde provino el ruido. Vi a Fabio caer al suelo con el pecho ensangrentado. Mis piernas flaquearon y estuve a punto de caer cuando vi a mi padre, sonriente. Uno de los suyos había matado a Fabio Gabbana a sangre fría y él se reía orgulloso.

«Maldito. ¿Quién eres, papá?» No podía creerlo.

Retrocedí unos pasos hasta que topé con la puerta del ascensor. Fue un sonido leve y seco, casi inapreciable, pero el hombre que mantenía la pistola en la mano miró hacia allí entrecerrando los ojos. Aquel verde esmeralda fue lo último que vi antes de agacharme.

Era Valentino, él había disparado. Él había matado a Fabio delante de todos.

—No te asustes, hijo. Es el ascensor —dijo Adriano. Su padre también estaba.

¿Pero qué clase de reunión era aquella?

«Dios, sácame de esta. Te lo suplico.» Me tapé la boca. Estaba demasiado nerviosa y asustada, a punto de gritar.

—Será mejor que nos vayamos. Enviaré a unos hombres para que se deshagan del cadáver cuanto antes. Si los Gabbana descubren quien lo ha hecho, estamos perdidos —dijo mi padre, saliendo del laboratorio.

¿Si los Gabbana los descubrían? ¡Joder!, ¿qué estaba pasando?, ¿de qué iba todo aquello? Se comportaban como... ¡mafiosos!

Volví a tragar saliva, pestañee e intenté volver a respirar con normalidad. Pero no podía. Las lágrimas no me dejaban ver con claridad. Me encogí y comencé a gatear hasta ocultarme bajo una mesa. No podrían descubrirme allí. Ahora no.



Un hombre alto llamó al ascensor. Este se abrió de inmediato.

— ¿Lo ves?, Valentino. Era el ascensor — dijo Jago, su hermano mayor.

Entraron en el ascensor seis hombres. Todos llevaban guantes; reconocí a algunos de ellos: eran los guardaespaldas de mi padre.

En cuanto el ascensor se puso en marcha y empezaron a bajar me lancé a por Fabio. Tenía que ayudarlo. Aunque mi padre había dicho que estaba muerto. Vi el agujero de bala que había terminado con su vida. Me tiré de rodillas a su lado apretando los labios y sintiendo cómo las lágrimas brotaban sin control y resbalaban por mis mejillas.

«Si hubiese llegado antes no habría muerto. Mi presencia les habría advertido y no habría pasado nada. Maldita Liviana. ¿Por qué me has entretenido con todos tus cotilleos?», me decía sin poder concentrarme.

Instintivamente presioné la herida de su pecho para que dejara de sangrar. Cogí mi pañuelo y lo coloqué encima. Me acerqué a su nariz y noté que respiraba débilmente. Empecé a zarandearle para que despertara.

El sabor salado de una lágrima mojó mis labios cuando vi que sus ojos se abrían lentamente. Gemí antes de abrazarle.

— ¡Oh, Dios mío, Fabio!

Brotó sangre de su boca cuando quiso hablar. Rápidamente la limpié mientras le negaba que hablara.

— No digas nada, te sacaré de aquí — dije entre lágrimas y jadeos.

Con la poca fuerza que le quedaba, Fabio cogió mi brazo, y negó con la cabeza.

— Es-estoy mu-muer-to, Kathia — balbuceó provocándome un llanto aún más desconsolado.

— No, tú solo aguanta. Te salvaré, Fabio.

Dios, me iba a morir de dolor. ¿Cómo lo sacaría de allí si ni siquiera tenía fuerzas para dejar de llorar?

— Mi-mírame... — Fabio acarició mi cara y me aferré a su mano—. Toma...esto. — Con la otra mano, me entregó un pequeño dispositivo, un USB negro —. Cógelo... y vete.

— No, no te dejaré. Ya te lo he dicho.

Su mirada era tan... tan paternal... Mi padre jamás me había mirado así. Tampoco me había sonreído nunca de aquella forma. Fabio lo hizo aun sin tener fuerzas ni para respirar.



—Eres... tan hermosa... —Se le estaba escapando la vida— No me guardes... rencor. ¿Me lo prometes?

¿Por qué iba a guardarle rencor? Asentí solo para que se tranquilizara y dejara de hablar. Estaba perdiendo todas las fuerzas que necesitaba para que saliéramos de allí.

—Sí, Fabio, lo prometo. Ahora, vámonos.

Lo cogí de los hombros y lo arrastré por el suelo sin dejar de llorar. Él soltó un gemido de dolor.

—No, de-déjalo. Ven... ven aquí. A-abrázame.

Me lancé a sus brazos antes de escuchar sus últimas palabras.

—Cuida de... Cristianno... Te-te... quiero.

Murió allí, entre mis brazos, y yo no pude hacer más que aferrarme a él y llorar. El dolor me destrozaba, notaba que algo de mí moría con él.

Cogí mi iPhone del bolsillo de mis vaqueros y marqué el número de Cristianno. La pantalla táctil se cubrió de sangre.

Cristianno contestó antes de que terminara el primer tono.

—¿Dónde estás, cariño? —preguntó alegre.

Comencé a llorar descontroladamente.

—Cristianno... —pude balbucear entre sollozos ahogados.

—¿Kathia, qué pasa? ¿Dónde estás? —Se puso nervioso. No pude contestarle. No sabía qué decir. Tenía el cuerpo de su tío en mi regazo, era imposible hablar—. ¡Kathia, por Dios, dime dónde estás! ¿Qué ocurre? —Gritó descontrolado. Escuché la voz de su primo tras él. También parecía preocupado.

—Estoy... —Sorbí y sequé mis lágrimas con el reverso de mi mano. Me llené la cara de sangre—, estoy en los laboratorios Borelli... Han... han matado a... Fabio.

Noté cómo se le cortaba la respiración.

Entonces, la puerta del ascensor se abrió. Miré hacia allí y vi a Valentino acercándose deprisa. Me agaché de golpe y besé a Fabio antes de agazaparme detrás de una estantería. Apoyé la espalda en la pared y encogí las piernas apretando los dientes. Ahora no podía llorar, tenía que recuperar el control.

Miré entre las rejillas de la estantería. Numerosos botes de cristal oscuros y un montón de papeles me ocultaban. Valentino registraba la sala con aire irascible. Se acercó al cuerpo de Fabio, le hurgó en los bolsillos y se incorporó. Le miró desde arriba con cinismo. No percibió que lo había movido.



«Hijo de puta. Deberías estar tú en su lugar.» Fruncí los labios. La rabia me dio fuerzas. Tenía miedo, no podía negarlo, era la primera vez que veía asesinar a alguien; es más, era la primera vez también que veía a alguien querido, pero no me sentí cobarde. La adrenalina y el odio corrieron por mis venas con ímpetu.

Le dio una patada en las costillas a la vez que hacía una mueca bravucona. Giré el rostro deseando no haberlo visto. Se estaba regocijando con un hombre muerto; con un gran hombre. Debía escapar antes de que me viera, pero ¿por dónde? Miré a mi alrededor y vi la puerta de la escalera de emergencia.

Valentino decidió marcharse. No había encontrado lo que buscaba, porque debía de ser lo que yo tenía en las manos. Lo aferré con fuerza apretando la mandíbula. Cuando salió del laboratorio me arrastré hacia la puerta. Se me cayó el móvil al suelo y el paso de Valentino se detuvo en seco frente al ascensor. Me quedé inmóvil observando desde el suelo cómo empuñaba su pistola.

Avanzó un paso, tragué saliva.

Avanzó otro y cargó su arma; el sonido penetró en mis oídos. Aquella bala era para mí.

«Sal de aquí, Kathia. ¡Ahora!»

Cogí el móvil y me abalancé resbalando hacia la puerta. Salí desbocada hasta topar con la barandilla de las escaleras. La oscuridad me envolvió. No se veía nada, solo las señales luminosas que indicaban en qué piso estaba. Empecé a bajar, aterrorizada. Llegué al sexto piso y empujé otra puerta para seguir bajando. Valentino saltaba los escalones de tres en tres intentando apuntarme, pero yo solo era una sombra amparada por la oscuridad.

Empujé la puerta del cuarto piso justo cuando una bala impactó en la barandilla. Sentí la vibración bajo mi mano. ¡Me estaba disparando!

Me estampé contra la puerta de la planta baja. Tras ella estaba el vestíbulo. Tras la impresora estaba la llave. Tras la puerta de la calle estaba mi salvación. Pero aquella maldita puerta estaba cerrada y Valentino iba ya por el segundo piso.

—¡Vamos! ¿Qué clase de escalera de emergencia tiene las puertas cerradas? ¡Mierda! —exclamé entre susurros dándole una patada.

Corrí de nuevo hasta el primer piso y me lancé a la puerta. La única forma de escapar estaba allí. Entré en el salón antes de que Valentino me viera. Volvió a disparar, y yo tropecé cayendo sobre el sofá. Me removí y volví a correr sin saber qué dirección tomar. El ascensor no vendría a tiempo y no había otra escalera. Entré en un despacho que había cerca del ascensor, cerré intentando no hacer ruido y me escondí tras el escritorio. Tenía que pensar bien qué hacer. Estaba atrapada y cualquier movimiento podría delatarme.



Entonces, vi el conducto de la ventilación. Me levanté con rapidez y tiré fuerte de la rejilla con los dedos. Cogí una silla y me impulsé dentro de aquel agujero. Me arrastré a gatas por el conducto cuando escuché otro disparo. Giré deprisa tomando cualquier dirección. No sabía dónde acabaría, pero tenía que aguantar allí.

De repente, la chapa comenzó a tambalearse. Me detuve colocando las palmas de mis manos en la pared, pero la base terminó cediendo y caí.

Mi espalda chocó contra la mesa de cristal del vestíbulo, que se hizo añicos. Caí al suelo arrastrando un millón de cristales.



CAPÍTULO 29

Cristianno

Frené bruscamente y enseguida vi a Kathia caer sobre la mesa. Los cristales se extendieron por el suelo. Salté como alma que lleva el diablo hacia la entrada del edificio. Si descubría quién quería hacer daño a Kathia, lo descuartizaría.

Me protegí la cabeza y arremetí contra el vidrio de la puerta. No sabía a qué me enfrentaba y no quería sacar el arma delante de Kathia, a menos que no fuera necesario. Las puertas del ascensor se abrieron y, antes de que pudiera verme, me lancé detrás del mostrador. Yo, en cambio, sí pude verle a él.

Kathia permanecía tras la madera doliéndose de una rodilla. Tenía sangre por todas partes, pero vi que no era suya..., era la sangre de mi tío Fabio. La cogí de un brazo y la arrastré hacia mí.

—¿Estás bien? —musité antes de que Valentino disparara. Kathia comenzó a llorar desconsolada. Estaba asustada y se aferró a mi chaqueta. Fruncí los labios, lleno de ira, y le cogí el rostro—. Kathia, mírame. ¡Mírame! —Terminó haciéndolo sin dejar de llorar—, quiero que hagas lo que te diga, ¿de acuerdo? Estoy aquí, no te preocupes. —Asintió tragando saliva. Eché mano a mi espalda, cogí mi pistola y la cargué. Kathia me miraba con las pupilas dilatadas, luchaba por comprender qué hacía yo con un arma, pero no lo lograba. Acababa de perder a una persona que amaba, no sabía si resistiría perder a otra. Suspiré—. Corre hacia la puerta cuando yo te diga ¿Entendido?

—¿Y tú? No pienso irme sin ti. —Su voz sonó rotunda, aunque las lágrimas seguían cayendo por su mejilla. Acaricié mi mano. Por fin la miré.

—Iré detrás de ti, lo prometo.

Kathia sabía que cumplía mis promesas. Su rostro se calmó y asintió con la cabeza dejando que una oleada de expresiones la dominara.

Asomé lentamente la cabeza y vi a Valentino escondido en el pasillo de las escaleras de emergencia. Me disparó y Kathia tiró de mí para protegerme.

—No pasa nada, Kathia —susurré, tranquilizándola. Ella frunció el ceño.



—No es la primera vez que disparas, ¿verdad? —dijo con un tono cálido. Me tranquilizó, su rostro parecía confiar en mí. Mi silencio le dio la respuesta.

Entonces vi el cartel que indicaba el orden de las plantas. Estaba colgado de unos alambres. Si disparaba, caería sobre Valentino y nos daría los minutos que necesitábamos. Humedecí mis labios y apunté sabiendo que Kathia me contemplaba alucinada.

Era consciente de que estaba descubriendo que yo no era un chico normal, como seguramente había pensado. Estaba averiguando qué había tras mi fachada. Disparé y el panel se soltó. Cayó sobre la espalda de Valentino, que se desplomó.

—¡Ahora, corre! —grité, indicándole la salida cuando nos levantamos del suelo. Lo único que quería era que no la viera. Si Valentino la descubría, su vida correría peligro.

Salió corriendo hacia la puerta sorteando los trozos de cristal. La seguí sin dejar de apuntar a Valentino, que se removía bajo el panel; le llevaría unos minutos levantarse. Kathia entró en el Bugatti cuando yo guardaba la pistola en mi espalda. Arranqué todavía con la puerta abierta.

—¡Agáchate! —grité mientras esquivaba un camión a toda velocidad.

Estábamos fuera de la vista de Valentino, pero no me fiaba.

Cuando estuve seguro de que Kathia ya estaba a salvo, me vine abajo. Todo aquello lo había provocado el asesinato de Fabio. Mi tío estaba muerto. La angustia se apoderó de mí.

Kathia

Entré en el salón del piso de Cristianno aferrada a su mano. Graciella, la madre de Cristianno, fue la primera en vernos.

—¡Oh, Dios mío! —gritó lanzándose a por mí—. ¿Qué ha pasado?

Comenzó a inspeccionarme rápido, con la respiración agitada y con las manos temblorosas.

Silvano se levantó de su asiento seguido de Alessio y de sus hijos, Valerio y Diego. También pude ver a Enrico, que enseguida corrió hacia mí.

—No es suya... —masculló Cristianno, impotente.



Sabía lo que él estaba sintiendo porque en mi pecho no cabía más dolor. Mis ojos volvieron a inundarse, pero evité llorar. Tragué saliva cuando vi cómo Silvano miraba a su hijo. Todos los hombres de aquella sala se estaban hablando sin que nadie pudiera escucharles.

—¿De quién es? —preguntó Alessio con la vista fija en la sangre que cubría mi cuerpo.

Que Cristianno bajara la cabeza de aquella forma, les dio la respuesta que requería su tío.

—¡Cristianno! ¡Oh, joder, tío! ¿Estáis bien? —exclamó Mauro al entrar en el salón.

Me abrazó con fuerza y después miró a su alrededor. Alex y Eric también estaban allí.

—¿Dónde está mi hermano? —habló Silvano esperando que su hijo le mirara. No lo hizo hasta que gritó —: ¡Contesta!

Cristianno se humedeció los labios después de morderlos. Estaba totalmente desconsolado, afligido. Habían matado a su tío, a quien él tanto adoraba. Sus ojos reflejaban tanto la pena que sentía como la sed de venganza. No pude evitar volver a llorar y me aferré más fuerte a los brazos de Mauro. Enrico me miró frunciendo el ceño.

—¿Tú estabas allí? —murmuró discretamente, para que solo pudiera escucharle yo.

Asentí mientras Cristianno se pasaba una mano por el cabello y se desplomaba contra la pared.

—Llegué tarde... podría haberle salvado, pero no llegué a tiempo —dije en voz alta alejándome de Mauro.

Caminé hacia Silvano y le miré suplicando perdón.

—¡Lo siento muchísimo! ¡No pude salvarle! —exclamé a solo un metro de él.

Oculté mi rostro entre mis manos antes de sentir cómo me abrazaba. Pude ver como Alessio se desplomaba en el sofá.

—¿Dónde? —gruñó Diego.

—En los laboratorios... —suspiró Cristianno.

Graciella cogió la mano de su hijo.

—¿Quién había allí, Kathia? —me preguntó Valerio.

Me alejé de Silvano y le observé temerosa. Debía decirle que mi padre estaba allí y que seguramente dio la orden.



—Adriano y sus dos hijos. También estaba mi... padre... —Contuve el sollozo que resbalaba por mi garganta—. Dijeron que sus hombres irían después a recoger el cuerpo de Fabio.

Cristianno me contempló con fijeza. Me estaba acariciando con la mirada y todos se dieron cuenta. Toda la familia supo que estábamos juntos.

—Valerio, Diego, llamad a mis inspectores. Que vayan y levanten el cadáver. No quiero que toquen a mi hermano.

Me quedé allí plantada, en el centro del salón, contemplando la nada mientras todo el mundo se movía a mi alrededor. Cómo había cambiado mi vida en unos minutos.

Cristianno cogió mi mano y me arrastró con delicadeza hacia las escaleras. Me llevó a su habitación.



CAPÍTULO 30

Cristianno

El nombre de Fabio me palpitaba en el pecho. Lo había perdido, había perdido a mi tío y había estado a punto de perder a Kathia. ¡Dios!, estaba tan colapsado que hasta me costaba respirar. ¿Cómo podía estar ocurriendo eso? Ya no volvería a ver a Fabio. Ya no escucharía su risa. Había muerto.

Las ansias de venganza me corroían, me ardían en la piel. Los mataría a todos, de eso no cabía ninguna duda. Los mataría lenta y agónicamente.

Me incorporé, reteniendo las ansias de llorar (no quería que Kathia me viera) y miré hacia el baño. Pude ver la silueta de su cuerpo desnudo dentro de mi ducha. Su cabello se extendía a lo largo de su espalda, pero me regaló el placer de ver su piel cuando se lo retiró a un lado para desprenderse del jabón. El cristal difuminaba la imagen, pero no me hacía falta ver más para saber lo perfectas que eran sus curvas. Era la primera vez que una chica entraba en mi habitación.

Salió de la ducha y comenzó a vestirse con la ropa que mi madre le había prestado. Continuaba cabizbaja, triste y dolorida por lo que había vivido. Sabía, tan bien como yo, que todo había cambiado. Que lo que tenía que ser el bonito inicio de una etapa se había convertido en un final abrumadoramente rápido. Debíamos estar preparados.

Se contempló en el espejo con pesadumbre mientras ocultaba algo entre sus manos.

Kathia me miró y caminó hacia mí lentamente. Ahora venía la peor parte. Debía explicarle por qué llevaba pistola, por qué sabía disparar... Todo.

Cerró los ojos y suspiró. Si decidía odiarme, estaba en todo su derecho. Le había mentado y no era una mentira pequeña. Matábamos a gente, extorsionábamos, traficábamos, hacíamos todo lo que pudiera imaginar al margen de la ley. Incluso tentar con la vida de todos los habitantes de un país, incluso de un continente. Éramos los dueños de Roma y los más ricos de Italia, pero no por nuestros negocios oficiales. Y sí, su familia se había enriquecido gracias a eso, y eran quienes eran gracias a nosotros.



La dejaría ir si me lo pedía, pero, si lo hacía, se llevaría mi corazón para siempre. Ya no habría vida después de Kathia.

—Soy un negocio, por eso mi padre quiere que me case con Valentino. Por eso mi madre discutía con mi abuela. Solo son negocios y tú estás en medio. —Ocultó su rostro—. No me lo puedo creer.

No pude mirarla, no podía enfrentarme a la mirada glacial de sus ojos.

—Kathia... —Intenté acercarme a ella, pero negé alzando una mano.

—Ahora no, Cristianno. Deberías haber hablado antes.

Cerré los ojos ante la negativa. Miró a su alrededor y se dirigió a la puerta.

—¿Te vas? —pregunté con un hilo de voz.

Kathia no respondió, solo asintió y salió por la puerta arrastrando sus pies.

No me lo había dicho con palabras, pero se había acabado.

Kathia

Me metí en el ascensor mientras Enrico me observaba expectante. No descubriría nada, mi rostro estaba inerte, no expresaba nada. En cambio, mi corazón palpitaba con fuerza y me gritaba que regresara con Cristianno.

Las puertas del ascensor se cerraron. Apreté los dientes y suspiré profundamente mirando el suelo.

—Todos estáis en esto, ¿verdad? —mascullé.

—Todos... y todos lo saben... excepto tú, hasta ahora —dijo, tímido. Él sabía que en ese momento le odiaba tanto como a Cristianno.

—¿Por qué no me lo dijiste, Enrico? —pregunté con una mirada acusadora.

—Porque esto no se puede contar... uno lo descubre con el tiempo. Pero tú no has estado aquí para saberlo antes.

—Entonces, ¿todo lo que estoy pensando es cierto? —Por mi cabeza pasaban asesinatos, tráfico de drogas, de armas... ¿Qué había peor que eso?

Enrico agachó la cabeza, no quería responder.

—Responde, Enrico —ordené.



— Todo lo que pienses es posible aquí, Kathia.

— Quiero que pronuncies la palabra que lo describe todo, Enrico. Quiero que la digas en voz alta. — Necesitaba escucharlo.

Necesitaba confirmar lo que mi mente me gritaba. Enrico me miró preocupado y esperó unos segundos. El ascensor se detuvo.

— Mafia... — susurró, saliendo del ascensor.

«Mafia...», me dije a mí misma.

Aquella palabra asustaba. Y lo peor de todo era que estaba enamorada de un... mafioso.



CAPÍTULO 31

Kathia

Me tumbé en mi cama y comencé a llorar desconsoladamente. Aún no podía creer lo que había visto y todo lo que había descubierto. Mi familia, su familia... ¡eran mafiosas! Todos estaban dentro, incluso Enrico. Ahora comprendía muchas cosas. No soportaba la idea de pensar que Cristianno había matado, que él estaba metido hasta el cuello en todo esto. Ni siquiera se había esforzado en negarlo..., no podía negar la verdad.

Me había mentido, había estado mirándome a la cara sabiendo que yo era una moneda de cambio. Que era un negocio. Mi boda con Valentino no era más que un trueque de intereses. Un hermanamiento de familias para engrandecer los respectivos clanes.

Clanes. Mafia. ¿Por qué no se me ocurrió antes? Me abracé a la almohada. Si no lo vi antes fue porque no quise mirar. ¡Maldita necia!

Me levanté de golpe y corrí hacia el lavabo. Cerré la puerta y me metí vestida en la ducha para que el agua cubriese mis lágrimas. Aún tenía impregnado el olor de la sangre de Fabio, pero lo peor era que se mezclaba con el aroma de Cristianno.

Cristianno.

Comencé a restregarme con fuerza. Necesitaba borrar su huella de mi cuerpo. Quería olvidarle. Froté y froté hasta que rompí la tela. No dejé de llorar. ¿A quién quería engañar? Amaba a Cristianno.

Me acuclillé en la bañera, abrazándome a mis rodillas. Deseaba que el agua me arrastrara con ella. Quería desaparecer.

Entonces, el pequeño dispositivo que me había entregado Fabio se me cayó del pantalón. Lo contemplé durante unos segundos hasta que reaccioné y me lancé a por él. Salí de la bañera y comencé a secarlo deprisa. Debería habérselo dado a Cristianno, incluso a Enrico, pero se me había olvidado que lo tenía.

Me quedé observándolo hasta que sonaron unos golpes en la puerta. La voz de Sibila llegó desde detrás de la madera.



—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó temerosa.

Sibila tenía veintiséis años y trabajaba para mi familia desde hacía dos. Desde mi llegada, se había portado muy bien conmigo. Le abrí y me encontró empapada y desolada.

—¡Señorita!, pillaré una pulmonía. —Se abalanzó a por una toalla y me la colocó alrededor del cuerpo mientras me llevaba a la cama.

—Qué más da.

Me apoyé en su hombro y volví a llorar. Solo que esta vez sentí cómo ella me abrazaba. No dijo nada, pero yo estaba segura de que conocía el motivo de mi llanto. Lo confirmé enseguida.

—No diga que estuvo en los laboratorios, por favor.

La miré con los ojos abiertos de par en par. Ella ya sabía lo que había ocurrido.

Acarició mi cabello mientras yo seguía observándola impactada.

—Le he dicho a su padre que estaba estudiando y que me había entregado estos papeles. —Me mostró la carpeta que el director me había dado. La había dejado a un lado nada más abalanzarme al lado de Fabio y no me había vuelto a acordar de ella—. Ya están firmados.

Cogí la carpeta sin dejar de mirar a Sibila, temblorosa. Las lágrimas me quemaban los ojos.

—¿Cómo la has conseguido? —balbucí.

—Enrico la encontró y vio su nombre en ella. Todos están muy nerviosos intentado descubrir a la persona a la que seguía Valentino, así que no puede decir nada. Carmina ya les ha comentado que usted lleva toda la tarde encerrada en su habitación. Solo nosotras tres sabemos la verdad, y así debe seguir siendo, ¿comprendido? —explicó con ternura. Me estaba protegiendo. Yo no sabía todavía a qué me enfrentaba.

Aunque estaba aterrorizada, parecía que aún debía sentir más miedo del que ya tenía. Si no, ¿por qué me protegía tanto la asistenta?

—De acuerdo... —me obligué a contestar.

Tragué saliva mientras observaba a Sibila caminar hacia la puerta. Se dio la vuelta y volvió a contemplarme con cariño. Estaba sufriendo tanto como yo.

—Debería deshacerse de esa ropa. Si la ven, sabrán que es de Graciella.

Sibila había descubierto también que había estado en el edificio Gabbana y que la madre de Cristianno me había prestado su ropa.



Asentí y enseguida me dirigí al ropero. Pronto tendría que bajar a cenar y debía prepararme para disimular si no quería que me descubrieran.

Salí de mi cuarto después de esconder bien el USB. Podría hacerme falta más adelante. De repente las palabras de Fabio al entregármelo se me agolparon en la cabeza. ¿Por qué me habría pedido que no le guardara rencor?

Bajé las escaleras recordando el día en el que me cogió entre sus brazos y me acunó hasta que me quedé dormida. Estábamos en Cerdeña; Fabio no había dejado de jugar conmigo durante todas esas vacaciones.

Cristianno

Con Fabio enterré mi relación con Kathia. El dolor que sentía me había llegado por partida doble, pero así lo había querido ella.

Alessio, mi padre y mis hermanos portaban sobre sus hombros el ataúd que encerraba el cuerpo de mi tío. Yo no tuve valor para hacerlo y caminé cabizbajo tras ellos. Más de uno lo tomó como un gesto deshonesto. Los que de verdad me importaban lo vivieron como una reacción ante el dolor.

Enrico también estaba entre ellos. Los Carusso pensaban que él estaba de su lado, y lo enviaban para que vigilara cualquier movimiento extraño, aprovechando la buena relación que tenía con nosotros. Lo que ellos no sabían era que en realidad Enrico los seguía de cerca a ellos.

El padre Matteo abrió las puertas del panteón Gabbana. Allí, con sus nombres grabados en la piedra de las lápidas, descansaban los cuerpos de nuestros familiares. Seguramente, muchos de ellos estarían ardiendo en el infierno por las atrocidades cometidas en vida.

El resplandor de las velas iluminaba el lugar. Pintados en el techo había un cielo, con ángeles y dioses, y las puertas del paraíso trazadas con pan de oro. Ese cielo se extendía alrededor de una bóveda de cristal oscuro que dejaba entrever la luz del verdadero cielo.

Suspiré y ahagué un gemido en el momento en que se escuchaba un trueno. Estaba a punto de llover.



Colocaron el ataúd dentro de una tumba de piedra situada en el centro del panteón. Después de la misa, que se oficiaría en un mes, lo retirarían para unirlo a los demás difuntos.

Contuve las lágrimas. Fabio decía que un Gabbana no podía ser débil, pero jamás me dijo qué se debía hacer en ese tipo de situaciones. Sentí el calor de los brazos de mi madre acariciando mi espalda. La miré de soslayo y cerré los ojos intentando evitar llorar. Ella sabía lo que sentía. Y también sabía que yo era quien más había perdido.

Kathia.

Llevaba dos días sin verla, sin saber de ella. Solo había podido sacarle unas palabras a Enrico. En ese tiempo apenas había salido de su habitación. Ni siquiera había asistido a clase; había fingido encontrarse mal.

Daniela y Luca (también allí presentes con sus respectivas familias: los Ferro y los Calvani) estaban preocupados porque tampoco habían podido hablar con ella. Kathia debía estar procesando todo lo que había descubierto: que sus amigos también formaban parte de mi mundo.

—Necesito salir de aquí... —le susurré a mi madre con los ojos entelados.

Ella asintió y me acarició el rostro indicándome la salida. Habían sido unos días muy duros, y ver a mi familia (mi abuela tirada sobre mi abuelo mientras gritaba; mi padre mirando hacia el cielo intentando preparar una venganza; Alessio aferrado a Patrizia) en aquel estado, era demasiado para mí. Todos, absolutamente todos, estábamos desorientados. Nadie podía creer que Fabio ya no estuviera entre nosotros. Curiosamente, la que parecía más entera era Virginia Liotti, la viuda de mi tío. No tenía los ojos hinchados, no lloraba, ni siquiera se la veía agitada. Solo estaba... afligida. La familia Liotti era conocida por su frialdad y crudeza, pero me resultaba incomprendible que pudieran mantener esa fachada incluso en el entierro de su marido.

Miré hacia fuera. Solo había árboles y panteones en un paisaje de invierno. También un silencio que producía escalofríos. La voz del padre Matteo se quedó tras la puerta cuando cerré. Otro trueno rompió la calma y me hizo mirar hacia arriba.

Contemplaba las nubes cuando, de repente, escuché algo. Me sobresalté y enseguida eché mano a mi pistola. Temía que fuera una emboscada.

Pero tras el tronco de un árbol surgieron sus ojos color plata, penetrantes más que nunca. Solté un gemido al verla. Estaba muy pálida y se le marcaban las ojeras. Se notaba que había estado llorando y que no había dormido mucho.

Cuando me vio caminar hacia ella, tragó saliva algo nerviosa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté susurrando sin atreverme a tocarla.



Kathia suspiró y desvió los ojos hacia el suelo.

—Mauro me dijo que hoy era el entierro —explicó sin mirarme—. Le pedí que no te dijera nada.

¡Dios!, si la descubrían allí, tendría problemas muy graves.

—Creí que no volvería a verte.

Ella tragó saliva y al fin me miró.

—Puede que esto sea una despedida.

Cabizbaja, presionó la mandíbula. Me acerqué a ella; si era necesario, estaba dispuesto a suplicar que no me dejara. Apoyé mi frente en la suya y cogí su rostro entre mis manos. Quiso apartarse, pero no lo logró.

—No me hagas esto, Kathia —murmuré en sus mejillas—. Ya es demasiado tarde.

Quería decirle que ya estaba demasiado implicado, que la quería demasiado para que me apartara de su vida.

—Es cierto, ya es demasiado tarde. —Se alejó—. Lamento mucho que Fabio haya muerto. Solo quería decírtelo en persona.

Se marchó dejándome en medio de la arboleda. Miré al suelo. Tal vez, bajo él, estaría mejor. Tal vez, estando muerto, no sentiría aquel desgarró en mi alma.

Domenico, mi abuelo y padre de Fabio, se colocó en el centro del salón y dio unos pequeños golpes en su copa con una cuchara. El murmullo de la estancia cesó enseguida para observar al gran jefe. Suspiró y contempló a sus hijos, Alessio y Silvano, mi padre. Jamás les había visto tan afligidos como aquel día.

—Un padre nunca..., nunca debería enterrar a su hijo. Eso no está bien —bajó la voz mientras mi abuela, Ofelia, escondía la cabeza y empezaba a llorar de nuevo—. No es un dolor que se pueda soportar. Pero debo ser frío... Todos debemos ser implacables, nuestras familias están siendo atacadas por los que creíamos nuestros hermanos. La muerte de mi Fabio no es más que el comienzo de una guerra. No permitiré que vuelvan a arrebatarme a nadie más.

Agaché la mirada en cuanto vi a mi abuelo desaparecer entre la gente. Mi padre quiso apoyarle y se marchó con él, dejando a Alessio en representación de la familia. Respiré hondo y dejé vagar la mirada sobre los presentes. No había rastro de Virginia, hasta que la localicé sentada a la mesa tomándose una copa. Continuaba igual de impertérrita.





CAPÍTULO 32

Kathia

Me arrullé entre las sábanas intentando conciliar el sueño. Ni siquiera el tacto aterciopelado de la tela era capaz de ayudarme.

Sentí una punzada en el corazón al recordar el rostro de Cristianno cuando le dejé en el cementerio. Era lo que tenía que hacer, debía dejarle, a él y a todo su mundo. Tampoco me casaría con Valentino, me escaparía en cuanto las aguas se calmaran y me dejaran respirar. Últimamente estaban muy encima de mí y no me podía permitir que mi escapatoria fracasara.

Dejar a Cristianno era lo correcto, sí. Tenía que repetírmelo, porque no estaba segura de que pudiera conseguirlo.

Me abracé a la almohada imaginando que era su cuerpo.

De repente, alguien entró en la habitación. Miré hacia la puerta, asustada. Una sombra caminaba hacia mí deprisa y no pude evitar pensar que había sucedido algo. Que a Cristianno le había pasado algo. Me incorporé antes de escuchar la voz de Enrico. Se inclinó en la cama y retiró mi cabello.

—Tienes que venir conmigo —musitó inquieto.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué quería que fuera? ¡Dios!, ¿y si Cristianno había m...?

—¿Qué pasa? —pregunté exaltada—. ¿Qué le ha pasado a Cristianno?

Enrico cogió mi cara antes de que comenzara a llorar.

—Nada, no pasa nada, pero es urgente que vengas. Vamos, vístete. Ponte lo que sea —dijo antes de acercarse a la ventana como si le interesara ver cómo llovía.

Me lancé al vestidor y me enfundé unos vaqueros y el jersey que estaba más a mano. Ni siquiera encendí la luz para vestirme. Me coloqué unas deportivas y salí a la habitación atusando mi cabello.

—No hables, y ten cuidado de no hacer ruido —susurró antes de que saliéramos casi corriendo por el pasillo.



Bajamos las escaleras de puntillas y recorrimos el vestíbulo. Cogió su chaqueta y me lanzó la mía. Me la coloqué con rapidez antes de sentir la brisa de la madrugada. Enrico había abierto la puerta con una maestría brutal.

Nos montamos en el coche de la familia y tomé aire para hablar, pero Enrico levantó una mano para que continuara callada. Lo observé confundida. Aún llevaba el traje de luto del entierro de Fabio. La gomina de su cabello había desaparecido y algunos mechones caían sobre su frente.

Cruzamos el río y apareció la silueta del castillo de San Angelo. Se detuvo justo detrás dejando que las luces del Vaticano nos alumbraran. Respiré hondo y esperé su reacción. Pero no se movía, estaba inmóvil contemplando la calle. Sin duda, esperaba a alguien. Pero ¿a quién?

Estaba aterrorizada. Enrico no acostumbraba a comportarse de ese modo. Entonces, otro vehículo se detuvo a nuestro lado.

Enrico bajó la ventanilla (solo un poco) e hizo una señal con la mano. Me incliné hacia delante para ver de quién se trataba, pero no vi nada. Solo el asiento trasero de aquel enorme vehículo. Me desplomé sin dejar de mirar el maletero de aquel coche. Me recordaba al vehículo de Silvano. Enrico se giró hacia mí.

—Pásate al asiento trasero — me ordenó con tranquilidad.

Suspiré y miré hacia atrás. No comprendía qué ocurría, pero hice caso a mi cuñado; me impulsé y caí sobre el cuero del asiento. Cuando me incorporé, la puerta se abrió y apareció la figura de un hombre vestido de negro. Tenía la intención de entrar y fruncí el ceño tensando todo mi cuerpo.

¿Acaso Enrico pretendía que me hicieran daño? Dios mío, todo era tan confuso. Una lágrima empezó a manifestarse en mis ojos. Tenía demasiado miedo para controlarla. Aquel hombre se agachó y entró en el vehículo.

Por un segundo, me olvidé de todo. Me olvidé de lo mucho que le odiaba por haberme mentado. Cerré los ojos agradeciendo que no le hubiera ocurrido nada. Estaba allí, frente a mí y contemplándome suplicante.

Cristianno alzó su mano para retirarme la lágrima, pero hice un débil movimiento que impidió que llegara a tocarme. Quería que lo hiciera, pero estaba demasiado nerviosa. Ya no le veía como el chico chulo, engreído y popular del colegio. Ya no era el Cristianno que robó aquel taxi, ni tampoco aquel que me mostró el lugar donde se escondía. Le veía muy diferente. En ese momento tenía delante de mí a un hombre, un mafioso terriblemente peligroso. Podía comprender por qué le tenían tanto respeto.

— ¿Por qué estoy aquí? — pregunté temerosa, alejándome de él.



No le tenía miedo, pero no quería estar cerca de él. Era consciente de mi debilidad, de que en cualquier momento podía lazarme a sus brazos. No podía permitirme flaquear.

—No me tengas miedo, Kathia —murmuró con tanta pena que me conmovió.

—No te temo. No podría tenerte por muchas atrocidades que hayas cometido —solté con dureza—. Sé que nunca me harías daño.

—Entonces, ¿por qué te alejas?

No supe qué decir. No quería contarle la verdad.

—No quiero... que sigamos... viéndonos. —Mentira.

Apretó la mandíbula y apoyó sus codos en las piernas. Después hundió la cabeza entre las manos. Estaba tan increíblemente guapo, que tensé mis músculos para no abrazarlo y consolarlo.

—Quiero que sepas... —Cogió aire, pero continuaba en la misma posición, sin mirarme— que en ningún momento he jugado contigo. Eres demasiado importante para mí.

—Si fuera tan importante para ti, no me habrías mentido.

Levantó la cabeza y me miró. Se acercó a mí hasta poner sus labios muy cerca de los míos.

—No podía decirte nada. No espero que lo entiendas ahora, pero pronto te darás cuenta de la equivocación que estás cometiendo —masculló algo tenso.

Quizá ya lo sabía. Quizá solo estaba confundida y me estaba constando asimilar todo aquello: que el hombre al que amaba era un... Reaccioné con ira.

—¿Qué pasa? ¿No estás acostumbrado a que te dejen?

«Seré estúpida.» Pero ¿qué estaba diciendo? Entornó los ojos, extrañado, pero enseguida se recobró y vi cómo la ira refulgía en su mirada.

—Juegas conmigo porque sabes que estoy en tus manos. Eres demasiado insolente —gruñó cabreado sin dejar de mirarme.

Torcí el gesto.

—¿Debo pensar que estoy en peligro?

Me cogió de los brazos y me estampó contra su pecho, furioso. Pude escuchar cómo jadeaba por el enfado. Me hizo daño, pero no me importó. Le estaba sugiriendo que corría peligro estando cerca de él. Yo sabía que era mentira y que eso le dolía.

—¡Jamás te haría daño! ¿Entiendes? —Me zarandeó. Sus ojos brillaban más de lo normal. Lo último que quería ver era a Cristianno llorar—. ¡No vuelvas a repetirlo!



Él no lloró, pero yo sí comencé a hacerlo.

— ¿Qué es lo que quieres, Cristianno?

— A ti — respondió con rapidez —. Eres lo único que me importa, ¿no te lo he demostrado?

Cerré los ojos echando la cabeza hacia atrás. No podía continuar con aquello, era demasiado para mí. Habían ocurrido tantas cosas en los últimos días que ya no me quedaban fuerzas. Y sentir que estaba echando a Cristianno de mi vida era la peor de todas. Le quería ahí, conmigo, pero no podía hablar. No podía decírselo.

— Si tu decisión es dejarme, lo acepto. Aunque... aunque me muera por dentro. Te dejaré ir, lo prometo.

En ese momento fue él quien me retiró la mirada. Estaba abatido, volvía a ser el mismo muchacho que el de días atrás. Seguía teniendo aquellos gestos tan armoniosos y aquella mirada tan penetrante. Nada había cambiado en él. Y en mí tampoco había cambiado nada. Quería estar con él y podía ser, porque él deseaba lo mismo. Eso era lo único que importaba. Daba igual lo que supiera de él, daba igual lo que hiciera. Yo ya compartía su estilo de vida, aunque no lo hubiera descubierto hasta ese momento. Yo también pertenecía a la mafia.

— No me dejes ir, Cristianno. No dejes que me aleje de ti. — Me lancé a sus brazos y aquel aroma que tanto me gustaba me embargó.

Cristianno me abrazó con pasión y ternura. Me perdí entre sus brazos. Era aquello lo que quería, lo que necesitaba, y no podía tirarlo por la borda. Todavía no comprendía todo aquello, y mucho menos conseguía aceptarlo, pero él me ayudaría. Cristianno estaría ahí siempre.

— No te dejaré hasta que me lo pidas — susurró antes de besarme.

Cogí su rostro entre mis manos y lo besé con anhelo mientras me aferraba a él. No iba a soltarme jamás. No, no lo haría. No me alejaría. Lo amaba.

— Lo siento — dije entre sus labios —. Lo siento.

— No, tú eres la que tiene que perdonarme a mí.

— Ya estás perdonado.

Cuando llegó la hora de despedirnos, me resistí a soltarle. Cristianno sonrió y volvió a besarme.

— Nunca vuelvas a decirme adiós — musitó tan bajo que casi no pude oírle.

Enrico nos advirtió que debíamos irnos. Su rostro reflejaba tanto alegría como preocupación. Pero había sido él quien me obligó a ir, no podía pretender que dejase de besar a Cristianno tan rápido.



— Te lo prometo.

Lo vi alejarse del coche.

Salí de mi baño para irme a la cama, pero inmediatamente me vi lanzada contra la pared. No descubrí quién era hasta que me puso la mano sobre la boca para que no pudiera gritar. Valentino me dio una patada en el estómago que terminó en un quejido entre sus dedos.

Me hizo mucho daño.

— Maldita fulana. Dime, ¿has disfrutado mientras le tenías entre tus piernas? — masculló deslizando una de sus manos por mi pecho.

Tocó mis muslos y subió una mano...

— Te he visto cómo le besabas. ¿Crees que no te oí salir? El que te acompañó ya ha pagado por ello. Ricardo está en el vertedero.

¡Había matado a Ricardo creyendo que fue él quien me llevó hasta Cristianno! El terror se mezclaba en mi pecho con el alivio al pensar que no sospechaba de Enrico.

Gemía entre lágrimas mientras me empujaba contra la cama. Me desnivelé y caí de bruces al suelo. Valentino se mofó y me dio una patada en la cara, después de nuevo en el estómago, y después me cogió del cabello y me arrastró hasta la cómoda golpeando mi cabeza contra la madera. Escupí la sangre que emanaba de mi boca.

— Te advertí una vez. La próxima, le mataré. De la misma forma que a Ricardo, cortándolo en pedazos. Te entregaré sus ojos para que puedas llorar su muerte — dijo regodeándose.

Me soltó y me tiró al suelo.

— Quedas advertida. — Caminó hacia la puerta —. ¡Ah, se me olvidaba! Mañana no finjas encontrarte mal. Quiero que vayas a clase.

Aquella era la mayor humillación que podía sufrir. Recé por que Cristianno no fuera y me viera del modo en que me había dejado.

Me quedé en el suelo, encogida. Mis lágrimas se mezclaban con la sangre.



CAPÍTULO 33

Kathia

—**H**ola —me saludó Daniela tomando asiento a mi lado. No parecía ella, actuaba tímida, recelosa ante mi reacción ahora que yo sabía la verdad. Estaba expectante por cómo iba a actuar con ella—. ¿Qué tal estás?

Asentí con la cabeza. No quise mirarla para que no viera mi rostro. Llevaba gafas de sol y un pañuelo atado al cuello. Aparte de los kilos de maquillaje que había empleado para ocultar las heridas. No sirvió de nada. Por mucho que me ocultara detrás de mi pelo, se apreciaban los moratones. Afortunadamente, solo tendría que disimular con Dani, el resto del grupo no había ido a clase.

Daniela me retiró el cabello y me aparté bruscamente. Contuvo la respiración con un pequeño gemido, se levantó y se dirigió a la puerta de clase.

La seguí.

—¿Adónde vas? —dije más alto de lo que quería.

—Eso quiero saber yo —secundó la profesora—. ¿Adónde va, señorita Ferro?

Yo lo sabía. Iba a avisar a Cristianno.

No contestó, se marchó sin importarle las amenazas de la señorita Sbaraglia. Y yo hice lo mismo. Corrí tras ella. Pude alcanzarla en las escaleras. Daniela me empujó y me miró llena de ira. Jamás la había visto tan desencajada.

—Dime quién ha sido.

—Valentino... —Miré hacia la ventana. Caían pequeños copos de nieve que se convertían en agua cuando tocaban el suelo. Aquel día hacía un frío espantoso, unos tres grados nada más. Había sido la coartada perfecta para coger gorro, guantes y bufanda.

—No me jodas —resopló hablando para sí—. ¿Por qué?

—Me pilló con Cristianno. Ha matado a Ricardo creyendo que fue él quien me acompañaba. No vio a Enrico.

Daniela comenzó a bajar las escaleras.



—¿Adónde vas, Dani? ¡No puedes decírselo! —grité.

—¡Claro que sí! No me pidas que no lo haga, ese tío casi te mata.

—No, por favor.

Pero no sirvió de nada. Daniela comenzó a correr mientras yo me quedaba plantada en la escalera. Recordé las palabras de Valentino. Le mataría si volvía a acercarme a él.

Salí del aula en cuanto terminaron las clases. Daniela no había aparecido en todo el día y no sabía qué me esperaba fuera. No había terminado de bajar las escaleras cuando vi el coche de Cristianno. Había venido al encuentro de Valentino.

Sin esperarlo, salí corriendo de vuelta arriba. Con suerte podría esquivarle utilizando las escaleras del gimnasio para bajar por el otro lado y montarme en el coche de Valentino antes de que los dos se enzarzaran en una pelea.

No pareció que me siguiera, pero no dejé de correr. Hasta que llegué al vestíbulo y se interpuso en mi camino. Me observó frunciendo el ceño y con los ojos entrecerrados. Enseguida bajé la cabeza para ocultar mi rostro. Tras él, pude ver el coche de Valentino. Cristianno avanzó un paso con las manos guardadas en los bolsillos.

—Me estás esquivando —afirmó en un tono de voz que no agradó a ninguno de los dos. Suspiré y él apretó la mandíbula.

—Es solo que... tengo prisa, me están esperando —dije manteniendo oculta mi cara. Comencé a caminar hacia la puerta sin poder mirarle.

Cristianno me tomó del brazo y me giró hacia él. Le tenía demasiado cerca, sería muy difícil esconderme.

—¿Qué ocurre, Kathia? —preguntó casi en un susurro.

—Nada, en serio. Tengo que irme.

Intenté soltarme, pero él me obligó a quedarme. Apretó mi brazo para mantenerme cerca.

—Kathia...

—Suéltame. Me haces daño, Cristianno —murmuré, forcejeando con él.

Tras unos segundos de lucha, conseguí liberarme, pero Cristianno ya había visto lo que le escondía. La furia se reflejó en su rostro y apretó los puños cuando yo quise volver a ocultarme. Él sabía quién era el culpable. Daniela se lo había contado.



—No es nada, Cristianno. —Me acerqué a su mejilla.

Pero él me retiró dándome un pequeño empujón. Le miré extrañada cuando tomaba la salida. Se dirigía a por Valentino lleno de odio y rabia. Lo que yo había previsto minutos antes iba a ocurrir en aquel momento. Me lancé hacia él antes de ver que Mauro, Alex y Eric aparecían de la nada. Habían venido con Cristianno.

Valentino también había traído a sus amigos. Ahora comprendía por qué me ordenó que fuera a clase aquel día. Solo quería provocar a Cristianno.

Puse mis manos en su pecho.

—Cristianno, por favor. Escúchame. —Volvió a empujarme, esta vez con más fuerza. Me choqué con los brazos de su primo que me sostuvo a tiempo.

—Llévatela, Mauro, y vuelve rápido —gritó. Yo miré a Mauro negando con la cabeza. Todos estaban allí dispuestos a... ¡pegarse!

—Será lo mejor, Kathia —dijo Mauro estirando de mis manos.

—¡Y una mierda! —lo empujé—. ¡Cristianno! —grité. Valentino se dio la vuelta con una sonrisa socarrona en la cara.

Cristianno se detuvo frente a él, y antes de que Valentino pudiera reaccionar lo cogió del cuello y lo empujó hacia atrás alzándolo un palmo del suelo. La espalda de Valentino impactó con fuerza en el asfalto. Me detuve de golpe ahogando una exclamación y me quedé boquiabierta al ver cómo Cristianno se colocaba sobre él y comenzaba a pegarle puñetazos en la cara sin soltarle el cuello. Uno de los amigos de Valentino se abalanzó sobre él y lo derribó. Fue entonces cuando Alex y Eric se metieron en la pelea. Mauro fue directo a por Valentino cuando este intentaba levantarse.

No pude hacer nada, me quedé paralizada.

Entonces, alguien le dio una patada a Cristianno. Reaccioné de golpe y, sin pensar, corrí hasta aquel tío. Le di un puñetazo con todas mis fuerzas.

—¡Aléjate de él! —grité, mientras el chico se tambaleaba y caía al suelo.

Cristianno me miró sorprendido antes de que me llevara la mano al pecho haciendo una mueca de dolor. Me había hecho daño. De repente, alguien tiró de mí en dirección al coche. Cristianno me apartó y volvió a pegarle. Era Valentino, que ahora cogía del cuello a Cristianno. Me acerqué y tiré de su brazo para que Cristianno se pudiera soltar. Valentino me empujó y caí al suelo.

Cuando levanté la vista se estaban apuntando mutuamente con una pistola. Cristianno amartilló la suya sin dejar de observar aquellas pupilas verdes. La pelea se detuvo en ese instante. Todo el mundo los contemplaba. Yo me hallaba tirada en el suelo en medio de los dos.



—¿Piensas disparar? —preguntó Valentino, con un tono orgulloso. No dejaba de sonreír, aunque tuviera la cara ensangrentada. Le daba igual.

—Sabes que sí lo haré —masculló Cristianno, con frialdad.

—Es mía, Cristianno. Me pertenece y voy a casarme con ella.

—Lo dudo. —Torció el gesto intentando una sonrisa—. Tú no eres el elegido.

—¿Lo eres tú, entonces?

—¿Acaso no te quedó claro anoche? —dijo Cristiano aguantándole la mirada.

Valentino cargó su arma y se acercó más a Cristianno.

—Bien, esto es sencillo. Solo puede quedar uno. Dispara —le vaciló Valentino. Me levanté del suelo con rapidez.

—¡No! —clamé, colocándome en el punto de mira de ambas armas. Cristianno bajó su pistola inmediatamente, no podía apuntarme. Pero Valentino continuó haciéndolo—. Baja el arma, Valentino —dije con tranquilidad—, por favor.

La retiró y, todavía más sonriente, me agarró con fuerza del brazo y me empujó hacia el coche. Conseguí zafarme y me giré para ir en busca de Cristianno. No pude, volvió a arrastrarme.

Cuando llegamos a mi casa, me sacó del coche a rastras. Luché contra él, pero no logré nada, Valentino estaba fuera de sí. La puerta se abrió después de llamar repetidas veces. Entramos en el vestíbulo y me empujó hasta el despacho de mi padre. Entró sin llamar. Allí se encontraban su padre y el mío, que se sobresaltaron con nuestra repentina irrupción.

—Cristianno es su amante, Angelo —masculló Valentino lanzándome contra el escritorio.

Mi padre se levantó de la mesa, impetuoso. Me contempló como si fuera la cosa más repugnante del mundo. Su mirada estaba cargada de odio y por primer vez le vi miedo en los ojos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Se ven a escondidas. Anoche pude comprobarlo. Ricardo les estaba ayudando, por eso le maté.

—Un Gabbana ¡No!



Estaba desconcertada. Los Gabbana habían sido sus socios hasta hacía bien poco. Además, su tono era sarcástico. Pero qué podía esperar de las personas que habían matado a Fabio.

— Ese Gabbana, concretamente — dijo Valentino con asco.

Le miré en un acto reflejo y escupí a sus pies.

— Tendrías que lavarte la boca para nombrarles.

— ¡Guau, nos ha salido guerrera, Angelo! — se burló Adriano mientras aplaudía.

A su hijo, en cambio, no pareció hacerle tanta gracia. Mi padre sonrió y acarició el filo de la mesa mientras volvía a sentarse. No había sentido más miedo en mi vida. Estar rodeada de aquellas personas, me oprimía el corazón.

— Si lo vuelves a hacer, te coserán la boca con hilo de pescar. Dicen que es más resistente — amenazó mi padre —. Bien, ¿qué vamos a hacer contigo?

— Primero responderás a mis preguntas — dije con decisión.

Quería saber por qué me habían llevado de vuelta a Roma, por qué querían que me casara con Valentino en solo unos meses y por qué me habían mentido de aquella manera tan brutal y desconsiderada.

— No estás en disposición de ordenar nada a nadie, Kathia. No puedes tomar decisiones, solo acatarlas.

— No acataré nada. No voy a casarme con Valentino y no aguantaré que me tengáis retenida aquí durante más tiempo. En palabras más simples, seguiré viendo a Cristianno cuando me plazca.

— Verborrea — escupió Adriano.

Mi padre sonrió y torció el gesto mientras me contemplaba.

— En palabras más simples, solo eres un trozo de carne que tiene su final en un plato de restaurante. Tu calidad es de primera y el conocido restaurante de Valentino te reclama. Un trozo de carne no se queja, ¿sabes por qué? — El cinismo de mi padre me hizo temblar. Le retiré la mirada, que me comparara con un filete mostraba el amor que me tenía: ninguno —. ¿Sabes por qué? — repitió en voz más alta.

— No — contesté alzando el mentón sin dejar que notaran mi pánico.

— ¡Porque la carne no habla! — gritó —. No volverás a ver a Cristianno, te guste o no.

— ¿Quién me lo impide?

— ¡Tu padre! — Volvió a gritar, esta vez dando un golpe en la mesa y levantándose del asiento.



Su bramido me dejó paralizada. Aunque más miedo me dio verle caminar hacia mí. Lo hizo lentamente, como si le pesaran las piernas, pero no era así; solo lo hacía para atemorizarme aún más. Valentino sonrió y ese gesto me dio la valentía que se me estaba escapando.

— ¡Pues ojalá no lo fueras! —mascullé dejando atónitos a los presentes. Esta vez, avancé yo un par de pasos—. Ojalá fuera una Gabbana, al menos ellos tienen honor.

Mi mejilla comenzó a arder en cuanto los dedos de mi padre impactaron en ella. Me dio un bofetón que me giró la cara con fuerza hacia un lado. Me dolía hasta el cuello.

Mi mirada se topó con la de Adriano. Reía complacido ante esa escena. En ese momento comprendí de donde había sacado el sadismo su hijo Valentino.

— ¿Te ríes? —pregunté a Adriano, quien me miró sorprendido.

— Me hace gracia ver lo idolatrados que tienes a los Gabbana —contestó.

Volví a recuperar la calma. Sabía que si no cedía, no lograría nada. Debía hacerles creer que acataría sus órdenes. Me recompuse y volví la mirada a mi padre. Un pensamiento extraño se cruzaba por mi mente. Debía salir de allí cuanto antes, algo me urgía investigar el USB que Fabio me entregó antes de morir.

— ¿Qué quieres que haga, padre? —dije sumisa.

— En principio, subir a tu habitación. —Sonrió—. Ya pensaré después qué hago contigo. Ahora tengo demasiado trabajo.

Asentí y salí de allí. No sin antes recibir la mirada orgullosa de Valentino.

Ya en mi habitación, cerré con pestillo y me lancé al portátil. Lo encendí y me dirigí a la cama. Bajo el colchón se encontraba el USB escondido. Aunque sabiendo con quienes vivía, aquel no era el mejor escondite.

Lo conecté y en la pantalla apareció un mosaico de carpetas; todas numeradas con fechas. No sabía por dónde comenzar, había más de cien ficheros, así que decidí empezar por el primero.

Me encontré con el informe médico de un alumbramiento, pero también de la defunción del mismo bebé. Ni siquiera llegó a los cinco minutos de vida.

La fecha y la hora del nacimiento fue el martes 13 de abril de 1993 a las 3.49 en la ciudad de Londres, Reino Unido. Murió minutos más tarde por causas... «desconocidas».

Fruncí el ceño, extrañada. ¿Qué hacía Fabio con aquella información? ¿Acaso había sido padre? Según explicaba el informe, él mismo había autorizado la autopsia, pero le fue denegada por la desaparición del cadáver a las 4.14.



La madre, que yo me imaginaba que sería Virginia, también desapareció, pero por sus propios medios. Abandonó el hospital en mitad de la madrugada dejando un reguero de sangre por los pasillos. Su nombre era Hannah Thomas Andersen y era natural de Londres.

¡Fabio tenía una amante con la que tuvo un hijo! y, al parecer, nadie lo sabía.

Estaba aturdida. Continuaba sin comprender nada. Cerré la carpeta y abrí la siguiente. ¿Qué?! Mis ojos querían salir de sus órbitas y mi boca se iba a desencajar de tan abierta que la tenía. Allí había fotos de Virginia besando y abrazando a Jago, el hermano mayor de Valentino. La esposa de Fabio también tenía un amante, y no uno cualquiera, sino uno de los que mataron a su marido.

Cerré aprisa y abrí otra carpeta. Se nombraba el proyecto Zeus; había documentos sobre experimentos, pandemias, síntomas que provocaba un virus... Negué con la cabeza, no podía asimilar tanta información.

Salí de la carpeta consternada y horrorizada por las fotos de personas muertas a causa de los experimentos. Eran los conejillos de indias.

¡Madre mía, madre mía! ¿Qué era todo aquello? Me levanté y empecé a dar vueltas por la habitación, de un lado al otro, con las manos en la cabeza. No podía pensar con claridad. Todavía boquiabierta volví al ordenador. Esta vez elegí una carpeta con nombre propio: «Helena». Presioné sobre ella, pero enseguida apareció una pantalla que pedía una contraseña. Sabía que solo tenía tres oportunidades, y que si fallaba, toda la información que contenía desaparecería, así que la cerré y lo intenté con otra. Nada, lo mismo. Casi todo el USB estaba protegido con contraseñas. Más de doscientas para ser exactos.

Me froté la frente con ímpetu. Me sentía colapsada. Incluso sudaba. Necesitaba hablar con Cristianno para ponerle al tanto de todo.

Ya no podía contar con la ayuda de Enrico. No quería meterle en más problemas ni arriesgar su vida. Ricardo estaba muerto.

De momento, todavía disponía de internet. Así que le envié un mensaje a Cristianno esperando que lo leyera antes de medianoche.



CAPÍTULO 34

Cristianno

«Estoy bien, no te preocupes por mí. Necesito verte, pero estoy vigilada. ¿Puedes venir? Después de medianoche. No se lo digas a nadie.»

Me dirigía a su casa. Desde que leí el mensaje por la tarde, no había podido parar quieto. Sabía que estaba bien, ella misma me lo había asegurado. Pero Kathia era capaz de mentirme con tal de tranquilizarme. Y tanto misterio en ella no era normal. Debía de tratarse de algo peliagudo.

Me detuve frente al hotel Plaza. La avenida estaba despejada, pero no quería saltarme el semáforo en rojo. Llamaría demasiado la atención.

Cogí aire y lo solté con fuerza, ansioso por llegar y abrazarme a Kathia. Un coche se detuvo en la puerta del hotel y de él se bajó Virginia. Al principio, creí estar equivocado, pero aquella melena roja y su presuntuosa manera de caminar no se podían confundir. Era Virginia y pude confirmarlo en cuanto miró a su alrededor. Le entregó al chófer un sobre, este asintió y se quedó en el coche mientras ella entraba en el hotel.

¿Qué hacía allí? Ni siquiera iba de luto.

Cogí mi móvil y llamé a Valerio. Él era el único que podría decirme algo.

—Dime, Cristianno —contestó.

—Necesito que entres en la base de datos del hotel Plaza —dije sin más.

Valerio era una especie de hacker informático. Para él era un juego de niños piratear cualquier cosa que estuviera en la red, así que en unos minutos tendría el número de habitación de Virginia y sabría si se iba a reunir con alguien.

—¿Qué buscas en concreto? —preguntó mientras yo apartaba el coche de la calle.

—Te darás cuenta tú mismo. Ahora, por favor, piratea la base de datos.

Nos mantuvimos en silencio durante más de diez minutos, solo se oía cómo mi hermano tecleaba a toda prisa.



— Bien ¿a quién buscas? — preguntó. Lo había logrado.

— Virginia Liotti.

— ¡¿Qué?! — gritó extrañado.

— Tú solo busca. Te lo explicaré después, lo prometo.

— Más te vale. — Volvió a callarse unos segundos—. Nada. Ella no está alojada allí.

¿Cómo podía ser? Acababa de verla entrar con toda normalidad y llevaba allí más de quince minutos.

— ¿Puedes mirar todos los nombres de las personas alojadas en las suites?

— Eso puede llevarme unos minutos.

— Pues empieza ya.

Ya eran más de las doce y Kathia debía de estar preocupada. Pero no podía marcharme de allí sin saber por qué mi tía estaba alojada en aquel hotel o a quién iba a ver.

— ¡Joder! — exclamó mi hermano entre susurros—. El único nombre que puedo relacionar con Virginia es el de... No vas a creerlo.

— ¡Habla de una vez!

— Jago Bianchi.

— ¿Estás seguro?

— He cotejado sus datos en la base de datos de la policía, Cristianno. Es él, sin duda.

Cogí aire mientras apretaba la mandíbula. ¿A qué coño estaba jugando Virginia?

— Bien, luego hablamos.

— Eso espero, me debes una explicación.

— La tendrás.

Colgué y salí del coche empuñando mi pistola. Me dirigía al vehículo de donde ella había bajado. El chófer leía tranquilamente el periódico, pero estaba seguro de que solo lo utilizaba de revestimiento para ocultar otras lecturas más interesantes. Reconocí su rostro. Trabajaba para nosotros.

Jorge.

Llamé a la puerta y él se sobresaltó, bajando enseguida el periódico. Parecía nervioso ante la posibilidad de que le hubieran cazado viendo revistas con chicas



desnudas. Pero más impresionado se quedó cuando descubrió quién reclamaba su atención.

— Baja del coche — dije. La sorpresa de su rostro se convirtió en temor.

Bajó lentamente, con las manos temblorosas. Lo cogí del brazo y lo arrastré hasta un callejón que había al lado del hotel.

— No me mates, Cristianno — suplicó en cuanto lo estampé contra la pared.

— ¿Qué hace Virginia con Jago Bianchi cuatro días después de la muerte de su esposo? — pregunté ignorándole.

— No lo sé. Ella solo me paga por mi silencio. No lo sé, lo juro — tartamudeó.

Ahora estaba apoyado en la pared con la manos alzadas y mirándome dubitativo. Temblaba cada rincón de su cuerpo.

— ¡Mientes! — clamé acercándome tanto que apenas podía respirar—. Te mataré, Jorge, si no me dices la verdad.

— ¡Lo único que sé es que Jago es el amante de Virginia! — exclamó con los ojos cerrados—. Ella me amenazó, no he tenido elección, Cristianno. Lo juro. Es la verdad.

Apreté la mandíbula. La posibilidad de que me estuviera mintiendo se esfumó. Jorge llevaba varios años con nosotros y siempre había sido efectivo y fiel.

— ¿Te amenazó? — pregunté.

Necesitaba saber qué le había llevado a ocultarnos algo así, y esperaba que hubiera un motivo realmente bueno. Si no, Jorge tendría serios problemas.

— Sí.

— ¿Con qué? ¿Qué miedo puede tener un sicario? — El temblor de sus brazos comenzaba a ponerme nervioso—. Responde y haz el favor de calmarte.

Tragó saliva e intentó tranquilizarse.

— El miedo a que alguien como él pueda terminar con su familia.

Fruncí el ceño.

— ¿Tu familia?

— Así es — añadió temeroso.

Suspiré. Virginia había llegado muy lejos con todo aquello y el nombre Gabbana le había facilitado mucho las cosas. Una de ellas, poder asustar a la gente con lo que más quiere. Desde luego, si Virginia había sido capaz de eliminar a mi tío sin ensuciarse las manos, con Jorge y su familia terminaría en un segundo.



— Bien. —Cogí aire antes de seguir. Debía terminar con aquello y reunirme con Kathia—. ¿Es lo único que sabes sobre Virginia?

Asintió apretando los labios.

—Quiero que te largues de aquí ahora mismo. Coge a tu familia y sal de Roma.

—¿Cómo dices?

—¡Que te largues! —exclamé—. Alguien se pasará por tu casa y te dará un sobre. Cógelo y vete. Y haz el favor de hacerlo antes de que me arrepienta.

No me gustaba pensar en aquello como un indulto, pero por la cara que Jorge estaba poniendo, bien podía serlo.

Empujé a Jorge hacia el coche y me largué de allí dejándole totalmente desconcertado. Cogí el móvil y llamé a Emilio. Él se encargaría de que Jorge saliera de Roma por la puerta pequeña y comenzara una nueva vida lejos de allí.

—¿Ocurre algo, Cristianno? —preguntó Emilio.

—Necesito que saques a Jorge de la ciudad...

Kathia

Era más de la una de la madrugada. Todos dormían, ajenos a que yo recorría mi habitación de lado a lado, ansiosa por que llegara Cristianno. Tendría que burlar la seguridad de la mansión, pero eso para él no sería complicado. Por lo que sí estaba preocupada era por la tardanza. No estaba segura de que hubiera leído el mensaje y ya no podía comunicarme con él porque aquella tarde me habían confiscado el móvil y me habían cortado la conexión a internet.

Entonces escuché unos pasos. Me dirigí aprisa hasta la puerta de mi terraza y le vi saltando la baranda. Abrí y lo cogí de la camisa arrastrándolo dentro. Me besó entre empujón y empujón mientras cerraba la puerta.

Lo aparté y lo contemplé titubeante. Tenía millones de preguntas y no estaba segura de que él pudiera contestarlas todas.

—¿Qué es el proyecto Zeus? —solté a bocajarro.

Su rostro se heló, palideció de golpe mientras me observaba tragando saliva. Sabía que había sido brusca, pero buscaba esa reacción en él para cerciorarme de que estaba metido hasta el cuello. Y desde luego, así era.



—¿Dónde lo has descubierto? —preguntó echándose con una mano el pelo para atrás.

—Fabio me entregó esto —dije mostrándole el USB y acercándome al portátil— antes de... morir. —Bajé la cabeza, pero enseguida me volví hacia él—. Necesito que me expliques todo, Cristianno. Yo también estoy en medio y ni siquiera sé a qué me enfrento.

—¿Lo has estado mirando? —preguntó sentándose a mi lado.

Asentí antes de que el mosaico de carpetas volviera a aparecer.

—Fabio bloqueó casi todas las carpetas, pero hay algunas que no. Las he estado estudiando, pero sigo sin comprender nada.

Abrí la primera y le mostré los informes médicos de su hijo secreto.

Cristianno

Kathia me explicó todo lo que había descubierto en aquel USB. Una tal Hannah había sido amante de mi tío durante años y ahora se encontraba en paradero desconocido. Al menos, era lo que se deducía de aquellos archivos, pero yo estaba seguro de que Fabio sabía dónde se encontraba. Con ella, tuvo un hijo que falleció minutos después. Al parecer, él quiso hacer la autopsia del pequeño, pero el cuerpo desapareció.

Todo aquello era muy extraño y Kathia no dejaba de pedirme que le explicara algo de lo que yo no tenía ni idea. En cambio, sí conocía todos los movimientos del proyecto Zeus.

—Fabio utiliza los nombres «Zeus» y «Helena» en clave. A este último siempre se refiere con muestras de cariño... Dios, estoy echa un lío. —Tomó aire y me miró, dudosa, antes de continuar—: lo que voy a enseñarte ahora es algo confuso. —Clicó y descubrí fotos de Virginia con Jago—. Al parecer, Jago y Virginia llevaban viéndose desde el año 2007.

Suspiré mientras digería toda aquella información, y miré a Kathia fijamente.

—Lo sé. Acabo de ver a Virginia entrando en el hotel Plaza. Iba a verse con Jago. Pero no sabía que llevaran tanto tiempo —repuse.



—Cristianno, Jago estaba allí. —Sabía que se refería a la muerte de mi tío—. Estuvo en el momento en que su hermano disparó, y sonrió. No puedo evitar pensar que... —No terminó por respeto hacia mí, pero yo quería que siguiera.

—Continúa, Kathia.

—Creo que Virginia está detrás de la muerte de Fabio. Un triángulo amoroso, más poder, más dinero... No sé el motivo, pero algo me dice que ella está tras todo esto.

Asentí y le cogí la mano.

—Yo también lo creo. Avisaré a mi familia para que la investigue —dije cuando me di cuenta de las carpetas que se agrupaban al final—. ¿Has podido comprobar esos archivos? —pregunté.

—No, todos están bajo contraseña y seguramente encriptados. Yo no sé cómo hacerlo.

—Valerio sí. Él podría abrir las carpetas y averiguar qué contienen, pero llevará unos días.

Kathia extrajo el USB y me lo entregó. Envolvió sus dedos con los míos enviándome una mirada solidaria.

—Bien... quiero que me pongas al tanto de todo ¿de acuerdo?

—Lo haré.

Pero no dejó de mirarme. Se acercaba el momento de tener que hablar del proyecto Zeus.

—Ahora necesito que me expliques lo del proyecto. —Giré la cara, pero ella me obligó a mirarla—. Sabes de lo que estoy hablando y tienes que contármelo. Cristianno, ya sabes que estoy en esto contigo. Por favor...

Hablar con ella de todo aquello significaba dar un paso muy difícil y duro, seguramente el último a partir del cual todo podía cambiar. Pero debía darlo. Sabía que estaría a mi lado, así que no tenía por qué tener miedo a perderla. Ella me había asegurado que estaba conmigo.

—El proyecto Zeus, así es como lo llamamos. Fabio jugó con la idea de crear un virus para expandirlo por el país y crear una pandemia. Si caían otros países, tampoco importaba. Estaba dispuesto incluso a propagarlo por toda Europa.

El rostro de Kathia ni se inmutó. Ni siquiera se consternó por ello. No estaba nerviosa, no tenía miedo. Se cruzó de brazos y me miró atenta.

—Al ser familias hermanadas desde hace más de tres generaciones, mi padre las reunió y les expuso el proyecto. Aquello iba más allá de lo que estábamos



acostumbrados a hacer. Extorsiones, tráfico de armas, de droga... Era algo totalmente nuevo. Se trataba de un nuevo estilo de... mafia. A Fabio no le hacía gracia que tu familia...

—Que los Carusso —me interrumpió para corregirme.

—No le hacía gracia que los Carusso y los Bianchi participaran, porque ellos no iban a aportar nada. Los laboratorios Borelli pertenecen a mis abuelos maternos y toda la idea había sido de Fabio. Una vez más, los demás se iban a llenar los bolsillos con algo en lo que no habían movido un dedo.

—Yo también me sentiría indignada. —Aquella contestación me dejó aluciado. La miré con fascinación. Todavía no le había contado lo que se podía considerar una traición por parte de Fabio y ya estaba de su lado.

Me acerqué a ella torciendo el gesto y comencé a susurrar.

—Creamos el virus. Una toxina capaz de eliminar a cualquiera en menos de dos semanas. Se contagia por el aire, la sangre, la saliva, las relaciones sexuales... Todo el mundo estaría expuesto. Una simple caricia sería la perdición. —Acaricié su mejilla pensando en lo doloroso que sería no poder volver a hacerlo. Ella cerró los ojos al percibir el contacto y yo enseguida controlé mis emociones—. Es el virus más letal que ha existido nunca.

Kathia tragó saliva, pero no porque estuviera asustada por lo que le estaba explicando, sino por lo que la caricia le movía en su interior.

—¿Cómo se desarrolla en el organismo? Quiero decir, ¿qué síntomas crea? —dijo Kathia. Le sonreí. Nadie, excepto Enrico, Mauro y yo, había preguntado aquello. Sin duda, Kathia era una chica muy especial.

—Hay dos fases. La primera: fiebre alta o hipotermia, vómitos, mareos, temblor. La primera semana, aparentemente, parece neumonía. Los siguientes días percibes un cambio. Comienzan a surgir eritemas, inflamación de garganta, faringe y esófago, necrosis. La necrosis es...

—Muerte celular en el tejido corporal; precede a la gangrena, lo sé —me interrumpió y yo la miré orgulloso.

—En la segunda fase la cosa cambia.

—¿Cómo sabes que estás en la segunda fase? —Entrecerró los ojos.

En ese momento supe que Kathia sería una gran mafiosa. Escuchaba atentamente, analizando lo que le decía y sin asustarse. Era normal que en un principio hubiera reaccionado como lo había hecho, pero ahora tenía delante a una Kathia completamente diferente. Y ella también se había dado cuenta.



— Porque comienzas a perder todas las facultades y es cuestión de horas que se tenga una hipoxia cerebral —proseguí.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó sorprendida, pero continuaba impertérrita.

—Sí... Pérdida de visión progresiva, dificultad para hablar y mantener el equilibrio. Pérdida de memoria. Posible ataque epiléptico o paro cardíaco. Hipoxia y coma. Cuando entras en estado comatoso todo está perdido. La función cardíaca y la presión arterial podrían, en realidad, mantenerse, pero ya estarías completamente muerto.

— Muerte cerebral —susurró Kathia, con la mirada perdida—. La segunda fase es irreversible...

— No del todo... En la primera fase la probabilidad de muerte es de un treinta por ciento; en la segunda es de un ochenta y siete por ciento, pero todavía queda un trece por ciento de probabilidades de vivir. Solo antes del coma —reiteré las últimas palabras.

—¿Por qué Zeus? ¿Por qué decidisteis llamarlo así?

— Porque Zeus es el dios de dioses. Este virus es lo mismo. Puede con cualquier cosa.

Kathia se retiró el cabello de la cara con un gesto realmente insinuante y sonrió. Tras aquella mirada esperaba la siguiente pregunta.

— Supongo que Fabio, al ser el creador de la pandemia, se encargó de crear un antiviral ¿no?

— Correcto.

— De eso va todo... —Kathia entrecerró los ojos, comprendiendo—. Los laboratorios Borelli serían los salvadores y nadarían en millones. Pero en todo esto ningún Caruso o Bianchi se ha mojado. En cambio, solo tienen que esperar con las manos abiertas a que les caiga el dinero.

— También es correcto, pero nada de eso ha sucedido aún. Todavía no se han obtenido beneficios —añadí.

— Entonces, ¿por qué murió Fabio? ¿Por qué... le mataron? —Le costó hacer la pregunta.

— Para crear el antiviral necesitábamos un componente específico que anulara toda la toxina, pero solo podía conseguirse en China. Concretamente en Hong Kong...

— Estuviste allí. — Me miró.

No era una pregunta, no tenía por qué contestar, pero decidí hacerlo.



— Me fui porque no era capaz de mirarte a la cara. No quería verte, no quería saber nada de ti, pero aquel viaje me hizo darme cuenta de muchas cosas y una de ellas es que quiero estar contigo. — Respiré hondo mientras ella me observaba alucinada. No le había dicho «Te quiero», pero ella había comprendido que todo aquello significaba mucho más que esas palabras —. Hice el viaje con mi tío sin que nadie se enterara. Solo lo sabía Enrico, pero él no podía ir, hubiera llamado demasiado la atención. Llegamos a un acuerdo con Wang Xiang, el dueño de la farmacéutica que domina el país. Él nos entregaba el componente y nosotros le pagábamos el doble.

— ¿Cuánto? — preguntó Kathia.

Vací los unos segundos antes de responder.

— Sesenta millones antes y sesenta millones después de la entrega. Después obtendría el nueve por ciento de cada fármaco que se vendiera. Con los Carusso de por medio, solo conseguía el dos por ciento.

— Ciento veinte millones de euros — dijo Kathia para sí misma.

— Él aceptó y nos entregó el componente.

— ¿Y cómo lo descubrieron los Carusso? ¿Cómo lo descubrió Virginia? Nadie lo sabía, no lo entiendo. — Kathia entrecerró los ojos y comenzó a agitar un dedo en el aire, como si hubiera encajado las piezas de un puzle en su cabeza pero le faltara la última —. Las elecciones a la alcaldía están de por medio, ¿verdad? Adriano quiere ser alcalde, pero... todo es por el virus, ¿me equivoco?

«No. Claro que no.»

¿Cómo lo conseguía? Aún no había llegado a esa parte. Kathia no se daba cuenta de que era la perfecta mafiosa. Fabio la habría adorado.

Sonreí y me acerqué de nuevo a ella.

— Escúchame bien, Kathia. Todo estaba planeado desde un principio. Tu fami... Los Carusso pensaron que si Adriano se convertía en alcalde, costaría menos expandir el virus y todo el pueblo esperaría ansioso la solución de los dirigentes del país. Adriano, siendo simplemente el alcalde de Roma, expondría esa solución y sin darnos cuenta descubrimos que podíamos ir a más. El país entero nos adoraría, aunque la representación de todos nosotros fuera Adriano. No tardaríamos mucho tiempo en conquistar Italia. Entonces dominaríamos todo los terrenos. Pero la avaricia rompe el saco, dijo mi tío, y él no quería ver cómo los demás se enriquecían y conseguían un poder desmesurado gracias al sudor de la frente de su familia. Él y Enrico trazaron un plan y en ese plan entré yo también. No fue casualidad, Fabio me estaba formando, como siempre había hecho. Sabía que yo, tarde o temprano, seré el dueño del imperio Gabbana y por eso quiso que entrara a formar parte del plan B.

— ¿Quieres serlo? — preguntó Kathia, de improvisto.



—He nacido para ello. La cuestión es... —Algo que no venía al caso, pero excedía en importancia para mí, irrumpió en mi cabeza. Necesitaba saber qué pensaba ella, pero no fue exactamente esa pregunta la que salió de mi boca —: ¿quieres serlo tú también?

¿Quería ella formar parte de ese imperio?

—He nacido para ello... —susurró antes de ahogar una sonrisa un tanto pícara.

Me obligué a continuar tragando saliva. Mantener la flema estando con Kathia era una tarea imposible.

—Debíamos fingir y lo hicimos. Continuamos adelante mientras Fabio trabajaba en el antivirus.

—Espera un momento. Virginia era la esposa de Fabio. Vivían juntos, es ella la que ha tenido más tiempo para espiarle. Eso confirma su implicación. Ella es la traidora y Jago...

—Y Jago está con los Carusso. Por eso le viste en los laboratorios —susurré—. Wang hizo dos copias. —Joder, todo comenzaba a encajar—. Introdujo el virus en la réplica de *La bella ferronière* de Leonardo da Vinci, el cuadro favorito de Fabio, y algo de lo nunca pensarían mal. Por eso no me dejó mirar en la caja.

—¿De qué estás hablando, Cristianno?

Kathia parecía confusa, pero se esforzaba por seguirme.

—El componente del que te he hablado lo introdujimos en Europa camuflado en las fibras de un cuadro...

—Sí, de eso sí que me he enterado, pero ¿qué es eso de que hay dos copias?

—Es evidente que Fabio sabía que estaba vigilado, sabía que Virginia tramaba algo y por eso encargó dos copias. Una libre y la otra portadora del componente. Virginia informó a los Carusso y estos decidieron... —Cogí aire, todavía me costaba creer que mi tío estuviera muerto— matar a Fabio.

—¿Crees que han robado el cuadro?

—No el auténtico. Fabio tuvo que guardarlo en algún lugar. Pero ¿dónde?

Me puse a cavilar. Mi tío era demasiado perfeccionista con sus cosas y no dejaba cabos sueltos. Así que pensar en dónde podría estar el cuadro era literalmente una pérdida de tiempo.

De repente, me levanté de la silla. Recordé una mañana que entré en el despacho de mi tío. Tras unas estanterías escondía la caja fuerte. Y nadie excepto él sabía la contraseña. Él mismo la cambiaba dos veces por semana, lo que demostraba lo poco que se fiaba de su esposa.



— Puede que encontremos algo en la caja fuerte.

Kathia se levantó también, expectante.

— Bien ¿tienes alguna contraseña o alguna llave con la que se pueda abrir la caja?

Ya estaba pensando en eso y no me gustaba nada la idea que comenzaba a vagar por mi mente, pero quizá era de la única forma si queríamos ganar aquella batalla.

— Necesita un código, sí, pero la contraseña no sirve de nada si no se supera antes un examen ocular, el escáner del iris de mi tío.

Kathia me miró con los ojos bien abiertos. Enseguida supo lo que estaba concibiendo.

— Intentas decirme que tenemos... que... ¡Oh, Dios mío! Es una locura.

— Sí, lo es, pero debemos hacerlo. Tenemos que exhumar el cadáver.

Me acaricié el cabello pensando en si mi tío querría aquello. Pero no veía otra solución si quería salvaguardar la supervivencia de los míos y poner a salvo a Kathia. En unos meses estaría casada con Valentino y debía evitarlo como fuera.

— Está bien, ¿cuándo? — preguntó Kathia.

— ¿Cuándo, qué? — pregunté entrecerrando los ojos.

Estaba insinuando algo que no me hacía gracia.

— ¿Cuándo vamos al cementerio? — dijo decidida.

— ¡Ni lo sueñes, tú no irás! — exclamé entre susurros.

Pestañeó y colocó los brazos en jarras caminando hacia mí. Iría, quisiera yo o no.

— ¡Claro que sí! Iré. — Apreté la mandíbula cuando ella se aferró a mí rozando mis labios con los suyos. Ni siquiera me moví. Permanecí quieto ante el deseo de besarla. Ahora no podía caer en sus redes —. Lo único que te impide enfrentarte a mí en esta decisión es que sería como enfrentarte a ti mismo. ¿Dejarías de ir? — Rozó mi labio inferior con su lengua con la excusa de coger aire. No pude evitar soltar un gemido —. ¿No, verdad? Pues yo igual. Si tú vas, yo voy. Pase lo que pase.

Cerré los ojos al escuchar aquella frase. La tomé entre mis brazos y la llevé hasta la cama tumbándome sobre ella. Kathia me contempló con una sonrisa débil en los labios.

— Estaré esperándote al final de tu calle la madrugada que viene, sobre las dos — dije antes de besarla.



No quería que fuera, pero si no la llevaba conmigo, Kathia podía plantarse allí sola.

Me abracé a ella sintiendo el calor de su cuerpo. Y pensar que había estado a punto de perderlo.



CAPÍTULO 35

Kathia

113071.

Marqué los números en el panel que había tras la puerta antes de salir de la mansión. Las alarmas no sonaron. La ronda de vigilancia estaba ahora por la parte de atrás. Solo tendría ochenta segundos para cruzar el jardín antes de que apareciera algún guardia, y treinta más para saltar la enorme verja antes de que la alarma se activara de nuevo y los sensores de movimiento me captaran. Salí corriendo por el camino de piedra.

Cuarenta segundos. Llegué a la fuente.

Veinte segundos. La bordeé y bajé los siete escalones de mármol pardo.

Diez segundos. Llegué a la verja.

Cinco segundos. Me escondí tras un árbol y miré en la cabina de seguridad. No había nadie.

Dos segundos. Paré el cronómetro antes de lo imaginado y miré atrás. Por la esquina, asomaba el guardia; como estaba previsto. Enrico me había explicado la sincronización de los vigilantes antes de darme el código. Él no estaba de acuerdo con que fuera al cementerio, pero al final cedió ante la certeza de que terminaría escapándome igual.

Pulsé de nuevo el cronómetro después de mirar el pilotito rojo de las cuatro cámaras que había en la verja. Parpadeaban y eso significaba que no existía grabación y que la señal se había descolgado. Había hecho un trabajo excelente.

Coloqué el pie en la forja y comencé a escalar como si fuera una especialista. Esta vez me había vestido para la ocasión. Llevaba un chándal Adidas negro y unas deportivas. También llevaba el cabello recogido en una gran cola alta. Di un salto, aun teniendo un metro de distancia, y caí ágilmente en el asfalto. Solo quedaban cinco segundos para que las cámaras retomaran su trabajo, así que salí de allí corriendo.



Descubrí a Cristianno montado en un Mercedes CLS Coupé; totalmente negro, incluso las llantas eran del mismo color. Parecía una sombra, un espectro perdido en la noche. Era un coche cautivador, pero algo diferente a lo que Cristianno solía llevar.

Se inclinó hacia la puerta del copiloto para abrirmela. Al sentarme vi a Alex, Mauro y Eric detrás. Cristianno me miró de arriba abajo con la lentitud que le caracterizaba; sensual, rozando lo sexual, y morboso. Se sorprendió al verme con chándal aunque yo también me sorprendí al ver que llevaba lo mismo que yo; solo que el suyo era Dolce & Gabbana; como si quisiera hacerle honor a su apellido.

Apoyó un brazo en el volante y con el otro cogió mi mano y me atrajo hasta él. Me dio un beso sin importarle que nos estuvieran mirando. Salimos de la calle.

—¿Dónde está tú Bugatti? —pregunté curiosa.

—He tenido que dejarlo en casa. Levantaríamos demasiadas sospechas si vieran el coche. —Las calles estaba desiertas, así que pudo acelerar al máximo—. ¿Te han visto?

—No. He conseguido el código general de las alarmas. Así que he podido salir a mis anchas. —Miré hacia atrás antes de sentir las manos de Eric aferrarse a mi hombro—. Hola, chicos. Perdonad por no haberos dicho nada.

—Kathia, te estás volviendo toda una mafiosa, chica —sonrió Eric, antes de que Cristianno negara con la cabeza reprimiendo una sonrisa.

—Hola, Kathia —saludó Alex, que bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo.

—No me parece bien que vengas —dijo Mauro—, podría ser peligroso—. Cristianno apretó la mandíbula, estaba totalmente de acuerdo con él.

—Es increíble lo mucho que te pareces a tu primo, incluso en la obstinación. —Sonreí cogiendo el cigarro que Alex me ofrecía.

Solo tardamos unos minutos en llegar al cementerio. Cristianno bordeó el lugar y detuvo el coche en la parte de atrás. Se alejó del volante y se estrujó las manos algo tenso. Sabía que si estaba nervioso no era por lo que iba a hacer, sino por tenerme allí con él. Era peligroso, sí, pero ardía en deseos de participar.

Sentía cómo la adrenalina fluía por mi cuerpo. No me notaba extraña en esa situación, como si estuviera hecha para ello. Dios mío... estaba hecha para ser... Era increíble lo que mi mente estaba aceptando. ¿Quería ser una mafiosa? No estaba de acuerdo con lo que tramaban sobre la pandemia, tampoco quería extorsionar a nadie. Pero sí mataría a cualquiera que se acercara a Cristianno con la intención de hacerle daño.



—Alex, tú entrarás conmigo. Mauro, prepárate para salir corriendo si hay problemas ¿de acuerdo? —Sin duda, Cristianno había nacido para dirigir. Estaba claro que sería el dueño del imperio Gabbana, como Fabio decía.

Me gustó verle en acción. Aunque estaba deseando verle dentro del cementerio.

—Vale, mantendré el motor en marcha —contestó Mauro inclinándose hacia delante.

—Eric, tú vigila el perímetro... —Abrió la puerta del coche para salir sin encomendarme nada. Al parecer, había decidido que fuera, pero que no me entrometiera en nada. Quería protegerme.

Los seguí sin abrir la boca. Mauro se pasó al asiento delantero y arrancó el coche sin soltar el freno de mano. Dejé mi puerta abierta al ver que Eric hacía lo mismo con la suya. Alex sí la cerró. Si teníamos que salir pitando no podríamos pararnos a abrir o cerrar las puertas. Simplemente, entraríamos.

Eric sacó una linterna de su bolsillo y comenzó a inspeccionar la zona como le había ordenado Cristianno, mientras que este y Alex se preparaban para saltar la valla, pero no contaron con que yo me adelantara.

Cristianno

Me lancé a por los pies de Kathia para tirar de ella y retenerla. Pero no me dio tiempo. Había saltado con agilidad y ya estaba en la tierra húmeda del otro lado. Se incorporó y me miró por encima del hombro. Definitivamente, era una mujer sorprendente... y tenía una forma física de escándalo. Ya no era por su increíble cuerpo (que bien podía ser el de una modelo de Victoria Secret's), sino por su forma de moverse. Era ligera, rápida y precisa... Arrebatadoramente precisa. Podía correr como alma que lleva el diablo o saltar una valla de varios metros sin importarle la caída.

Le di una patada a la valla mientras maldecía entre susurros.

—¿Estás loca?! ¡Sal de ahí ahora mismo!

—No pienso quedarme fuera si tú entras. Iré contigo, es mi última palabra.

—¡Joder!

Volví a darle una patada a la valla, esta vez con más rabia. Me di impulso para saltar después de contemplar de reojo a Alex. Él estaba fascinado con Kathia y no era el



único. Mauro la observaba embelesado mientras sujetaba el volante y Eric sonreía orgulloso. Más de una vez habíamos hablado sobre las mujeres de la mafia. Ninguna se mojaba en los asuntos propios de nuestras familias; se mantenían al margen y respetaban la palabra masculina ante todo. Nosotros no queríamos que participaran y ellas no querían participar. Pero con Kathia aquel lema se iba a la mierda.

Salté y caminé hacia ella mirando cómo cambiaba el peso de una pierna a otra. Su expresión no varió, a pesar del cabreo que percibió en mi cara y en mi forma de andar. No me tenía miedo y aquello... me excitó.

—Estarás contenta —mascullé empujando suavemente su hombro con el mío y dejándola atrás.

Ella sonrió y comenzó a caminar. Me alcanzó.

—No sabes cuánto, cariño —susurró en mi oído mientras me adelantaba.

La cogí del brazo y la empujé hasta mi pecho.

—Que te quede clara una cosa, Kathia. Que estés aquí no significa que participes. No estás en esto, no dejaré que pertenezcas a esto.

—Creo que es demasiado tarde para que me lo digas. —Se acercó a mis labios—. Soy tu novia y lo único que me queda por descubrir de ti es tu cuerpo desnudo sobre el mío. —Me quedé atónito; no esperaba esa salida, pero el simple hecho de imaginarme ese momento me desvió un poco del tema—. Así que no me vaciles y no digas que no estoy en esto, porque ya te he dejado bien claro que si tú lo estás, yo también.

Reanudó la marcha y se colocó detrás de Alex, que llevaba una pistola y una linterna en sus manos.

No estaba dispuesto a darme por vencido. No pondría en peligro a Kathia de esa forma. La complacería en todo lo que quisiera excepto en aquello. Era demasiado arriesgado.

—Y un carajo, Kathia. —Me abalancé a por ella—. Está claro que mi cuerpo desnudo sobre el tuyo podrás descubrirlo cuando te dé la gana, y que conoces prácticamente todo de mí, pero aún no me has visto hacer ni una mierda y no pienso dejar que te quedes para que lo veas.

—Tarde o temprano tendré que verlo. Tendré que afrontar estas cosas, vivirlas en primera línea, ¿por qué no esta noche?

—Bien, chicos —interrumpió Alex alumbrándonos con la linterna que durante unos segundos nos dejó cegados—, ¿podéis dejar la discusión para más tarde? Hemos llegado.



El panteón Gabbana se iluminó ante nosotros en cuanto Alex dirigió la luz hacia la piedra. De noche imponía más respeto. Kathia escudriñó cada rincón del mausoleo. Apreté los labios contemplando el lugar; ni siquiera me había dado cuenta de cómo había llegado hasta allí. La noche lo sumía en una oscuridad siniestra, pero no dejaba de ser suntuoso. Respiré profundamente sintiendo la gélida brisa de la madrugada acariciar mi rostro; pronto llovería. Mi cabello se agitó y sentí un escalofrío; lo que estaba a punto de hacer era para que sintiera millones de ellos.

Kathia deslizó su mano entre mis dedos y se aferró a ellos para transmitirme su apoyo.

Alex caminó hacia la puerta, me alargó la linterna para que la cogiera y enfocara, y sacó de su bolsillo un juego de ganzúas. Él era experto en abrir cerraduras y aquella especie de agujas le servían para realizar cualquier trabajo. Introdujo dos de ellas y, con maña, el cerrojo saltó y la puerta se abrió creando un pequeño chirrido que Alex detuvo poniendo la palma de la mano sobre la madera. Le entregué la linterna y coloqué a Kathia delante de mí para protegerla.

Nos dio la bienvenida un hedor húmedo mezclado con incienso y tierra. Me tapé la nariz, no podía respirar con aquel olor. Kathia hizo lo mismo pero no se separó de mi mano. Caminé hacia la tumba de piedra. En ella estaba labrado su nombre, y debajo se hallaba el ataúd. Coloqué mis manos sobre la piedra y suspiré.

Podía hacerlo. ¿Seguro?

Comencé a empujar. En mi vocabulario no existía la palabra duda y sabía que mi tío no me guardaría rencor por lo que iba a hacer. Alex vino a ayudarme y Kathia también empujó. Retiramos la pesada piedra e introduje las manos para alzar la tapa del ataúd. Con aquel espacio sería más que suficiente para abrir la caja.

La hediondez se hizo más fuerte y tuvimos que apartarnos. Solo llevaba cuatro días muerto, pero eran suficientes para que el cuerpo hubiera empezado a descomponerse.

Eché mano al bolsillo de mi chaqueta y cogí la navaja. Debía hacerlo cuanto antes, debía quitarle el ojo. Me apoyé en la piedra y contemplé la silueta de su rostro bajo aquel manto rojizo de raso que le cubría. Dejé el cuchillo sobre la piedra y retiré el manto de raso. Su rostro ya tenía señales de descomposición. La piel estaba más tirante y pálida, y el contorno de sus ojos se dibujaba en un tono morado. Sus labios se habían vuelto azules y estaban inflamados.

De repente, mi mirada se topó con el reloj. Era el mismo que había llevado en el viaje a Hong Kong.

«No dudes nunca en beneficiarte de él. Puede que algún día te sorprenda su utilidad, no solo marca las horas.» Recordé las palabras que me dijo mi tío y me dispuse a cogerlo.



Esa tarde había estado en el despacho de Fabio para comprobar qué clase de código necesitaba. Tras estudiar bien el sistema, había deducido que no existía tal código, solo un examen ocular que no se activaría hasta que no se introdujera una tarjeta. El tamaño de la ranura me había hecho pensar en las tarjetas de memoria de los móviles. No sería extraño que aquel reloj contuviera una tarjeta así.

Suspiré y con delicadeza saqué el reloj de la muñeca de mi tío. Presioné el botón sobresaliente de la esfera y, clic, se abrió. En aquel pequeño espacio había una tarjeta; diminuta y extraña, al más puro estilo de Fabio. Cerré el reloj y lo guardé en mi bolsillo echando mano al cuchillo. Debía terminar con aquello.

De repente, escuchamos un ruido. Fue el crujido de una rama, tal vez se había terminado de quebrar por el viento que comenzaba a levantarse. Pero actuamos con rapidez. Yo empujé a Kathia detrás de mí y empuñé el cuchillo. Alex me hizo una señal con el dedo que indicaba que iba a investigar. Asentí y observé como salía despacio y atento. Kathia soltó el aire contenido y me miró. Fruncí los labios y regresé a la tumba.

La lluvia comenzó a caer rebotando en el cristal de la bóveda que teníamos sobre nuestras cabezas. Cogí una bolsa de plástico transparente y se la entregué a Kathia. Miré a mi tío. Tan inmóvil, tan frío, tan inerte. ¿Me estaría viendo allí donde estuviese? ¿Qué estaría pensando de mí? ¿Me seguiría queriendo después de aquello?

Cogí aire y acerqué el cuchillo al ojo de Fabio. Presioné y un pequeño surco de sangre resbaló por su mejilla. El ojo tembló por la presión.

Volví a presionar y cogí entre mis manos su ojo azul. Kathia había apartado la mirada, pero no dejó de mantenerse firme. Me entregó la bolsa y metí el ojo antes de esconderlo en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Entonces, Kathia abrió los ojos de par en par. Vi temor en ellos justo antes de sentir la punta de una pistola en mi cabeza.

Kathia tragó saliva y yo intenté transmitirle calma. Al final, mis peores temores se estaban cumpliendo. Habían surgido problemas y Kathia estaba allí. Pero ahora no era momento de reproches, debía sacarla de allí cuanto antes.

— Dame el ojo. — La voz de Valentino sonó, ronca y excitada, en mi espalda —. Vaya, Kathia, no sabía que fueras tan atrevida — dijo suspirando. Vi que Kathia lo miraba atemorizada y clavé la mirada en ella, para que cambiara su expresión. No quería que mostrara temor estando yo allí con ella. No le pasaría nada —. Dime, Cristianno ¿es igual de lanzada en la cama? — Kathia apretó la mandíbula.

— Hum... No sabes cuánto — murmuré haciendo una mueca.

— Kathia, deberías apartarte si no quieres que su sangre te salpique.

— ¿Qué te hace pensar que lo conseguirás? — dije con una sonrisa socarrona.



— Bueno, yo soy quien te apunta con un arma.

— ¿Crees que por eso debería tenerte miedo? — Le guiñé un ojo a Kathia.

— No tientes a la suerte, Cristianno. — Se acercó a mi oído—. Puede que la bala atraviese dos cuerpos.

Mi rostro se tensó. Sentí una punzada de temor en todo mi cuerpo. A Valentino se le estaba ocurriendo jugar con la vida de Kathia y eso no lo consentiría jamás.

— ¿Te lo has pensado mejor? — preguntó irónico—. Dame el ojo, Cristianno.

Ahugué las ansias de responder y eché mano a la chaqueta con la intención de entregarle la bolsa que contenía el ojo de mi tío. Kathia me observó y negó con la mirada, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si hubiese estado solo, me habría dado la vuelta, le hubiera cogido su pistola y con ella le hubiera pegado un tiro. Él era un simple matón, no era, ni de lejos, tan bueno como yo. Pero Kathia estaba allí y aquel cabrón estaba tentando con su vida, mi vida.



CAPÍTULO 36

Kathia

Hizo ademán de coger la bolsa. Valentino sonrió orgulloso, como si creyera que ya estaba todo ganado, pero no fue así. Cristianno torció el gesto lentamente y me guiñó un ojo antes de mirar a la puerta. Me estaba indicando que corriera en cuanto él actuara. Aunque no me parecía buena idea dejarle solo, haría lo que él me pedía. Cristianno era fuerte, ágil y sabía perfectamente cómo actuar en una situación así. Me maldecía por haber entrado en el cementerio, aquello solo había empeorado las cosas porque ahora no solo corría peligro yo, sino también él y todo el plan. Aunque, por otro lado, sentía crecer una fuerza arrolladora en mi interior; quizá era verdad que guardaba en mi interior a una mafiosa... Me gustaba la sensación que se estaba apoderando de mí.

Valentino se removió al notar la tardanza de Cristianno. Aquel descuido fue perfecto para arremeter. Cristianno le dio un codazo en la nariz y se giró para cogerlo del cuello. La pistola cayó al suelo y pensé en cogerla, pero no sabía cómo utilizarla. Me sentí inútil mirando cómo Cristianno le reducía increíblemente rápido.

— ¡Corre, Kathia! ¡Ya! — gritó mirándome de soslayo.

Aquella era la única forma de ayudar que podía ofrecer en ese momento. No sabía luchar y tampoco disparar; solo huir con rapidez. Di un paso hacia atrás sin dejar de observar cómo Valentino se revolvía por el dolor. Cristianno estaba bloqueándole los brazos tras la espalda y tiraba con fuerza. Incluso escuché huesos al crujir.

— ¡Joder, Kathia! ¡Vete!

Salí corriendo hacia la puerta como si me hubieran empujado. La abrí y un montón de gotas rebotaron en mi cara; estaba lloviendo con fuerza. Entonces, un dolor increíblemente intenso se expandió por mi pecho y me tumbó bruscamente. Reboté en el suelo y, tras un débil gemido de dolor, Cristianno gritó.

Mi visión se tornó borrosa, pero pude distinguir a Valentino dándole un puñetazo a Cristianno y a este rebotar contra la tumba de piedra, primero, y contra el suelo, después. Valentino lo cogió del cuello y comenzó a presionar. Me removí intentando incorporarme, pero alguien lo hizo por mí. Un hombre enorme vestido de



negro y empapado por la lluvia me cogió del brazo y me puso de pie. Tuve que apoyarme en su pecho para no tambalearme. Él había sido el que me había dado aquel golpe con un tronco.

—¡Llévatela al coche y ácala! —gritó Valentino mientras Cristianno comenzaba a toser.

Dios mío, todo estaba acabado. Sería cuestión de minutos que Cristianno dejara de respirar. No podía permitirlo. Comencé a ver con normalidad, pero aquel dolor quebradizo no me dejaba erguirme. Fingí que no podía caminar y me hiqué de rodillas en el suelo. El hombre volvió a levantarme y aproveché el impulso para darle un patada en la entrepierna con todas mis fuerzas. Se inclinó hacia delante llevándose las manos a la parte dolorida. Incluso agachado, era casi igual de alto que yo.

Apreté la mandíbula, enfurecida, y volví a levantar la pierna, esta vez hacia su cara. El hombre cayó al suelo. Había tumbado a aquel mastodonte con solo dos golpes.

Cogí el tronco y corrí al panteón Gabbana. El dolor se estaba dispersando con rapidez. Tal vez, porque lo que ocurría allí dentro me dolía mucho más. Cuando entré, Cristianno tenía la cara roja, parecía que en cualquier momento iba a estallar. Me lancé sin pensar contra Valentino y estrellé el tronco en su espalda con la misma fuerza que empleé en la patada. Cayó a un lado y yo me arrodillé a socorrer a Cristianno.

—¿Estas bien? —dije entre jadeos. Valentino se removió y le di una patada en la boca —. ¡Maldita rata!

Cristianno se incorpor  apoyándose en mí y se inclin  hacia delante con la intención de levantarse.

—Vete... —mascull  antes de comenzar a darle patadas a Valentino.

No quería hacerlo, pero si me marchaba podría ir en busca de ayuda. Salí corriendo, pero par  en seco al escuchar unas voces que se acercaban al panteón. Si entraban allí, Cristianno no tendría nada que hacer. Así que, comencé a gritar como una demente para que me siguieran y darle así unos minutos a Cristianno. No sabía dónde estaba Alex ni qué le había ocurrido. Intentaba no pensar que podría estar muerto.

Entonces le vi. Alex estaba a unos veinte metros de m , y pude distinguir entre la bruma cómo le partía el cuello a uno de aquellos tíos. Después, se gir  y dispar  a otro.

El cementerio estaba plagado de hombres. Aparecían por todas partes. Tenía que salir de allí, debía correr lo más rápido posible e ir en busca de Mauro y Eric para que me ayudaran a traer refuerzos. Me puse en pie y comencé a correr. Al principio no me percat  de que me seguían y de que lo hacían a buena velocidad, pero yo corría aún más rápido. Tan rápido que ni siquiera percibí a Cristianno corriendo entre ellos.



Cuando me di cuenta, me detuve y les miré decidida. Ellos no se detuvieron, continuaron corriendo hacia a mí cargando sus armas y preparándose para dispararme. Cristianno hizo lo mismo pero se paró, apuntó y disparó sin pensar (incluso sin prepararse) a los tres hombres que me seguían.

Ni siquiera parpadeé. Debería haber sentido miedo al ver a Cristianno disparar de aquella forma. Aunque ya lo había visto empuñar un arma, no lo había visto matar. Y estaba acostumbrado a hacerlo, se notaba en su destreza y puntería.

Caminó hacia uno de los hombres que aún se removía en el suelo. Lo observó con una mueca en la cara y volvió a disparar con frialdad. Lentamente, levantó sus ojos del suelo y me miró, muy serio. Tenía delante de mí al verdadero Cristianno Gabbana. Le sostuve la mirada con aplomo. Nunca había sentido esa seguridad en mí misma. La firmeza y la templanza se iban extendiendo como una telaraña por todo mi ser.

Avanzó hacia mí buscando algo en el bolsillo de su chaqueta. Cuando me alcanzó, sacó la mano con algo entre los dedos y me atrajo hacia su pecho. Pude ver las pequeñas heridas de su bello rostro. Me miró compasivo, pero enseguida cambió la expresión al ver que en mis ojos no había ningún reproche.

—Quiero que vuelvas a la valla, la saltes y le digas a Mauro y a Eric que te saquen de aquí, ¿entendido? —Su voz se entremezcló con el sonido de un trueno.

Negué con la cabeza y me acerqué aún más. Rocé sus labios.

—No me iré sin saber que estás a salvo y que han llegado refuerzos. —Mi negativa no pareció gustarle.

—Kathia, por favor. Los refuerzos están en camino.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy un Gabbana, confía en mí.

—Confío, pero eso no traerá a los refuerzos, Cristianno.

—Mi familia ya debe estar tomando la entrada del cementerio, así que deja de llevarme la contraria y vete.

—¡No! ¡No pienso dejarte aquí e irme sin saber cómo va a terminar todo esto!

—¡No puedes hacer nada aquí! ¡Solo pondrías tú vida en peligro!

—¿Y la tuya? ¿Acaso no importa?

—Eso es lo que estoy haciendo, poner mi vida a salvo. —Le miré con todo el amor que sentía. Su vida era yo.

Agaché la cabeza y me apoyé en su pecho, deseando besarle.

Acaricié mi cabello apoyando su barbilla en mi cabeza.



— Por favor...

Asentí lentamente, mirándole.

— Yo te cubriré hasta los árboles. Después, camina recto y encontrarás la valla.

Miré mi mano y vi el reloj.

— Escóndelo ¿de acuerdo? — En mis manos estaba poniendo a recaudo todo el proyecto Zeus y ni siquiera vaciló al hacerlo. Sin aquella tarjeta, el ojo no valía para nada.

Asentí con la cabeza antes de que intentara darme un beso. Pero varias balas rebotaron en nuestros pies y Cristianno me lanzó hacia delante. Nos escondimos tras un panteón, pero aquello no pareció ser suficiente para él. Me tumbó en el suelo y se colocó encima, como escudo, para protegerme.

— ¡Tienes que irte! — gritó al cabo de un momento. Me cogió del brazo y me levantó del suelo. Los disparos continuaban, pero no en nuestra dirección —. ¡Corre! Yo te cubriré.

Comenzó a disparar y pude ver que alcanzaba a uno que se ocultaba tras los árboles. Pero entonces, una bala impactó en el brazo de Cristianno. Cuando lo vi caer al suelo, grité y me paré en seco.

Deshice los pocos metros que nos separaban sintiendo que era a mí a quien habían disparado. La cólera se abrió paso entre el temor por lo que pudiera pasarle a Cristianno. En aquel momento noté que nada de la antigua Kathia Carusso quedaba en mí, nada. Solo la fachada exterior. Habían herido a la persona que más amaba en el mundo, y el dolor y la rabia que crecía en mi interior lo cambiaba absolutamente todo.

Estaba a punto de llegar hasta él, cuando alguien me cogió del pie y me hizo caer de bruces. Me giré en el momento en que Valentino me estiraba del pelo para ponerme en pie. Cristianno se estaba incorporando, pero seguía en el suelo, y observó la escena con los ojos inyectados en sangre.

Cristianno

Vi cómo Valentino arrastraba a Kathia hasta que se perdieron en la oscuridad. Se la llevó con él y solo pensar en lo que podía ocurrirle me desgarraba por dentro. El dolor de mi brazo no era nada comparado con la opresión que sentía en el estómago.



Intenté ponerme en pie e ir en su busca, pero una ráfaga de disparos me lo impidió. No se iban a detener hasta matarme.

— ¡Cristianno, joder! — gritó Alex al ver la sangre de mi brazo. Llegó disparando y se hincó de rodillas a mi lado.

— No te preocupes, ha sido un rasguño. Se ha llevado a Kathia.

Los ojos caramelo de Alex se tornaron negros como el carbón por la ira que se concentró en ellos.

— ¿Quién?

— Valentino. Tengo que ir a buscarla, le harán daño. — Intenté incorporarme.

— Primero tenemos que salir de aquí, rápido.

Me cogió de los brazos y me levantó del suelo colocándose detrás de mí. Después comenzó a disparar para protegernos.

— ¿Puedes correr? — gritó, mientras nos acercábamos a los árboles.

— Sí... vamos, Alex. — Volví a tomar el control de mi cuerpo; no era la primera vez que sufría una herida como aquella. Tenía que reponerme e ir en busca de Valentino. Debía rescatar a Kathia fuera como fuese.

Cuando llegamos a la valla, Mauro nos vio y quiso salir del coche. Eric intentó guardar su pistola para venir a ayudarme al ver que estaba herido. Pero no le dio tiempo, nuestros perseguidores volvieron a abrir fuego. Donde estaban no tenían cobertura y el ruido de la tormenta había impedido que se dieran cuenta de que habíamos tenido complicaciones.

— ¡¿Qué demonios ha pasado?! — preguntó Mauro, fuera del coche.

— ¡No te bajes, acelera! — grité antes de saltar sobre el asfalto. Eric me tomó del brazo para ver la herida. — Estoy bien, de verdad. Ni siquiera me duele.

— ¿Dónde está Kathia? — preguntó en cuanto entramos en el vehículo.

— La tiene Valentino. Han escapado por la puerta principal. Pero no creo que puedan salir... — No podrían porque seguramente la entrada ya estaría tomada por los Gabbana. Kathia se debía de encontrar en medio de un fuego cruzado.

Mauro comprendió mi mirada y sin quitarme la vista de encima aceleró haciendo que las ruedas chirriaran. Algunos disparos rebotaron en los cristales blindados. Giró bruscamente y aceleró aún más.

Ya podía ver la entrada del cementerio y estaba en lo cierto, estaba tomada. Pero no por los nuestros. Vimos forcejear a Kathia. Evitaba entrar en el coche colocando los pies en la puerta y presionando con fuerza. ¿De dónde sacaba tanto



valor? Valentino se enfureció y le dio la vuelta apoyándola en la carrocería. Le dio una fuerte bofetada. Tenía que derribarla para poder doblegarla.

—Hijo de... —mascullé encolerizado. Valentino arrancó su coche—. ¡Síguele!

Mi primo lo siguió como yo había ordenado. La silueta de Kathia en el interior del coche continuaba forcejeando. Cogió el volante y lo giró haciendo que el coche se desviara. Valentino volvió a darle una bofetada.

Cogí mi arma y saqué el cargador del bolsillo trasero de mi pantalón. La cargué y bajé la ventanilla.

—Quiero que te pongas a su lado. Pienso pegarle un tiro. —Mauro negó con la cabeza.

—Cristianno, si disparas, el coche se desviará y provocarás un accidente.

—¡Joder! —Le di un patada al salpicadero.

—Si disparo a la ventana trasera me podría colar en el coche —dijo Eric bajando su ventanilla y cargando su pistola.

—Dispararé a Valentino en cuanto cojas el volante.

Eric sacó medio cuerpo por la ventanilla y disparó, pero la bala alcanzó la rueda. El coche chirrió y se desvió del camino, pero Valentino enseguida lo enderezó y lo colocó frente a nosotros frenando bruscamente. Mauro hizo lo mismo una décima de segundo después.

Valentino cogió a Kathia del pelo y la sacó fuera. Se situó entre los dos coches y me mostró a Kathia, que se sujetaba el cabello para que no le resultara tan doloroso. Apreté tan fuerte la mandíbula que creí que se partiría. El muy cobarde la estaba utilizando de escudo para que no pudiéramos dispararle.

Apuntó su cabeza. Ella no pareció asustarse, solo me miraba a mí en busca de la herida que me había provocado el disparo. Me removí en el asiento y abrí la puerta saliendo con rabia. Eric hizo lo mismo saltando por la ventana y Alex y Mauro cargaron sus armas y abrieron sus puertas.

Me coloqué frente a ellos, a unos dos metros, y solté la pistola lanzándola a sus pies. Abrí las manos y torcí el gesto. Si me quería a mí, allí me tenía, pero no dejaría que tocara a Kathia. Ella tragó saliva y me miró suplicante. Quería que volviera al coche, pero mi actitud glacial le contestó con una negativa.

—Si no dejas de seguirme, la mataré. —Apretó la pistola contra la cabeza de Kathia con más fuerza. La trataba como si fuera un guiñapo.

—No, no lo harás —le rebatí mirándole fijamente—, porque si lo haces nunca conseguirás lo que quieres.



Valentino vaciló y sus ojos se cargaron de odio.

— ¡Dame el ojo y la soltaré! — La obligó a arrodillarse bruscamente. Kathia se hincó de rodillas en el suelo y gimió por el dolor —. Lo juro, Cristianno, la mataré si realmente eso es lo que te hace daño.

— Eres tan cobarde. ¿Por qué no me matas a mí?

Los ojos de Kathia se abrieron de golpe y me observaron enfurecida.

— Porque quiero verte sufrir. Vamos, yo te doy lo que quieres y tú me das lo que quiero. Son negocios... Esto es la mafia, Cristianno. Lo sabes mejor que nadie, es lo que haces todos los días.

Lo dijo creyendo que Kathia no sabía nada, que se sorprendería al escuchar esas palabras, pero no logró nada. Ella ya lo sabía todo de mí y aun así quería estar conmigo.

— Puedes matarme si quieres, Valentino, pero no lograrás nada — masculló Kathia forzando una sonrisa.

— Cállate — escupió Valentino tirando de su cabello.

— Sabes que sois demasiado débiles. No ganaréis esta batalla — continuó Kathia.

— ¡Cállate! — aulló Valentino fuera de sí.

— ¡Siempre estaréis detrás de los Gabbana, porque habéis nacido para ser los segundos!

— ¡Kathia, por favor! — grité.

Dos coches se sumaron y un hombre asomó la cabeza por la ventanilla y gritó:

— ¡Los Gabbana! ¡Ya están aquí, tenemos que irnos!

Miré a Kathia con la intención de llevármela conmigo, pero ella se resistía a que yo cayera en la trampa de Valentino. No habría cambio. Él se llevaría a Kathia y el ojo consigo, y yo lo perdería todo. Ella me negó con la mirada serena.

— ¿Qué decides?

No hablé, no pronuncié palabra, porque Kathia me lo suplicaba con sus ojos plateados. Sabía que no la matarían porque lo que querían no lo conseguirían con su muerte. Pero no las tenía todas conmigo. Antes de que decidiera entregarle la bolsa, Valentino alzó a Kathia del suelo y la arrastró hasta meterla en el coche.

Mi familia ya estaba cubriendo la calle, pero Valentino salió chirriando ruedas y no llegaron a tiempo de pararlo. Se llevaron a Kathia y yo me quedé bajo la lluvia viendo cómo lo que más quería en mi vida se alejaba en ese coche.



Varios vehículos se detuvieron derrapando a mi lado, pero no me moví, me quedé allí, contemplando la nada. Desvié la mirada al ver a mi padre abrir la puerta y salir impetuoso del coche. Estaban todos, absolutamente todos los Gabbana. Mi padre me observó con los ojos entrecerrados.

—Demasiado tarde... —murmuré, caminando hacia él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó algo enfurecido. Al parecer, ya sabía que habíamos estado en el panteón.

Eché mano a la bolsa y se la estampé en el pecho sin ningún miramiento.

—Pero ¿qué...? —No supo mediar palabra. Estaba demasiado aturdido observando el ojo azul oscuro de su hermano.

—Esta es la única llave que abre la caja fuerte de Fabio. Dentro está lo que buscan los Carusso. —Retomé mi marcha.

—¿Qué tiene que ver el proyecto Zeus con lo que acaba de ocurrir? Exijo una explicación, Cristianno. —Me detuvo.

—Papá, Valentino se acaba de llevar a Kathia y no quiero pensar en lo que le va a ocurrir porque todo lo que imagino es peor que la muerte.

—¿Qué pinta Kathia en todo esto?

—Os lo explicaré... todo.

Entré en el Maybach de mi padre y esperé envuelto en el calor de aquel asiento de cuero.



CAPÍTULO 37

Cristianno

Mi padre apagaba un cigarrillo mientras encendía otro. No dejaba de caminar de un lado al otro; estaba totalmente abrumado con lo que había sobre la mesa: el ojo de Fabio.

Alessio estaba totalmente pálido y no era capaz de mediar palabra. Solo contemplaba las ventanas de la sala donde se había improvisado la reunión.

—¿Por qué no me contaste nada? Eres mi hijo —dijo mi padre mirándome con reproche.

Yo estaba apoyado en la pared. No era capaz de acercarme. Mi mente estaba lejos de allí, con Kathia. Que Enrico estuviera allí con nosotros no ayudaba a que me tranquilizase, porque Kathia no tenía a nadie que pudiera protegerla.

—No te enfades, papá. Ahora mismo tengo a una de las personas más importantes de mi vida bajo la custodia de los Carusso. Solo Dios sabe lo que le estarán haciendo, así que no me sermonees, porque ahora no podría prestarte la atención que sin duda mereces —dije cabizbajo.

Mi padre resopló y Alessio se levantó de la silla frotando su frente.

—¿Crees que no me importa? Todo lo que sea importante para ti es importante para mí. Además, yo tengo la misma sed de venganza que tú, pero debisteis explicármelo todo. Si lo hubierais hecho, ahora Fabio no estaría muerto —dijo mi padre.

Aquellas palabras entraron en mi pecho como cuchillas. Él no me estaba culpando, pero su contundencia me hizo sentir culpable. Por un momento sentí que yo había matado a Fabio.

—Si os hubiésemos contado algo, muchos de esta sala estarían haciéndole compañía. Seguramente, yo el primero —interrumpió Enrico antes de que Alessio se diera la vuelta, encolerizado.

—¡Basta! ¡Pienso ir a la mansión Carusso y matarlos a todos! —gritó dando un golpe en la mesa.



—Estoy de acuerdo. Si aparecemos ahora, los pillaremos desprevenidos y podremos eliminarlos —secundó mi hermano Diego.

Mi otro hermano, Valerio, negó con la cabeza incrédulo. A él no le gustaba hacer las cosas a lo bruto. Prefería la tranquilidad y que todo llegara a su debido momento y con su orden correspondiente.

—Seguramente, no estarán en la mansión —murmuró Enrico, mirándome con el rabillo del ojo. Cerró los ojos y apretó la mandíbula. Como si estuviera sintiendo el dolor que yo sentía.

—¿Por qué demonios se atreven a desafiarnos? ¿No se dan cuenta de que todo lo que tienen lo han conseguido gracias a nosotros? Se lo podemos arrebatarse cuando queramos —dijo Mauro.

—Estás en lo cierto, pero el poder hace que desees más poder. No parece ser suficiente para ellos. Ya sabemos cuáles son sus intenciones. No solo quieren Roma sino también Italia. Y si tienen que eliminarnos, lo harán —dijo con frialdad mi abuelo Domenico.

—No, si antes lo hacemos nosotros —añadió Diego—. Roma ya tiene dueño, no nos vencerán tan fácilmente.

Valerio no dejaba de mirarme fijamente. Sabía que le debía una explicación después de hacerle piratear la base de datos del hotel Plaza.

—No cabe duda, pero debemos trazar un plan muy exhaustivo. Os recuerdo que las elecciones son mañana y Adriano se alzarará con el poder —murmuró mi padre, casi para sí mismo.

—Pues yo creo que antes de planear nada, Cristianno debería explicarnos todo lo que sabe. ¿No, hermano? —dijo Valerio acusándome con la mirada—. Anoche me telefoneó para que entrara en la base de datos del Plaza.

Bajé los ojos y suspiré. Tenía que darles otra noticia que no les iba a gustar nada.

—¿El hotel? —preguntó mi abuelo.

—Exacto. Al parecer, nuestra querida Virginia es la amante de Jago —remató Valerio.

Todos se quedaron boquiabiertos, excepto mi primo y mis amigos; a ellos ya se lo había explicado antes de ir al cementerio.

Domenico se levantó pausadamente. Como si de ese modo consiguiera dominarse. Todo el mundo había enmudecido.

—¿Mi hijo ha muerto por culpa de esa mujer? —El silencio fue más atronador tras escuchar la voz herida de mi abuelo—. Quiero acabar con esto. Quiero ver cómo



esa mujer vomita sus propias tripas. Quiero que me suplique que la mate y que después arda en los infiernos.

Mi abuelo terminó mirándome y me dio permiso para que explicara lo que sabía.

—Fabio, en su lecho de muerte, le entregó a Kathia un USB. —Cogí aire mientras todas las miradas de aquella sala me observaban atentas. Mi abuelo comenzaba a tranquilizarse. Lo supe por su forma de mirarme. Le gustaba que yo tuviera el control—. En él, está todo, desde lo que sabemos hasta lo que no.

Alessio frunció el ceño.

—¿Qué no sabemos? —preguntó mi tío.

Enrico ya les había contado la parte de Hong Kong y los tratos con Wang Xiang, pero la parte más difícil me tocó a mí.

—Fabio tuvo un hijo con una tal Hannah Thomas Andersen. Nació y murió el mismo día, el 13 de abril de 1993. —Mi padre desvió la mirada y caminó hasta la ventana. Los demás hacían esfuerzos por no abrir más los ojos y mantener la compostura. No me creían; Fabio no tenía hijos y nadie sabía que los hubiera tenido alguna vez, aunque fuera en una relación extramatrimonial. Continué—: Lo más extraño es que el recién nacido desapareció y Fabio no pudo hacerle la autopsia que deseaba. En el informe ponía que las causas de la muerte eran desconocidas.

Se volvió a hacer el silencio durante unos minutos eternos. Nadie salía del asombro. ¿Fabio había sido padre con una mujer que nadie conocía y ni siquiera lo había dicho? Me giré hacia mi padre, él lo notó pero no se atrevió a mirarme a la cara. ¿Acaso él conocía a Hannah?

Kathia

—**M**e gustaría saber qué has visto en él —dijo Valentino, asqueado, sin dejar de contemplar la carretera.

El olor a ambientador de pino me estaba revolviendo las tripas y tenía un fuerte dolor de cabeza. Mi cuerpo estaba totalmente magullado y notaba la hinchazón de mi mejilla. Quise abrir la ventanilla, pero aquel capullo me lo impidió.

—Vamos, puedes contármelo. —Intentaba sonar algo más juguetón. Esperaba que le contestara.



— Es mucho más hombre que tú.

Valentino soltó una sonrisa socarrona y detuvo el coche lentamente frente a mi casa. Unas horas antes, Cristianno me esperaba al final de aquella calle y ahora me encontraba pensando en si me alejarían de él para siempre. No sabía cómo se encontraba, cómo tenía aquella herida. Cuando salió del coche no parecía dolerle, pero estaba segura de que había fingido para no preocuparme. A Cristianno se la daba muy bien mentir.

— Eso no lo sabes... A mí no me has probado... todavía. — Me guiñó un ojo queriendo acariciar mi muslo.

Le retiré la mano de un manotazo.

— Vete a la mierda.

De repente, me cogió de los brazos y me atrajo hasta su pecho.

— No te equivoques, Kathia — me dijo observándome con aquella mirada esmeralda que tanto odiaba. Incluso me había hecho aborrecer el color verde —, yo estoy en la mierda, pero tú conmigo. Por cierto, te ha quedado estupenda la huida. ¿Pensabas que no te veríamos? Somos demasiado listos, mi amor. Sabíamos que algo tramabas y así fue.

— Mientes...

Una vaga idea me rondaba por la cabeza. Valentino era el rey de las artimañas y no era de extrañar que quisiera lograr una verdad desde una mentira. Tal vez con otros le había funcionado pero conmigo, no.

— ¿También miente el chip localizador que tienes en el reloj? — Soltó una carcajada —. Es una mala costumbre quitárselo antes de dormir. Nunca se sabe lo que alguien puede hacer con él.

Miré mi muñeca, pero no por mi reloj, sino por el de Fabio que Cristianno me había entregado. Dios mío, debía protegerlo como fuera.

— Nos llevaste hasta el cementerio. Muchas gracias — añadió, susurrando en mis labios —. Además, Virginia ya nos había advertido de la caja fuerte que hay en el despacho de Fabio.

La había cagado. Una vez más, Cristianno llevaba razón. No había sido una buena idea que hubiera ido. De otra forma, no lo habrían herido y mis amigos no habrían corrido peligro.

— Vamos, mi amor, no te enfades conmigo. Te prometo que te consolaré, no notarás su ausencia. Lo olvidarás en un abrir y cerrar de ojos en cuanto... — Volvió a tocarme.



Se arrimó a mí y comenzó a besarme con brusquedad. Me resistí, pero no pareció importarle. Cogí su labio entre mis dientes y mordí hasta que sentí su sangre. Fue exactamente lo mismo que le hice a Giulio, pero imprimiendo aún más odio. Escupí antes de que me abofeteara contundentemente.

Salió del coche tocándose el labio con el dorso de la mano y se dirigió a una furgoneta blanca que había justo enfrente de la casa. Dos hombres esperaban fuera aprovechando que había dejado de llover. Se pusieron firmes en cuanto vieron a Valentino (como si fuesen militares saludando al general) y escucharon atentos lo que les decía. Me sorprendió ver el respeto que le tenían al menor de los Bianchi. Aquellos hombres parecían doblarle la edad.

Entonces, aproveché para esconder en mejor lugar el reloj de pulsera de Fabio.

Sin dejar de mirarlos, lo saqué de mi bolsillo y pulsé la manecilla como Cristianno había hecho en el cementerio. La esfera se abrió con brusquedad; dentro se encontraba la tarjeta que abría la caja fuerte de Fabio. La cogí con disimulo y pensé dónde podía guardarla. No tenía demasiados lugares para escoger, así que la escondí en mi calcetín. Me erguí con disimulo y lancé el reloj entre los arbustos de la verja de mi casa. Ya no importaba que lo encontraran, no había nada dentro.

En ese momento, los dos hombres vinieron a por mí. Uno, con una bolsa de tela negra en la mano. El otro se quedó más rezagado y no pude ver lo que llevaba. Valentino se cruzó de brazos y esperó sonriente.

Abrieron la puerta y cogieron mis manos. Por un instante, pensé que me habían descubierto trasteando el reloj, pero no fue así. Lo que aquel hombre llevaba era cinta aislante. Me ataron las manos antes de sacarme del coche.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Adónde me lleváis? —grité antes de que me sellaran la boca con un trozo de cinta adhesiva.

Después, me cubrieron la cabeza con la bolsa.

Cristianno

—¿Qué más información hay en ese USB? —preguntó Enrico.

—No lo sé. Todo lo demás está protegido.

—Puedo encargarme de ello —dijo Valerio, recomponiéndose aún de todo lo que había escuchado—. ¿Lo tienes?



—Sí.

Terminé de explicarles lo que Kathia había descubierto en las carpetas del USB que no estaban bloqueadas. Las fotos de Virginia con Jago, las sospechas que teníamos de que Virginia estaba tras la muerte de Fabio... todo.

—De acuerdo, entonces, pero ¿qué hay tan importante en la caja fuerte para que hayas exhumado la tumba de tu tío? —preguntó Alessio todavía sin comprender.

Suspiré estirando los hombros hacia atrás. No podía dejar de pensar en cómo estaría Kathia.

—No lo sé, pero estoy seguro de que debe ser importante, porque si no, ¿a qué viene que los Carusso también irrumpieran en el cementerio? Si lo mataron fue porque había un motivo. Tal vez en la caja fuerte encontremos una explicación.

—Pues abramos la caja y salgamos de dudas —dijo mi abuelo antes de levantarse de su asiento y colocarme la mano en el hombro.

Negué con la cabeza y cerré los ojos. Volví a suspirar.

—Solo se puede abrir mediante una tarjeta y el escáner ocular. —Miré el ojo—. El examen no se puede pasar sin antes introducir la tarjeta. Y la tarjeta la tiene Kathia.

—Así que tú tienes el ojo y ella la llave —remarcó mi padre arrastrando las palabras.

—Así es —murmuré.

Entonces, Enrico se incorporó de golpe y apoyó sus codos en la madera.

—Pero ellos no lo saben. Conozco a Kathia y sé que preferiría morir antes de decir algo. Quiere demasiado a Cristianno y hablar sería ponerle en peligro —dijo, provocándome una punzada en el corazón.

«Me quiere demasiado... Si supieras lo que yo te quiero, Kathia...»

—O sea, que la menor de los Carusso nos está protegiendo —musitó Domenico presionando sus sienes.

—Indudablemente... —dijo Mauro.

Nos miramos y fundimos nuestros pensamientos. Él quería rescatarla tanto como yo.

—Tenemos que ir a buscarla —dijo Eric con energía.

—Puede estar en cualquier parte, Eric. Si los Carusso no quieren, será imposible encontrarla —añadió Alex.

—No, no es imposible —murmuré mientras una idea comenzaba a dominar mi mente.



Solo quedaban veinticuatro horas para las elecciones y Adriano ganaría. Después de aquello, la fiesta en honor del alcalde tendría lugar en el puerto; concretamente, en el yate de Annalisa Costa, la esposa de Adriano.

Acababan de despertar a los gigantes, a los reyes de Roma.

— Todos sabemos que Adriano ganará las elecciones mañana y también cómo se celebrará.

Me miraron con aire inquisitivo durante unos segundos, pero al ver la malicia en mi rostro, comenzaron a comprender. Enrico fue el primero; torció el gesto y sonrió pasándose la lengua por el labio inferior.

— El yate... — musitó.

— Exacto. — Arqueeé las cejas asintiendo —. ¿Queréis venganza?

Mi padre se acercó, al fin, a la mesa y dio un golpe sobre la madera. Sonrió y esta vez se llevó un puro a la boca que prendió con el mechero que le extendió Alessio.

— ¿Cuál es el plan? — preguntó mi padre aspirando su habano.

— Primero capturar a Virginia.

— No creo que vuelva. A estas alturas, ya debe sospechar que sabemos que es la rata — dijo Valerio torciendo el gesto.

— No, no lo creo. No he visto nada raro en casa de los Carusso y sé que la harán volver para que siga infiltrada. Ella es la que está advirtiéndoles de nuestros pasos — explicó Enrico.

— ¿Y qué pretendéis hacer en el yate? — La vena sanguinaria de mi hermano Diego comenzaba a hincharse.

Él sabía que en mi plan reinaría la sangre, y ya se estaba frotando las manos, impaciente con la idea de ver a todos aquellos bastardos morir entre gritos de dolor.

— Verles vomitar sus propias tripas y hacerlos arder en el infierno. — La comisura de mis labios dibujó una sonrisa malévola al repetir las palabras de mi abuelo minutos antes —. Nitroglicerina — dije mirando a Valerio —. ¿Crees que Paulo podrá tener el mejunje preparado en dos días?

— Cuenta con ello en unas horas — contestó mi hermano con los ojos alegres.

Paulo, mi primo e hijo de Branko, era el experto en explosivos.

— Perfecto. Considerémoslo como una ofrenda. Una especie de fuegos artificiales con las extremidades de nuestros amigos de por medio — dije.

— Me gusta. Los eliminaríamos de golpe — dijo Diego, excitado.



Pensé en los invitados. Y entre ellos apareció Kathia... La obligarían a ir, seguro.

—Solo hay un problema.

—¿Cuál? —preguntaron casi todos a la vez.

Me pellizqué el entrecejo con los ojos cerrados recordando el primer día que la vi. Todavía no podía creer que en aquel tropiezo tan tonto fuera a conocer a la mujer de mi vida. Kathia era la única mujer que había podido conquistarme, y lo había hecho para siempre.

—Seguramente Kathia estará allí. Valentino aprovechará el triunfo de Adriano, y me apuesto lo que queráis a que querrá hacer público su compromiso con ella. Estará en el barco y...

Mi padre se acercó a mí negando con la cabeza. No me dejó terminar y se lo agradecí tragando saliva. Colocó su mano en mi cuello y me zarandeó débilmente para que le mirara.

—La sacaremos antes del alboroto. No consentiré que le pase nada, hijo mío. Confía en mí.

Confiaba en él, no hacía falta que me lo pidiera.

Enrico me miró.

—Yo la sacaré. Tú espéranos en la bahía. Allí podrás reunirte con ella.



CAPÍTULO 38

Kathia

Reboté contra un amasijo de hierros en cuanto la furgoneta se detuvo. Segundos después, me hallaba caminando a trompicones, arrastrada por alguien que me hizo resbalar y caer de rodillas al suelo. Se rieron antes de empujarme por unas escaleras de metal. Me presionaban con fuerza los brazos y no podía ver quiénes eran. Todo estaba oscuro debajo de aquella tela que me raspaba la cara.

Por fin toqué suelo firme. Pisaba cemento y al arrastrar los pies notaba arenilla suelta; seguramente, estábamos en una fábrica de las afueras de Roma.

Me sentaron en una silla y retiraron el saco de mi cabeza. Una luz cegadora me dio la bienvenida y, aunque sabía que había más de dos personas allí dentro, no pude verlas hasta que pasaron unos minutos.

Era el sótano de alguna nave. Todo estaba lleno de polvo y al fondo de la sala había varias estanterías de hierro con objetos amontonados y cubiertos por unas sábanas amarillentas por la suciedad. La única luz era la de aquel foco orientado directamente hacia mí, como si se tratara del interrogatorio de alguna película de espionaje.

Algo se movió detrás de mí y al mirar vi varias ratas hurgando en la pared. Entonces, una de ellas explotó a causa de un disparo y sus restos se incrustaron en la pared. Las otras corrieron a esconderse. Aquel sobresalto me hizo mirar al hombre que le había disparado. Era gordo y alto (muy grande), y su pelo, canoso, hacía resaltar más el traje completamente negro que llevaba adornado con un pañuelo rojo que caía expresamente por el bolsillo de la chaqueta.

Aquello era la mafia. No era un sueño, ni un libro, ni una película. Yo estaba allí, amordazada y rodeada de asesinos mafiosos.

Y mi padre, ni se inmutaba.

Me observaba petulante, con un gesto irónico. No me hubiera extrañado que en cualquier momento se echara a reír. Me contempló con aquellos ojos azules que tanto me recordaban a los de Marzia. Él también llevaba un pañuelo rojo. Se levantó de la



silla que había delante de una gran mesa de hierro y comenzó a caminar lentamente hacia mí.

Valentino fumaba con tranquilidad, con su cara sarcástica ya relajada tras los acontecimientos del cementerio. Su padre se hallaba justo a su lado, sentado sobre una caja de listones de madera; bebía algo. También estaban mi tío Carlo y Danilo Pirlo, el marido de mi tía materna, Mariella.

¡Dios!, allí dentro se reunía casi toda mi familia y ¿nadie iba a ayudarme?

Quise cerrar los ojos para dejar de presenciar la escena, pero me topé con algo que no esperaba. No solo estaba rodeada por los que decían ser mi familia, sino también por unos diez hombres que custodiaban cada esquina de la nave y las escaleras.

Y Virginia, que sonrió con perversidad.

Tenía unos ojos miel odiosamente sediciosos. Llevaba un vestido negro que dejaba ver sus rodillas y unas medias negras. Seguramente, para remarcar el rojo de su cabello y sus zapatos. Ella no llevaba pañuelo, pero su calzado lo sustituía con creces. Estaba sentada sobre el regazo de Jago; él se aferraba a su esbelta cintura. No comprendía cómo había podido cambiar a Fabio por aquel calvo asqueroso y fofo. Fabio era guapo, tenía un cuerpo impresionante para tener casi cincuenta años, y era mucho más hombre que Jago. No solo le superaba en inteligencia, sino también en elegancia y carisma. Si Virginia quería poder, solo tenía que haberse quedado con Fabio.

Agaché la cabeza cuando un sicario se acercó y tiró de la cinta que cubría mi boca. Gemí de dolor y Virginia sonrió. La miré como solo podía hacerlo yo cuando estaba endemoniadamente cabreada. Mi mirada la detuvo y miró a mi padre.

—Vaya, qué carácter. Creo que la valentía ahora mismo no te favorece nada, querida —dijo sin que nadie en aquella sala se quejara.

Por algún motivo, ellos querían que Virginia estuviera presente. Mi padre encendió un puro y expulsó el humo, que se expandió por el foco y dibujó su sombra en la pared. Me di cuenta de que solo había una ventana. Era pequeña y estaba pegada al techo.

—Qué sorpresa... Esperaba cualquier cosa de ti, hija mía, pero no que llegaras tan lejos, escapándote con el menor de los Gabbana. —Miró a sus acompañantes—. ¡Es increíble lo inocente que eres! ¿No sabes que Cristianno solo te quiere por el sexo? En cuanto lo consiga, te dejará a un lado, como hace con todas. Y tú serás una traidora.

Yo no había traicionado a nadie. En todo caso ellos me habían traicionado a mí vendiéndome al mejor postor sin dejarme decidir.



—Si enamorarme de Cristianno es traición, entonces soy la más traidora, pero no pienso disculparme. —No podía acobardarme, debía seguir hacia delante. Por él—. Además, ella también lo es —dije señalando con la cabeza a Virginia—, ella es una Gabbana, ¿qué diferencia hay?

No podía controlarme. Sabía que era mejor callar para no arriesgar mi vida, pero en aquel momento me daba igual.

—Demasiada... —murmuró Valentino.

—Ninguna diferencia —le corté—. Yo ni siquiera estoy prometida, pero ella estaba casada —continué antes de que mi padre se acercara con una mirada furibunda.

—¿Tienes idea de dónde te has metido, Kathia? —preguntó mi tío Carlo.

Recibió mi silencio. No pensaba responder.

—Tu tío te está haciendo una pregunta, querida Kathia, así que deberías contestar —intervino Adriano, con fingida suavidad, mostrando una falsa faceta pacífica y poco conflictiva. ¡Qué hipócrita! Todos los que estaban allí eran unos cínicos. Ni en mil años conseguirían estar a la altura de los Gabbana.

Levanté orgullosa el mentón y los contemplé como habría hecho Silvano. Sí, estaba mucho más cerca de sentirme una Gabbana que una Carusso.

—Solo sé una cosa, y su hijo se ha encargado de que me quede bien clara —contesté irónica.

—Ah, ¿sí? y ¿cuál es? —preguntó mi padre con curiosidad.

—Pues que estamos en la mierda. De hecho, no sabía cuánta mierda me rodeaba en realidad hasta que llegué aquí y os descubrí a todos juntos.

Mi padre se lanzó sobre mí y me cogió de la barbilla. Nunca lo había visto tan agresivo, ni siquiera con mi madre. Seguía descubriendo nuevas facetas de mi familia.

—¿Cómo puedes tener la desfachatez de mofarte delante de tantos hombres armados? ¿Acaso eres inmune al miedo?

No, no lo era. Estaba cagada y el pánico me recorrió el cuerpo más aún cuando oí cómo varios hombres cargaban sus armas y se las llevaban al pecho esperando una señal. Me iban a coser a balazos.

Mi padre se dio la vuelta y caminó hacia Valentino. Este agachó la cabeza para escuchar lo que decía.

—Procura no darle en la cara —escuché decir mientras Valentino asentía ante lo que parecía ser la orden maravillosa que estaba esperando.

Chasqué los dedos y dos hombres aparecieron con un barreño de agua. Lo dejaron a los pies de Valentino y otro matón llegó con unas toallas blancas



perfectamente dobladas sobre sus brazos. La sonrisa de Virginia se agrandó en su rostro. Ella sabía mejor que nadie lo que iba a suceder. Estaba disfrutando.

El labio comenzó a temblarme, pero no quise que lo descubrieran. Apreté la mandíbula y observé cautelosa cómo humedecían las toallas. Ahora el terror se apoderó de mis piernas. ¡Dios!, si no me mataban, moriría de un infarto. Tragué saliva adivinando sus intenciones.

¿Cómo podía ser que mi padre lo permitiera?

Valentino cogió el extremo de una toalla y comenzó a estrujarlo mientras otro tipo hacía lo mismo con la otra punta. El agua cayó en el barreño y Valentino pasó a enrollar la tela hasta formar una trenza. Me miró alzando las cejas y caminó hacia mí con socarronería.

Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar cuando me caí de la silla. Me estampé contra el suelo sintiendo un dolor quebradizo en mis riñones. Se acercó a mí y me dio una patada en el estómago. No podía creer que pudiera hacerme aquello sin que nadie moviera un dedo. Los golpes con las toallas me destrozarían, pero no dejarían señal alguna en la piel.

Valentino volvió a cogerme del pelo y me levantó sin importarle el dolor que me infligía. Después de todo, eso era lo que él quería, verme sufrir. Matarme no habría sido divertido.

—¿Dónde está Enrico? Él es el experto en interrogatorios —dijo mi padre cerca de mí. Ni siquiera podía fijar la vista. Mi mirada se nubló por el dolor.

—Lo he enviado al edificio Gabbana. Nos dirá cuál es el siguiente paso —contestó Carlo recomponiéndose en la mesa.

—Es una lástima, se volverá loco cuando se entere de que su querida cuñada nos ha traicionado. Bien, Kathia, ¿qué es lo que tienes para mí?

No diría absolutamente nada. Podían hacerme lo que quisieran, pero no vendería a Cristianno y a su familia.

Estaba dispuesta a protegerlo con mi vida.

—Nada —susurré entre dientes con la voz rota.

—¿No tienes nada que decirme? —prosiguió mi padre inclinándose hasta mi oído.

—No.

—Bueno, tendremos que recurrir a la violencia.

Recibí otro latigazo con la toalla húmeda, y otro, y otro, en las costillas, en las piernas, en los muslos, en los brazos. Después Valentino me echó la cabeza hacia atrás



para que pudiera mirar la cara de mi padre. Ni un atisbo de sangre, ni una señal de lesión, solo mi dolor interno y mi respiración descontrolada.

— Resulta que para abrir la caja fuerte necesitamos el ojo de Fabio y una pequeña tarjeta, ¿no es así, Virginia? — dijo mi padre con el puro entre los labios.

— Ajá... — La pelirroja sonrió.

— El ojo lo tiene Cristianno. ¿Dónde está la tarjeta?

— No sé de qué me hablas — jadeé. Casi ni se me escuchaba.

Mi padre torció el gesto.

— Kathia, no puedes protegerles. Hemos ganado, solo nos faltan las malditas coordenadas del...

— ¡Basta! — gritó mi padre interrumpiendo a mi tío Carlo. Después me dio un bofetón; ahora sí sangraba. Me cogió de los hombros y me zarandeó —. Tú sabes dónde está, dímelo.

Negué con la cabeza.

— ¿No has tenido suficiente? — preguntó Valentino agachándose para ponerse a mi altura.

— No, todavía no. — Sonreí entre jadeos. La saliva sabía a sangre. Ni siquiera tenía fuerza para mover los labios.

— No piensas hablar, ¿verdad? — continuó Valentino.

Alcé un poco la cabeza para mirarle a los ojos.

— No pienso hablar, cariño — susurré con desprecio.

Lo último que recuerdo antes de caer inconsciente al suelo, fue el grito desgarrador y lleno de frustración de Valentino.



CAPÍTULO 39

Kathia

Gemí mientras volvía en mí. Intenté moverme con cuidado sintiendo cómo el dolor se despertaba conmigo. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. Suponía que a nadie le importaba, ni siquiera se habían molestado en taparme cuando me habían tirado en la cama como si fuera un perro. Para ellos no era más que un juguete roto.

La luz del día que entraba por las ventanas era muy tenue. Pensé que podía estar amaneciendo, pero cuando miré el reloj me di cuenta de lo equivocada que estaba. El sol se escondía tras completar otro ciclo.

Intenté incorporarme, pero sentí una fuerte punzada en mi espalda, como si una enorme piedra me hubiese estado aplastando todo el día. Las piernas tampoco respondían y comenzaron a temblar. Por un momento, creí que no podría caminar, pero luché por sentarme en la cama y poner los pies en el suelo. El contacto me produjo un escalofrío placentero.

Me impulsé con cuidado y me puse de pie. Pero perdí el equilibrio y caí en la cama. Me estudié el cuerpo levantándome la ropa: no había ni una señal, ni un simple moratón, nada. Era tal el dolor que sentía que la presencia de alguna marca me habría consolado.

Volví a levantarme jadeando silenciosamente. Mantuve el equilibrio y me ayudé de los barrotes de la cama para avanzar hasta la terraza. Necesitaba sentir la brisa en mi rostro.

Pero, de repente, caí en la cuenta de algo extremadamente importante. Con rapidez me miré en el espejo mientras palpaba mi ropa. Llevaba puesto el mismo chándal que en el cementerio. Estaba manchado de barro y algo rasgado por las rodillas. Me descalcé y miré en mi calcetín. El simple gesto de inclinarme me hizo ahogar un grito de dolor. Sentí una punzada en el estómago, pero ahora no podía quejarme. Seguramente, me habrían registrado cuando perdí el conocimiento. «Por favor, por favor, que no me hayan quitado...»

Allí estaba la tarjeta, intacta.



De repente, la puerta se abrió sin que tuviera tiempo de volver a esconder la tarjeta. Apareció Enrico con una cara totalmente consternada. Se le veía agotado y, sobre todo, muy preocupado por mí. Intenté levantarme del suelo e ir en su busca, pero cuando ya estaba incorporada me tambaleé. Caí en sus fuertes brazos y me llevó de nuevo a la cama. Su respiración, normalmente armoniosa y apacible, estaba visiblemente agitada.

Me acarició las mejillas y me abrazó con fuerza. Después, se apartó y comenzó a palpar mis piernas.

—Quítate la chaqueta.

Bajé la cremallera y, con esfuerzo, me retiré la chaqueta hacia atrás. Levantó mi camiseta y comenzó a palpar mi estómago y mis costillas como si de un médico se tratase.

—¡Au!... —me quejé tan discretamente como pude.

—¿Te duele aquí? —preguntó, presionando en el costado.

—Un poco.

—Mentirosa... Tienes que quitarte la camiseta. Quiero ver tu espalda.

No le importó que estuviera en sujetador, lo único que Enrico quería era examinarme. Sabía que me habían pegado; más bien, que me habían dado un paliza de esas que nunca se olvidan y que te dejan en cama más de una semana.

Presionó mi espalda y me encogí. Ya no podía fingir por más tiempo. El dolor era espantoso. Me ardía todo el cuerpo y no podía disimular porque Enrico tocaba en el lugar preciso.

—Está inflamado, pero no hay ninguna señal. ¿Qué utilizaron?

Cerré los ojos e intenté ocultar mi rostro.

—Toallas... —susurré volviendo a revivir la escena.

Jamás podría olvidar el rostro impasible de mi padre mientras Valentino me pegaba con fuerza.

Enrico apretó la mandíbula y negó con la cabeza lleno de furia.

—Lo siento. Siento no haber estado allí.

Él no tenía la culpa y en aquel lugar no podría haber hecho nada.

—No lo sientas. Cristianno te necesitaba más que yo. No podrías haber evitado nada estando conmigo, y lo sabes, Enrico.

—Sí, lo sé, pero al menos te habría protegido.



—¿De qué? Te habrían descubierto y todo se habría ido al traste. No te sientas culpable. Estoy bien, algo... dolorida, pero se pasará. Supongo.

Introdujo su mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo una ampolla. La agitó haciendo que el líquido se tornara blanquecino y la abrió antes de entregármela.

—Tómate esto, te aliviará en unas horas —murmuró.

—¿Qué es? —pregunté casi al mismo tiempo que me lo introducía en la boca. Tenía un sabor amargo, como el limón, y escocía un poco. Hice una mueca al tragar.

—Es un fórmula que inventó Fabio para eliminar los dolores internos y evitar también posibles hemorragias o daños mayores. —Empecé a pestañear—. Ahora te dormiré y durante el letargo mitigará los dolores. Es un potente somnífero.

—Pero... tengo muchas preguntas que hacerte... —Me costó hablar; los párpados se venían abajo, como losas.

—No tenemos tiempo, Kathia. He conseguido colarme porque los he enviado a cenar. Hay dos guardias en la puerta vigilando. Y tenemos más de una docena de hombres abajo solo custodiando tu balcón. No pueden verme aquí dentro.

—Necesito... saber... —La cabeza comenzó a darme vueltas—. Quiero saber cómo... está... Cristianno.

—Tranquila, él está bien. Preocupado por ti, pero está bien. Ya le hemos curado y no ha sido nada. Solo un rasguño, la bala no llegó a penetrar. —Me incliné hacia Enrico sin poder controlar mis movimientos. Me tumbó y me cubrió con mi edredón—. Kathia, ¿todavía puedes escucharme?

Asentí con la cabeza, pero sin fuerzas para mantener los ojos abiertos.

—Bien, quiero que prestes atención, ¿de acuerdo? —Volví a asentir mientras la droga empezaba ya a aturdirme—. Adriano ha ganado las elecciones y celebrará su triunfo en el yate, mañana. ¿Recuerdas?

—Sí...

—Todo es una trampa. Quiero que no te separes de mí en ningún momento.

—¿Por qué me lo dices ahora?

—Porque no podremos volver a hablar de esto en otro momento.

—Podrías... podrías haberlo dicho antes de... darme... esto.

—Lo sé, pero no esperaba que hiciera efecto tan rápido. Kathia, por favor, tienes que hacerte caso, ¿de acuerdo? Los Gabbana van a hacer estallar el barco con todos dentro, y tú y yo tendremos que escapar antes de que ocurra. No puedes separarte de mí, ¿entendido?



—Sí... —Abrí la palma de mi mano en un último esfuerzo para entregarle a Enrico la tarjeta—. Toma, es... la tarjeta. Dentro de... la caja... hay unas... coordenadas...

Caí en un sueño profundo en el que Cristianno surgía de entre la neblina.

Cristianno

—¿Qué le han hecho? —pregunté a Enrico en cuanto entró en el salón de mi casa.

Él bajó la cabeza mientras Mauro se incorporaba en el asiento y lo miraba expectante. Todos estábamos ansiosos por saber cómo se encontraba Kathia. Incluso mi abuela, que no había podido dormir y se había quedado con nosotros en el salón.

Mi madre se frotó las manos.

—Habla de una vez, muchacho —dijo nerviosa.

—Le dieron una... paliza. —Enrico se mordió el labio inferior esperando mi reacción colérica.

Cerré los ojos mientras me mordía el puño fuertemente cerrado.

—Hijos de puta. ¿Quiénes había? —preguntó Mauro.

—Todos. Le pegaron con toallas para no dejar marcas.

—Para que se luzca preciosa mañana por la noche. Malnacidos —mi abuela tomó mi mano y se acercó a mi oído—. Tranquilo, mi pequeño, la sacaremos de allí y lo sabes. Pronto estarás con ella.

Aunque las palabras de mi abuela me dieron fuerza y sabía que eran verdad, no pude evitar saltar del sofá.

—Eso llevo diciéndome dos días. ¡Dos días, abuela! Pero no me consuela —grité irascible.

Salí de allí sabiendo que dejaba a mi familia más consternada de lo que ya estaba. Ellos estaban compartiendo conmigo cada minuto, para que la ausencia de Kathia no fuera tan dura. Había tomado somníferos para dormir, pero no me habían hecho efecto. Solo habían servido para traerme su rostro a mis sueños continuamente. Mi alma estaba en una de las habitaciones de la mansión Carusso.



Llegué a mi cuarto e intenté cerrar la puerta, pero Enrico me lo impidió. Me observó fijamente y, tras unos segundos de silencio, me cogió del brazo tirando hacia él. Me abrazó y yo me perdí en su pecho en busca de un consuelo que no encontraba.

— Solo unas horas, Cristianno. Después te irás con ella. Lo sabes, solo aguanta.

Me aparté lentamente.

— Lo sé, pero me resulta muy difícil la espera.

Enrico asintió con la cabeza antes de cerrar la puerta.

— Bien, ¿qué es lo que falta? — preguntó.

— Nada. Todo está listo.

— ¿Y el viaje?

— Fue lo primero que organicé.

Me llevaría a Kathia a Londres. Aquel lugar era de los pocos donde los Carusso no habían extendido sus redes. En casi todos los países había algún que otro infiltrado, no solo de los Carusso o los Bianchi, sino también de sus clanes hermanados, aquellas familias que habían preferido seguir con ellos a pesar de la traición.

Me atusé el cabello algo nervioso. Tenía miedo de que nada saliera como estaba previsto.

— ¿Y si nos equivocamos? Sabemos cómo es Virginia. Nos ha demostrado de lo que es capaz. No pondré en peligro la vida de Kathia otra vez.

— No fallaré. Londres no está tomada por ellos. Es el lugar perfecto.

— Sí, es cierto.

Enrico caminaba de un lado a otro, pensativo. Quería hacerme una pregunta y no sabía por dónde empezar.

— ¿Que haréis cuando cumpla los dieciocho? — preguntó por fin.

Lo miré como solo un hombre enamorado podía hacerlo. Un único pensamiento se cruzó en mi mente y Enrico supo captarlo. El resto de mi familia ya estaba enterada. Sabían cuáles eran mis planes y estaban seguros de que Kathia aceptaría. Tan seguros como yo.

Enrico sonrió y resopló al mismo tiempo.

— Es un paso trascendental, ¿lo sabes, verdad?

— Sí, pero estoy más que dispuesto.

— Quiero que me avises. Me gustaría estar presente en ese momento.

— Sabes que lo haré.





CAPÍTULO 40

Cristianno

Emilio apareció agarrando a Virginia del brazo. Parecía tranquila y no oponía resistencia. Incluso dejaba que asomara una sonrisa malévola de la comisura de sus labios. No quise mirarla, pero el cristal de la ventana me mostró su reflejo. Se atrevía a envalentonarse después de todo lo que había hecho.

Me levanté lentamente de la silla, contemplándola al fin. Estaba en lo cierto al pensar que sonreía.

Retiré a Emilio de un empujón y le di un bofetón a Virginia antes de cogerla del cuello. La arrastré hacia la mesa y coloqué su cabeza sobre la madera echando mano de mi pistola. La mataría allí mismo ¿por qué esperar?, ¿por qué tener compasión cuando ella no la había tenido ni con Fabio ni con Kathia?

Hundí la punta de mi pistola en sus rizos cobrizos y presioné con fuerza.

—¿Qué tienes que decir ahora, Virginia? Ya no está tú Jago para librarte de esta —mascullé encolerizado mientras quitaba el seguro del arma; estaba preparado para disparar, pero mis hermanos me retiraron a tiempo.

Forcejeé.

—Hijo mío, recuerda que tenemos un final mejor para ella —repuso mi padre mientras Emilio la arrastraba—. Sentadla —ordenó antes de que el rostro se le tensara—. Si no dejas de sonreír no volveré a detener a mi hijo.

Virginia cambió la expresión, pero no dejó de plantarle cara a mi padre. Branko, mi tío materno, se colocó detrás de su cuñado.

—¿Sabes lo que supone para mí que una traidora como tú haya usurpado mi apellido? No lo sabes porque solo eres una rata apestosa. Has jugado con mi nombre, has jugado con mi familia. Has matado a mi hermano pequeño. ¿Cómo has tenido valor? —dijo mi padre reprimiendo las mismas ansias que yo tenía de matarla.

Domenico presionaba el bolígrafo sobre la mesa. Incluso llegó a romper la punta de la rabia que le consumía. Tenía enfrente a la asesina de su hijo menor y era difícil mantener la calma.



— ¿Qué te ofrecieron? — preguntó Alessio.

— Nada.

— A Jago — repuse yo mientras mis hermanos me liberaban.

— No lo metas en esto — masculló Virginia, enfurecida.

Me abalancé a por ella dando un golpe en la mesa.

— ¡Y una mierda! ¡Tú metiste a Kathia!

— Ella se metió solita.

— ¿Sabes lo que pienso hacer? Matar a Jago como tú hiciste con mi tío.

Virginia sonrió soltando una carcajada.

— No, no lo harás, porque ellos tienen a Kathia.

— ¿Cómo te atreves a enfrentarte a mí? — masculló mi padre.

— ¿Tanto te interesa esa niñata, Silvano? No es más que una...

Alessio le cruzó la cara con el reverso de su mano y después se acercó a su oído.

— Meterte con ella supone meterte con nosotros, cuñada — dijo mi tío.

— ¡Fabio robó a los Carusso algo que les pertenecía! — clamó la pelirroja.

Domenico se alzó de la mesa, impetuoso, mientras todos le observábamos. Ella se asustó y entornó los ojos siguiendo los movimientos de mi abuelo, que se inclinó hacia Virginia y colocó su viejo rostro a solo unos centímetros.

— Mientes, fue al revés y lo sabes. No juegues al despiste con nosotros, Virginia — dijo mi abuelo.

Domenico miró hacia la puerta en el momento en que se abrió. Tras ella apareció uno de los guardias escoltando a mi abuela, Ofelia, que portaba una gran caja blanca. Se la entregó al escolta y miró a su marido. Domenico asintió con la cabeza mientras ella se acercaba hasta él.

Me sorprendió ver a mi abuela allí dentro. Siempre se había mantenido al margen, aunque yo sabía que le daba ideas a mi abuelo y que siempre apoyaba a la familia. Pero en aquel momento no se trataba de un simple negocio. Su hijo había muerto y quería mirar a la cara de la persona culpable de aquella desgracia.

Mi abuela miró a Emilio y le hizo un gesto con la barbilla. Este cogió a Virginia del brazo y la puso en pie. Ofelia la observó durante unos segundos con una templanza y frialdad que daban miedo. Después tomó aire y negó con la cabeza antes de que Domenico le colocara una mano en la espalda. Quería compartir el dolor con su esposa.



Sin previo aviso mi abuela le dio una bofetada que retumbó en todos los rincones del despacho. Creo que fue la más dura de todas, porque Virginia ni siquiera se atrevió a levantar la cara. Se ocultó bajo el flequillo y se quedó mirando el suelo.

Acto seguido, Ofelia escupió a sus pies. Virginia siguió sin mirar, pero se encogió aún más.

—Ni siquiera llegas al nivel de ese escupitajo. Eres bazofia. —Mi abuela miró hacia el escolta que había entrado con ella y asintió con la cabeza. El guardia enseguida abrió la caja y retiró el papel de seda que cubría el interior—. Pero, después de todo, voy a obsequiarte con algo. Adelante, Leandro, trae el presente a nuestra querida Virginia.

Leandro sonrió entre dientes y extrajo un vestido rojo de corte griego. Por un instante imaginé a Kathia con un vestido parecido a ese. El rojo le favorecía mucho más que cualquier otro color.

Virginia por fin miró y frunció el ceño al ver aquello. Sabía que algo se ocultaba tras aquel gesto y yo sonreí al verla por fin con rostro dubitativo y algo temeroso.

—Espero que sea de tu agrado. Es de diseño, concretamente de Roberto Cavalli. ¿Os he dicho que adoro a ese diseñador? —Mi abuela hizo una mueca—. No me gusta el corpiño en este tipo de vestidos, pero me he permitido una excepción contigo, ¿quieres saber por qué? —Me miró con fijeza.

Aquello significaba que me daba permiso para que yo continuara.

—El corpiño lleva unos filamentos de fibra de carbono rellenos de nitroglicerina. Se unen a un pequeño dispositivo que hay en la cintura; «tu marido» lo inventó. De esa forma no explotará antes de lo previsto —dije con sorna mientras acariciaba el filo de la mesa. Sabía que no me quitaba los ojos de encima. Me acerqué hasta la caja para coger un pequeño mando. Era plateado y tenía unos botones numéricos y tres más sobre la minúscula pantalla—. En el momento en que se presione este botón —dije señalándole el de color rojo— la nitroglicerina hará explotar un perímetro de quinientos metros. Espero que comiences a entender lo que te estoy diciendo.

Virginia tenía los ojos abiertos de par en par y sus pupilas temblaban. Ya no le quedaban fuerzas para burlarse. Estaba aterrada. Había entendido perfectamente. Ella sería la bomba.

Se humedeció los labios y se recompuso.

—Kathia estará en el barco. ¿También piensas hacerla saltar por los aires? —repuso, torciendo el gesto.

Sonreí imitando su expresión. Mi frialdad sorprendió a los presentes, que sabían que me descontrolaba cuando se mencionaba a Kathia.



—Para cuando tus extremidades se mezclen con las de los demás invitados, Kathia estará a salvo, conmigo.

Virginia apretó los dientes antes de enseñarlos cual perro rabioso.

—Irás a la fiesta y fingirás; eso se te da muy bien, ¿no es cierto? Si intentas quitarte el vestido, morirás. Y si piensas hacer alguna estupidez también morirás — continué explicando bajo la sonrisa de mis abuelos y de mis tíos.

—¿Y si les aviso? —Me provocó y yo caminé hacia su posición.

Me coloqué detrás de ella, retiré su cabello con delicadeza y acaricié su nuca. La piel de su cuello se erizó y su cuerpo se estremeció. Eso me dio más seguridad. Me incliné hacia su oído y lo rocé con mis labios.

—Mañana morirás de cualquiera de las formas. Pero puedes estar contenta, Jago te hará compañía.

Kathia

La suntuosa limusina negra se detuvo frente a una alfombra roja que llevaba a la pasarela del barco. Los fotógrafos y los periodistas se agolpaban a ambos lados de unas cintas custodiadas por el personal de seguridad. Gritaban y agitaban sus micrófonos y cámaras, histéricos por intentar hablar con el nuevo alcalde de Roma. Aquello parecía más el estreno mundial de una superproducción cinematográfica de Hollywood que una ceremonia política. Si supieran cómo terminaría la noche, seguro que estarían haciendo que sus portátiles echaran humo para escribir un artículo que describiera la masacre. Nadie que subiera a ese barco sobreviviría. Excepto Enrico y yo.

Quizá debería haberme sentido mal por lo que iba a ocurrir, quizá debería avisar a mi familia. Pero ya no sentía ninguna estima por ellos, solo odio. Que ardieran en el infierno era lo único que deseaba.

Casi todos los invitados habían llegado; ministros, magnates, aristócratas...

Valentino me observó las piernas y se bebió la copa de champán de un sorbo. Después, echó un vistazo a los fotógrafos.

—No deberías haberte puesto un vestido corto. Se trata de una ceremonia, no de un cóctel ni nada parecido. ¿Acaso no te han enseñado las reglas del protocolo, niña?



Lo que realmente le fastidiaba es que la marca de mi ropa fuera Dolce & Gabbana. ¡Ja!, que ironía.

—No seré tan niña si me quieres convertir en tu esposa —repuse con desdén.

Quiso contestar, pero le interrumpió el nuevo chófer.

—Cuando esté listo, señor Bianchi.

—Ya lo estoy —contestó con arrogancia. Lo miré con fijeza y sonreí.

La pierna me quedó al aire cuando empecé a salir del coche. Era un vestido entubado y de escote pronunciado; la falda tenía una abertura desde la rodilla hasta el muslo, así que quise aprovecharla. Me pareció gracioso ver cómo los fotógrafos se peleaban por conseguir una instantánea de mi pierna semidesnuda. Quería provocar y lo estaba consiguiendo. Me retiré el cabello y volví la mirada hacia Valentino.

—Hoy a cualquier persona la llaman señor o caballero. Que contrariedad, ¿no te parece? —Salí del coche con aire de superioridad.

La Kathia arrogante y calculadora en la que me habían convertido en tan solo unos días me hacía sentir poderosa. Pero Valentino no se quedó de brazos cruzados. Me cogió de la cintura y esperó a que todos los flashes estuvieran en nuestra dirección para soltarme un beso. No un beso cualquiera, sino un beso digno de grabar. La mitad de Roma me habría colgado por pensar que los labios de Valentino me resultaban asquerosos. Todo el mundo estaba loco con aquel muchacho de veinte años. De hecho, todo el mundo lo admiraba, aunque si la prensa hablaba de él era porque no podía hacerlo del menor de los Gabbana, que se lo tenía prohibido, y por tanto debía alimentarse de las sobras, es decir, de Valentino.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté furiosa alejándome de sus labios.

—Besar a mi futura esposa.

—Deja de decir eso de una vez. Me dan náuseas cada vez que lo escucho.

Me empujó hacia los periodistas para que empezaran las preguntas. No estaba dispuesta a escuchar nada, pero me fue imposible zafarme. Debía aguantar y las miradas de Enrico, desde el barco, me lo confirmaron.

—¿Por qué os casáis tan jóvenes?

—Eso mismo le pregunto yo —intervine mirando a Valentino expectante.

Él me devolvió una mirada cargada de furia pero supo disimular.

—Bueno, nos amamos demasiado y es una tontería esperar, ¿no es cierto, cariño?



Si las miradas matasen, Valentino habría caído fulminado. Me lo quedé mirando con cara de póquer hasta que dejó de hablar y se despidió de todos los periodistas.

—Eres un hijo de...

—Dime una cosa, Kathia —me interrumpió—, ¿por qué te resistes? ¿Por Cristianno? —Apreté los dientes al escuchar su nombre—. Cuidado con el escalón.

Como el gran «caballero» que era, Valentino pasó primero y se puso a hablar con los invitados reunidos en la cubierta de proa.

Sin poder evitarlo, miré hacia el puerto. Sabía que no los vería, pero me encantaba pensar que estaban allí, escondidos en alguna parte. Por un momento creí que les tenía a mi lado, y aquello me dio fuerza.

En cubierta, me quité el chaquetón. No es que hiciera calor, pero quería exhibir aquel maravilloso vestido, lo que provocó no pocas miradas, algunas de ellas procedentes de los camareros. ¡Los camareros! Ellos no tenían la culpa de nada y sus vidas...

Entonces, sentí una caricia conocida en mi brazo.

—Estás preciosa —susurró Enrico en mi oído antes de que me diera la vuelta y le mirara—. ¿Estás bien?

—Todo lo que uno puede estar en una situación como esta. —Me obligué a sonreír—. Tengo ganas de que todo termine.

—Solo quedan un par de horas. ¿Recuerdas lo que te he dicho?

—Perfectamente.

—Por favor, Kathia, no te pierdas de vista. Saldremos del barco quince minutos antes de la explosión.

Volví a mirar a los camareros, a la orquesta. Todos ellos morirían. Y mi familia... también.

—Aquí no hay gente inocente, Kathia. Todos están implicados. —Enrico interrumpió mis pensamientos—. Desde el primer camarero hasta el último violinista. Todos saben lo que se cuece aquí.

Los miré de nuevo y escudriñé en sus ojos. Seguramente era cierto, y mis ojos inexpertos no lo habían descubierto. Tenía que aprender tantas cosas...

—No te lamentes, porque no hay nada que lamentar.

—Quince minutos antes de las doce —susurré mirando el suelo.

—Quince minutos.



—Por favor, presten atención, será solo un momento —dijo Valentino subido en el escenario.

Le miré temerosa presintiendo lo que se disponía a hacer.

—Quiero aprovechar esta pequeña reunión para hacer publico algo muy importante para mí.

«Pequeña reunión, será imbécil.»

—Kathia, mi amor, ¿por qué no te acercas?

Me sonrojé al percibir las miradas de todos los asistentes. Di un paso atrás, pero Enrico lo evitó.

—No pienso ir —musité, negándome.

—Quince minutos antes de las doce, ¿recuerdas? —me animó Enrico indicándome con la mirada que caminara hacia Valentino.

«Cristianno, en un rato estaré contigo», pensé mientras fingía una sonrisa.

Subí al escenario y Valentino cogió mi mano.

—Bien, todos sabéis que esta es una noche muy importante. Pero no solo porque estamos aquí reunidos celebrando que mi padre ha ganado las elecciones, aunque... ¿quién lo dudaba? —Todos rieron con aquel chiste sin gracia—. También porque quiero deciros que estoy enamorado. —Se oyó un «¡Oh!» al unísono. Repugnante—. Y quiero que todos seáis testigos de este momento. —Valentino me miró y se acercó a mí—. Kathia, ¿quieres casarte conmigo?

Mi corazón se paralizó y todos los invitados dejaron de respirar para escuchar la respuesta. Se les notaba locos de contento. Enrico se atusó el cabello con nerviosismo y mi padre me hacía señas con los ojos para que dijera el puñetero «Sí, quiero» de una vez.

Entonces, vi a Virginia apoyada en la barra, que me miraba por encima de su copa mientras Jago le besaba el cuello. No me casaría con Valentino, solo debía fingir que sí lo haría.

Lo miré y sonreí.

—Sí, claro que sí. —Solo Enrico supo comprender la sorna de mis palabras.

Estallaron en aplausos mientras soportaba los besos de Valentino. Me abrazó con fuerza.

—Has estado genial —susurró.

—Lo sé. Ahora, si me disculpas, tengo que ir al lavabo. Me han entrado ganas de vomitar.



Me alejé deprisa esquivando a toda la gente que se empezaba a agolpar alrededor para felicitarnos. Descendí unos escalones y entré en una pequeña sala. Después crucé un pasillo hasta los lavabos. Entré empujando con fuerza. Necesitaba estar sola, aunque solo fueran cinco minutos.

Me humedecí la cara y me contemplé en el espejo cuando vi que el pomo de la puerta giraba. La persona que menos esperaba apareció con una gran sonrisa en su cara.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí. La señora Bianchi —dijo Virginia con chanza mientras cerraba la puerta y se apoyaba en ella.

Cerré el grifo y me di la vuelta. La miré de arriba abajo y sonreí.

—Sabes, Virginia, me pregunto si te sientes cómoda con ese vestido. La verdad es que es un corte muy caído para que lleves corpiño. —Torcí el gesto cuando ella endureció sus facciones. Sus ojos miel se tornaron carbón. —¡Ah, perdona, no es un corpiño! Lo olvidaba, lo siento.

Cristianno

Me puse rígido en cuanto escuché la voz de Kathia por el auricular que llevaba en la oreja. Toda mi familia me observó, y Mauro me colocó la mano en el hombro y la apretó levemente para tranquilizarme. Ya había escuchado demasiadas cosas aquella noche (una de ellas, el compromiso de Valentino y Kathia) y lo único que quería era ver aquel barco estallar con todas las ratas dentro.

Me apoyé en el capó de uno de los coches y me crucé de brazos. —Tú eres tan traidora como yo —dijo Virginia con tono altivo—. No te hagas la tonta, sabes de lo que hablo.

Al parecer, Kathia la miró incrédula.

—Al menos yo no he matado a nadie —masculló.

—Lo harías —dijo Virginia.

—Sí, pero no del mismo modo que tú. Si no le amabas, solo tenías que alejarte. Pero preferiste traicionarle y permitir que lo mataran.

Miré de reojo a los demás. Todos escuchaban atentos. Mauro, Eric y Alex parecían orgullosos de que Kathia estuviera hablando con tanto aplomo.



— Tú no sabes nada de eso — farfulló Virginia.

— Lo vi todo. Estuve allí y vi cómo caía. Cómo se desangraba. Tu amor por otro le llevó a la tumba. Y ni siquiera derramaste una lágrima. Eres una sucia ramera.

En ese momento fue mi padre quien se tensó al percibir la angustia en la voz de Kathia. Ella había sido testigo de la muerte de Fabio y a todos nos dolía que hubiera sido así.

Se oyó un golpe seco y yo me incliné hacia delante para atisbar hasta el último rincón del yate. Desde aquella parte del puerto no se podía ver mucho, solo se apreciaba la gran cantidad de luces y el rastro de la orquesta que llegaba mezclado con la brisa y el sonido del mar.

— ¿En qué piensas mientras te acuestas con él? — preguntó Virginia, mientras Kathia jadeaba. Intentaba soltarse de algo.

— ¿En qué debería pensar? — gimió Kathia.

— ¡Basta! — grité cogiendo mi pistola y cargándola. Antes de que pudiera dar un paso, mi primo me detuvo —. ¡Pienso coserla a balazos!

— Cristianno, no parece que necesite ayuda — añadió Alessio que fumaba con aparente tranquilidad apoyado en su coche.

— Pelea de gatas — dijo guasón Valerio antes de que lo fulminara con la mirada.

— No, Valerio, ni se te ocurra bromear con esto — le apunté con mi dedo índice.

— En la traición no eres menos zorra que yo — seguía diciendo Virginia.

Apreté la mandíbula y caminé hasta mi padre. Tenía las manos guardadas en los bolsillos de su gabardina y observaba el barco.

— Si vuelve a insultarla te juro... — No me dejó terminar.

— Te quedarás ahí quieto — masculló.

— Yo, al menos, no finjo amar a los dos. Solo amo a Cristianno y con él tengo más que suficiente. En cambio a ti no te bastó con uno. Tenías que acostarte con los dos.

Escuchar a Kathia decir que me amaba era superior a mis fuerzas, mi respiración se paralizó bajo la sonrisa comprensiva de mi padre.

— Debería haber matado a Cristianno. Seguramente, todavía esté a tiempo si se lo digo a Valentino — dijo Virginia.

De fondo, escuché la respiración agitada de Kathia.

— Si le tocáis un pelo te juro que tú serás la primera en mi lista de muertes.



—¡Esa es mi chica! —exclamó Alex dando una patada al aire—. Silvano, creo que tu hijo por fin ha encontrado la horma de su zapato. —Terminó sonriendo, como todos.

A esas alturas, todos adoraban a Kathia.

—No tienes valor —masculló la pelirroja.

—No vuelvas a mencionar su nombre. No te acerques a él. Te mataré mil veces si hace falta —repuso Kathia con una voz que jamás le había escuchado. Realmente, parecía furiosa—. No me subestimes. Bajo este vestido hay mucha más mujer que tú. Y ahora, si me permites, debo volver. Me están esperando.

—Como si te importara —susurró Virginia.

—No, tienes razón, me importa una mierda quien esté allí arriba, porque lo que realmente amo no está en este barco. Porque daría cualquier cosa por llevar el apellido que tú has deshonrado. No has sido una buena Gabbana. —Kathia salió de aquel lugar.

Mi familia no cabía en sí de gozo tras haber tenido el privilegio de escuchar lo que acaba de decir Kathia.

«Muy pronto serás una Gabbana, te lo prometo», dije para mis adentros.

—En fin —suspiró Virginia—. Siéntete orgulloso, Cristianno. Es la última vez que la oirás hablar.

Miré a mi padre mientras escuchaba cómo Virginia empujaba a Kathia. Cogí los prismáticos que portaba Emilio y los guié hacia el barco con la esperanza de verla, pero todavía estaban abajo.

—¡Joder! —grité, volviendo a mirar a mi padre.

—¿Crees que soy tan estúpido como para ignorar que ibas a traicionarnos de nuevo? —habló mi padre dirigiéndose a Virginia.

Me detuve frente a él.

—Silvano, tengo a Kathia. Deberías rendirte. Termina con esto de una vez. Hemos ganado —dijo Virginia.

Volví a cargar mi arma mientras Alex me lanzaba varios cargadores y un silenciador.

—No, mi querida Virginia, esto termina cuando yo lo diga. —Mi padre desconectó el micrófono para que la pelirroja no pudiera escuchar lo que hablaba, pero sí continuamos escuchándola a ella. Kathia gimió por un golpe mientras mi padre miraba el reloj—. Tienes diez minutos para sacarla de allí, ni uno más, como tú bien dijiste. En trece minutos el barco explotará —me dijo mi padre mientras cerraba los ojos al escuchar a Kathia gemir.



Asentí con la cabeza y sin pensarlo me quité la gabardina para que no me estorbara para nadar. Me alejé de ellos con rapidez enroscando el silenciador de mi pistola.



CAPÍTULO 41

Kathia

Salí del lavabo y atravesé el pasillo cuando Virginia me lanzó al suelo con fuerza. En ese momento descubrí el auricular que llevaba en la oreja. Los Gabbana debían de estar escuchando nuestra conversación y no quise que me oyeran lamentarme por el dolor. Pero lo cierto es que aquel simple y débil empujón había despertado las lesiones internas dejándome aturdida por un momento.

—Silvano, tengo a Kathia. Deberías rendirte. Termina con esto de una vez. Hemos ganado —dijo contenta Virginia, cometiendo el fallo de darme la espalda.

«No habéis ganado. No dejaré que ganéis.»

Le di una patada en la pierna antes de levantarme. Gracias a la abertura de mi vestido pude moverme con agilidad. No estaba acostumbrada a pelearme, y menos a hacerlo con una persona que parecía tener experiencia, pero no me di por vencida.

Virginia me dio un bofetón y yo arremetí dándole un puñetazo en el pecho. Se le escapó un gemido al toparse con una estatua y caer. Me lancé sobre ella aprovechando que estaba en el suelo y le di varios puñetazos en la cara. Aun así, pudo cogerme del pelo y estirar hasta que la solté.

Me levantó del suelo sin dejar mi larga melena y se acercó hasta la mesa que había en aquella sala. Cogió un abrecartas y me lo puso en el cuello.

—No hagas tonterías, ¿de acuerdo?

Caminamos hacia la cubierta. No opuse resistencia, esperando el menor descuido para contratacar.

El primer rostro que vi después de subir los escalones fue el de mi cuñado. Al parecer, ya estaba al tanto de todo y cuando me vio cerró los ojos con dolor. La situación se había complicado y él lo sabía. Lo sabía muy bien.

Los invitados iban soltando grititos de sorpresa y se iban separando en grupos conforme Virginia pasaba entre ellos. No dejaba de presionar el abrecartas sobre mi cuello.



— Angelo, tenemos un problema — gritó Virginia, ante el rostro impassible de mi padre.

Sin duda no me lamentaría de que él muriera en ese barco porque estaba claro que a él mi vida le importaba bien poco. Ni siquiera se inmutó, y mi madre... tampoco. Enrico mantuvo el tipo. Ser descubierto en medio de todos habría supuesto mi muerte y la suya.

— Quiero que todos salgáis del barco.

— ¿Por qué? — preguntó Valentino desde el fondo de la cubierta.

Le habíamos interrumpido una conversación bastante caldeadita con una morena de metro ochenta.

— Los Gabbana nos vigilan desde alguna parte del puerto y el vestido que llevo va cargado de nitroglicerina. Tienen intención de hacerlo explotar, pero dudo que lo hagan si tengo un seguro de vida como este — dijo, mirándome con desprecio.

La mayoría de invitados empezaron a correr despavoridos por el barco. Nos encontrábamos a bastantes metros del puerto, pero la gente no dudó en saltar por la borda. Perdí a Enrico de vista entre el tumulto.

En menos de unos segundos, se formó un caos apoteósico. Todo el mundo gritaba y corría de un lado al otro mientras yo seguía prisionera bajo los brazos de Virginia.

— ¿Qué opinas ahora, Silvano? Si haces estallar la bomba, Kathia morirá conmigo. Así que dile a tu hijito que la desconecte si no quiere recoger a su novia en trocitos.

— ¡No! — grité, antes de darle un codazo en la nariz.

El abrecartas me hizo un rasguño en el cuello, pero cayó al suelo.

Y yo aproveché para salir corriendo en busca de Enrico mientras me limpiaba la sangre.

Cristianno

Me aferré a un cabo y empecé a trepar. Había tenido que nadar desde la bahía, pero ya estaba allí. Me sujeté a la barandilla y me impulsé hacia dentro de la cubierta de popa lo más silenciosamente que pude. Me pareció escuchar la voz de Virginia.



Me agaché y empuñé mi arma. Miré a ambos lados y comencé a caminar agazapado hacia la cubierta principal. Me escondí tras una columna intentando descubrir dónde estaba Kathia, pero no pude ver nada.

De repente, alguien apareció detrás de mí y me cogió del cuello. Con agilidad, me escabullí de aquellos fuertes brazos. Le di un puñetazo y él me respondió de la misma forma. No dudé en disparar. El tiro se ahogó con el silenciador.

El cuerpo sin vida de aquel matón cayó sobre mí con los ojos aún abiertos. Lo arrastré hacia la barandilla y lo empujé al mar. El ruido tampoco trascendió, confundido con el caos que invadió de golpe el barco. La gente comenzaba a correr sin saber adónde ir. Gritaban atemorizados al descubrir que Virginia portaba una bomba.

Mis sentidos me alertaron de la presencia de alguien más a mi espalda. Me concentré y esperé a que estuvieran cerca. Entonces arremetí dándole a uno de ellos un fuerte golpe en el estómago. Vi a otro y le disparé en la cabeza. El primero se removió en el suelo queriendo escapar. Apreté el gatillo.

Virginia continuaba allí. Sujetaba a Kathia y la amenazaba con un objeto punzante en la garganta.

¡Mierda! El peor de mis temores estaba delante de mí. Si delataba mi presencia no podría salvar a Kathia.

—¿Qué me dices, Cristianno? —preguntó mi padre esperando que yo decidiera.

—Dime cuántos minutos quedan —mascullé observando los ojos encolerizados de Kathia. Estaba a unos metros de ellas, pero pude ver el resplandor del gris de sus ojos.

—Ocho minutos para la explosión.

—¡No! —clamó Kathia, propinando un codazo en la nariz a la pelirroja.

Virginia calló al suelo y Kathia echó a correr entre la gente, por la parte de estribor, hacia la popa del barco.

—Estaremos fuera en cinco —dije.

Eché a correr en su busca, pero yo lo hacía en paralelo a ella, por babor. Cuando me dispuse a girar hacia el otro lado, alguien me disparó. Resbalé y me escondí. Tenía que esperar a que el que me había disparado apareciera y atacar de improviso.

Así fue.

Un sicario robusto apareció y yo le di en la cabeza con la culata de mi arma. Se arrodilló y presioné su cabeza contra mi estómago antes de partirle el cuello en un gesto preciso y rápido.



Varios hombres más corrían hacia mí desde proa. Me escondí tras uno de los salientes que servían de entrada a la parte inferior del yate. Disparé uno a uno. Cambié el cargador.

— Minutos — le dije a mi padre mientras cargaba el arma.

— Cuatro.

Apunté y continué hacia la popa, agazapado. Llegué al final a la misma vez que Kathia.

Se detuvo al verme. Apunté en su dirección. Nuestros ojos se miraron fijamente. Ella sabía lo que me proponía hacer. Deslicé mi dedo por el gatillo y disparé con precisión.

Kathia

Cristianno apuntaba con una pistola en mi dirección. Su rostro se mostraba absolutamente inmutable, ni siquiera parpadeaba. Solo me miraba con firmeza; al parecer, estaba calculando algo. Le devolví la misma mirada de seguridad. Quería que supiera que no tenía ningún miedo si estaba con él.

Sus ojos se movieron ligeramente y capté el mensaje. Parpadeé para hacerle comprender que le había entendido. Dibujé una débil sonrisa antes de apartarme.

Noté la velocidad de la bala cuando rozó mi cabello, pero no me tocó. Cristianno había disparado con una maestría insuperable. El hombre cayó al suelo antes de que pudiera apartarme. Su brazo armado rebotó en mis pies, pero ni lo miré. Teníamos que salir de allí cuanto antes.

Cristianno me abrazó con fuerza después de guardarse el arma detrás de la espalda. Se aferró a mi cintura respirando agitado, casi jadeando. Y yo no pude hacer otra cosa más que comenzar a sollozar. No cayó ni una lágrima de mis ojos, pero estaba a punto de derrumbarme. Cristianno me abrazó con más fuerza y pude sentir la piel de su cuello en mis labios.

Se separó un poco y cogió mi rostro entre sus manos. Me besó con premura.

— Dime que estás bien. ¡Dímelo! — exclamó hablando a unos centímetros de mi boca.

— Sí, estoy bien. Estoy bien.



Me miró el cuello y retiró la sangre que había con sus dedos. Después besó la pequeña herida y volvió a besarme en los labios.

—Minutos —dijo como al aire. Deduje que llevaba un micrófono—. Tenemos que irnos.

—Pero Enrico...

Me hizo callar para prestar atención a lo que le decían.

—Enrico está fuera. Sabe que estás a salvo.

Ahora era yo la que me lancé a besarle.

—Conmover. Es maravilloso ver a los amantes tan acaramelados —dijo Valentino a mi espalda.

Cristianno me empujó y reboté contra la barandilla del barco. Cuando quise mirar ya estaban forcejeando. Valentino le dio un puñetazo y arremetió dándole una patada en las costillas. Cristianno se tambaleó pero enseguida se lanzó a por él y le reventó la nariz.

Valentino comenzó a sangrar y se llevó la mano a la nariz instintivamente. Vio la sangre y se lanzó a por Cristianno. Consiguió estamparlo contra el suelo y empezó a presionar su cuello. Ni siquiera lo pensé; me colgué del cuello de Valentino con fuerza. Este se removió y me empujó dándome un revés. Caí al suelo como una pluma insignificante. Me irritó parecer tan poca cosa.

Me incorporé en el suelo mientras veía cómo Cristianno dejaba inconsciente a Valentino a base de golpes en la cara. Después, se acercó a mí y me retiró el cabello antes de levantarme.

Comenzamos a correr, esta vez hacia la proa del yate, sorteando cadáveres y surcos de sangre. Sabía que Cristianno los había matado a todos. Cuando quisimos bordear la pasarela, encontramos a Virginia que sonrió, feliz, al vernos. Estaba algo despeinada y se había descalzado. Pude ver restos de sangre en sus pies.

Agitó su cabello cerrando los ojos; Cristianno aprovechó aquel gesto para echar mano de su pistola sin dejar de sostener mi mano. Pero en ese momento escuchamos un repetido chasqueo de la lengua detrás de nosotros, como negando.

Contuve el aliento y presioné la mano de Cristianno. Alguien apuntaba mi cabeza con una pistola. Virginia comenzó a reír casi con carcajadas. Incluso aplaudió. Se vio salvada.

—Deja tu arma tranquila, Cristianno —dijo con sorna.

Cristianno hizo caso y miró de soslayo a la persona que me apuntaba. Era Jago y también sonreía.



—En fin, según este chisme quedan menos de dos minutos para que la bomba estallé, ¿no es así, Silvano? —dijo Virginia mientras miraba su reloj.

Cerré los ojos y volví a apretar la mano de Cristianno. Los abrí y le envié una mirada perspicaz y segura. Él me devolvió exactamente la misma expresión.

—Supongo que todos viajaremos juntos al infierno —añadió la pelirroja acercándose a nosotros.

El arma de Jago presionó aún más mi cabeza y me obligó a inclinarme. Solo durante un instante, porque después fui yo quien presionó en sentido contrario. Cristianno frunció los labios al comprender mis intenciones. No sabía si saldría bien, pero la confianza que Cristianno depositó en mí a través de su mirada hizo que me sintiera segura.

Solo tendría que seguir la estela de sus movimientos y después saltar con rapidez.

—Cuarenta segundos —dijo Virginia mirando a su amante.

—Vuestras últimas palabras —ironizó Jago. Parecía que le diera igual que fuera a morir. O ¿confiaba en que Virginia no estallaría teniendo a aquellos rehenes consigo?

—Sí... —Cristianno torció el gesto mostrando una mirada de lo más siniestra.

—Pues date prisa. Solo tienes treinta y cinco segundos. Virginia taconeó el suelo de madera, mientras sonreía y se acercaba a su amante.

Cristianno me miró con fijeza.

—Solo tienes que sostener el arma con fuerza y estar segura de lo que vas a hacer —me explicó mientras los amantes se besaban con un ardor repugnante.

Cristianno me estaba dando instrucciones. Jago entrecerró los ojos sin dejar de besar a Virginia. No había captado nada, pero algo no le cuadraba.

Alcé el mentón y me humedecí los labios de forma insinuante.

—Veinte segundos —canturreó Virginia paseando su lengua por los labios de Jago.

—¿Dónde tengo que apuntar? —pregunté lista para que Cristianno actuara.

—Hazlo en la cabeza —me dijo frunciendo los labios y asintiendo.

Ahora era yo la que torcía el gesto.

—Cuando quieras, amor —dije mientras Cristianno se mordía un labio.

Solo diez segundos.



Cristianno dio un fuerte golpe al brazo de Jago y la pistola cayó al suelo. Virginia se retiró sobresaltada mientras yo me agachaba a por el arma. Ella comprendió al fin nuestra conversación y se llevó las manos a la cabeza mientras negaba.

Por un momento, todo se ralentizó y los acontecimientos parecieron desencadenarse a cámara lenta. Cogí la pistola y me levanté del suelo con decisión.

«Sostener con fuerza y seguridad. Apuntar a la cabeza», repitió mi mente antes de disparar a Jago.

Cayó al suelo mientras un pequeño hilo de sangre brotaba de su frente. Había disparado en su cabeza, como Cristianno me había dicho. No sentí nada, solo un pequeño temblor en las piernas y en las manos. Virginia gritó intentando socorrer a Jago mientras yo soltaba el arma. Cristianno me cogió del brazo y me arrastró hasta la barandilla.

Colocamos los pies casi al unísono cuando solo quedaban tres segundos, tal vez menos.

— ¡Salta! —gritó Cristianno, aunque ya estábamos flotando en el aire.

Noté el agua en mi cuerpo a la vez que el barco explotaba. Una fuerza impetuosa nos arrastró hacia el fondo haciendo que nuestras manos se separaran.

El mar me absorbió bajo una lengua de fuego. Todo se iluminó con una luz anaranjada. Sentí una fuerte opresión en el pecho y calor, mucho calor. Estaba bajo el agua y sentía cómo la piel me abrasaba.



CAPÍTULO 42

Kathia

Comencé a impulsarme hacia la superficie entré un millón de burbujas. Pero la fuerza que me engullía era demasiado arrolladora.

Agité los brazos y los pies con determinación para conseguir alcanzar la superficie con rapidez. No podía rendirme, debía saber si Cristianno estaba bien y reunirme con él.

Por fin, mis dedos salieron del agua y después mis brazos. Saqué la cabeza tomando aire desesperadamente mientras tosía y escupía agua caliente. A mi alrededor flotaban trozos de madera ardiendo y pedazos del yate en un paisaje devastador. Miré a todos lados, pero ni rastro de Cristianno.

—¡Cristianno! ¡Cristianno! —grité entre el murmullo persistente de las llamas.

No aparecía y la angustia comenzó a invadirme, hasta el punto que me costaba mantenerme a flote.

—¡Cristianno! —Volví a gritar antes de sumergirme para buscarlo bajo el agua.

No aguanté mucho, estaba demasiado asustada como para mantener la respiración el tiempo suficiente. Salí de nuevo a la superficie retirando mi cabello y resoplando desesperada.

¿Y si la fuerza de la explosión lo había ahogado? ¿Y si se había dado un golpe con algo? ¿Y si... había muerto? ¡Oh, Dios mío!, aquello sí era sentir miedo. Si le perdía, todo se acababa para mí.

Sola, entre los escombros y las llamas, cerré los ojos. El agua volvía a estar helada y noté cómo el frío se adueñaba de mí. Decían que la hipotermia proporcionaba una muerte dulce. Quizá no sentiría dolor cuando abandonara mi cuerpo.

Entonces, alguien tiró de mi brazo. Cristianno me abrazó antes de que pudiera reaccionar. Me enganché a su cuello gritando su nombre mientras sentía que mi corazón volvía a la vida más agitado que nunca.

—¡Oh, gracias, gracias! ¿Estás bien? —dije atropelladamente mientras le besaba.



—La onda explosiva me arrastró. Eso es todo, cariño. No te preocupes. — Acarició mi mejilla y se fijó en mis ojos enrojecidos —. Tienes que nadar, ¿de acuerdo? Tienes que hacerlo muy rápido. Tenemos que llegar hasta la bahía —gritó Cristianno mientras me arrastraba para que comenzara a hacerlo.

No había mucha distancia, pero el agua estaba muy fría y me costaba avanzar con aquel vestido.

«Nada, vamos. Solo quedan unos metros», me decía a mí misma. Y eso fue lo que hice. Me concentré en llegar lo antes posible.

Conforme nos acercábamos, vi a varias personas esperando, preparadas para sacarnos del agua. Tensé mis brazos y continué nadando con fuerza.

—Vamos, cariño, solo quedan unos metros —me animó Cristianno mientras escupía agua por la boca.

—Recuérdame... que nunca hagamos... un crucero —dije costosamente. Me faltaba la respiración, pero quise relajar a Cristianno. Vi que lo había conseguido porque me miró riéndose.

Cristianno alcanzó el dique del puerto y me extendió la mano para arrastrarme a su lado. Reboté contra su cuerpo y me cogió de la cintura. Varios hombres asomaron sus brazos para que pudiera aferrarme a ellos y subir. No había ninguna escalera, por lo que tendrían que tirar de mí a pulso.

Las manos de Cristianno impulsaron mi cuerpo desde la cintura y pude agarrarme a los brazos de un hombre. Con facilidad, me sacó del agua y me dejó sobre el suelo. Enseguida se volvieron para coger a Cristianno.

Estaba completamente aterida. El frío punzante era lo único que sentía y no podía controlar los tiritones que recorrían mi cuerpo. Casi entre convulsiones distinguí a Silvano, que se abría paso entre sus hombres y caminaba hacia mí aceleradamente. Se quitó su gabardina y la pasó por mis hombros, ayudándome a introducir los brazos en las mangas. Su calor me inundó, y sentí una extraña y protectora sensación.

Puso mi cara amoratada entre sus manos y me contempló con orgullo antes de darme un beso en la frente.

—Cuida de mi hijo, Kathia —susurró apoyando su frente contra la mía.

Asentí con un siseo. Reconocía esas palabras. Fabio ya me las había dicho antes.

Cristianno



Valerio se acercó hasta mí con un sobre entre sus dedos en cuanto Emilio y Leandro me subieron a pulso al muelle. El agua chorreaba por todo mi cuerpo y estaba dejando completamente empapados a todos los que me rodeaban. Alcé la vista en el momento en que mi padre se alejaba de Kathia y ella se perdía entre los brazos de mi primo. Alex y Eric también se unieron a aquel abrazo, hasta que llegó Alessio. La miró durante unos segundos, cogió su rostro entre las manos y después la besó.

—Cristianno —dijo Valerio llamando mi atención—, en este sobre tienes lo necesario para llegar a Londres, pero tenéis que hacer un alto en Zúrich y guardar el contenido de la caja de Fabio en el banco. Timmo ha abierto una cuenta nueva y allí estará seguro —siguió informándome mi hermano.

Asentí con la cabeza y abrí el sobre. No me detuve mucho, pero sabía que aquellos papeles eran importantes.

—¿Dónde está el resto del contenido de la caja? ¿Es solo esto? —pregunté extrañado.

Yo no había estado presente en el momento en el que la abrieron, así que no sabía qué habían encontrado.

—Solo son unos papeles en los que se hace referencia a unas coordenadas. Aún no he localizado el lugar en el mapa, es como si se tratara de un lugar imaginario, pero te informaré de cualquier novedad —dijo Valerio cogiendo de nuevo el sobre para cerrarlo en cuanto terminé de leer.

—De acuerdo. ¿Y no había un diario ni nada parecido?

—No, lo siento.

Diego interrumpió la conversación agitándose el cabello. Yo sabía lo significativo que era aquel gesto viniendo de alguien que no mostraba cariño a nadie.

—Deberíais iros, Cristianno —dijo con una mirada también significativa.

Me despedí del resto de mi familia antes de hacerlo de mi padre. A él le dejé el último porque era de quien más me costaba alejarme.

—Te llamaré en cuanto llegue, lo prometo —dije pensando en mi madre—. Cuida de mamá y dile que la quiero mucho. También a la abuela, ¿de acuerdo?

Miré al suelo, no quería que me encontrara débil. Colocó sus manos en mis hombros y apoyó su cabeza en la mía.

—Esteréis bien, y cuando todo esto pase, volverás a casa, a Roma, y con ella de la mano.

—Lo sé, papá.



—Pues entonces, alégrate, y procura protegerla y hacerla feliz. —Me abrazó durante unos segundos mientras susurraba en mi oído —: Fabio estaría orgulloso de ti. —Se recompuso—. Y ahora, largo.

Caminé sonriente hasta el Maserati Gran Turismo que mi padre me había proporcionado para la ocasión. El Bugatti tendría que esperar hasta mi vuelta.

Me monté en el coche dejando a mi familia reflejada en el espejo retrovisor. Kathia me observó en medio del silencio armonioso del interior del vehículo. Solo se escuchaba el sonido apacible del motor. Tras unos segundos, alargó su mano y acarició mi mejilla con delicadeza. Cerré los ojos pensando en cómo podía haber vivido sin ella todos esos años. Acaricé su mano y besé sus dedos.

Llegamos a Roma, pero evité atravesar la ciudad. Los Carusso debían de estar realmente cabreados, y sus hombres, preparados para actuar ante cualquier movimiento sospechoso.

Kathia tenía la cabeza apoyada en el cristal y presionaba con delicadeza la sien con sus dedos. Daba la impresión de que se había dormido, pero permanecía despierta.

Tomé el desvío tras pasar el Foro Itálico y me dirigí a la casa de mis abuelos. Estaba situada entre una arboleda en el límite de la ciudad. Se trataba de una mansión algo austera, si se comparaba con otras fincas y mansiones de los Gabbana, pero con mucho encanto. Ofelia y mi madre lo habían preparado todo para que pasáramos la noche allí sin que corriéramos peligro.

Detuve el coche frente a la verja y me bajé para abrirla. Kathia me observó desde el interior del coche con los ojos entrecerrados, parecía muy cansada.

Regresé al coche y crucé la entrada de la finca. La casa tenía un extenso jardín lleno de árboles que ocultaban la fachada forrada de madera de la vivienda. Aparqué frente a la puerta principal justo delante del pequeño porche a ras del suelo. Un foco a cada lado de la puerta era la única decoración exterior. Dentro, las estancias se repartían en dos plantas. En la de arriba había tres habitaciones y dos cuartos de baño. En la de abajo, un dormitorio y un lavabo más, y un salón espacioso decorado de forma rústica (como el resto de la casa), una cocina americana y una sala de estar que mi abuelo utilizaba para leer; estaba llena de libros, muchos de ellos valiosas primeras ediciones difíciles de encontrar.

Kathia contemplaba la casa desde fuera atentamente. Por su forma de mirarla, me dio la impresión de que esa aparente sencillez le gustaba. Sonreí mientras cogía mi pistola.



La cargué y salí del coche indicándole a Kathia con un gesto que hiciera lo mismo. Me siguió hasta la puerta y esperé unos segundos. Sabía que dentro no había nadie, pero toda precaución era poca en aquellos momentos.

Abrí la puerta de golpe y entré delante de Kathia escudriñando cada rincón del salón. La acompañé hasta la habitación que había al final del pasillo y le indiqué con un gesto de la mano que esperase. Quería revisar el resto de la casa.

Miré tras las puertas, en los lavabos, por las ventanas... No había nadie. Podríamos descansar tranquilos antes de salir para Zúrich al amanecer.

Bajé las escaleras y atravesé el pasillo hasta la habitación. Encontré a Kathia mirando el jardín por la ventana. El agua de la piscina se agitaba tranquila provocando unas pequeñas ondas que se reflejaban en el techo del cuarto. Solo entraba la luz suave y plateada procedente del fondo del agua; el resto, estaba sumido en la oscuridad.

Dejé el arma sobre la mesa acompañada del sobre y de mi nuevo móvil. No encendí la luz para no romper aquella armonía.

Entonces, Kathia me miró por encima del hombro mientras se recogía el cabello a un lado. Se giró lentamente, sin dejar de contemplarme. Se llevó una mano a la espalda y comenzó a deslizar la cremallera de su ceñido vestido. Tragué saliva, observándola hipnotizado, mientras sus manos hacían deslizar la tela por su piel. Lo hizo despacio, con una suave sonrisa en los labios.

Se descalzó cuando el vestido cayó a sus pies. Su cuerpo solo estaba cubierto por su ropa interior, pero no pareció que sintiera vergüenza. Todo lo contrario, comenzó a avanzar hacia mí con la misma armonía y sensualidad de siempre. Ni un ápice de temor. Solo el sonido de sus pies impactando suavemente en el suelo y mi respiración, que comenzaba a desbocarse.

Me besó, pero no fui capaz de responder como otras veces. Ella tenía el control y lo sabía. Se apartó de mis labios y me quitó la húmeda chaqueta antes de volver a besarme. Sus dedos comenzaron a desabrochar los botones de mi camisa. En cuanto terminó, acarició con vehemencia mi pecho antes de retirar la tela. No pude soportarlo más, la abracé, sintiendo su pecho contra el mío, la alcé del suelo y la llevé a la cama.

Por primera vez en mi vida en una situación parecida, sentía una extraña opresión en el pecho que no sabía describir; era agónica y desesperante, pero al mismo tiempo, agradable y plácida.

Kathia suspiró cuando besé su cuello, su hombro... Nos deshicimos de las últimas prendas que nos cubrían. Recorrí cada rincón de su cuerpo con mis besos, haciéndola enloquecer.

Le hice el amor suave y delicadamente, sintiendo cada caricia como nunca antes lo había hecho. Era la primera vez que mi cuerpo respondía de aquella manera. Estaba



enamorado de Kathia y solo escucharla jadear mientras se aferraba a mi cuerpo desnudo me hizo comprender que no había otra cosa que deseara más en el mundo.



CAPÍTULO 43

Kathia

Apoyé mi cabeza en su pecho sintiendo cómo su brazo me rodeaba. Besé su piel mientras trazaba círculos con el dedo sobre su vientre. Dejamos que el silencio fluyera para notar solo el contacto de nuestros cuerpos desnudos. Había sido fabuloso sentir a Cristianno de aquella manera; su respiración agitada en mi oído, sus labios besando cada esquina de mi cuerpo, su cuerpo contra el mío... Le deseaba más que a nada y a nadie en el mundo, y supe que necesitaba sentir aquello cada noche de mi vida.

Solo nos acompañaba el sonido apacible del agua de la piscina y la oscuridad de la noche. Suficiente. No quería otra cosa. Me hubiera gustado quedarme allí para siempre, aferrada a su pecho, en contacto con su cálida piel, y dejando que los minutos pasaran sin más. Sin complicaciones. Solo él y yo.

Cristianno suspiró y percibí que el ritmo de su corazón se aceleraba. Segundos después, asomó su voz de forma débil y tímida.

—Cásate conmigo —musitó incorporando la cabeza para mirarme—. Vayámonos lejos y casémonos. Comencemos de nuevo.

Me quedé paralizada, sin respiración. ¡Me estaba pidiendo que me casara con él! Aquello era mucho más de lo que me esperaba. Esa misma noche se había hecho oficial mi supuesto compromiso con Valentino. El muy cretino me había preguntado ante todos si quería casarme con él. Pero Cristianno, en cambio, ni siquiera había hecho una pregunta, y eso era lo que más me gustaba de él.

—Todavía no tengo los dieciocho —me obligué a mencionar, aunque no era realmente lo que quería decir.

Supongo que a Cristianno no le importó, porque sonrió débilmente y se aferró aún más a mí.

—No me importa esperar. Estamos en febrero y tu cumpleaños es en junio. Solo faltan cuatro meses. Merece la pena la espera si después te conviertes en mi esposa — terminó susurrando insinuantemente, como casi siempre hacía —. ¿Qué me dices?



Ahora ya no parecía tan inseguro y yo, al fin, pude controlar mis nervios.

—Quiero casarme en Japón; en una aldea rural, bajo un manto de estrellas y la luz de la luna. Tú me esperarás en un puente forrado de pétalos e iluminado con velas, con el río fluyendo tranquilo bajo nuestros pies. —Cerré los ojos imaginando ese momento. Sería maravilloso—. Quiero llevar un vestido blanco de seda, sencillo, sin nada que empobrezca su pureza, y una corona de pequeñas flores blancas.

—Que se mezclen con tu hermoso cabello —susurró acariciando mi melena dulcemente.

Terminó dándome un beso en la frente.

—Hum... Después me cogerás entre tus brazos y haremos el amor hasta que amanezca.

—Suenas perfecto.

—Es perfecto.

—Entonces, así será. —Se inclinó hacia delante para quedar frente a mí. Apoyó un codo en la almohada y me miró con intensidad—. Solo dime cuando.

«¡Ahora!», gritó una voz en mi interior. Pero no podía ser. No podía hacerlo sin necesidad de permiso familiar hasta que cumpliera los dieciocho.

—El mismo día de mi cumpleaños —repuse.

—El 11 de junio.

Sonreí. Yo no le había dicho cuál era mi fecha de nacimiento y sin embargo él ya la tenía procesada.

—Sí...

Nos quedamos de nuevo en silencio y Cristianno volvió a ponerse un poco nervioso, tragaba saliva y me observaba indeciso. De repente, sus labios se abrieron.

—Te quiero —susurró, colocándose sobre mí.

Su beso y la oscuridad ocultaron mi rubor. Una punzada atravesó mi pecho y me sentí algo mareada. Jamás imaginé que Cristianno pudiera mencionar aquellas palabras, al menos, no hasta que yo las hubiera dicho primero, y sin embargo acababa de pronunciarlas con la mayor sinceridad.

—¿Me... quieres? —pregunté algo amedrentada.

—Te quiero, te quiero, te quiero —musitó besándome.

Lo detuve y empujé su pecho con delicadeza para poder mirarle a los ojos. Quería hacerlo del mismo modo que él.

Lo observé con seriedad y cogí aire.



— Te... quiero... —sonó entrecortado, y eso fue lo que a Cristianno le emocionó.

Me abrazó con tanta fuerza que pensé que nada sería capaz de separarnos.

— No dejes nunca de hacerlo —susurró entre mi hombro y mi cuello.

— Nunca... — Volví a mirarle y acaricié su rostro observando cómo cerraba los ojos. Me acerqué a sus labios —. Hazme el amor.

Cristianno me cogió de la cintura y me colocó sobre su cuerpo. Aquel débil susurro pronto se convirtió en gemidos.

Desperté con los besos de Cristianno sobre mi espalda desnuda. Sonreí y me giré lentamente para encontrarme con sus ojos azules. Me retiró el pelo y me besó con delicadeza. Aún no había amanecido, pero la intensidad del tono plateado que la piscina emanaba había menguado.

— Tenemos que irnos. El jet sale en menos de una hora —susurró.

Me incorporé y vi que ya estaba casi vestido. Llevaba unos vaqueros sin abrochar y una camiseta. Se alejó de la cama y se puso una sudadera blanca. Caminó hacia la puerta y cogió una pequeña maleta marrón. La colocó sobre la cama y la abrió.

— Mi madre nos ha dejado ropa. Seguramente, te irá algo holgada, pero en cuanto tengamos tiempo, compraremos ropa nueva.

— No importa. — Me desperecé mientras bostezaba.

Cristianno comenzó a hacerme cosquillas y el bostezo se convirtió en risas. Lo aparté sonriente.

— ¿Qué hora es? — pregunté y volví a bostezar.

— Pasadas las seis. — Se abrochó los pantalones y por un momento se quedó embelesado mirando mi cuerpo. Me había levantado y aún seguía desnuda cuando alcancé un jersey—. Iré a la cocina mientras te cambias —dijo tragando saliva y desviando la mirada.

Sonreí al ver que palidecía y se ponía nervioso.

— Ya me has visto desnuda. No tendrías por qué ponerte nervioso. — Me acerqué a él picarona cubriendo mi cuerpo con aquel enorme jersey, que bien podía utilizar de vestido.

— Me acostumbraré pronto, pero procura no pasearte desnuda delante de mí cuando esté recién levantado. Corres grave peligro, créeme. — Por fin sonrió y me besó—. Voy a guardar unas cosas. No tardes.



—Ok.

Terminé de vestirme y me cepillé el pelo con un peine que había en el aseo. Cuando salí, encontré a Cristianno guardando un sobre en una pequeña mochila negra mientras masticaba algo.

Me apoyé en la barra americana de la cocina y observé lo guapo que estaba con aquella ropa. ¿Cómo demonios conseguía ser tan condenadamente sexy?

—¿Qué escondes? —pregunté enarcando las cejas con cara divertida.

Me envió una mirada jocosa. Dios, no hacía falta que amaneciera si existían unos ojos como los suyos.

—Nuestros pasaportes. —Sonrió cerrando la mochila.

—¿Utilizaremos nombres falsos o algo así? —Mantuve mi postura y mi sonrisa mientras él se acercaba hasta a mí.

Se apoyó en la barra y entrecerró los ojos.

—¿Qué nombre escogerías?

—Alessandra... —dije arrastrando las eses—, o Helena. Sí, ese nombre también estaría bien.

—Me gusta más Kathia. —Me besó antes de que pudiera reaccionar—. Toma, come algo —dijo mientras me daba una pequeña bolsa con un bollo de azúcar dentro.

Me lo comí saliendo de la casa. Cristianno guardó su arma detrás de su espalda y cerró con llave la puerta antes de caminar hasta el Maserati. Presionó el botón de la llave digital y me monté en el coche terminando de masticar.

—Y tú ¿qué nombre escogerías?

—Veamos, déjame pensar... —Se quedó callado durante unos segundos mirando a la nada. Sabía que no se estaba molestando en cavilar nada. Dijo—: Cristianno. Ese nombre es fantástico. Además, me favorece mucho ¿no crees?

—Sin duda.

Negué con la cabeza mientras Cristianno arrancaba el coche y se encendía un cigarro. Enseguida se lo quité de los labios. Sonrió y volvió a coger otro para él.

Cristianno



Nos detuvimos en un semáforo. Por el horizonte asomaba un pequeño rastro de luz blanquecina. Comenzaba a amanecer. Kathia cogió aire intensamente y me observó de reojo.

No había ninguna duda sobre lo que ella quería, pero notaba la necesidad de preguntárselo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Era una tontería. Kathia había aceptado casarse conmigo, quería comenzar una vida conmigo y, aun así, yo volvía sobre lo mismo.

—¿Por qué me lo preguntas ahora? —preguntó extrañada.

Vi en sus ojos que se sentía molesta.

—Porque aún no hemos hablado de ello.

—No creo que haga falta. Está más que claro —respondió con brusquedad. Volvió a suspirar—. De lo que creo que tenemos que hablar es de lo que vamos a hacer.

Sonreí al ver lo segura de sí misma que estaba.

—Primero tenemos que ir a Zúrich. Tengo que poner el contenido de la caja fuerte de Fabio a salvo.

—¿Qué había en la caja?

—En realidad, nada. Solo unas coordenadas y las contraseñas para entrar en el lugar que indican. Pero, al parecer, es una fortaleza que aún no hemos descubierto dónde está.

—Propio de Fabio —sonrió—. ¿Y el USB?

Valerio había logrado desbloquear algunas carpetas, pero no llegaba al cinco por ciento del total. Muy poco, pero suficiente para descubrir que Fabio estaba seguro de que moriría más temprano que tarde.

—Solo hemos podido descubrir algunas cosas. Valerio no ha logrado descifrar todavía todas las carpetas.

—¿Cuáles son esas cosas?

Tomé aire después de tragar saliva y la miré con el rabillo del ojo. Hablar de aquel tema con ella me costaba un poco, puesto que su familia estaba implicada. Pero debía hacerlo. Kathia estaba metida tanto o más que yo.

—Los Carusso estuvieron haciendo tratos con Wang Xiang antes de que Fabio decidiera desviarse por su cuenta. Al parecer, mi tío decidió traicionarles porque descubrió que tramaban engañarnos.

—O sea, que ¿fueron los Carusso los que comenzaron todo esto?



Kathia parecía sorprendida. En los últimos días había descubierto cosas de su familia que aún no podía creer, por mucho que se esforzara. Pero saber que los Carusso habían iniciado aquella guerra, y no Fabio como ella creía, la dejó aún más perpleja.

— Exacto.

— Pero... no lo entiendo. Fabio era científico, él sabía cómo crear el virus. Sin él estaban perdidos.

— Sí, pero el virus ya estaba creado cuando lo decidieron. Parece ser que la idea fue de la propia Virginia y de Jago. Angelo aceptó y esperó a que Fabio creara a Helena. Después, lo mató.

— Espera, ¿Helena? ¿Zeus y Helena? — preguntó buscando mis ojos.

Cuando unos días antes me había enseñado el USB en su habitación, me había preguntado por el proyecto *Zeus*. Kathia ya había hecho referencia a lo mucho que le extrañaban aquellos nombres. El significado de «Zeus» se lo pude explicar, pero el otro... no.

— Helena es el antivirus. Es lo que anula a Zeus. Y Fabio solo creó una toma. Solo para una persona. Eso es lo que buscan los Carusso para poder fabricar más.

Kathia continuaba mirándome fijamente, como si estuviera reprendiéndome.

— ¿Por qué no me lo dijiste antes?

— Porque no quería ponerte en peligro.

— Bien — dijo secamente —, y ¿por qué Fabio hablaba de Helena como si se tratara de su propia hija?

Negué con la cabeza. A aquello no podía responderle. Tal vez era porque mi tío le tomó cariño a su creación..., ¡memeces!, seguro que tenía una explicación.

Kathia cambió de tema, pero escogió uno que a mí me encolerizaba particularmente.

— Entonces ¿Wang Xiang os ha traicionado?

Sujeté el volante con las dos manos antes de responder.

— Puede.

— ¿Puede?

— No lo sé, Kathia. Wang es un hombre que no se casa con nadie, así que no es de extrañar que también los traicionara a ellos. — Cogí aire —. Ha desaparecido. Nadie sabe dónde está.

— ¿Y su familia?



—Solo tiene una hija de diecinueve años, Ying, y está en Praga estudiando música. Pero ella continúa allí. Lo cual significa que el muy cobarde se ha escondido él solo sin pensar en el peligro que corre Ying.

—Pero ella no tiene nada que ver en esto.

—Tú tampoco.

—Cristianno, tenemos que ir a buscarla.

Negué con la cabeza.

—¡Está en peligro! —exclamó

—¡Ahora tú también lo estás!

—Bien, ¿y adónde me llevas? —repuso de morros.

Detuve el coche en arcén y cogí sus manos, obligándola a que se acercara a mí.

—A Londres. Es el único sitio donde no nos encontrarán, al menos en un tiempo. Cuando te ponga a salvo, pensaremos en cómo localizar a Ying. Apoyé mi frente en la suya.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.



CAPÍTULO 44

Kathia

El aeródromo privado de los Gabbana estaba totalmente vallado (casi parecía una cárcel). Había una pequeña torre de control donde aparentemente no había nadie. Pensé que no haría falta ningún controlador aéreo en ese momento porque los pilotos podrían seguir las instrucciones del aeropuerto comercial. Seguramente ya tendrían el permiso para volar.

Cristianno frunció el ceño, extrañado al ver que en el puesto de seguridad no había nadie.

— Qué extraño. Aquí suele haber vigilancia las veinticuatro horas del día.

— Tal vez se haya tomado un descanso — dije con la esperanza de encontrar una explicación.

Suspiró y bajó del coche para abrir la verja él mismo. Entró en la garita de seguridad y pulsó varios botones. La puerta metálica comenzó a moverse y Cristianno volvió a montarse en el coche.

Aceleró y nos adentramos en el aeródromo. Cristianno observaba todo a nuestro alrededor con una atención especial. Me intranquicé. ¿Qué era lo que tanto le inquietaba? Estaba claro que debía ser algo importante porque él no solía incomodarse sin motivos.

Observé el jet. La escalera ya estaba lista para que subiéramos y la puerta, abierta de par en par. Solo nos acompañarían Enzo y Maximiliano, los pilotos, y Giselle, la azafata.

Por un momento me relajé y sonreí para mis adentros; la idea de marcharme a vivir con Cristianno me parecía maravillosa, y, aunque tenía algo de fobia a los aviones, no veía la hora de montarme en ese jet e irme a Londres. Tenía ganas de conocer la ciudad, ser una persona anónima en el Reino Unido. Me fascinaba la idea de conocer lugares nuevos... Volví a la realidad con la pesadumbre de saber si Ying estaría bien. No conocía a esa muchacha, pero no quería que sufriera por culpa de su padre.



De soslayo, vi el rostro tenso de Cristianno. Sus facciones no habían cambiado en absoluto. Incluso parecían más inquietas.

Le seguí por las escaleras hasta que extendió su brazo para que yo no pudiera pasar. No lo entendí hasta que me asomé por encima de su hombro. Había un charco de sangre en la entrada del jet y las paredes y la puerta estaban llenas de huellas ensangrentadas.

Me agarré al brazo de Cristianno mientras él cogía su pistola. Ahora comprendía por qué no había nadie en el puesto de vigilancia. Tal vez lo habían matado y habían escondido su cadáver.

Avanzó un paso terminando de subir el último escalón y me sujetó la mano. Me colocó detrás de él y me indicó con un gesto que no hiciera ruido. Asentí y apreté los labios para que no se notase que empezaban a temblar.

Entramos en el avión esquivando el pequeño charco de sangre y Cristianno miró hacia ambos lados. La puerta de la cabina estaba entornada, pero no se podía ver el interior. No parecía haber nadie allí; todo estaba en el más completo silencio.

Sí vimos signos de forcejeo en la moqueta, y también algunos arañazos en el filo de la puerta del lavabo. Respiré hondo e intenté dominarme. No podía dejar que el miedo se apoderara de mí, Cristianno me necesitaba fuerte.

Seguí el rastro de la sangre de la entrada con la mirada. Cristianno hizo lo mismo y ambos nos miramos comprendiendo que tras la puerta de la cabina podíamos encontrar una imagen aterradora, al menos para mí.

En el pequeño espacio entre la cabina de mando y la de pasajeros el catering estaba dispuesto para el viaje. Me acerqué a ese hueco y cogí un cuchillo de hoja ancha. Cristianno me observó, pero no puso impedimentos. Se agazapó y tensó los brazos. Observé cada uno de sus movimientos, tarde o temprano debería aprender a hacerlo igual si quería defenderme por mí misma. Aunque llegar al nivel de Cristianno era imposible. Su estilo era tan perfecto y tan cuidado que resultaba difícil pensar que se tratara de un adolescente de dieciocho años.

Empujó la puerta y apuntó hacia el frente. La imagen que esperábamos encontrar apareció ante nosotros y, como imaginaba, Cristianno no se inmutó. Continuó apuntando mientras recorría la cabina con la mirada.

Los dos pilotos del avión estaban muertos y los cristales de la cabina estaban completamente salpicados con su sangre. Uno de ellos estaba tendido en el suelo. Al parecer, había sido arrastrado. Puede que forcejeara e intentara escapar. Tenía dos disparos, uno en la pierna y otro en el pecho.

Me llevé las manos a la boca negando con la cabeza ante la escalofriante escena. Cristianno me cogió del brazo y me señaló que me quedara allí. Iba a inspeccionar el



resto del avión. Volví a asentir con la cabeza, nerviosa por quedarme allí con los cadáveres.

Acaricié mi mejilla mostrándome una mirada cansada, pero tenaz. Besé la palma de su mano y se marchó sigiloso. Yo decidí no mirar, pero cuando bajé la cabeza me topé con la hoja del cuchillo que había olvidado que empuñaba; en ella se reflejó la cara ensangrentada del piloto. Me giré para mirarle. Vestía de forma informal y llevaba anillo de casado. Ese hombre tenía una esposa y quizá hijos; una familia que alimentar. Es posible que supiera para qué clase de personas trabajaba, pero tal vez no tuviera nada que ver con ese mundo. Puede que solo trabajara para ellos para ganarse un sueldo y llegar a fin de mes de la mejor forma posible.

Sentí un escalofrío y volví a ver un reflejo en la hoja de aquel cuchillo. Unas esbeltas piernas, cubiertas con medias negras, se acercaban sigilosas hacia a mí. Iba descalza para no llamar la atención. Alcé un poco el cuchillo para ver quién era, aunque podía imaginarlo.

Giselle iba vestida con el uniforme de azafata y llevaba el cabello recogido en un moño. Su barbilla y sus manos estaban manchadas de sangre. Cristianno debía de haber pasado delante de ella sin descubrirla.

Me di la vuelta y la apunté con el cuchillo, pero ella hizo lo mismo encañonándome con una pistola. Torció el gesto y sonrió mostrando una dentadura perfecta y aterradora.

— Así que tú eres Kathia — musitó muy bajo.

Fruncí los labios.

— Y tú debes de ser la asesina de estos hombres, ¿me equivoco? — Le sostuve la mirada con firmeza.

— Vaya, eres justo como te describió Valentino — dijo Giselle con una mueca.

— ¿Ah, sí? ¿cómo soy?

— Insolente, mordaz y arrogante. En realidad, dijo muchas cosas más, pero prefiero ahorrarme esa otra parte.

— Soy insolente con quien debo serlo. — Levanté el mentón y mostré un tono de voz firme y algo alto.

Cristianno nos tenía que escuchar.

— ¿Por ejemplo?

— Contigo.

— Nena, te estoy apuntando con una pistola. Yo no he matado a los pilotos, pero no dudaré un segundo en matarte a ti.



Su amenaza no me hizo decaer.

— ¿Por qué participas en esto?

— Bueno, digamos que cada uno tiene sus intereses y mis intereses se resumen en Cristianno. Cuando te conocí, creí que solo sería una aventura más. Pero me equivoqué, y el hecho de que esté haciendo todo esto por ti me molesta mucho. Así que me he tomado la libertad de llamar a tu padre y a Valentino. Espero que no te enfades. No tiene nada que ver contigo, solo quiero quitarte de en medio. Así que deja de apuntarme con ese cuchillo si no quieres que cambie de opinión y acabe matándote.

Eso era lo que quería. Nos había traicionado porque quería a Cristianno. Debía de ser una de sus amantes abandonadas y ardía de celos.

— No puedes obligarle a elegirte.

— No me importa que esté conmigo por obligación, Kathia. No soy como tú.

Supuse que se refería a mi relación con Valentino.

Miré el reloj con el rabillo del ojo. Ya eran las siete.

— ¿También te han ofrecido dinero?

Giselle frunció el ceño. Lo único que quería era darle conversación hasta que Cristianno regresara del fondo del avión.

— Madre mía, nena, me estás provocando dolor de cabeza.

Enarqué las cejas, sorprendida al recordar que Cristianno me había dicho exactamente lo mismo para picarme. No pude evitar una sonrisa al pensar lo mucho que habían cambiado las cosas. Ahora él me pertenecía y yo le pertenecía a él. Y así seguiría siendo por mucho que se entrometieran.

— Eso mismo me dijo Cristianno antes de besarme. — Me tomé la libertad de cambiar un poco el contexto.

— Cállate — bisbiseó.

— ¿Qué es lo que más te molesta? ¿Que Cristianno esté con otra o que no quiera nada contigo?

— He dicho que te calles.

Sería mejor cambiar de tema.

— Dime cuánto te han ofrecido.

— Que te respondan ellos mismos.

Aquella no era la respuesta que esperaba. Giselle entrecerró los ojos, se estaba preparando para atacar.



Cristianno

—**H**ola, Gabbana —saludó Angelo jocoso con las piernas cruzas y bebiendo plácidamente sobre el sofá de mi tío.

Valentino estaba frente a él, con una expresión mucho más glacial. Ambos parecían haberse librado de la explosión sin secuelas. A Angelo no lo había tenido controlado la noche anterior, pero había dejado inconsciente a Valentino un minuto antes de que el barco explotara. Y sin embargo, allí estaba, sano y salvo.

—Está muy mal lo que hicisteis anoche. Pobre Virginia y Jago. Si queríais venir a la fiesta solo teníais que decirlo. No tuvisteis miramientos.

—Vosotros tampoco cuando matasteis a Fabio —mascullé observando que Valentino se removía.

—Él nos traicionó...

—Eso fue después de que vosotros hicierais lo mismo —le interrumpí con furia.

—Habéis matado a mi hermano y eso tiene un precio —prosiguió Valentino, incorporándose.

Negué con la cabeza.

—Ya ha sido pagado. Una muerte por otra. Estamos en paz.

Así era como funcionaba la mafia, ellos lo sabían bien.

—Pues yo no me siento complacido.

—Por primera vez, estoy de acuerdo contigo —asentí.

Angelo se levantó del sofá y se acarició el poco cabello que tenía sin quitarme ojo de encima.

—Dime, Cristianno, ¿cómo puede tener tanto valor? Quiero decir, tenemos el aeródromo tomado. Ahora mismo es probable que te estén apuntando con un arma... ¿Cuántos, Valentino? —Miró al que consideraba su yerno.

—Yo veo seis puntos rojos desde aquí.

Miré mi jersey blanco y vi los seis puntos rojos titilando sobre mi pecho. Parecían que estaban jugando entre sí.



—Vaya, seis francotiradores. Y sigues manteniendo la compostura. Es una suerte que tengas el gen Gabbana, yo en tu lugar estaría cagado de miedo —dijo Angelo torciendo el gesto mientras miraba de reojo por las ventanas.

Era cierto, el aeródromo estaba tomado por los hombres de los Carusso y los Bianchi.

—Creo que eso se puede arreglar —terció Valentino observándome orgulloso.

Aun así, me negué a decaer mientras rezaba por que Kathia no saliera de la cabina de mando.

—Lo dudo —dije negando con la cabeza y mostrando la sonrisa sarcástica típica de mi padre.

—Cambiarás de opinión en unos segundos. ¡Giselle! —terminó gritando antes de que la azafata apareciera con Kathia. La apuntaba a la cabeza—. ¿Qué te parece? —sonrió Valentino.

Giselle, la misma chica que nos había acompañado a Hong Kong, la misma chica con la que había llenado varias noches vacías, estaba allí delante apuntando a la mujer de mi vida. Estaba desconcertado.

Fruncí el ceño intentado reprimir mis miedos.

—Tengo una pregunta, Angelo. —Tragué saliva y humedecí mis labios. Kathia parecía impasible, no noté temor en sus ojos—. ¿No sientes nada cuando ves a tu hija en una situación como esta?

—Las decisiones que ha tomado mi hija no son las correctas, y si tengo que hacerla cambiar de opinión de esta forma, lo haré. Cristianno, tú mejor que nadie sabes cómo funciona esto. Da igual cuántas vidas se cobre. El negocio es el negocio.

«Kathia no es un negocio.»

Kathia le miró con repugnancia. Definitivamente, estaba dispuesta a romper del todo con su familia y, en el fondo, me alegré. No merecían el cariño de una persona tan maravillosa como ella.

—Es tu hija —reproché.

—¿Quién lo dice? —dijo Angelo a media voz, torciendo el gesto.

Nos quedamos anonadados. ¿Qué estaba insinuando?

Kathia miró a su padre boquiabierta.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, adelantándome a Kathia, que seguía confundida.

—Piensa, eres listo Gabbana. El más listo, así que dudo mucho que no hayas entendido lo que he dicho.



Lo único que mi mente procesaba era la posibilidad de que Kathia no fuera una auténtica Carusso.

Volví a mirar por las ventanas. Teníamos que salir de allí fuera como fuese. Entonces aparecieron unos vehículos. Reconocí el Maybach. Mi familia llegaba con refuerzos. Sonreí en el momento en que los puntos rojos se dibujaban también en sus torsos. Incluso Giselle tenía algunos en la cabeza.

Bien por Enrico, seguro que había sido él el que les había advertido.

—¿Y si te dijera que ahora sois vosotros los que tenéis a seis, no..., a nueve francotiradores vigilando vuestros movimientos? —Miré a Angelo fijamente—. Emocionante, ¿verdad?

Kathia se mantenía firme. Me observó insinuante mientras Angelo y Valentino se miraban desconcertados.

—Cómo demonios... —masculló confundido.

—Tú lo has dicho, Carusso. Somos listos, muy listos. —Miré mi pecho. Los puntos rojos iban desapareciendo—. Y nuestros sicarios son mejores que lo vuestros. A la vista está que solo tengo dos... humm, no, un punto rojo en vez de seis como hace unos minutos. ¿Qué dices ahora? ¿Seguimos con el juego? —reté.

—Sabes que este juego no ha hecho más que empezar.

—Puede, pero ahora la partida no está de tu lado.

Miré a Kathia y le señalé con la mirada la esquina que había entre el sofá y la pared. Allí podría ocultarse unos segundos antes de que la pudiera coger y salir de allí.

Ella asintió con los ojos, y yo cogí aire sin dejar de sonreír. Disparé a Giselle en la frente, entre ceja y ceja. Kathia se tiró a la esquina acordada mientras yo empezaba a vaciar el cargador. Angelo se escondió en la habitación aprovechando la confusión y Valentino saltó tras la pequeña barra del bar.

Me acerqué a Kathia y me agaché para cogerla de los brazos. Escuchamos unos disparos. Sería difícil salir con un fuego cruzado en aquella explanada. Miré por la ventana dejando a Kathia aún en el suelo. Podríamos llegar hasta el coche de mi padre; era el vehículo más cercano al avión.

Valentino comenzó a disparar. Me parapeté contra la pared y cogí el rostro de Kathia entre mis manos.

—Escucha, el coche de mi padre está muy cerca. Solamente tienes que correr hacia él sin mirar atrás, ¿de acuerdo? —Kathia asintió mientras yo cogía el móvil y marcaba el número de Diego. Si alguien tenía reflejos para cubrimos, ese era mi hermano—. Diego, Kathia va a salir.



— Bien, yo la cubriré, pero que baje agachada —respondió mi hermano—. ¿Y tú?

— Iré detrás de ella. Nos esconderemos en el Maybach, así que abre la puerta.

— Vale. —Colgó.

— ¿Estás lista?

— Sí... ¿Seguro que vendrás tras de mí?

Contesté a las balas de Valentino con más disparos. Al parecer, Angelo también se añadía.

— Lo prometo, cariño. —La besé—. Venga, vamos.

Comencé a disparar mientras caminábamos hacia la puerta del avión. Al asomarnos, vimos la explanada del aeródromo plagada de hombres disparándose entre sí. Aquella era una reyerta aún mayor que la del cementerio y me incomodaba que Kathia estuviera presente. Todos mis reflejos estaban concentrados en ella y no sería de extrañar que yo recibiera un balazo.

— Prepárate a salir, agáchate y cuando llegues abajo espera a que Diego te haga una señal.

— Vale, después salgo corriendo hacia el coche.

— Eso es. —Miré el coche y vi que ya tenía la puerta abierta.

La besé y cuando se dispuso a agacharse para salir Valentino me empujó con fuerza. Me estampé contra Kathia y rebotamos en la pared de la cabina de los pilotos. Ni siquiera me repuse, le di un codazo en la boca y me giré.

— ¡Vete! —grité.

— ¡No! —clamó Valentino cogiendo a Kathia del brazo.

Intenté darle otro puñetazo, pero lo esquivó. Aunque no pudo eludir el golpe en el estómago que le dio Kathia. Valentino la miró lleno de furia y la empujó antes de que yo pudiera reaccionar.

Kathia bajó rodando las escaleras y se estampó contra el suelo. Quedó estirada, inconsciente. Diego quiso ir a por ella, pero las balas llovieron en su dirección y le fue imposible salir. Mi novia estaba en medio de un fuego cruzado, la forma más fácil de recibir un disparo.

Arremetí contra Valentino empujándolo contra la puerta del lavabo. Le sujeté del cuello y apunté. Cuando quise disparar, Angelo me dio un golpe en la mano y el disparo se desvió al brazo de Valentino. Aproveché la confusión para salir del avión y cerrar la puerta. Sabía que desde fuera no se podía cerrar del todo, pero me daría unos minutos.



Bajé las escaleras a toda prisa sin importarme los disparos que sonaban sobre la barandilla. Mis hermanos y mis primos intentaban cubrirme mientras yo me acercaba a Kathia. Me arrodillé ante ella y volteé su cuerpo hacia mis brazos. Había perdido el conocimiento y tenía una herida en la frente.

Salí corriendo agazapado cubriendo su cabeza. La metí en el coche y estiré sus piernas antes de escuchar cómo el cristal delantero del vehículo explotaba. Cubrí su cuerpo con el mío para que no le dañara ningún cristal y alcancé la pistola que había bajo el asiento trasero.



CAPÍTULO 45

Kathia

Me desperté entre el sonido atronador de los disparos. Lo primero que sentí fue un tremendo dolor de cabeza. Me llevé las manos a la frente. Noté algo viscoso y me miré los dedos. Era la sangre de la herida que me había hecho al caer por las escaleras.

Poco a poco me fui incorporando, pero enseguida me agaché. El cristal trasero reventó en mil pedazos por el impacto de una bala. ¡Mierda! Aquel disparo iba destinado a mí. Me sacudí los cristales y me asomé con mucha precaución.

No vi a Cristianno, pero sí a Mauro, que disparaba con una precisión formidable.

— ¡No salgas del coche, Kathia! — gritó a pocos metros de mí —. ¡Agáchate!

Le hice caso, pero no por mucho tiempo. Tenía que descubrir dónde estaba Cristianno. Entonces lo vi cerca de su padre, al lado de las escaleras del avión. Estaba cargando su pistola mientras escondía la cabeza entre los hombros. No estaba herido, se encontraba bien.

¿Cuándo terminaría aquello? No podía resistir sin hacer nada. Podía ocurrirles algo a las personas que más me importaban en el mundo; y estaba claro que ninguna de ellas era un Carusso.

De repente, la puerta que permanecía cerrada se abrió y apareció Marcello apuntándome con un arma. Sin pensarlo, le di una patada y la pistola cayó al suelo. Me lancé a por ella. Estaba dispuesta a dispararle como hice con Jago.

Sin embargo, cuando ya acariciaba la pistola, Marcello me cogió del pelo y tiró de mí fuera del coche. Me sujeté con fuerza a los asientos mientras pataleaba, pero no pude soltarme. Grité a Mauro, pero cuando quiso disparar, Marcello me colocó delante de él, de parapeto. Si Mauro disparaba yo recibiría esa bala.

— ¡Replegaos! — ordenó Marcello comenzando a caminar —. ¡Gabbana, me llevo este polizón! ¡Si no queréis verla morir dejad de disparar!



Aquella orden hizo efecto de inmediato. Los disparos dejaron de sonar casi al unísono. Busqué a Cristianno y le vi mirándome, desencajado. Su pecho subía y bajaba descontrolado mientras todos me observaban.

Pero mis ojos se concentraron en los de Cristianno, desenfocando todo lo demás. ¿Qué debía hacer? ¿Qué podía hacer una niña que jamás había vivido una situación así?

Suspiré y cerré los ojos. Recordé un beso de Cristianno antes de girarme y golpear a Marcello con una fuerza que él no esperaba que yo tuviera. No me paré a pensar en cómo había logrado tumbarle, sino que me lancé a por el arma que había estado apuntándome segundos antes y le disparé. Vací el cargador sobre el pecho de mi primo, el amante de mi hermana, mientras gritaba trastornada.

—¡Basta! —gritó mi padre. Dejé de disparar, me giré y le apunté.

Todo el clan Gabbana también estaba apuntando a Angelo; pero mi padre, a su vez, tenía su pistola sobre la sien de Cristianno al pie de la escalera del avión.

—Suéltale —mascullé acercándome a él sin dejar de apuntarle—. Juro que te mataré si no le sueltas, papá.

—¿Estarías dispuesta a matar a tu padre por un Gabbana? —Hizo una mueca fingiendo pena.

—Sí. Una y mil veces si hacen falta. Ahora, suéltale.

Silvano dio un paso al frente, pero había más hombres de los Carusso que de los Gabbana, y estos se lo impidieron.

—¡No toques a mi hijo, Angelo! —gritó el padre de Cristianno a solo unos pasos de ellos.

Me fijé en el temblor de Mauro, en la mirada dubitativa de sus hermanos, en el rostro desencajado de Silvano. Debía hacer algo. Si mataba a mi padre, todos los Gabbana estaban perdidos. Caerían tras él porque estaban rodeados.

—Está bien —dije, mirando a Cristianno—. Me cambio por él. Es eso lo que quieres, ¿no? Pues ahí lo tienes. Ahora, baja el arma y deja de apuntarle.

Cristianno negó con la cabeza.

—No, no dejaré que lo hagas —masculló dando un paso hacia mí. Solo nos faltaban unos centímetros para tocarnos.

Mi padre le siguió sin dejar de apuntarle.

—Tú decides, papá. Pero si le matas, yo te mataré a ti. ¡Elige!

¡Dios!, no sabía si iba a aguantar mucho más tiempo la tensión, estaba a punto de desmayarme. Y, sin duda, eso es lo que pasaría si mi padre tocaba a Cristianno.



—Hecho. —Mi padre bajó el arma sonriente, y empujó a Cristianno a mis brazos.

Le besé ante todos hasta que alguien tiró de mi cintura. Cristianno se resistió a soltarme y vi a Mauro que quería venir hacia nosotros, pero no le dejaron.

—¡Soltadla! —gritó Cristianno.

Lo empujaron y cayó al suelo mientras a mí me arrastraban hacia el coche de Valentino.

—Llévatela donde acordamos, Valentino —dijo mi padre. El menor de los Bianchi ya estaba al volante preparado para salir.

El coche arrancó. Dejé a Cristianno tirado en el suelo, forcejeando con su primo. Él quería venir en mi busca, pero se lo impedían. Mejor así.

Los recuerdos me abrumaban y apenas me dejaban respirar. Era consciente de lo poco que valía mi vida si él no estaba a mi lado. Todo lo que para mí tenía significado llevaba su nombre. Ese nombre que retumbaba en mi cabeza con más intensidad que nunca.

Cristianno, Cristianno, Cristianno...

Le miré por última vez. Todavía tenía el sabor de su cuerpo en mis labios, el calor de su tacto en mi piel, el susurro de sus palabras en mi cuello... Y ahora veía cómo su figura se iba alejando. Me obligaban a apartarme de él sin darse cuenta de que con ello me obligaban también a morir. Pero eso es algo que no les debía de importar lo más mínimo, después de tantas veces como habían puesto mi vida en peligro.

Mi corazón se quedó allí, con él, mientras su imagen se borraba empañada por mis lágrimas.